

Política y Pospolítica en la Modernidad Hipertecnológica

10

PRESENTACIÓN

ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES
*Política y Pospolítica en la Modernidad
Hipertecnológica*

ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES
*Datafication and the Crisis of the Person in
Postpolitical Society*

ALEJANDRO DE HARO HONRUBIA
*Los desafíos de las nuevas tecnologías en la
modernidad líquida. Una propuesta antro-
pécnica frente a los riesgos de la necro-técnica
para la condición humana*

CAMILA CUELLO
*Entre el Mundo y el Desierto: Una lectura
arendtiana de las redes sociales*

CARL DOLAN
*Disinformation, Democracy and the
Myth of the Informed Citizen*

JORDAN ZALIS

*The Role of Integrated Marketing and Media
Technology in the Diplomatic Projection of U.S.
State Power*

MATTHEW B. CRAWFORD

ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES
*La Propiedad de los Medios de Pensamiento:
Tecnología, Pospolítica y el Gobierno de Nadie*

RAMIRO HERNÁNDEZ ROMERO
*La guerra fría ideológico-cultural en América
Latina: la controversia del Proyecto Simpático
en Colombia*

RUTH FERRERO-TURRIÓN
*Capitalismo autoritario: mutaciones
neoliberales, soberanía corporativa y
resistencias democráticas*

ANTONIO VIÑAO FRAGO
*Escolarización y medio rural:
¿progreso o imposición, modernización o
aculturación, movilidad social o desarraigo?*

REG

REVISTA

DE ESTUDIOS

GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

5/2026 (10)

MAYO - JUNIO

10

ISSN electrónico: 2697-0511

REG

5/2026 (10)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

DIRECTOR

Germán Carrillo García. Universidad de Granada, España

SUBDIRECTORA/SECRETARÍA DE REDACCIÓN

Carmen M. Cerdá Mondéjar. Universidad de Murcia, España

Isabel Marín Gómez. Universidad de Murcia, España

JEFE CONSEJO DE REDACCIÓN

Manuel Núñez García. Universidad Nacional de Educación a Distancia, España

CONSEJO DE REDACCIÓN

Enrique Fernández Vilas. Universidad de Valladolid, España; **José María García Martínez.** Universidad de Lleida, España; **Héctor Hernán Díaz Guevara.** Universidad Nacional Autónoma de México; **Mónica Ghirardi.** Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; **José Sobral.** ICS-Universidade de Lisboa, Portugal; **Anabel Paramá Díaz.** Universidad Isabel I, España; **Manuela M. Kreis.** Universidad Nacional de La Plata, Argentina; **Zahir Hadibi.** Universidad Abderrahmane Mira de Bejaia, Argelia; **Irene Rodríguez Fernández.** Universidad Autónoma de Madrid, España; **Olga Z. Jedrysiak Gutowska.** Universidad de Valladolid, España; **Héctor Ignacio Martínez Álvarez.** Universidad Nacional Autónoma de México.

CONSEJO ASESOR

Wolfgang Streeck. Max Planck Institute for the Study of Societies, Cologne; **Mike Davis.** University of California Riverside; **José Gabriel Palma.** University of Cambridge; **Göran Therborn.** University of Cambridge; **William I. Robinson.** University of California Santa Barbara; **Francisco Entrena Durán.** Universidad de Granada, España; **Vijay Prashad.** Tricontinental: Institute for Social Research - Renmin University of China; **Raúl Delgado-Wise.** Universidad Autónoma de Zacatecas (México); **Aurélien Viallette.** Stony Brook University, New York; **Ronaldo Munck.** Dublin City University; **Francesco Boldizzoni.** Norwegian University of Science and Technology; **Enzo Traverso.** Cornell University, Ithaca, New York; **Sarah Radcliffe.** University of Cambridge; **Stephan Lessenich.** Universität München; **Fernando Hernández Sánchez.** Universidad Autónoma de Madrid; **Cristóbal Kay.** SOAS University of London; **Víctor Toledo.** Universidad Nacional Autónoma de México; **Stuart McCook.** University of Guelph, Canada; **Hanne Cottyn.** University of York, United Kingdom; **Hugo Celso Felipe Mansilla.** Academia de Ciencias de Bolivia; **Mauricio Tubio Albornoz.** Universidad de la República, Uruguay; **Emilio Pradilla Cobos.** Universidad Autónoma Metropolitana, México; **Liisa North.** York University, Canada; **Quin Slobodian.** Wellesley College, United States; **Leo Panitch.** York University, Canada; **Andrés Piqueras Infante.** Universitat Jaume I; **Juan Ortín García.** Universidad de Murcia, España; **Margareth Lanzinger.** University of Vienna, Austria; **Joan Bestard.** Universitat de Barcelona; **Gérard Delille.** École des Hautes Études en Sciences Sociales; **Bernard Vincent.** École des Hautes Études en Sciences Sociales; **Pedro Egea Bruno.** Universidad de Murcia; **Horacio Capel Sáez.** Universitat de Barcelona; **Juan Hernández Franco.** Universidad de Murcia; **Fred Spier.** Universidad de Ámsterdam; **José Antonio Piqueras Arenas.** Universitat Jaume I; **Francisco Chacón Jiménez †.** Universidad de Murcia; **Nuno Monteiro.** ICS-Universidade de Lisboa



UNIVERSIDAD
DE MURCIA



UNIVERSIDAD
DE GRANADA



Los artículos publicados en la Revista de Estudios Globales están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Periodicidad: Semestral
Diseño de Cubierta: Cliocultural
ISSN electrónico: 2697-0511
Universidad de Murcia

REG

5/2026 (10)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES	Política y Pospolítica en la Modernidad Hipertecnológica	7
ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES	Datafication and the Crisis of the Person in Postpolitical Society	13
ALEJANDRO DE HARO HONRUBIA	Los desafíos de las nuevas tecnologías en la modernidad líquida. Una propuesta antro-po-técnica frente a los riesgos de la necro-técnica para la condición humana	31
CAMILA CUELLO	Entre el Mundo y el Desierto: Una lectura arendtiana de las redes sociales	45
CARL DOLAN	Disinformation, Democracy and the Myth of the Informed Citizen	61
JORDAN ZALIS	The Role of Integrated Marketing and Media Technology in the Diplomatic Projection of U.S. State Power	85
MATTHEW B. CRAWFORD ALEXANDER DANIEL CASTLETON FLORES	La Propiedad de los Medios de Pensamiento: Tecnología, Pospolítica y el Gobierno de Nadie	119

ESTUDIOS

RAMIRO HERNÁNDEZ ROMERO	La guerra fría ideológico-cultural en América Latina: la controversia del Proyecto Simpático en Colombia	129
RUTH FERRERO-TURRIÓN	Capitalismo autoritario: mutaciones neoliberales, soberanía corporativa y resistencias democráticas	169

CRÍTICA

ANTONIO VIÑAO FRAGO	Escolarización y medio rural: ¿progreso o imposición, modernización o aculturación, movilidad social o desarraigo?	195
---------------------	--	-----

Presentación

Política y Pospolítica en la Modernidad Hipertecnológica

Alexander Daniel Castleton Flores¹

Universidad de Montevideo

Uruguay

Universidad de Carleton

Canadá

El mundo en el que vivimos en el siglo XXI está cada vez más compuesto por aparatos, sistemas, infraestructuras y plataformas que influyen decisivamente en la manera en que los individuos nos relacionamos y experimentamos la realidad, y cómo construimos un mundo en común. Como escribe Andreas Hepp (2020, p. 1411), «nuestras sociedades están cada vez más saturadas de medios digitales y sus infraestructuras, que se han vuelto constitutivas de los mundos sociales en los que vivimos». La nuestra es, en palabras de Farrel y Fourcade (2023) una «modernidad hipertecnológica» (*high-tech modernity*), dirigida por regímenes algorítmicos de clasificación y orden social (cf. Burrell y Fourcade, 2021). Desde las plataformas de redes sociales hasta la toma de decisiones algorítmica o la inteligencia artificial, las tecnologías digitales suelen presentarse como «herramientas» que otorgan facilidades y que eliminan la imposición de lo real frente a nuestros deseos y voluntad, pero esto trae aparejado profundos desafíos tanto personales como políticos que este monográfico se propone explorar.

Si bien el ser humano es inseparable de la técnica, nuestro mundo hiperconectado nos propone importantes ambivalencias. Los sistemas técnicos contemporáneos ponen en cuestión el ideal moderno de la autonomía individual, dado que las tecnologías digitales que ofrecen grandes facilidades al mismo tiempo nos sujetan en opacas y asimétricas relaciones de poder (Fourcade y Gordon, 2020): es la ilusión de ser libre en un mundo donde todo está automatizado, o en proceso de serlo, incluido el comportamiento humano (véase Carr, 2014). En la era del big data y los algoritmos, «nos encontramos como

1 Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Innovación e Investigación de Uruguay e investigador asociado al Grupo de Investigación consolidado, *Filosofía y Antropología: Cosmopolitismo, Globalización y Derechos Humanos* (Universidad de Castilla-La Mancha).

objetos de técnicas de captación de atención que no solo son penetrantes, sino cada vez mejor dirigidas» (Crawford, 2016, p. 13), y esto es precisamente lo que lo hace un problema político: cuando perdemos nuestra capacidad de dirigir nuestra atención donde queremos, somos sujetos a otros que hacen lo que quieren con ella (Crawford, 2016, p. 20; cf. Burrell y Fourcade, 2021). En otras palabras, en la medida en que organiza nuestra atención, modela nuestros afectos, estructura nuestras percepciones, distribuye visibilidad e invisibilidad, y condiciona las formas en que participamos en la vida pública, la infraestructura tecnológica a través de la que pasa nuestra vida implica cuestiones *éticas y políticas*. Adela Cortina (2024) captura esto claramente al señalar el riesgo que la «razón estratégica» conlleva, es decir, una razón basada en la eficiencia y el cumplimiento de objetivos que tecnologías como la IA traen aparejadas, al desplazar una razón comunicativa basada en la deliberación pública y el diálogo, la cual es la esencia de la democracia.

En esta modernidad hipertecnológica, los conflictos políticos tradicionales se ven reemplazados por la administración automatizada, la optimización tecnológica y las métricas (Fourcade y Gordon, 2020; Mau, 2019). La gobernanza ya deja de basarse en el debate público entre visiones ideológicas contrapuestas, grupos de interés o partidos, sino que se aborda como una serie de problemas de gestión que deben ser resueltos por expertos o directamente a través de la recolección de datos analizados por algoritmos sin intervención humana. De lo que se trata, entonces, es de pensar el fenómeno de lo *pospolítico*; en otras palabras una condición en la cual la deliberación pública, la acción común, el juicio y la pluralidad son reemplazados por lógicas tecnocráticas y administrativas apuntaladas en la eficiencia técnica y la optimización, el manejo subrepticio del comportamiento humano a través del placer y el entretenimiento, y la neutralización de la agencia humana (Castleton 2023; Castleton 2024). En este sentido, Roger Berkowitz explica que «tenemos miedo del poder que surge cuando las personas actúan juntas. Por eso preferimos un gobierno de expertos, sobre todo porque nos libera para dedicar nuestro tiempo a actividades privadas como el consumo y la familia» (Berkowitz, 2020b, p. 97). Estos expertos pueden ser agentes humanos como no humanos (cf. Latour, 2005).

Los artículos reunidos en este volumen examinan distintos ángulos de una misma transformación. Lo que une estas contribuciones es la sospecha de que en nuestra modernidad hiperconectada se han desarrollado formas cada vez más sofisticadas de *despolitización* así como relaciones con la técnica que son intrínsecamente ambivalentes.

En el primer artículo, de mi autoría, titulado «Datafication and the Crisis of the Person in Postpolitical Society» describo la relación entre el uso de datos, la despersonalización y la despolitización. Recurriendo a visiones clásicas y contemporáneas de la persona, examino cómo la recolección de datos genera un nuevo sujeto político. Luego, propongo formas personales de relacionarse con los datos para hacer frente a la despersonalización y despolitización que trae aparejada.

El siguiente trabajo, de Alejandro De Haro Honrubia, titulado «Los desafíos de las nuevas tecnologías en la modernidad líquida: Una propuesta antro-po-técnica frente a los riesgos de la necro-técnica para la condición humana», propone el término *necro-técnica* para capturar el lado más siniestro o amenazante de la técnica moderna en la actualidad: «Nuestra civilización puede morir por falta de técnicas morales que es otra manera de decir que la necro-técnica o el lado menos halagüeño de la capacidad técnica del ser humano se ha acabado imponiendo.» Sin embargo, sin quedarse en la crítica ludita, el autor manchego defiende la idea de una *antro-po-técnica* o «técnica al servicio de la humanidad» en el cual se considere el intrínseco impacto moral co-constitutivo de la técnica con la persona.

La siguiente contribución, de Camila Cuello, «Entre el Mundo y el Desierto: Una lectura arendtiana de las redes sociales», también explora las ambivalencias de la técnica actual analizando particularmente las redes sociales con Hannah Arendt y su concepto central de *mundo*. La autora argentina se propone estudiar «las tensiones y las potencialidades de la acción y el discurso en el marco de las redes sociales, entendidas tanto como espacio para creación del Mundo Común, como también de su puesta en cuestión a partir de la pérdida de la pluralidad y el advenimiento de la violencia.» En este sentido, recalca las oportunidades para generar política a través de medios técnicos así como los riesgos de que aparezca la violencia, la cual justamente elimina la posibilidad de un mundo en común.

El artículo del autor irlandés Carl Dolan, «Can Democracy Survive the Disinformation Age: social media, propaganda and the myth of the informed citizen», se enfoca en el estudio de las redes sociales y la desinformación. La disputa por la realidad común se ha convertido en uno de los problemas políticos fundamentales de nuestro tiempo, pero cuando la realidad misma se fragmenta en burbujas informativas, campañas de manipulación, contenidos virales, narrativas conspirativas, e imágenes descontextualizadas la posibilidad de la política se debilita. La desinformación erosiona las condiciones para que los ciudadanos sean actores políticos a través del juicio y de la acción colectiva.

Luego, Jordan Zalis, en su artículo «The Role of Integrated Marketing and Media Technology in the Diplomatic Projection of U.S. State Power,» propone un examen de la relación entre la despolitización—en el sentido planteado arriba—y el deporte. El autor canadiense plantea «el paradigma *hip hop-baloncesto*» como una tecnología mediática que constituye uno de los vectores más importantes y menos teorizados a través de los cuales Estados Unidos lleva a cabo hoy su diplomacia cultural. Lo define como «un instrumento de poder blando» de capital relevancia para entender cómo fluye el poder actualmente y define una hegemonía moderna de poder geopolítica que impacta sobre las subjetividades y concomitantemente con la acción política.

Para dar cierre al monográfico, se incluye un trabajo del filósofo Matthew Crawford, autor best seller del New York Times, previamente publicado en inglés en su plataforma de *Substack*. En este, Crawford sostiene que la lógica empresarial de la IA se orienta a sustituir el juicio y la discreción humana, trasladando de esa manera el pensamiento a la vieja cuestión marxista sobre la propiedad de los medios de producción. Dado que el entrenamiento de estos sistemas requiere macrodatos y enormes concentraciones de capital, la «revolución de la IA» extiende la lógica oligopólica al ámbito cognitivo, planteando quién será dueño de los medios de pensamiento y qué consecuencias tendrá para las clases sociales, la legitimidad experta y la universidad.

En resumidas cuentas, los trabajos aquí propuestos señalan una de las paradojas centrales de nuestra época de hiperconexión digital: las tecnologías que prometen hacernos más libres pueden terminar reduciendo nuestra agencia individual y política. Por un lado nos ofrecen acceso inmediato a información y comunicación, así como entretenimiento ilimitado, consumo personalizado basado en predicciones, seguridad y soluciones técnicas para problemas complejos. Pero, por otro, convierten la atención humana en algo a ser explotado, transformando todo ámbito de la realidad en datos, sustituyendo el diálogo por el cálculo, y el conflicto político por gestión tecnocrática de expertos humanos o sistemas técnicos no humanos. El resultado es una sociedad más administrable, más predecible y más expuesta a formas opacas de poder. Ya Ortega y Gasset escribió en este sentido: «Todo lo que el hombre inventa y crea para facilitarse la vida, todo eso que llamamos civilización y cultura, llega un momento que se resuelve contra él» (Ortega y Gasset, 2004-2010, V, p. 361). Y Hannah Arendt (2018) remarcó que el deseo humano de dominar la naturaleza se ha basado en una lógica instrumental del control que se encarna en la tecnología, y que ha conducido a la subordinación de la política a la técnica y, por lo tanto, a la erosión de la libertad.

Para terminar, es necesario señalar que acontecimientos actuales exigen un análisis más matizado de la pospolítica. Me refiero a que en el momento en que escribo esto, el presidente norteamericano Donald Trump parece contradecir esta tesis, dado que su estilo político se define por el antagonismo abierto y la polarización. Sin embargo, esto no necesariamente refuta la noción de pospolítica; sino que invita a pensarla como concepto en su aplicación contemporáneas. La pospolítica está allí, por ejemplo, en los vínculos entre la industria de la guerra y la energía global, en donde las decisiones que afectan la vida de todas las personas que viven en la tierra son tomadas por redes de actores desconocidos y aislados de la intervención democrática. Eso es posible dada la infraestructura tecnológica digital que sostiene toda interacción humana actualmente, y que provoca que un mensaje del presidente de los EE.UU. tenga un impacto instantáneo en la economía global y, por lo tanto, en la vida diaria de millones de personas que no tienen voz en este contexto ni manera de intervenir políticamente.

Referencias

- Arendt, H. (2018). *The Human Condition (Second Edition)*. The University of Chicago Press.
- Berkowitz, R. (2020). The failing technocratic prejudice and the challenge to liberal democracy. En B. Vormann & M. D. Weinman (Eds.), *The Emergence of Illiberalism: Understanding a Global Phenomenon* (pp. 85–95). Routledge.
- Burrell, J., & Fourcade, M. (2021). The society of algorithms. *Annual Review of Sociology*, 47(1), 213-237. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-090820-020800>
- Carr, N. G. (2014). *The glass cage: Automation and us*. W.W. Norton & Company.
- Castleton, A. (2023). Amor mundi and saving the circumstance: Loving a technoscientific world according to José Ortega y Gasset and Hannah Arendt. *Revista De Filosofía (Madrid)*, 48(2), 515-534. <https://doi.org/10.5209/resf.78485>
- Castleton, A. (2024). Hiperconexión Digital, Imperativo de Seguridad y Pospolítica: un análisis con los pensamientos de Hannah Arendt, José Ortega y Gasset y Matthew Crawford. *Thémata. Revista de Filosofía*, 70, 263-284. <https://doi.org/10.12795/themata.2024.i70.12>
- Cortina, A. (2024). *¿Ética o ideología de la inteligencia artificial? El eclipse de la razón comunicativa en una sociedad tecnologizada*. Madrid: Paidós,
- Crawford, M. (2016). *The World beyond your head: On becoming an individual in an age of distraction*. Farrar, Straus & Giroux.
- Fourcade, M., & Gordon, J. (2020). Learning like a state: Statecraft in the digital age. *Journal of Law and Political Economy*, 1(1)<https://doi.org/10.5070/LP61150258>
- Farrell, H., & Fourcade, M. (2023). The moral economy of high-tech modernism. *Daedalus*, 152(1), 225-235. https://doi.org/10.1162/daed_a_01982
- Hepp, A. (2020). Artificial companions, social bots and work bots: Communicative robots as research objects of media and communication studies. *Media, Culture & Society*, 42(7-8), 1410–1426. <https://doi.org/10.1177/0163443720916412>
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*. Oxford University Press.
- Mau, S. (2019). *The metric society: On the quantification of the social*. Polity Press.
- Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras Completas* (10 Tomos). Madrid: Taurus/ Fundación José Ortega y Gasset.

Datafication and the Crisis of the Person in Postpolitical Society

Alexander Daniel Castleton Flores¹

Universidad de Montevideo, *Uruguay*, y
Carleton University, *Ottawa, Canadá*

Abstract: The article examines how big data—extremely large and complex sets of digital information that are computationally analyzed to identify patterns, behaviors, and relationships—contributes to the emergence of a postpolitical society in which individuals are increasingly transformed into objects of algorithmic quantification and classification. Drawing on the perspectives of Hannah Arendt, José Ortega y Gasset, Julián Marías, and Roger Scruton, the analysis explores how datafication reduces the person to fragmented and predictable data profiles, weakening the capacities for action, thought, judgment, and democratic participation. In this context, political and ethical questions increasingly become subordinated to technocratic forms of governance and algorithmic decision-making, contributing to a crisis of personhood and political agency. While acknowledging the hybrid nature of the human being as both personal and technical, the article emphasizes the importance of developing critical literacy regarding datafication in order to preserve human dignity, autonomy, and meaningful forms of collective life in increasingly automated societies.

Keywords: Postpolitics; Big Data; Algorithms; Artificial Intelligence; Person; Quantification.

La datificación y la crisis de la persona en la sociedad pospolítica

Resumen: El artículo examina cómo el big data —conjuntos extremadamente grandes y complejos de información digital que son analizados computacionalmente para identificar patrones, comportamientos y relaciones— contribuye al surgimiento de una sociedad pospolítica en la que los individuos son crecientemente transformados en objetos de cuantificación y clasificación algorítmica. A partir de las perspectivas de Hannah Arendt, José Ortega y Gasset, Julián Marías y Roger Scruton, el análisis explora cómo la datafificación reduce a la persona a perfiles de datos fragmentados y predecibles, debilitando las capacidades de acción, pensamiento, juicio y partici-

1 Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Innovación e Investigación de Uruguay e investigador asociado al Grupo de Investigación consolidado, Filosofía y Antropología: Cosmopolitismo, Globalización y Derechos Humanos (Universidad de Castilla-La Mancha), España.

pación democrática. En este contexto, las cuestiones políticas y éticas quedan crecientemente subordinadas a formas tecnocráticas de gobierno y toma de decisiones algorítmicas, contribuyendo a una crisis de la persona y de la agencia política. Si bien se reconoce la naturaleza híbrida del ser humano como realidad personal y técnica, el artículo enfatiza la importancia de desarrollar una alfabetización crítica respecto de la dataficación para preservar la dignidad humana, la autonomía y formas significativas de vida colectiva en sociedades crecientemente automatizadas.

Palabras clave: Pospolítica; Big Data; Algoritmos; Inteligencia Artificial; Persona; Cuantificación.

1. Introduction

We live in a «culture of surveillance» (Lyon, 2018) characterized by constant monitoring and the massive collection of data and its algorithmic processing. Datafication is the creation of digital data from human life that can be processed through forms of analysis capable of being automated on a large scale, combined with the generation of different types of value from such data (Mejías & Couldry, 2019). The business model of Silicon Valley technology companies consists in collecting data by monetizing every aspect of our lives, from our voices and facial expressions to our political and intellectual affiliations (Crawford, 2024). The management of the data collected impacts the way we live, influencing the services to which we have access, as well as how governments and corporations classify and treat us. As Mau explains:

The more information that can be collected about a person, the more accurately their future actions can be predicted, given that most data-profile analysts assume future behaviour to be a function of past behaviour. Therefore, value data are not just an illustration of a hierarchical order, but also classifications which determine access to resources, opportunities and services. (Mau, p. 80, 2019)

As a result, we lose agency over our circumstances (Crawford, 2020) and, furthermore, the world becomes increasingly opaque, giving rise to a «black-boxing» of the devices and systems that regulate, and even determine, our lives (Pasquale, 2015).

This article seeks to demonstrate how, within this culture, important aspects of personal life are being modified or lost that have repercussions on how we understand the political subject. It has already been noted that the concept of the person is being disrupted in the context of AI technologies that appear to possess a certain autonomy (Puzio, 2025). However, one of the principal

problems of this digital condition is that we ourselves are transformed into material for social engineering, as our understanding of freedom, dignity, and human responsibility is altered (Zimmerman, 2023). The key question to be addressed, then, is what kind of persons and citizens we are becoming within the increasingly ubiquitous technological-digital condition in which we live.

To this end, this article draws upon the thought of two classical authors whose work contains early reflections on the political subject and technology: Hannah Arendt and José Ortega y Gasset. It also engages with more recent thinkers, such as Ortega's disciple Julián Marías, who developed a personalist philosophy inspired by his teacher's later work (Burgos, 2009), and Roger Scruton, whose understanding of the person runs throughout his philosophy and consistently challenges scientific and reductionist views of the human being (Cullen, 2016)—of which datafication is part.

The choice of these specific authors is justified insofar as they form a coherent path from existential anthropology to political belonging that allows seeing the reductionism of a post-political order. While Ortega and Marías show why the person cannot be reduced to data points, since human life is circumstantial, biographical, and projective, Arendt helps frame post-politics as the erosion of genuine political action and plurality; Scruton, on his part, clarifies what is lost when technocratic management erodes the inter-personal lifeworld. Taken together, these authors' critique of reductionism allows us to see that the person is not merely an informational object, politics is not merely administration, and social order cannot be sustained by data-driven optimization alone.

These authors perspectives will then be contrasted with the reduction of the person to data in the age of big data, recognizing that escaping datafication is virtually impossible. Consequently, preserving personhood and political agency requires the development of a certain degree of awareness and literacy regarding the impact these processes have on us.

2. The Person According to Arendt, Ortega, Scruton, and Marías

Hannah Arendt and José Ortega y Gasset are not thinkers who developed an explicitly personalist philosophy, yet the notion of the person is deeply present throughout their work (Loidolt, 2020; Walsh, 2017; Bono, 2015). Julián Marías and Roger Scruton, by contrast, are authors for whom the person occupies a central place in their philosophy. This section examines the ways in which these thinkers conceive of the person in order to later contrast them with the depersonalizing effects of big data and its political repercussions.

Let us begin with Arendt. For her, life in common, or the shared world, is central to human existence. This involves a conception of the person ac-

according to which being a person means expressing oneself publicly within a plurality of others (Arendt, 2018, pp. 7-8). Each individual possesses what Arendt describes as the «miraculous» capacity of natality, that is, the ability to begin something new in the world (Ibid., p. 247). At the same time, in her classic study of the banality of evil in Eichmann in Jerusalem (Arendt, 2006), as well as in essays such as *Some Questions of Moral Philosophy* (Arendt, 2003, pp. 49-147), and later in her reflections on thinking in *The Life of the Mind*, Arendt suggests that another defining characteristic of the person is the capacity to think. Through thinking, individuals develop an inner life in which they enter into dialogue with themselves and thereby become persons in a deeper sense. For Arendt, it is precisely within these internal dialogues that two essential human capacities emerge: conscience and morality. Thinking forces individuals to live with themselves (Arendt, 2003) something that those who refuse to think avoid altogether. As Walsh (2017, p. 161) explains, «personality and morality are co-constitutive,» such that there exists a continuum between «nobodies» and persons. The former lack inner dialogue and are incapable of seeing the world from the perspective of others, whereas persons develop, to use an Orteguian term, a moral sense through inwardness and self-reflection: «the greatest evil perpetrated is the evil committed by ‘nobodies,’ that is, by human beings who refuse to be persons» (Arendt, 2003, p. 111). In Shuster’s words, «The question of extreme evil, then, just is the question of whether one is or is not a person, a self who has taken upon herself the responsibility inherent to having one’s own take on the world (i.e., a take that is not merely conditioned by the formulations of society, totalitarian, or otherwise)» (Shuster, 2018, p. 7). For Arendt, then, being a person means possessing a perspective on the world and exercising judgment upon reality. Through this process, individuals establish who they are, define their own limits, and constitute a particular self. (Arendt, 2003, p. 101). Arendt also emphasizes the importance of the private sphere for personal development and as a necessary condition for entering the public realm (Ibid). As she writes in her essay *Crisis in Education*: «Everything that lives, not vegetative life alone, emerges from darkness and, however strong its natural tendency to thrust itself into the light, it nevertheless needs the security of darkness to grow at all» (Arendt, 1993, p.186).

Privacy, for Hannah Arendt, is indispensable for action, a concept that is central to her political phenomenology (Loidolt, 2018, p.145). Arendt distinguishes between three fundamental activities within the *vita activa*: labor, work, and action. While the first relates to the maintenance of the biological life of the *animal laborans*, and the second to the material construction of the world by the *homo faber*, action refers to the human capacity to act and speak within a shared world

in which one may be remembered and become part of a story (Arendt, 2018, p. 97). What is essential is not merely being an individual, that is, a something, but being someone who acts within the web of relationships that constitutes the common world and a shared sense of reality, in other words, within a plurality. For this reason, as Loidolt (2020, p. 166) emphasizes, Arendt's phenomenology of the political places persons at the center, proposing an ontology of personhood. It is persons who act, and who become who they are through publicly interacting with others and appearing before them. Consequently, plurality itself is threatened whenever the irreducible uniqueness of each person is flattened, something that is, in fact, fundamentally antipolitical (Arendt, 2018, p. 214).

Although persons acquire their identities by generating stories through their actions, there nevertheless exists an «anarchic quality of appearance,» since the outcome of action can never be fully controlled. This «allows one to experience oneself as an end in itself within an open web of relationships, that is, as a person» (Loidolt, 2024, p. 186). It is within this common sphere that one becomes who one is and, therefore, Arendt, like Ortega, distances herself from substantialist conceptions of the self, emphasizing instead a relational and circumstantial ontology. Just as the key to José Ortega y Gasset's thought lies in the co-constitution of the self and circumstance, summarized in his well-known phrase, «I am myself and my circumstance, and if I do not save it, I do not save myself,» «what Arendt develops is a description of an interrelational space of meaning in which the self, the world, and others mutually co-constitute one another simultaneously» (*Ibid*, p.182).

One of the central problems of modernity for Hannah Arendt is the disappearance of transcendent principles of legitimacy such as tradition (Arendt, 1993, p. 5), with the result that the world loses its meaning and ceases to be our «home» (Arendt, 2018, pp. 248-257). This loss of the world is what gives rise to mass society and totalitarianism (Arendt, 2017). In *The Origins of Totalitarianism*, Arendt describes the problems associated with the loss of privacy and, paradoxically, with loneliness. There, she also shows how one of the ways terror becomes established as the political substance of totalitarianism is through the destruction of the common space in which persons can appear; in other words, by destroying plurality (*Ibid*, p. 623) and plunging individuals into rootlessness and loneliness (*Ibid*, p. 624). Most fundamentally, the aim of total domination in the concentration camps is the «destruction of the person.» (*Ibid*, p. 626) For this reason, as Loidolt (2024, p. 183) points out, a constellation of «self-world-others» is necessary in order for someone to truly be an agent in the world. Put differently, being a person requires private spaces

of solitude in which one can think, and then act in the world within a shared sense of reality alongside others.

José Ortega y Gasset, for his part, would agree with Arendt's view that the formation of an individual personality is profoundly important and even an ethical imperative (Turró Ortega, 2019). Since human life consists in a dialogue between the self and circumstance, Ortega emphasizes the need to «save» one's circumstance, that is, to appropriate it and give it personal meaning. This is the key to his *ratiovitalism*, through which he argues for the inseparability of life and reason within a particular circumstance. Circumstance provides the framework within which we must necessarily become agents in order to shape our lives and personalize ourselves. However, in *The Revolt of the Masses*, Ortega states:

Perhaps the structure of life in our time largely prevents man from living as a person (...) discouragement will lead the young man to renounce not only all action, but also every personal desire, and he will seek the opposite solution: he will thus imagine a standardized life, composed of desires common to everyone, and will understand that, in order to achieve it, he must request or demand it collectively together with others (Ortega y Gasset, 2004-2010, p. 756).

Here, José Ortega y Gasset moves on both a descriptive and a normative level. On the one hand, he emphasizes that human beings are social beings and therefore live within a society that provides them with formulas for living. On the other hand, persons truly manifest themselves as such when they question those formulas. One must resist the tendency to dissolve into the community and instead affirm one's own personality. For this reason, as López Sastre (2021) points out, Ortega develops a vocabulary that includes terms such as «heroism,» «vocation,» and «authenticity,» all of which refer to the need to be oneself by remaining faithful to that «incorruptible core» or «authentic self» that each individual carries within (Ortega y Gasset, 2004-2010, p. 128). Likewise, concepts such as *ensimismamiento* (inwardness or self-reflection) and *alteración* (*Ibid.*) (alienation into externality) establish a dichotomy between individual agency, which involves thinking, reflecting upon, and judging one's circumstance, and the structures within which one must necessarily live one's life (Walsh, 2021). For Ortega, such agency is an emergent property of human beings. Caballero Bono (2015) further notes that, in addition to solitude and vocation as manifestations of the personal nature of the human being, Ortega also highlights «companionship,» a notion closely related to Arendt's concept of plurality. Since the world is necessarily shared, one discovers oneself first and foremost «in relation to others,» participating in a common sense of reality (Arendt, 2018, pp. 208-209). Identity is therefore the product

of this shared world, which means that personal vocation begins from within it and must ultimately refer back to it.

Roger Scruton complements this reflection by criticizing the modern tendency to reduce the human being to its biological dimension, something particularly evident in neuroscience and evolutionary psychology, which explain the person primarily in terms of brain activity. For Scruton, this is an incomplete conception of what it means to be human because, although science is at least partly correct in describing us through causal laws, the person is something more than the material reality that composes them. A person is a point of view upon reality, a perspective capable of accounting for and justifying its actions within the interpersonal sphere of the lifeworld (Scruton, 2012, p. 32). Modern science possesses the capacity to «distance us from the world, making us distrust the concepts through which we respond to it as persons,» (Scruton, 1986, p. 10) but,

«[H]uman beings find themselves in a peculiar metaphysical situation, one that is shared by no other entity in the natural world. We see ourselves [...] in two contrasting ways: both as objects subject to natural laws, and as subjects capable of dictating our own laws. The human object is an organism like any other; the human subject is in some sense 'transcendental,' observing the world from a point of view at its perimeter». (Scruton, 2014, p.123)

What Roger Scruton emphasizes is that the person, what each of us truly is, transcends the empirical world. The person is part of that world, but not reducible to it. Persons inhabit a shared and intrinsically relational lifeworld in which we are able to give reasons to one another, beyond merely being co-constituted by our circumstances. In other words, subjects are capable of responding to the question «why?» at the level of reason and therefore cannot be understood simply as objects governed by causal laws. For this reason, analyzing human beings solely from a biological perspective, as neuroscience does through its reduction of the person to the brain, is ultimately inadequate (*Ibid*, p. 51).

Similarly, Julián Marías defended the idea that the person is a «corporeal reality» unlike any other. Whereas things are determined by a set of characteristics that define and delimit their being, the person is a projective «unreality.» For Marías, the two fundamental human questions are: «Who am I?» and «What will become of me?» (Marías, 1995, p. 48). This is why the verb *to be* is insufficient for understanding human life, since personal reality is never finished; it is dynamic and future-oriented. It is unreal and unbounded because it is a dramatic unfolding, in the sense that it is always directed toward the fu-

ture (Marías, 1984, p. 89). Given these characteristics, the person is something arcane and inexhaustible; never fully given, never complete, and never entirely knowable. One never fully comes to know another person. Whereas things simply are, and can therefore be analyzed and broken down, the person cannot. In a manner similar to the capacity for natality emphasized by Hannah Arendt, the person, for Marías, is a «radical novelty.» As Marías writes:

«(...) because it is projective, everything personal is primarily future-oriented —or rather, *futurible*, given the essential uncertainty of all human reality, which does not allow one to affirm that something simply ‘will be.’ That is to say, it is a form of reality so radically different from things that, from their point of view, it appears unreal (...) Yet the reality of things is incomparably lesser than that of the person, and for this reason every form of naturalism, materialism, or reduction to what is merely given and present ultimately lacks meaning.» (Marías, 1997, p.16)

In conclusion, drawing upon the ideas of Hannah Arendt, José Ortega y Gasset, Roger Scruton, and Julián Marías, we can identify several elements that constitute the person: freedom, the capacity to think and judge, transcendence beyond the material and the merely biological, a constitutive openness toward the future, embodiment, and relationality. These authors did not reflect specifically on algorithmic technologies. Nevertheless, their respective philosophies provide important insights for contrasting them with the forms of depersonalization embedded in the assumptions of datafication. In the following section, drawing upon recent research on the subject, this article will examine the ways in which such technologies conceive of the person and political citizenship.

3. From Persons to Subatomic Depersonalization

For more than a decade, the power of big data and algorithms has been theorized by various observers and critics who have emphasized their capacity to categorize, govern, and guide human action (Beer, 2017). Grounded in a form of «data colonialism» (Mejías & Couldry, 2024), algorithms establish a new kind of «gaze» that «constitutes the ways in which [data analytics] companies design, construct, and manipulate their algorithms in order to better ‘see,’ conceptualize, and influence people» (Kotliar, 2020, p. 921) Both the political and personal life are reduced to calculable and measurable atoms that can be represented through the aggregation of discrete, independent, and empirically observable units, which are then statistically manipulated.

Ever since nation-states began registering citizens, people have been classified and categorized from birth, thereby constituting us as «informational

persons» (Koopman, 2019) However, in the digital age, as Gilles Deleuze anticipated in his early description of the transition from disciplinary societies to societies of control, we move from the individual to the «dividual,» a being fragmented into data (Haggerty & Ericson, 2000). It is precisely in the «conjunction of big data» and algorithms that, as Kehlenbach (2022) argues, a «new subatomic person» emerges.

This reformulation of the person occurs as increasingly smaller aspects of ourselves are used to identify, classify, and render us useful and predictable through statistical analysis and our subjection to technological mechanisms. The resulting subatomic persons are stripped of all cultural and historical context and assigned an identity beyond their control, one that decisively shapes their agency in the world by alienating them from it. As Agamben (2011) wrote, it was in the nineteenth century, with the development of biometric data such as fingerprints, that a rupture took place in which identity ceased to be primarily a social function and became something biological. This marks a profound transformation, since it is through the recognition of others that we constitute ourselves as persons, whereas we cannot meaningfully take a stance toward or distance ourselves from biological data such as fingerprints.

This production of an «identity without the person» is taken to an extreme through big data technologies. Our metadata are used by governments and corporations to generate typified profiles of «who we are,» subjecting us to forms of power exercised through quantification that reduce us to mere digital percentages (Van der Meulen & Bruinsma, 2019).

In this context, the individual ceases to be the basic unit or atom of Western society. Every time surveillance systems collect the data we leave behind through our interactions with technology, individuals are disaggregated into minute fragments that are later reconstituted in ways that determine our social identities. At the same time, a new epistemology emerges, as data become the privileged source of knowledge and acquire absolute primacy as a mechanism for establishing truth (boyd & Crawford, 2012). The «truth» derived from data becomes more important than our own understanding and our personal relationships with others, while our individuality comes to be governed by algorithms rather than by reflection and introspection. Moreover, because everything remains recorded on the internet, we become prisoners of our past: our data are transformed into a «digital self» considered more «objective» than our analog identity.

Politically, we are beginning to live under an algocracy, that is, «a system of governance in which computer-coded algorithms structure, constrain, incentivize, nudge, manipulate, or encourage different forms of human behavior»

(Danaher, 2020, p. 257) Algocracy transforms reality into an eternal present devoid of the capacity for future transformation—or for action, in Arendtian terms—insofar as this is precisely what the new predictive system requires. As we come to be defined by others and categorized according to patterns of behavior, we become incapable of acting politically. We are transformed into inputs for algocracy, and with this, the plurality of perspectives on social and political problems is lost (Lake, 2017). On the other hand, the expansion of big data creates new forms of knowledge that generate new spaces of power through the development of new forms of biopolitics that fuse state control with corporate technocracy (Kehlenbach, 2022). This is a form of algorithmic governance that is accountable to no one and shielded from the democratic process. Big data, as the privileged site of knowledge and due to its complexity, becomes accessible only to those who possess the technological expertise and power required to handle massive amounts of data. Democratic processes of decision-making, public deliberation, and the transparent discussion of proposals for society that are subject to accountability are eliminated in a society governed by the rationality of big data. This means that political disputes are transformed into technocratic problems that can supposedly be solved through the collection of ever more data and its subsequent analysis by corporations possessing advanced computational capabilities and technical sophistication. The new political subject that emerges from this process is a hyper-individualized entity stripped of all context and deprived of the capacity to construct shared meaning and, therefore, collective action (Lake, 2017).

Can we still be persons and political agents when we are reduced to an aggregate of data and our thoughts and actions are increasingly controlled and conditioned by algorithms? The decomposition of the self and its commodification suggest a debate about agency and morality that ultimately collapses traditional humanist categories (Danaher, 2020). As we become mediated by technologies, interpellated as aggregates of data, and treated as pieces on the chessboard of institutions that subsume us within categories, we must take responsibility for our human condition and our circumstance, in Arendtian and Orteguian terms respectively, and become conscious of the consequences of this depersonalization, which will be discussed below.

4. Datafication and the Postpolitical Eclipse of the Person

Datafication entails a distrust of human judgment (Crawford, 2019); what is sought is the universal, the abstract, the objective, and the perfect (Vallor, 2024, p. 6). We seek to manage our bodies and minds while leaving nothing to chance through the exhaustive technical control of every aspect of our physi-

cal, emotional, psychological, and political lives (Tabachnick, 2013, p. 47). Yet big data and algorithms are incapable of incorporating the personal experience of the self into their abstract quantifications of what each of us is. They cannot answer the most radical questions of life, such as those posed by Julián Marías: «Who am I?» and «What will become of me?» Their explanations fail to encompass the *who*—that is, the personal, transcendent, and future-oriented dimension of being. We become depersonalized to the extent that we eliminate the moral responsibility that accompanies our freedom when we actively participate in the culture of surveillance and delegate decisions to big data and ChatGPT (Gertz, 2023). David Lyon warns about the dangers of this:

«Data-driven surveillance, which is proliferating today, progressively removes human initiative, discretion, and judgment from the situations it touches. Worse still, it tends to reduce our humanity to mere data. Our personhood, understood in Christianity as the ‘image of God,’ capable of responsible action, is reduced to a concatenation of data points, a profile assembled from data residues, an emaciated dividual rather than a fully formed social person [...]. This compromises the very idea of human flourishing.» (Lyon, 2020)

Loidolt, for her part, enumerates «the figures of alienation and deformation in Arendt’s writings that diminish the person, de-individualize them, and, in the worst cases, dehumanize them.» She proposes a possible system of classification that includes:

«[...] the natural processes of labor and life (including pain); competition understood in terms of mere achievement (without any personal dimension); the consumerist culture of mass society (conformism and alienation either as the owner of a commodity or as a commodity itself); disintegration in the condition of the refugee and the stateless person, extending to the horrors of totalitarian bureaucracy; and finally, the camps that produce bare life.» (Loidolt, 2020, p. 182)

In summary, for Hannah Arendt the person in the fullest sense transcends biological necessity and consumption, the realm of the *animal laborans*, as well as what is purely instrumental, the realm of the *homo faber*. Certainly, the condition of the refugee and totalitarianism eradicate every vestige of personhood, whether by excluding individuals from the public space in which one can appear, in the case of the former, or by extinguishing personhood altogether, in the case of the latter. Yet we might also include the «datafied»

individual among these figures of alienation, insofar as such individuals are subjected to constant surveillance and algorithmic processing.

Scruton further reinforces the idea that big data produces depersonalization because, by subsuming persons into measurable and quantifiable types, it eliminates the capacity to account for our actions, thereby seriously threatening our personhood. Datafication ignores reasons, treats the person as a means for controlling and predicting reality, and furthermore erodes relationality:

«When I am interested in someone as a person, their own understanding of their reasons for acting and their declarations of purpose are of the utmost importance to me. In seeking to change their conduct, I first seek to change these understandings, and I accept that they may have valid reasons on their side. However, if I am not interested in them as a person, if for me they are merely a human object that, for better or worse, crosses my path, then I will give no special consideration to their reasons and purposes. If I seek to change their behavior, then (if I am rational) I will choose the most efficient means. For example, if a drug is more effective than the tedious process of persuasion, I will use the drug. Everything depends upon the available basis for prediction. To put it in Kant's famous language: I now treat them as a means, and not as an end. For their ends, their reasons, are no longer sovereign in determining how I act toward them. I am alienated from them as a rational agent, and I do not particularly care whether they are alienated from me.» (Scruton, 1986, p. 53)

In short, datafication poses profound challenges to the constitutive elements of personhood identified by Hannah Arendt, José Ortega y Gasset, Julián Marías, and Roger Scruton. It suppresses freedom by eliminating contexts for action and undermining the capacity to think and judge through the imposition of a totalizing epistemology of quantification. It erases the transcendent dimension of the person by reducing human beings to something purely biological or behaviorist. It ignores the constitutive openness of the person toward the future, insofar as personal projection is irrelevant to data, while also disregarding the fundamentally relational nature of the person as an agent capable of giving reasons for their actions in the world.

It is therefore essential to reflect upon what can be done within a Western technological ecology that is moving toward ever greater digital interconnection, through which increasing areas of human life are surveilled and colonized as sources of data. This reality must be acknowledged, and we must learn to conduct our lives within it—to «save our circumstance,» in Ortegui-an terms. Doing so requires nuance and an awareness that freedom, and its

restriction through datafication and algorithms, is not absolute. Freedom is not something one either entirely possesses or entirely lacks; rather, it is multidimensional and scalar. At times, delegating decisions and aspects of our freedom to algorithmic systems can indeed be highly useful (Danaher, 2020).

But this requires a certain degree of individual responsibility and the active exercise of our personal nature (Castleton, 2024). Vallor (2011) draws upon José Ortega y Gasset to argue that, within a mass technological culture in which we possess countless means but no longer know what to desire, it becomes essential to cultivate virtues that allow us to authentically identify and choose which ends to pursue. Datafication and algorithms become a threat if we do not possess the practical wisdom (*phronesis*) necessary to navigate them, making this one of the great sociopolitical questions of our time. Bruno Latour (2012) argued that it is necessary to «love technology as we love our children,» (*Ibid.*) meaning that the products of human technique are not autonomous, beyond control, or necessarily oppressive; rather, they require us to take responsibility for their impact upon us, since they are part of ourselves. In this sense, authors such as Dorresteijn (2017), Aagaard (2021), Pangrazio & Selwyn (2023) propose that we must exercise a form of «care for our hybrid self,» actively shaping the relationship we establish with datafication, since the constitution of our subjectivity is inconceivable independently of technology in general and, today, independently of big data and algorithms in particular. This entails developing a literacy regarding these technologies that enables us to become conscious of how they affect us as persons (Sander, 2020a, 2020b). Pangrazio & Selwyn (2023, p. 85) propose that «a new literacies approach would begin by attempting to open the black box of datafication, that is, by identifying and understanding when and how we generate digital data through our everyday interactions with digital devices and systems.» Caring for our hybrid self may involve attempting to develop the capacity to be seen as little as possible, thereby avoiding being placed into categories designed for prediction, difficult though this may be. The digital divide of our time increasingly lies in the distinction between those who are both able and willing to do this and those who are not (Gran, Booth & Bucher, 2021). It is highly significant that, while technology leaders promote the use of the social media platforms and applications they design, they often shield their own children from them (Rausch, Haidt & Torres, 2024).

This call for personal responsibility does not preclude the possibility of collective approaches to the problem, such as collective data governance. Some argue that traditional governance frameworks emphasizing individual consent fail to capture the complexities surrounding data ownership, control, and

ethical use. For this reason, one possible path forward is the development of collective governance by the groups directly affected by the collection and use of their data (Rone & Biancalana, 2025). A concrete example of this is the First Nations Information Governance Centre (FNIGC), which is responsible for the stewardship and administration of data relating to the Indigenous peoples of Canada. This center safeguards community interests, intergenerational sustainability, self-determination, data sovereignty, and oversight of algorithmic data processing. (Wong, Duncan & Lake, 2025) These are models that are beginning to chart a path forward so that, ultimately, we may live lives that are more genuinely our own.

5. Conclusion

With digital technologies, surveillance has become the basic organizational form of virtually every institution of our time and something we inevitably experience in our everyday lives. In daily life, algorithms powered by big data embody a growing tendency toward atomization, quantification, and classification, through which complex human actions are reduced to data and a series of calculable steps (Willson, 2017, p. 149). This raises profound questions about how to conceive of the person within hyperconnected societies. Classical thinkers such as Hannah Arendt and José Ortega y Gasset, along with more contemporary authors such as Julián Marías and Roger Scruton, provide us with key concepts for evaluating how datafication impacts personal life. There exists an underlying assumption that the more variables involved in human life can be controlled, the more precisely personal being itself can be understood (Vargas, 2012, p. 70). But this vision is mistaken because it reduces the person to circumstance, ignoring that circumstance must be «saved,» as José Ortega y Gasset would argue. The reality, as Julián Marías writes, is that «[m]y life is not a thing but a doing, a projective, narrative, dramatic reality that does not properly 'exist' but rather unfolds.» Datafication transforms us into isolated, hyper-individualized, decontextualized, categorized, and predicted subatomic entities living within a continuous present. Although we must recognize that our personal condition is indeed hybrid, it is equally necessary to emphasize our capacity for reflection and decision-making, both individually and politically, so that we may become conscious of the ways in which we are shaped by big data and algorithms, and do as much as possible to prevent our personhood from being colonized by them.

References

- Aagaard, J. (2021). The care of our hybrid selves: Towards a concept of Bildung for digital times. *Journal of Philosophy of Education*, 55(1), 41–54. <https://doi.org/10.1111/1467-9752.12456>
- Agamben, G. (2011). Identity without the person. En *Nudities* (pp. 46–54). Stanford University Press.
- Arendt, H. (1978). *The life of the mind*. Harcourt Brace Jovanovich.
- Arendt, H. (1993). *Between past and future: Eight exercises in political thought*. Penguin Books.
- Arendt, H. (2003). Some questions of moral philosophy. En J. Kohn (Ed.), *Responsibility and judgment* (pp. 49–147). Schocken Books.
- Arendt, H. (2006). *Eichmann in Jerusalem: A report on the banality of evil*. Penguin Books.
- Arendt, H. (2017). *The origins of totalitarianism*. Penguin Books.
- Arendt, H. (2018). *The human condition* (2nd ed.). University of Chicago Press.
- Beer, D. (2017). The social power of algorithms. *Information, Communication & Society*, 20(1), 1–13. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2016.1216147>
- Bono, J. L. C. (2015). Constantes personalistas de la naturaleza humana en José Ortega y Gasset. *Quién. Revista de Filosofía Personalista*, 1, 117–132.
- Boyd, D., & Crawford, K. (2012). Critical questions for big data: Provocations for a cultural, technological, and scholarly phenomenon. *Information, Communication & Society*, 15(5), 662–679. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2012.678878>
- Burgos, J. M. (2009). ¿Es Julián Marías personalista? En J. L. Cañas & J. M. Burgos (Eds.), *El vuelo del Alción: El pensamiento de Julián Marías* (pp. 147–164). Páginas de Espuma.
- Castleton, A. (2024). Pensar y ensimismarse: José Ortega y Gasset y Hannah Arendt frente al problema de juzgar un mundo tecnológico. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 41(2), 381–392. <https://doi.org/10.5209/ashf.85165>
- Crawford, M. (2019). *Algorithmic governance and political legitimacy*. *American Affairs*, 3(2). <https://americanaffairsjournal.org/2019/05/algorithmic-governance-and-political-legitimacy/>
- Crawford, M. (2020). *Why we drive: On freedom, risk and taking back control*. Random House.
- Crawford, M. (2024). *Big tech and the challenge of self-government*. The Heritage Foundation. <https://www.heritage.org/conservatism/report/big-tech-and-the-challenge-self-government>
- Cullen, D. (2016). The personal and the political in Roger Scruton's conservatism. *Perspectives on Political Science*, 45(4), 261–271. <https://doi.org/10.1080/10457097.2016.1222220>

- Danaher, J. (2020). Freedom in an age of algocracy. En S. Vallor (Ed.), *The Oxford handbook of philosophy of technology* (pp. 250–272). Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190851187.013.16>
- Dorresteijn, S. (2017). The care of our hybrid selves: Ethics in times of technical mediation. *Foundations of Science*, 22(2), 311–321. <https://doi.org/10.1007/s10699-015-9440-0>
- Gertz, N. (2023). More than machines? Jacques Ellul on AI's real threat to humanity. *Commonweal*, 150(8), 24–28. <https://www.commonwealmagazine.org/jacques-ellul-gertz-artificial-intelligence-AI-WGA-technology>
- Gillespie, T. (2016). Algorithm. En B. Peters (Ed.), *Digital keywords: A vocabulary of information society and culture* (pp. 18–30). Princeton University Press.
- Gran, A., Booth, P., & Bucher, T. (2021). To be or not to be algorithm aware: A question of a new digital divide? *Information, Communication & Society*, 24(12), 1779–1796. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2020.1736124>
- Haggerty, K. D., & Ericson, R. V. (2000). The surveillant assemblage. *British Journal of Sociology*, 51(4), 605–622. <https://doi.org/10.1080/00071310020015280>
- Kehlenbach, E. S. (2022). The subatomic person: A new ontology of big data. *Theory & Event*, 25(4), 851–872. <https://doi.org/10.1353/tae.2022.0052>
- Koopman, C. (2019). *How we became our data: A genealogy of the informational person*. University of Chicago Press.
- Kotliar, D. M. (2020). Data orientalism: On the algorithmic construction of the non-western other. *Theory and Society*, 49(5–6), 919–939. <https://doi.org/10.1007/s11186-020-09404-2>
- Lake, R. W. (2017). Big data, urban governance, and the ontological politics of hyperindividualism. *Big Data & Society*, 4(1), 1–10. <https://doi.org/10.1177/2053951716682537>
- Latour, B. (2012). *Love your monsters: Why we must care for our technologies as we do our children*. Breakthrough Institute. <https://thebreakthrough.org/journal/issue-2/love-your-monsters>
- Loidolt, S. (2018). *Phenomenology of plurality: Hannah Arendt on political intersubjectivity*. Routledge.
- Loidolt, S. (2020). Who one is—A political issue? Hannah Arendt on personhood, maximal self, and bare life. En T. Bedorf & S. Herrmann (Eds.), *Political phenomenology* (pp. 165–192). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429259852-9>
- Loidolt, S. (2024). Hannah Arendt: Plurality, worldliness, and action: Inverting the image of totalitarianism. En *The Routledge handbook of political phenomenology*. Routledge.
- Lyon, D. (2018). *The culture of surveillance*. Polity Press.
- Lyon, D. (2020). Christians in a surveillance culture. *Zadok Perspectives*, 149, 5–7.

- Marías, J. (1984). *Breve tratado de la ilusión*. Alianza Editorial.
- Marías, J. (1995). *Antropología metafísica*. Alianza.
- Marías, J. (1997). *Persona*. Alianza.
- Mau, S. (2019). *The metric society: On the quantification of the social*. Polity Press.
- Mejías, U. A., & Couldry, N. (2019). Datafication. *Internet Policy Review*, 8(4). <https://doi.org/10.14763/2019.4.1427>
- Mejías, U. A., & Couldry, N. (2024). *Data grab: The new colonialism of big tech and how to fight back*. University of Chicago Press.
- Ortega y Gasset, J. (2004–2010). *Obras completas* (Vols. I–X). Taurus/Fundación José Ortega y Gasset.
- Pangrazio, L., & Selwyn, N. (2023). *Critical data literacies: Rethinking data and everyday life*. MIT Press.
- Pasquale, F. (2015). *The black box society: The secret algorithms that control money and information*. Harvard University Press.
- Puzio, A. (2025). AI and the disruption of personhood. En P. Hacker (Ed.), *Oxford intersections: AI in society*. Oxford Academic. <https://doi.org/10.1093/9780198945215.001.0001>
- Rausch, Z., Haidt, J., & Torres, L. (2024). Social-media companies' worst argument: Why are tech leaders so adamant about pushing their creations on other people's kids, while protecting their own? *The Atlantic*. <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2024/09/social-media-lgbtq-teens-harms/679798/>
- Sander, I. (2020a). Critical big data literacy tools—Engaging citizens and promoting empowered internet usage. *Data & Policy*, 2. <https://doi.org/10.1017/dap.2020.5>
- Sander, I. (2020b). What is critical big data literacy and how can it be implemented? *Internet Policy Review*, 9(2), 1–22. <https://doi.org/10.14763/2020.2.1479>
- Scruton, R. (1986). *Sexual desire*. Continuum.
- Scruton, R. (2007). The trouble with knowledge. *Technology Review*, 110(3), 78–86.
- Scruton, R. (2011). Neurononsense and the soul. En J. Wentzel van Huyssteen & E. Wiebe (Eds.), *In search of self: Interdisciplinary perspectives on personhood* (pp. 338–356). Eerdmans.
- Scruton, R. (2012). *The face of God*. Continuum.
- Scruton, R. (2014). *The soul of the world*. Princeton University Press.
- Shuster, M. (2018). Hannah Arendt on the evil of not being a person. *Philosophy Compass*, 13(7). <https://doi.org/10.1111/phc3.12504>
- Tabachnick, D. E. (2013). *The great reversal: How we let technology take control of the planet*. University of Toronto Press.

- Turró Ortega, G. (2019). El compromiso por la vida auténtica en Ortega y Gasset. *Anuario Filosófico*, 52(3), 539–552. <https://doi.org/10.15581/009.52.3.004>
- Vallor, S. (2011). Knowing what to wish for: Human enhancement technology, dignity and virtue. *Techné: Research in Philosophy and Technology*, 15(2), 137–155. <https://doi.org/10.5840/techne201115213>
- Vallor, S. (2024). *The AI mirror: How to reclaim our humanity in the age of machine thinking*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780197759066.001.0001>
- Van der Meulen, M., & Bruinsma, M. (2019). What computers shouldn't do, as 'aggregate of data': A critique of algorithmic decision-making. *AI & Society*, 34(2), 343–354. <https://doi.org/10.1007/s00146-018-0852-6>
- Vargas, J. (2012). La persona: su función política y su responsabilidad moral en el pensamiento de Hannah Arendt. En L. Quintana & J. Vargas (Eds.), *Hannah Arendt: Política, violencia, memoria, Universidad de los Andes* (pp. 67–82). Universidad de los Andes.
- Walsh, P. (2017). Hannah Arendt on thinking, personhood and meaning. En P. Baehr & P. Walsh (Eds.), *The Anthem companion to Hannah Arendt* (pp. 155–174). Anthem Press.
- Walsh, P. (2021). Emotions, personhood and social ontology: A critical realist approach. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 51(3), 371–390. <https://doi.org/10.1111/jtsb.12276>
- Wilson, M. (2017). Algorithms (and the) everyday. *Information, Communication & Society*, 20(1), 137–150. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2016.1200645>
- Wong, W.-H., Duncan, J., & Lake, D. A. (2025). Why data about people are so hard to govern. *Regulation & Governance*, 19(1), 236–252. <https://doi.org/10.1111/regg.12591>
- Zimmerman, J. (2023). Personhood and technology. En J. Zimmerman (Ed.), *Human flourishing in a technological world: A theological perspective* (pp. 72–93). Oxford University Press.

Los desafíos de las nuevas tecnologías en la modernidad líquida.

Una propuesta antro-po-técnica frente a los riesgos de la necro-técnica para la condición humana¹

Alejandro de Haro Honrubia

Universidad de Castilla-La Mancha

España

Resumen: Este trabajo versa sobre uno de los grandes desafíos a que se enfrenta la condición humana. Un desafío vinculado a los usos y sobre todo abusos de las nuevas tecnologías o la técnica moderna. Desde la antigüedad clásica el tema de la técnica ha sido motivo de reflexión, aunque ha resultado especialmente preocupante durante el pasado siglo XX por los acontecimientos vividos y por todos conocidos. Un desafío que continúa en este siglo XXI y de no cambiar las cosas, con perspectivas de futuro. Lejos de ver solamente el lado positivo o más amable de las nuevas tecnologías o la técnica moderna, en este artículo nos ocuparemos de su lado más siniestro o negativo. La necro-técnica es el término que nos proponemos estudiar al representar el lado más siniestro o amenazante de la técnica en la actualidad. Frente a él defendemos la idea de una antro-po-técnica o técnica al servicio de la humanidad.

Palabras clave: Necro-técnica; Antro-po-técnica; Humanidad; Modernidad líquida; Progreso.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.717831>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

¹ Este trabajo se inserta en las actividades que desarrolla el Grupo de Investigación consolidado, *Filosofía y Antropología: Cosmopolitismo, Globalización y Derechos Humanos* (Universidad de Castilla-La Mancha), que dirige el profesor Dr. Alejandro de Haro Honrubia. También se incluye en las actividades desarrolladas en el marco del proyecto «Patrimonio cultural, pensamiento y desarrollo sostenible en Castilla-La Mancha: creación de contenidos y nuevas experiencias viajeras para la transición digital y sostenible del turismo», dirigido por el profesor Dr. Alejandro de Haro Honrubia. Convocatoria 2025 de Expresiones de Interés por parte de los grupos de investigación para la obtención de ayudas para la realización de proyectos de investigación aplicada en el marco del plan propio de investigación, cofinanciadas en un 85% por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

The challenges of new technologies in liquid modernity.

An anthropo-technical proposal in the face of the risks of necro-technique for the human condition

Abstract: This work deals with one of the great challenges facing the human condition. A challenge linked to the uses and above all abuses of new technologies or modern technology. Since classical antiquity, the subject of technique has been a cause for reflection, although it has been especially worrying during the last twentieth century due to the events experienced and known to all. A challenge that continues in this twenty-first century and of not changing things, with prospects for the future. Far from seeing only the positive or kinder side of new technologies or modern technology, in this article we will deal with their more sinister or negative side. Necro technique is the term we propose to study as it represents the most sinister or threatening side of technology today. Against it we defend the idea of an anthropo-technique or technique at the service of humanity.

Keywords: Necro-technique; Anthropo-technique; Humanity; Liquid Modernity; Progress.

1. Presentación y justificación de la elección del tema. Los peligros de la necro-técnica

Este no es un artículo más sobre el impacto de las nuevas tecnologías —mención aparte merecería la inteligencia artificial (AI)— en el tejido social y en todos los ámbitos de la vida humana que no debiera perder su condición, como diría Ortega, de realidad radical, es decir, de realidad, no única, pero si para cada cual la realidad más importante y preciada y que tenemos que salvaguardar de verse inmersa en un mundo de objetos o cosas -con el peligro de convertirnos en una «cosa» mas-, donde incluimos los aparatos tecnológicos, que eclipsen en exceso el lado más humano de cada cual. Aquí no hablaremos del peligro de las armas de destrucción masiva, o lo que es igual, de la industria armamentística, sino del peligro o riesgo de las que denomino microtecnologías o redes tecnológicas, aquellas que han invadido el mundo de la vida («Lebenswelt»). Hablaríamos del *fetichismo de la mercancía* o de las nuevas tecnologías, algo a lo que ya apuntaba Herbert Marcuse en su conocida obra *El hombre unidimensional*: «La gente —afirma Herbert Marcuse en esta obra— encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, en su equipo de cocina. Las formas predominantes de control social son tecnológicas en un nuevo sentido» (Marcuse, 1984, p. 39).

Ciertamente, hemos reemplazado el trato directo humano por el trato indirecto a través dispositivos o artefactos con las cuales nos identificamos. Ya decía Ortega en 1939: «El hombre contemporáneo, demasiado entretejido con el manejo de objetos y artefactos, perdió casi por entero la cultura de humanidades y no tiene la menor técnica para el trato y la absorción del prójimo» (*Balada de los barrios distantes*, OC, IX, p. 227)².

En este trabajo proponemos como novedad analizar un término como es el de necro-técnica que representa el lado más siniestro o amenazante de la técnica moderna en la actualidad. Frente a él defendemos la idea de una antro-po-técnica o técnica al servicio de la humanidad.

No se trata de denostar el avance tecnológico, no tiene sentido hacerlo, pues tiene sus virtudes, pero también sus vicios o lado menos amable o positivo. Lo que no debiera ser necesariamente un problema, se ha acabado convirtiendo en uno de los mayores desafíos del mundo contemporáneo o, por decirlo en términos de Zygmunt Bauman, de nuestro mundo o modernidad líquida. Un desafío que incluye las terribles consecuencias a que nos enfrentamos por no respetar la naturaleza sobreexplotando técnicamente a esta³. Pero también un desafío por las consecuencias que tiene la técnica en el campo de las relaciones humanas, pues ha acabado empobreciéndolas, a lo que se suma el control y vigilancia que sufrimos a través de determinados aparatos electrónicos o dispositivos, *big data*, *algoritmos*...nuevas técnicas al servicio de un capitalismo de la vigilancia, por decirlo con palabras de la socióloga y profesora de la Harvard Business School, Shoshana Zuboff (2019).

Son cada vez más los autores que ven con estupefacción cómo el mundo de la técnica va ganando cada vez más terreno al mundo de las relaciones humanas como relaciones cercanas donde las personas interaccionen directamente y no a través de dispositivos o redes. Vivimos en una sociedad hiperconectada digitalmente que socava la libertad y la autonomía individual, al hacernos extremadamente dependientes de un aparato o conjunto de ellos que han secuestrado nuestra voluntad o capacidad de decisión personal. Es la ilusión de sentirse libre en un mundo donde todo está automatizado, incluido el comportamiento humano. La técnica ha acabado invadiendo y secuestrando el alma del individuo contemporáneo. Como ya dije en otro trabajo (De Haro, 2024), la razón técnica

2 Las citas de las obras de José Ortega y Gasset remiten a la edición de Ortega y Gasset, J. (2004-2010), *Obras Completas*, Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset. En adelante, al título del escrito sigue en números romanos el tomo y en arábigos la (s) página (s).

3 El deterioro de la naturaleza también responde al poco respeto que, en ocasiones, mostramos hacia ella, por ejemplo, arrojando vertidos tóxicos. La contaminación del mundo de la naturaleza, que es una forma de agresión.

y calculadora conduce a una nueva barbarie y a la dominación total del hombre o a su degeneración descendiendo en la escala de la civilización. Se trata de una razón de dominio que oprime más que emancipa o libera. Como afirman los frankfurtianos Horkheimer y Adorno (Véase Horkheimer y Adorno, 2003, p. 85; véase también Horkheimer, 2010), este tipo de razón no ha liberado al hombre. Lo ha hundido, por el contrario, en la más absoluta e irracional opresión. La razón dominadora instrumental cosifica y se ha impuesto en nuestra sociedad a la razón comunicativa que posibilita el diálogo intersubjetivo y directo como fuente de entendimiento entre individuos.

Podríamos también recuperar aquellas proféticas palabras de Karl Marx a través de las cuales este definía la religión, de la que decía que es el «opio del pueblo» o el «suspiro de la criatura oprimida», solo que ahora la religión es la tecnología.

Resulta interesante preguntarnos qué ha ocurrido con las relaciones humanas en un mundo extremadamente mediado por nuevas tecnologías (cada día surgen más o se sofistican las que ya están en un mundo líquido donde todo cambia a una velocidad apabullante que nos desconcierta cada vez más) que aparentemente nos aproximan, pero que en realidad nos aíslan acrecentando un fenómeno cada vez más alarmante en nuestras sociedades como es la soledad que afecta a todos los grupos de edad y de forma cada vez más intensa, entendiéndose ya en términos de pandemia.

Junto a la soledad y en estrecha relación con ella, encontramos una preocupante crisis de confianza en el campo de las relaciones humanas. La confianza, como dice el sociólogo Zygmunt Bauman, se ve sustituida «por la sospecha universal», sospecha de todos para con todos: «Las alianzas, los compromisos y los vínculos humanos nacidos de la sospecha, engendran sospechas. Llevan todos ellos cláusulas de rescisión», abocados al vertedero/basurero desde que nacen: «Desde el momento de su nacimiento, los compromisos se contemplan y se tratan como residuos potenciales» (Bauman, 2005, p. 122).

Estamos asistiendo al espectáculo de una precariedad sin precedentes de los vínculos humanos, que podemos entender en forma de fugacidad de las lealtades comunales y en forma de fragilidad y revocabilidad de los compromisos y las solidaridades. El nuevo individualismo, el debilitamiento de los vínculos humanos y el languidecimiento de la solidaridad son consecuencia de impulsar una Globalización *negativa* unilateral. El precio que debe pagarse *a diario* dice Zygmunt Bauman, podemos entenderlo «en forma de trastornos y devastación sociales» (Bauman, 2008b, pp. 174-175).

La sociedad se ha convertido en un ámbito de peligro e inseguridad, de sospecha global, que ha desplazado a lo que entendíamos por comunidad

como ámbito de cercanía y seguridad. Las relaciones societarias son «frías» e impersonales, desplazando a las relaciones «cálidas», familiares o más personales. En el mundo actual –no sólo en el occidental– dominado por la impersonal y capitalizada cultura tecnológica y de consumo de masas: «la solidaridad tiene pocas posibilidades de brotar y echar raíces. Las relaciones destacan sobre todo por su fragilidad y superficialidad» (Bauman, 2005, pp. 166-167). Así lo han destacado también Gilles Lipovetsky y Jean Serroy. En su ensayo *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada* (2010), ambos autores nos hablan de una hipermodernidad organizada sobre la base de cuatro polos como son el hipercapitalismo, la hipertecnología, el hiperindividualismo y el hiperconsumo, «principios estructuradores del mundo que se avecina». La conjunción de todos ellos suscita nuevos temores y cautelas. Bajo el nuevo orden global definido por aquellos cuatro polos desaparecen, según Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, la sociabilidad y la solidaridad, todos los valores e ideales que definen el humanismo moderno: «¿Qué será de los vínculos comunitarios, de las relaciones basadas en el respeto y la devoción, en sociedades que no conocen más que las transacciones con IVA? ¿No representa esto un nuevo paso hacia el nihilismo?» (Lipovetsky y Serroy, 2010, pp. 68 y 122).

2. Necro-técnica y medio ambiente o naturaleza. Algunos ejemplos etnográficos

Pero no solamente se ve afectado el campo de las relaciones humanas, también lo está la que sería nuestra relación con el medio o entorno, que en ocasiones se ve afectado por el comportamiento humano cuando este hace de aquel un uso inapropiado. Uso inapropiado que a veces acontece por una sobreexplotación técnica de la naturaleza, que no deja de ser sino un ejemplo más de necro-técnica.

El sociólogo alemán Ulrich Beck nos habla de la mentira tecnocrática. Porque en el mundo del «*homo oecologicus*» la democracia pierde su primado y las desigualdades que produce el cambio climático y la política climática se convierten en un asunto menor (...). ¿Qué democracia es posible en la época del cambio climático? O en una formulación más exacta: ¿Por qué es el progreso de la democracia *conditio sine qua non* de una cosmopolítica del cambio climático?» (Beck, 2011, pp. 156-157).

El filósofo H. G. Gadamer también nos dice que el problema que conlleva nuestro deseo de dominar y controlar la naturaleza mediante la técnica es que, al pretender dominarla, sustituirla, produzcamos un irreversible proceso de aniquilación. Para el eminente pensador alemán: «la naturaleza no puede considerarse como un objeto de explotación, sino que ha de ser entendida como aquello otro con lo que tenemos que vivir» (Gadamer, 2000, p. 9). Lo

que está planteando Gadamer se encuentra en sintonía con aquello de que alertan actualmente las corrientes ecologistas que rechazan el predominio de la especie humana y la unilateralidad de las relaciones entre el hombre y la naturaleza que llevan a la contaminación y a la expansión ciega. Para los ecologistas la naturaleza no debe ser «un tesoro a saquear, una fuerza a explotar sino un interlocutor digno de ser escuchado y respetado. Solidaridad de las especies vivas, protección y salud del entorno, toda la ecología se basa en un proceso de personalización de la naturaleza, en la conciencia de esa unidad irremplazable, no intercambiable, finita por más que sea planetaria, que es la naturaleza». Los ecologistas se dedican efectivamente a poner freno y detener el proceso ilimitado de la expansión económica, «rechazando el modelo productivista». Reclaman una «mutación tecnológica, el empleo de técnicas suaves, no polucionantes» (Lipovetsky, 2003, pp. 27 y s.). Lo que sería un ejemplo de lo que en este artículo entendemos como antro-po-técnica, una técnica que no amenace ni al ser humano ni a la naturaleza sino que sirva tanto a aquel como a esta.

No es menos cierto que la tecnología también nos puede ayudar a enfrentar algunos eventos naturales o climáticos imprevisibles, aunque a veces estos son consecuencia del cambio climático que nosotros mismos hemos ocasionado. Pero no todos los pueblos del planeta tierra disponen de los mismos recursos tecnológicos para hacer frente a posibles fenómenos naturales inhóspitos.

Son, por ejemplo, muchos los pueblos aborígenes o indígenas comprometidos con la naturaleza, como los mapuches o araucanos en el sur de la Argentina y Chile. Estos mapuches u hombres de la tierra se denominan así porque creen que sus ancestros nacieron directamente de la tierra chilena. Los mapuches provienen, como todos los hombres, de la naturaleza, siendo el matiz diferenciador el respeto que muestran hacia ella. Los mapuches pueden afirmar con seguridad de sí mismos lo siguiente, según nos cuenta Otfried Höffe: «no sólo respetamos la naturaleza, sino que somos parte de ella». Existe un fuerte compromiso de aquéllos con la naturaleza, aun cuando también es verdad que los mapuches no escapan a los horrores de la naturaleza. Están incluso sometidos con más fuerza a aquellos, por carecer de infraestructuras y de tecnologías modernas o avanzadas que se interpongan entre ellos y la naturaleza salvaje. Para contrarrestar esta situación, recurren a aquellas figuras, como dioses, a los que atribuyen un poder manifiesto sobre la naturaleza, ofreciéndole sacrificios. Como dice Otfried Höffe, quien se siente intensamente parte de la naturaleza tiende al fatalismo «y cede demasiado pronto a su poder superior» (Höffe, 2007, p. 278).

3. Progreso técnico, inseguridad y vacío moral en la sociedad líquida actual

El sociólogo Zygmunt Bauman, con asombrosa lucidez en sus análisis sobre la globalización y sus efectos más negativos, alerta del acusado contraste entre el despegue tecnológico y el adormecimiento ético de la humanidad. La tecnología emancipada de nuestros tiempos modernos líquidos fomenta, según él, la *sedación ética*:

«Proporciona abundantes atajos de salida para los impulsos morales y soluciones de reparación rápida para los dilemas éticos, al tiempo que libera a los actores de responsabilidad por lo uno y por lo otro, y desplaza el peso de dicha responsabilidad hacia los artefactos técnicos y, a largo plazo, *inhabilita moralmente* a esos actores adormeciendo su conciencia moral, inculcándoles insensibilidad a la repercusión total de los retos morales y, en definitiva, desarmándolos moralmente cuando se trata de elegir opciones complicadas que requieren una cierta dosis de abnegación y sacrificio. En especial, cuando viene vehiculado por los mercados de consumo, el denominado *fetichismo tecnológico* traduce las elecciones morales en actos de selección de los artículos comerciales correctos, lo que implica que todos los impulsos morales pueden descargarse y todos los problemas éticos resolverse (o, al menos, simplificarse y hacerse más fáciles) con la ayuda de los productos de las industrias biotécnica, biogenética o farmacéutica. La *sedación ética* viene en el mismo paquete que la tranquilidad de conciencia y la ceguera moral. Nuestra sensibilidad moral apenas ha progresado desde la época de Adán y Eva» (Bauman, 2008b, pp. 119 y s.).

Esta insensibilidad o vacío moral que tanto nos afecta y que tanto ha denunciado Zygmunt Bauman a lo largo de su carrera, se evidencia en muchas de las acciones que llevamos a cabo y que pueden afectar gravemente «a espacios y gentes que habitan esos lugares».

Pero, por otro lado, y como la otra cara de la misma moneda, también afirma Bauman que la generación tecnológicamente mejor equipada de la historia humana es también la más acuciada por sentimientos como la fragilidad, la inseguridad y la impotencia, «nos sentimos más amenazados, inseguros y asustados» (Bauman 2008b, pp. 131 y ss.).

Como ya señalé en otro trabajo (De Haro, 2014), el mundo global en que habitamos se caracteriza por la creciente inestabilidad, inseguridad e incertidumbre en una sociedad tecnológica y de consumo global donde predomina más la estética que la ética. En el juego de la sociedad postmoderna o sociedad líquida, «la fragilidad y la transitoriedad son los nombres del juego» (Bauman, 2005). Es importante señalar que este concepto de lo líquido no tiene para Bauman un significado necesariamente negativo, pues se trata de un tér-

mino descriptivo/positivo -describe con hechos el momento en que vivimos-, aun cuando algunas de las consecuencias de vivir en una sociedad líquida no sean para nada positivas. En *Múltiples culturas, una sola humanidad* (2008), dice Bauman: «Durante mucho tiempo intenté captar los rasgos característicos de esta época y así surgió el concepto de lo líquido. Es un concepto positivo, no negativo, y sirve para designar lo que es esta época» (Bauman, 2008a, p. 41).

Podemos resumir lo que Bauman entiende por modernidad líquida refiriéndonos al sentimiento dominante hoy en día, el motivo dominante en la acción humana, lo que «los alemanes llaman *Unsicherheit*. Tiene sentido mencionar el término alemán dada su enorme complejidad, que nos obliga a utilizar tres palabras para traducirlo: incertidumbre, inseguridad y vulnerabilidad, si bien se podría traducir también como precariedad. Es un sentimiento de inestabilidad, de que no existe un punto fijo en el que situar la confianza» (Bauman, 2008a, p. 43).

4. Las nuevas generaciones en un mundo ultratecnologizado

Las nuevas fronteras son Internet y el ciberespacio. El nuevo lema es –como afirma el politólogo italiano Giovanni Sartori– *ser digitales*. Los jóvenes del mundo occidental de hoy son ya y en el futuro lo serán todavía más, *cibernautas prácticos: seres ultratecnologizados* que dan la espalda a la vida real, encerrándose en un mundo virtual. Se trata de seres corren el riesgo de perder el sentido de lo real, los límites entre lo verdadero y lo falso, entre lo existente y lo imaginario. La facilidad de la era digital representa la facilidad de la droga, capaz de generar una irreversible adicción a un público de eternos niños soñadores que transcurren toda la vida en mundos imaginarios ¿Terminaremos todos –se pregunta Sartori– siendo *digigeneracionales* y en el ciber mundo? (Véase Sartori, 1998, pp. 53 y s.). La realidad está dando la razón a pasos agigantados a Giovanni Sartori.

La tecnología ha posibilitado un nuevo estilo de vida y una nueva manera de percibir el mundo y los objetos. El desarrollo tecnológico envuelve nuestras vidas. Las máquinas nos afectan a todas horas y por doquier; su precisión, su velocidad y su eficacia dan lugar a la configuración de un nuevo tipo humano. Y ¿cuáles son los rasgos básicos o características de este nuevo tipo de hombre? Este modelo humano se caracteriza por tener un enorme sentimiento de poder. Con sólo pulsar unos botones consigue comunicarse con lugares remotos, en lo que tuvo mucho que ver la implantación de un efectivo sistema de satélites a finales de los años sesenta del pasado siglo XX. Pero también compra aquel un libro que está en una tienda muy lejana o logra que el ordenador o su teléfono móvil de última generación -la cual, a tenor de la veloci-

dad de los progresos técnicos, es última hoy, quedando mañana obsoleta- le obedezca. Esto que tienes sus ventajas, presenta también sus inconvenientes, pues contribuye al incremento de la flacidez mental del individuo al facilitarle la técnica cualquier quehacer vital mínimo.

El individuo proyecta sobre la técnica, más veces de las que debiera, el esfuerzo que está llamado a hacer individualmente. La técnica, al aparecer como capacidad humana en principio ilimitada, hace que, al hombre medio, puesto a vivir de fe en la técnica y sólo en ella, se le vacíe la vida. Porque ser técnico y sólo técnico es poder serlo todo y consecuentemente no ser nada determinado. De puro llena de posibilidades, la técnica es, como afirma Ortega, «mera forma hueca –como la lógica formalista–; es incapaz de determinar el contenido de la vida. Por eso estos años en que vivimos, los más intensamente técnicos que ha habido en la historia humana, son de los más vacíos». (*Meditación de la técnica*, OC., V, p. 596). Palabras de Ortega, como ocurría antes con las de Sartori o también de Marcuse o Marx, de notable actualidad.

Nuestra enfermedad, como también pusieron de relieve estos autores, es de otra índole. Nuestra civilización puede morir por falta de técnicas morales que es otra manera de decir que la necro-técnica o el lado menos halagüeño de la capacidad técnica del ser humano se ha acabado imponiendo.

Frente a esta manera de actuar lo que se propone es una técnica al servicio de la humanidad, no una técnica que acabe oprimiendo a esta o poniéndola a su servicio, o lo que es igual, una antro-po-técnica que tenga en cuenta no solamente los aspectos materiales del progreso sino también los aspectos morales, lo que incluye respetar ciertos límites tanto en relación con la propia vida humana como también en lo que respecta a nuestra relación o interacción con la naturaleza.

Esta situación, como sabemos, es objeto de debate en la actualidad, pero también lo será en los próximos años. Una situación de la que ya se hacía eco Ortega, uno de los más importantes meditadores de la técnica en el siglo XX, y lo hacía especialmente, pero no sólo, en su obra, *Meditación de la técnica* (1935), donde ya decía que: «Uno de los temas que en los próximos años se va a debatir con mayor brío es el del sentido, ventajas, daños y límites de la técnica. ¿Cómo es que en el universo existe esa cosa tan extraña, ese hecho absoluto que es la técnica, el hacer técnica el hombre?» (*Meditación de la técnica*, O.C, V, pp. 553 s).

La técnica ocupa un lugar sin par en la vida humana del individuo actual. El crecimiento de los actos y resultados técnicos que integran la vida de aquel es inaudito. Hoy los supuestos técnicos de la vida superan gravemente los naturales, de suerte tal que materialmente, como ya decía Ortega, el hombre no puede

vivir «sin la técnica a que ha llegado. Esto no es una manera de decir, sino que significa una verdad literal» (*Meditación de la técnica*, O.C, V, p. 597).

Sin embargo, aun cuando vivimos en un mundo global tecnológica y materialmente sin par en la historia de la humanidad, y al cual no tenemos por qué renunciar, no es menos verdad que aquel reclama con urgencia un cambio de rumbo so pena de vernos abocados a una especie de distopía, pues si continúan las condiciones presentes no tenemos garantizada ni la felicidad (como estado en que nos sintamos en armonía con nosotros mismos y con la naturaleza o mundo en torno) ni tampoco el bienestar social.

La excesiva dependencia de la técnica, de los aparatos o artefactos tecnológicos, ha provocado una crisis de finalidad de un pensamiento abocado al vacío («La era del vacío», de la que habla Gilles Lipovetsky). Vivimos una época donde predomina el *nihilismo*, la nada, el absurdo o el vacío existencial, esto es, la falta de imaginación y deseo que inventen y forjen auténticos proyectos de vida, consistentes y no efímeros o con fecha de caducidad («hasta nuevo aviso») o de «usar y tirar» como son los que predominan en el *mundo-consumo* actual (Véase De Haro, 2003, 2004, 2008).

Gille Lipovetsky sostiene que la indiferencia y la apatía son dos de los grandes males que afectan al hombre contemporáneo. El hombre indiferente no se aferra, dice aquél, «a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas». Incluso va más allá, pues afirma Lipovetsky que se ha producido una democratización sin precedentes de la *enfermedad de vivir*, plaga actual difusa y endémica: «En un sistema abandonado, basta con un acontecimiento módico, una nimiedad para que la indiferencia se generalice y se apodere de la propia existencia. Cruzando sólo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la *vulnerabilidad*» (Lipovetsky, 2003, pp. 44 y s.).

Junto a la vulnerabilidad, en la que también incidirán otros autores, como, y entre otros, Zygmunt Bauman o Edgar Morin, el mundo en que vivimos se caracteriza también, como decimos, por el «nihilismo» por la falta de sentido acerca de lo que queremos hacer con nuestra vida como individuos y en sociedad. Una sociedad que ha hecho del progreso económico y tecnológico su ideal aunque este se desvanece, como afirma Lipovetsky. Progreso que, por otro lado, no ha mitigado la enorme desazón y vacío interior que el individuo padece.

El «hombre» que ha comenzado su andadura en este siglo XXI, no sabe qué ser ni qué desear, le falta imaginación para inventar o construir la trama de su propia vida, aun cuando dispone de un sin fin de posibilidades que la técnica le facilita.

5. A modo de breve conclusión

En este trabajo nos hemos ocupado de uno de los grandes desafíos a que se enfrenta tanto el mundo de la naturaleza como el mundo de las relaciones humanas. Un desafío vinculado a los usos y sobre todo abusos de la técnica y que ha sido motivo de reflexión desde la antigüedad clásica, aunque ha resultado especialmente preocupante durante el pasado siglo XX por los acontecimientos vividos y por todos conocidos. Un desafío que, como hemos visto, continúa en este siglo XXI y de no cambiar las cosas, con perspectivas de futuro.

Lejos de ver solamente el lado positivo o más amable de las nuevas tecnologías o la técnica moderna, en este artículo nos hemos ocupado de su lado más siniestro o negativo, aquel que nos hace perder nuestro equilibrio o vínculo con la naturaleza o mundo en torno, así como también nuestra condición de individuos como seres libres y autónomos al convertirnos en esclavos de determinados aparatos o dispositivos.

La necro técnica es el término sobre el cual hemos puesto sobre aviso al representar el lado más siniestro, menos halagüeño o amenazante de la técnica en la actualidad. Frente a ella hemos defendido la idea de una antro-po-técnica o técnica al servicio de la humanidad.

Con la técnica y la tecnología ha surgido un nuevo estilo de vida y una nueva manera de percibir el mundo y los objetos, lo que se debe a que el desarrollo tecnológico envuelve nuestras vidas. Las máquinas, los artefactos o dispositivos de todo tipo nos afectan a todas horas y por doquier; su precisión, su velocidad, su eficacia dan lugar a la configuración de un nuevo tipo humano que se caracteriza por tener un enorme sentimiento de poder, en cuanto con sólo pulsar unos botones consigue, como dijimos, comunicarse con lugares remotos, compra un producto que está en una tienda muy lejana o logra que su ordenador o teléfono móvil de última generación, le obedezca.

El individuo del siglo XXI, con la paradoja de que la técnica moderna ha contribuido a ello, sufre, no obstante, de una radical soledad. Es, por ejemplo, un comprador solitario, autorreferente y sólo preocupado por sí mismo, por su bienestar y comodidad, y que ha hecho «de la búsqueda del mejor precio una cura para la soledad y reniega de cualquier otro tratamiento, un personaje que sólo reconoce como comunidad necesaria de pertenencia a ese enjambre de compradores que atestan los centros comerciales, un personaje en cuyo mundo vital pululan otros personajes que no comparten más que estas virtudes» (Bauman, 2009, pp. 96-97). El consumo, como actividad, es un enemigo natural de cualquier coordinación o integración. Todo esfuerzo por superar la soledad endémica propia del acto de consumo «resultará, en definitiva, vano. Los consumidores seguirán solos, aunque actúen en grupo» (Bauman, 2000, p.

54). El individuo actual, *homo consumens*, como diría el propio Bauman, para ejercer su capacidad de consumo, cada vez recurre más a una máquina (las compras virtuales o a distancia) en la cual ha acabado depositando su alma. Es como un *cyborg* (híbrido entre el humano y la máquina).

Voy a finalizar este artículo con unas palabras de Gilles Lipovetsky en *La era del vacío* (2003), palabras que han resultado premonitorias, o lo que es igual, están siendo confirmadas a diario por la realidad actual.

Advierte aquel, como tantos otros intelectuales, de la pérdida de la fe en el progreso, del cansancio y del hastío en el individuo. Para Lipovetsky, en la sociedad posmoderna, fluida y narcisista, el futuro no se asimila ya a un progreso ineluctable: «La sociedad moderna era conquistadora, creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica», pero esa época «se está disipando a ojos vistas; en parte es contra eso principios futuristas que se establecen nuestras sociedades, por este hecho posmodernas». Se disuelven la confianza y la fe «en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso». Sociedad posmoderna significa «agotamiento del impulso modernista hacia el futuro, murió el optimismo tecnológico y científico. La modernidad, el futuro, ya no entusiasman a nadie» (Lipovetsky, 2003, pp. 9 y 40).

Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2008a). *Múltiples culturas, Una sola humanidad*. Madrid: Katz Editores.
- Bauman, Z. (2008b). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2009). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España S.L.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Beck, U. (2011). *Crónicas desde el mundo de la política interior global*. Barcelona: Paidós.
- De Haro Honrubia A. (2004). Análisis evolutivo de la idea de progreso: proyección actual de Meditación de la técnica de José Ortega y Gasset». *Revista de Estudios Ortega- guianos*, 8/9, 185-219.
- De Haro Honrubia A. (2003). La idea de progreso en la era del nihilismo. Ortega y su crítica al progresismo. *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete* (18), 133-155.
- De Haro Honrubia A. (2008). Técnica y crisis de los deseos en el éticamente deficitario mundo occidental». *Ontology Studies (Cuadernos de Ontología)* (8), 329-339.
- De Haro Honrubia, A. (2014). La globalización y sus parias. A propósito de Zygmunt Bauman. *EHQUIDAD. Revista Internacional De Políticas De Bienestar Y Trabajo Social*, (2), 2564. <https://doi.org/10.15257/ehquidad.2014.0008>
- De Haro Honrubia, A. (2024). «Misión de la Universidad» (1930) de José Ortega y Gasset. Una propuesta de cultura humanista y de nueva «Ilustración» para una Universidad del siglo XXI. *ENDOXA*, (54). <https://doi.org/10.5944/endoxa.54.2024.31500>
- Gadamer, H. G. (2000): *La herencia de Europa*. Barcelona: Península.
- Höffe, O. (2007). *Ciudadano económico, ciudadano del estado, ciudadano del mundo*. Ética política en la era de la globalización. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor (2003). *Dialéctica de la ilustración*. Introducción y traducción de Juan José Sánchez. Madrid: Editorial Trotta.
- Horkheimer, Max (2010). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Editorial Trotta.
- Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G., y Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Marcuse, H. (1984). *El hombre unidimensional*, introducción y traducción de Antonio Elorza. Barcelona: Ariel.
- Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras Completas*. Madrid: Taurus/Fundación José Ortega y Gasset.
- Sartori, G. (1998). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism: The fight for a human future at the new frontier of power*. Public Affairs.

Entre el Mundo y el Desierto: Una lectura arendtiana de las redes sociales

Camila Cuello

Universidad Nacional de General Sarmiento

Argentina

«La calidad teatral del mundo político se había tornado tan patente, que el teatro podía parecer como el reino de la realidad».

Hannah Arendt, *Los Orígenes del Totalitarismo*.

Resumen: En los últimos años, la radicalización de los «discursos de odio» en países de todas las latitudes del globo, estuvo acompañada por el crecimiento de su competencia partidaria, en el marco del sistema democrático. Recuperando el interés de Arendt por *pensar lo que hacemos* (2009: 18), en este artículo proponemos reconstruir teóricamente la importancia que adquiere en su obra, la noción de Mundo Común entendido como aquel espacio que se construye a partir de una preocupación compartida por el Mundo. En tanto que artificio humano, no es la mera suma de los intereses individuales sino que: «estos intereses constituyen, en el significado más literal de la palabra, algo del *inter-est*, que se encuentra entre las personas y por lo tanto puede relacionarlas y unir las» (Arendt, 2009: 206) En nuestras democracias contemporáneas, este vínculo que trama las relaciones humanas se materializa en instituciones, derechos y leyes que nos permiten vivir políticamente junto a otros (iguales pero distintos). En este sentido, consideramos que la preocupación de Arendt acerca del *inter-est* -de lo común y los vínculos entre los hombres- resulta central en su comprensión de la política y al mismo tiempo, sugiere un prisma para interrogarnos acerca de los elementos centrales de nuestros tiempo y de los consecuentes desafíos que enfrentan nuestras democracias.

Palabras clave: Redes Sociales; Política; Hannah Arendt.

Abstract: In recent years, the radicalization of «hate speech» in countries across the globe has been accompanied by its increasing partisan competitiveness within democratic systems. Drawing on Arendt's interest in thinking about «what we are doing» (2009, p. 18), this article theoretically reconstructs the significance of the notion of the Common World in her work, understood as a space built upon a shared concern for the world. As a human artifact, it is not the mere sum of individual interests; rather, «these interests constitute, in the most literal significance of the word, something which 'inter-est', which lies between people and therefore can relate and bind them

together» (Arendt, 2009, p. 206). In our contemporary democracies, this bond that weaves human relations is materialized in institutions, rights, and laws that allow us to live politically alongside others (equal yet distinct). In this sense, we argue that Arendt's concern regarding the *inter-est*—concerning the common and the bonds between men—is central to her understanding of politics. Simultaneously, it offers a prism through which to interrogate the core elements of our time and the consequent challenges facing our democracies.

Keywords: Social Media; Politics; Hannah Arendt.

Introducción

En los últimos años, Argentina ha enfrentado profundas transformaciones producto del desarrollo de una creciente polarización política. Este proceso, tiene como escenario privilegiado aquello que podríamos llamar el espacio público virtual, nos referimos al conjunto de redes sociales (en especial twitter -hoy X-, pero también Instagram) que marcan el pulso del debate. Así, la progresiva importancia que estas aplicaciones cumplen en nuestras democracias, nos exige volver sobre la pregunta por la relación entre tecnología y política.

Ya en el prólogo de *La Condición Humana*, Hannah Arendt advertía acerca de los peligros contenidos en el desarrollo de la técnica frente a la política: por un lado, el advenimiento de la astronáutica impuso la posibilidad de un arrancamiento de la Tierra, cuna de la vida de la especie y por lo tanto basamento del primer grado de la *vita activa*; por otro lado, el desarrollo de la biotécnica abrió la posibilidad de una vida íntegramente fabricada, ya no recibida sino producida, y abandonada a una *engineering* que, como tal escapa totalmente a la categoría de sentido. No obstante, en su carácter de creadora del artificio humano, la tecnología constituye la herramienta del trabajo del *homo faber* que da nacimiento al mundo estable de «cosas» necesario para la vida en la Tierra. Este espacio es el suelo sobre el cual la política puede aparecer, inaugurando a partir de la acción, una trama de relaciones humanas que se sitúa *entre los hombres*, en la medida en que los relaciona y los separa a la vez. En términos conceptuales, en este trabajo proponemos elaborar una lectura arendtiana de la relación entre tecnología y política, a partir de su pertenencia compartida al Mundo Común.

En esta línea, en el marco de nuestras democracias contemporáneas, la propuesta de Arendt por *pensar lo que hacemos* supone preguntarnos ¿Qué carácter adquiere el mundo común que construimos? O, retomando a Francoise Collin ¿En qué condiciones es todavía hoy posible un Mundo Común? (Birués, 2013)

A la luz de estas reflexiones, en este trabajo analizamos las tensiones y las potencialidades de la acción y el discurso en el marco de las redes sociales, entendidas tanto como espacio para creación del Mundo Común, como también de su puesta en cuestión a partir de la pérdida de la pluralidad y el advenimiento de la violencia.

I. La Tecnología como artificio del Mundo Común

En *El feminismo y el abismo de la Libertad*, Linda Zerilli sostiene que «la hipótesis de Arendt acerca de la acción no se ocupa tanto del *sujeto* (de su estabilidad/ inestabilidad o de su capacidad/incapacidad de acción) como del *mundo* (de su contingencia) al que el sujeto es arbitrariamente arrojado y en el que actúa» (Zerilli, 2008: 47). De este modo, la autora nos propone dirigir nuestra mirada hacia aquel espacio concreto (objetivo y subjetivo) en el que las cosas se vuelven públicas.

Para Arendt, el término público refiere a dos fenómenos estrechamente relacionados, pero no idénticos: en primer lugar, significa que todo lo que aparece en público puede verlo y oírlo todo el mundo a la vez que tiene la mayor publicidad posible. Esta apariencia compartida, con otros que ven y oyen lo mismo, constituye la realidad del mundo que depende de la existencia de una esfera pública que ilumine las acciones y posibilite su surgimiento de la oscura existencia privada. En segundo lugar, lo público significa el propio mundo en cuanto es común a todos y diferente del lugar poseído privadamente en él. En esencia, este mundo constituye un espacio que a la vez une y separa a los hombres al mismo tiempo y posibilita su relación sin caer en el hacinamiento de la sociedad de masas.

La fundamental importancia de la esfera pública bajo tales términos entendida radica para Arendt, en que la realidad que allí aparece depende de la «simultánea presencia de innumerables perspectivas y aspectos en los que se presenta el mundo común y para el que no cabe inventar medida o denominador común» (Arendt, 2003: 66). Así este espacio posibilita la existencia de una multitud de espectadores iguales entre sí que ante los acontecimientos, se ubican en diferentes posiciones y dan cuenta de una variedad de perspectivas. En tanto todos se hallan interesados por el mismo objeto, su identidad comienza a discernirse a la vez que conserva la pluralidad inherente de lo público.

Al recuperar esta múltiple significación de la esfera pública, como espacio en donde los hombres aparecen ante los demás y por lo tanto cobran existencia, Arendt devuelve al término privado su original sentido privativo. Así, apartarse de la luz de lo público representa estar privado de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás, de hallarse relacionado y separado

de ellos a través de un intermediario mundo en común, «el hombre privado no aparece, y por lo tanto, es como si no existiera». (Ídem: 67) ¹

En el marco de la distinción entre ambas esferas Arendt reflexiona sobre las actividades de la *vita activa: labor, trabajo y acción*. Por medio de la labor, los hombres producen lo vitalmente necesario que debe alimentar al proceso de la vida del cuerpo humano. A pesar de desenvolverse en un tiempo rectilíneo desde el nacimiento hasta la muerte, la labor se despliega en una temporalidad cíclica que sigue al movimiento circular de las funciones de nuestro cuerpo. Situación que significa que la actividad del *animal laborans* no conduce nunca a un fin, mientras dure la vida es pura repetición. Asimismo, a diferencia de las demás dimensiones de la condición humana, la labor se halla bajo el signo de la necesidad. Los bienes de consumo son su resultado inmediato y los menos durables de las cosas tangibles, ya que «a pesar de ser fruto de la mano del hombre, van y vienen, son producidas y consumidas, en consonancia con el siempre recurrente movimiento cíclico de la naturaleza» (Ídem, 2008: 94). Es de importancia contemplar que, para Arendt, el movimiento de la labor se produce esencialmente en el espacio privado. Este es el único que corresponde estrictamente a la «experiencia de la no-mundanía [...] donde el cuerpo humano, a pesar de su actividad, vuelve sobre sí mismo, se concentra sólo en estar vivo, y queda apresado en su metabolismo con la naturaleza, sin trascender o librarse del repetido ciclo de su propio funcionamiento» (Arendt, 2003: 124).

Por su parte, el trabajo, distinto de la labor de nuestros cuerpos, refiere a la fabricación de la variedad inacabable de cosas, cuya suma constituye el mundo en el que vivimos. Su resultado no son los bienes de consumo, sino los objetos de uso, y su uso no causa su desaparición, por lo tanto dan al mundo estabilidad y solidez. El proceso de fabricación del *homo faber* está en sí mismo determinado por las categorías de medio y fin. «La cosa fabricada es un producto final en el doble sentido de que el proceso de producción termina allí y de que sólo es un medio para producir tal fin» (Arendt, 2008: 98) en consecuencia su característica primordial es la de ser predecible. A diferencia del *animal laborans*, cuya vida social carece de mundo, el *homo faber* está ple-

1 Esto se explica en parte porque las actividades de los hombres dentro de la esfera privada se encuentran en su totalidad subsumidas a la necesidad biológica de vivir. Así, no queda lugar para la libertad, en la medida que ésta supone la liberación del yugo de la necesidad y la interacción entre iguales, condición no existente entre los miembros de la familia puesto que se basa en una relación asimétrica de mando y obediencia.

namemente capacitado para crear una esfera pública propia, aunque ésta no sea una esfera política².

A diferencia de la labor y del trabajo, la acción es la única actividad que se encuentra conectada con la esfera política de la vida, valoración que recupera de la opinión prefilosófica de la *polis* griega. Actuar, en su sentido más general significa «tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, ‘comenzar’, ‘conducir’ y finalmente ‘gobernar’) poner algo en movimiento» (Ídem: 201). La propia naturaleza de la acción irrumpe en el nexo de las secuencias calculables ya que «siempre que ocurre algo nuevo se da algo inesperado, imprevisible, y en último término, inexplicable causalmente» (Arendt, 2009: 64). Debido a esto, Arendt asemeja la acción a la idea de milagro, contemplado y experimentado desde el punto de vista de los procesos en los que penetra. Dado que el hombre es capaz de actuar, significa que cabe esperar de él lo inesperado, lo infinitamente improbable.

No obstante, la acción no es sólo el comienzo de algo sino de alguien, pues la aparición del hombre en el mundo ante otros, iguales pero distintos, tiene como consecuencia la revelación del *quien* en el mismo acto. En este sentido, Arendt afirma «con palabra y acto nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento, en el que confirmamos y asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física» (2013: 201).

En este sentido, el mundo no es la naturaleza como tal, sino que «está relacionado, más bien, con el artefacto humano, con el producto de las manos humanas, como asimismo de los asuntos que acontecen *entre* aquellos que conviven en un mundo hecho por el hombre» (Arendt, 2009: 52). Así, es precisamente el potencial creativo de la Condición Humana aquello que hace posible la construcción de un mundo, necesario para la conservación de la vida, conformado tanto por las «cosas» -producidas a través del trabajo- como por los *espacios-entre* -instituidos a partir de la acción concertada.

Tal como sostiene Taminneux, el mundo está en la articulación entre la actividad fabricadora -cuyos productos instauran la ruptura con el ciclo natural- y la acción propiamente dicha, que, como interacción e interlocución manifiestas, se apoya en esta ruptura y en su perpetuación pero no se reduce a ella» (Taminneux, 1994: 132). Precisamente porque los resultados obtenidos del trabajo (*work*) contribuyen a la construcción de objetos durables, es que comparte con la acción su pertenencia al Mundo. Esta lectura que propone

2 La cuestión esencial es que los hombres productores de cosas, «mientras se entregan activamente a la producción, las formas específicamente políticas de estar junto a otros, de actuar de acuerdo y hablar entre sí, están por completo al margen de su productividad» (Arendt, 2003: 180).

acercar fenomenológicamente el par de conceptos trabajo-acción, no desconoce las profundas diferencias que se erigen entre ambos, ni las advertencias que Arendt dirige en torno a la creciente falta de significado del mundo moderno (Arendt, 2016, p. 88).³

Nos referimos fundamentalmente, al problema que se funda ante la primacía de la lógica instrumental del trabajo en la política (organizado bajo las categorías de medios-fines), que repara, al mismo tiempo, en la importancia de lograr un resultado material y objetivo (un fin externo a sí mismo). Estas etapas de la fabricación, tienen para Arendt un carácter distinto a aquel componente de la *vita activa* contenido en la acción y el discurso, cuyo sentido trasciende el razonamiento instrumental y teleológico al inaugurar procesos irreversibles e impredecibles que irrumpen en la trama de relaciones humanas.

Sin embargo, no es el proceso de fabricación aquello que consideramos como parte del mundo común, sino su producto, bajo la condición de que este, «cuente para el mundo, es decir, que contribuya a construir el espacio común de fenómenos que sólo se da, si es el lugar de la acción propiamente dicha -interacción manifiesta- y de la interlocución que va asociada a ella» (Taminneux, 1994, p. 134). Es precisamente aquí, en dónde las herramientas de la tecnología pueden ser leídas en tanto que creadoras del Mundo, tramando con ello una profunda relación con la política entendida en términos arendtianos, es decir, con el poder de aparecer, de desplegar la acción y el discurso a la luz de lo público.

En este sentido, la acción (y el discurso) que se dan entre los hombres revelan a los agentes (siempre actores no autores) interesados por los asuntos del mundo de cosas que se encuentran físicamente *entre* ellos y del cual surgen los específicos, objetivos y mundanos intereses. Como sostiene Arendt, «estos constituyen, en el significado más literal de la palabra, algo del *inter-est*, que se encuentra entre las personas, por lo tanto pueden relacionarlas y unir las». Este espacio que surge *en medio de* no es tangible, puesto que no hay objetos en los que pueda solidificarse. Sin embargo, a pesar de su intangibilidad, este *en medio de* no es menos real que el mundo de cosas que visiblemente tenemos en

3 En este sentido, en el «proceso de fabricación no sólo el fin justifica a los medios, sino que el fin produce y organiza los medios, e incluso la categoría medio-fin también se aplica al producto mismo, porque, si bien este es el fin de la fabricación, luego se inserta al mundo de cosas y es usado siempre como un medio para otros fines. El hombre, en cuanto *homo faber* instrumentaliza todas las cosas, considerándose como un mero medio para un fin y despojándose de su valor intrínseco. La relación misma de la naturaleza y con los otros hombres resulta instrumentalizada, sumergiéndose en todas las cosas y relaciones en una cadena de medios que no se detiene hasta colocar al hombre como fin último es decir, como amo y señor del mundo y de la naturaleza. (Di Pego, 2014, p. 233).

común. A esta realidad la llamamos «trama» de relaciones humanas. (Arendt, 2009, p. 207)

En el marco de esta cuestión, Etienne Tassin elabora una lectura fenomenológica que enfatiza en la institución (potencial, no necesariamente ni para siempre) de espacios de aparición (precarios y contingentes) que hacen posible el vivir-juntos (*vivre-ensemble*). Se trata entonces de entender, la puesta en escena de actos y de palabras como una «innovación que vincula (y que permite) la emergencia de un mundo común plural» (Collin, 2006, p. 117). En esta línea de reflexiones, Amy Allen (2017) sostiene que la acción en concierto se genera a partir y a través de la creación –en el mismo acto– de *lazos de solidaridad* que se tejen por un interés compartido por el mundo y no desde aquello que los hombres ya tienen en común.

En virtud de lo expuesto hasta aquí, desde el momento en el cual la tecnología produce herramientas que cuentan para el mundo, es decir, que fomentan y hacen posible el desarrollo de acciones y discursos a la luz de lo público, estas se convierten en un problema político de primer orden. De este modo, no deben ser juzgadas por su utilidad (en virtud de un razonamiento instrumental y teleológico) sino antes bien, por su condición política (a partir de la comprensión de su sentido). Así, tal como sostiene Chapman (2004) «*qua* technology, machines and tools should be judged instrumentally -in terms of how well they serve the end of producing a further en product- but *qua* world, a totally different sort of judgment needs to be made» (2004, p. 66) Desde perspectiva de análisis, proponemos abordar a las redes sociales a la luz de su carácter público-político, es decir, en tanto espacios que albergan a la acción y el discurso.

II. Redes sociales y espacios públicos.

El creciente protagonismo que han tomado las redes (en especial twitter), en nuestra democracia, se evidencia tanto en la configuración del debate público como en la configuración de la agenda del conjunto de los actores políticos nacionales. En este sentido, es posible sostener que las redes sociales se han transformado progresivamente en un espacio político en dónde, se discute la cosa pública en el marco de la pluralidad. Siguiendo las reflexiones de Arendt, la esencia de este espacio radica en que detenta la mayor publicidad y pluralidad posibles: lo que aparece en público es lo que puede ver y oír todo el mundo. «Para nosotros, la apariencia -algo que ven y oyen otros al igual que nosotros- constituye la realidad. (p. 59). Esta depende por entero de «la existencia de una esfera pública en la que las cosas surjan de la oscura y cobijada existencia» (Arendt, 2009, p. 60). Solo donde las cosas pueden verse por

muchos en una variedad de aspectos y sin cambiar su identidad, de manera que quienes se agrupan a su alrededor sepan que ven lo mismo en total diversidad, *sólo allí aparece auténtica y verdaderamente la realidad mundana*. (Arendt, *Ídem*, p. 66).

Entonces, «si comprendemos lo político en el sentido de la *polis*, su objetivo o *raison d'être* sería el de establecer y conservar un espacio en el que pueda mostrarse la libertad como virtuosismo: es el campo en el que la libertad es una realidad mundana» (...) (Arendt, 2016, p. 167).

Desde una perspectiva creativa y creadora de Mundo, es que puede ser analizado el rol de las redes sociales en la construcción del movimiento *Ni una Menos* de Argentina. En mayo de 2015 un grupo de mujeres, artistas, escritoras, periodistas y activistas convocaron a una concentración frente al Congreso. Esta acción, que iba a realizarse sólo en Buenos Aires, finalmente tuvo un alcance nacional, debido al trabajo de difusión de este colectivo de mujeres a través de las redes sociales y de los vínculos con otras organizaciones feministas. Así, las redes funcionaron como un espacio fértil, en el cual las primeras acciones del movimiento comenzaron a multiplicarse. El elemento disparador, a través del cual se va a gestar la idea de *Ni una Menos* y de la convocatoria a una manifestación fue un tuit lanzado por una de sus integrantes. Desde allí, las redes formaron parte del espacio público político en el cual se instaló el debate, haciendo posible, al mismo tiempo, ampliar la convocatoria a la primera manifestación del 3 de Junio de 2015.

La masividad de esta convocatoria se funda en, al menos, dos aspectos: la preexistencia de un profundo hartazgo social frente a la sucesión de casos de femicidios⁴, por un lado y, la construcción de un debate público que se desarrolló -en gran medida- en las redes sociales, por otro. Así, luego de incursionar en la difusión mediante portales en la *web* (Rosales y Rimario, 2009) y en las primeras listas de discusión de la Red Informativa de Mujeres de Argentina (RIMA)⁵, la aparición de facebook y twitter transformaron las prácticas feministas y de modo paulatino, se fueron instalando como principales dispositivos para el ciber activismo. (Larghi, 2009). En esta línea, si bien la consigna con la etiqueta #NiUnaMenos fue tendencias en las redes sociales más populares, es fundamental observar que problemáticas asociadas bajo

4 Según el Observatorio de Femicidios en Argentina Marisel Zambrano durante 2015 sucedieron al menos 277 femicidios, llevando el porcentaje de muertes de mujeres a 1 cada 30 horas.

5 Cada red, presentó sus particularidades: En primer lugar, la cuenta oficial de Twitter @niunamenos_ abierta el 17 de mayo de 2015, a seis días de lanzada la convocatoria, contó con alrededor de 8000 seguidores y generó 760 twits hasta el 4 de Junio de 2015. (Laudano, 2019)

etiquetas familiares acompañaron (y reforzaron) el reclamo central: #bastadefemicidios #niunomenos #bastadeimpunidad y #delafotoalafirma.

No obstante, las redes también fueron el lugar de disputa de sentidos ante la desconsideración de la trayectoria y las múltiples implicancias del feminismo en la posibilidad de concretar la gesta histórica *Ni Una Menos* a nivel nacional, condensada en el hashtag #Elfeminismolohizo. Más allá de las tensiones, el 3 de junio de 2015 se produjo un hecho inédito en la historia de twitter: una temática de la agenda del movimiento de mujeres y el feminismo logró liderar las tendencias de la conversación nacional y luego, global. En este marco, durante toda la jornada, se registraron aproximadamente 1,3 millones de internautas participando del debate, con un promedio de 400 posteos por minuto. Se estima que la información alcanzó a un público total de 7,3 millones de personas de forma directa e indirecta.⁶

No obstante, la potencia que la consigna adquirió en las redes sociales estuvo acompañada por una potente presencia en la calle, en la configuración de manifestaciones y movilizaciones que fueron consolidándose con el correr de los años y que colocaron a las problemáticas feministas en el centro de la conversación política. Aquí no sólo nos referimos a las denuncias de femicidios, sino también a los debates en torno a las tareas de cuidado, la participación de las mujeres en el mercado laboral y la lucha por la sanción de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo, promulgada el 30 de diciembre de 2020, en el marco de una extensa campaña nacional (Laudano, 2016).

Precisamente aquí, se evidencia la estrecha relación que se trama entre tecnología y política en la medida en que las redes sociales actúan como espacios públicos virtuales que albergan la acción y el discurso, redefiniendo la trama de relaciones humanas y construyendo así el Mundo Común. A su vez, el uso de las redes sociales para el activismo digital feminista permitió tejer nuevas solidaridades entre grupos diferentes (Galup, 2018). En este sentido, el ingreso de determinadas temáticas feministas al debate público se debió a una imbricación entre el arco mediático en donde se produjeron alianzas inesperadas entre voces autorizadas como periodistas, actrices y el activismo

6 A diferencia de otras campañas argentinas en Twitter, como la del caso #Nisman, ocurrida cuatro meses antes tras la muerte del fiscal de la Nación Alberto Nisman, que cristalizó en dos comunidades altamente polarizadas, (CALVO, 2015) al desglosar el volumen total de tuits con el hashtag #NiUnaMenos, se observa que el 96% se mostró a favor de la marcha y contra la violencia hacia las mujeres. El porcentaje se reparte entre un 47% de mensajes de apoyo a la marcha, hacia la igualdad entre mujeres y varones, con críticas a las conductas machistas y misóginas, con los hashtags #bastadefemicidios y #bastadeimpunidad acompañando al principal, y marcadas críticas al accionar de la justicia, y un 49% referido a notas periodísticas y reportajes por casos de violencia y sobre la movilización. Sólo un 4% de los tuits registrados recurrió a menciones negativas, con chistes e ironías referidas a victimizaciones de las mujeres y quejas para que se incluyera a todos en los reclamos, petición condensada bajo el hashtag #NadieMenos. (Laudano, 2019, p. 155).

en redes (Laudano, 2018; Hasan, 2019). De esta manera, se abrieron umbrales de decibilidad y se incorporaron nuevas narrativas, a la vez que surgieron solidaridades entre distintos sectores.

No obstante, el creciente protagonismo político que adquirió el feminismo repercutió en la aparición de una ofensiva conservadora y reaccionaria dirigida a través de la proliferación de intervenciones y discursos anti-feminista, cargado de violencia, cuyo escenario de disputa fueron por excelencia las mismas redes sociales, especialmente X. En este sentido, es que deviene fundamental reparar en que, tal como indica Arendt, no todo artefacto creado por el hombre contribuye (siempre y necesariamente) al establecimiento del Mundo Común, sino que también -dado su carácter humano - puede ponerlo en jaque.

III. Violencia digital y desmundización.

Aquello que buscamos puntualizar aquí es que, en la medida en que cuentan para el Mundo, las redes sociales albergan acciones y discursos que, son -como toda acción humana- capaces de poner en jaque la posibilidad misma del Mundo Común. En este sentido, la lectura fenomenológica sobre la teoría de la acción arendtiana que hemos expuesto, (lectura que enfatiza su componente *creativo, vinculante e instituyente* (Tassin, 1999) puede ser conjugada con aquellas interpretaciones que reparan en los *peligros inherentes a la acción* (Canovan, 1992) que «al margen de su contenido específico, siempre establece relaciones y por lo tanto tiene una tendencia a forzar todas las limitaciones y cortar todas las fronteras» (Arendt, 2009, p. 214)

Desde este prisma, si bien la idea de natalidad arendtiana puede ser analizada como una celebración del nuevo origen –especialmente frente a la experiencia Totalitaria– también resulta fundamental reparar en el peligro que representa cada nuevo nacimiento, dado que toda nueva generación es una invasión potencial de los bárbaros a la civilización⁷. En esta clave, Canovan sostiene que:

la acción propiamente dicha le parecía [a Arendt] algo demasiado anárquico para ser totalmente compatible con cualquier estructura política

7 No obstante, la estabilidad y la permanencia de este mundo que habitamos, se ve constantemente puesta en cuestión por la irrefrenable potencia de la natalidad: cada generación, trae consigo lo nuevo, interrumpe y hace crujir los pactos y las promesas pasadas. Esta crisis -que desde la educación se aborda a partir de una actitud conservadora (en el sentido de la conservación) de protección del niño hacia el mundo y del mundo frente al niño- adquiere otros rasgos dentro del ámbito político: «esta actitud -que acepta el mundo tal cual es y solo se esfuerza por conservar el status quo- no lleva más que a la destrucción, porque el mundo, a grandes rasgos y en detalle, queda irrevocablemente destinado a la ruina de los tiempos si los seres humanos no deciden intervenir, alterar y crear lo nuevo. (Arendt, 2008, p. 295)

establecida, e incluso una democracia tan agitada como la de la *polis* griega requería que sus ciudadanos abandonaran la acción en aras de una vida comunal estable (Canovan, 1992, p. 137).

La creencia totalitaria de que *todo es posible* (Arendt, 2009) no solamente evidenciaba un desprecio hacia los límites morales, sino la convicción de que no existen límites de ninguna clase a las cosas que podamos hacer. Es por ello que, aún en su versión post-totalitaria, esta fe radical en la potencia creadora y transformadora de la acción representa, de algún modo, un peligro para la trama de relaciones humanas.

En este sentido, es que Taminneaux recupera el advenimiento de la astronáutica y la biotecnología en tanto acontecimientos políticos, pero (...) no, ciertamente contribuyendo a él (mundo común) sino haciendo pesar sobre él una amenaza que no es menor que la del arma atómica cuyo advenimiento fue también un acontecimiento. Entonces, por el contrario, es porque (también y a veces) pueden destruir la red de las condiciones de posibilidad del sentido -que son el fundamento de lo político- que los advenimientos mencionados son acontecimientos. Lo son, más precisamente, porque amenazan la posibilidad del acontecimiento como tal (Tammineaux, 1994, p. 136).

Así, en la medida en que las redes sociales constituyen un espacio público-político albergan acciones y discursos (como toda acción humana) puede romper todos los límites, cortar todas las fronteras y poner en jaque la posibilidad del Mundo Común. Bajo este prisma consideramos que la pérdida de la pluralidad y el consecuente crecimiento de la violencia como forma del debate público, configuran los desafíos políticos a los que las redes nos enfrentan.

Si bien, como mencionamos antes, una de las características principales de las redes, en tanto que espacios públicos, era la posibilidad de ver y oír las cosas desde múltiples perspectivas, el desarrollo, cada vez más sofisticado, de algoritmos basados en el propio consumo arrastra consigo la pluralidad de perspectivas necesaria para el debate público y lo ubica bajo la lógica económica de la oferta-demanda. Así, la mediación del algoritmo da lugar a «burbujas de filtros» (Parisier, 2011) o «cámaras de eco» (Wallsten, 2005; Gilbert, Bergstrom & Karahalios, 2009) caracterizadas por ser unipersonales, invisibles y no voluntarias (es decir, no elegimos entrar). En tanto mecanismos que establecen la «dieta» informativa diaria de cada usuario, estos construyen microclimas de opinión, que determinan aquello que vemos y oímos, que se distinguen de aquello que ven y oyen los demás. Tal como sostiene Lanier (2008) «el algoritmo nos muestra sólo aquella parte de la realidad que nos mantiene en las plataformas». De este modo, si bien las redes son el espacio

de expresión de una multiplicidad de voces, el intercambio de opiniones en el marco de la pluralidad se ve obstaculizado por el progresivo aislamiento de quienes participan de ellas, hasta el extremo de no compartir realidad alguna.

En esta línea, en *Anatomía de Twitter*, Calvo sostiene que «para la vida política, la segregación informativa le devuelve a cada usuario un mapa del mundo en el que sus ideas son siempre las de la mayoría. Poco importa que esa mayoría sea local y que tan solo del otro lado de la frontera las ideas con las que comulga la mayoría sean totalmente distintas (Calvo, 2015, p. 47). De este modo, la tecnología «can significantly affect patterns of social interaction, and thus everyday opportunities for action and speech» (Chapman, 2004, p. 67).

En el ensayo *Sobre la violencia* (2015) Arendt advierte que «toda disminución del poder (entendido como la capacidad de actuar juntos) es una invitación abierta a la violencia, aunque sea solo porque quienes tienen el poder y sienten que se les está escapando de las manos, ya sean el gobierno o los gobernados, siempre les ha resultado difícil resistir la tentación de sustituirlo por violencia (Arendt, 2016, p. 189). En este sentido, la progresiva «pérdida» virtual de lo común del Mundo, se lleva consigo la posibilidad de la acción y el discurso dejando tras de sí un espacio dispuesto para el advenimiento de la violencia que se refleja los mensajes (cargado de insultos y amenazas) de los usuarios (e incentivados por la figura de los *trolls*⁸).

Así, la creciente presencia de las demandas y acciones feministas dentro del espacio de las redes sociales, estuvo acompañado por el avance de la violencia sexualizada y de género. Y, aunque internet no inventó el sexismo, lo está amplificando en formas sin precedentes (Jane, 2017, p. 3). Esta violencia, se despliega desde el insulto (el uso del lenguaje ofensivo o abusivo) hasta un deseo de daño al otro que puede derivar en una amenaza individual o dirigida hacia el movimiento feminista en general, que incluso trasciende las fronteras digitales. Uno de los hashtags que condensan este fenómeno es *#Stopfeminazis*.

El informe realizado por ONU Mujeres en el año 2022, identifica la estrecha relación que se trama entre el mayor protagonismo de las temáticas feministas, con un crecimiento de la violencia de género, dirigida hacia mujeres que hacen uso de su voz pública. (ONU, 2022). En este sentido, la multiplicidad de las estrategias (uso de bots para viralizar hashtags; la participación de *trolls*;

8 Así, como sostiene Rodríguez Soifrer (2022) «cuando la violencia es sistémica, aparecen dos categorías de usuarios que llevan la bandera de los ataques continuos. Por un lado, el denominado *Troll*, es aquel que publica mensajes provocadores, irrelevantes o fuera de tema. Su intención es molestar, desviar el foco de la conversación, intenta trastornar a la comunidad de algún modo. Estos son usuarios humanos, y esta distinción resulta importante por que se contrapone al *bot*, aquellas cuentas artificiales que simulan ser usuarios reales (Rodríguez Soifrer, 2022: 54).

difusión de datos personales; o publicación de *fakenews*) dan cuenta de un fenómeno de ataque y violencia sistemático que trascienden los meros casos aislados.

La magnitud y la escala de los ataques a personas y sitios periodísticos o de opinión crítica, vuelve urgente comprender la importancia de la violencia en una época -la nuestra- en la que las redes sociales son, como mencionamos anteriormente, además de una herramienta, una nueva plaza pública. En este sentido, la configuración del debate político bajo la lógica de la violencia tiene profundas consecuencias que trascienden el espacio virtual y adquieren materialidad⁹.

El problema fundamental que buscamos apuntar aquí es que el despliegue de la violencia destruye aquello que la acción hace posible, el mundo contenido en la polis, en las instituciones, los derechos y los espacios público-políticos que en él irrumpen. Como afirma Jerome Kohn (2005) «dichos mundos son fuertes y difíciles de destruir pero una vez destruidos desencadenan «procesos de destrucción» que son cualquier cosa menos imparables. (Khon, 2005, p. 34).

IV. A modo de conclusión. Entre el Mundo y el Desierto.

Como desarrollamos hasta aquí, en la medida en que las redes sociales constituyen espacios públicos-políticos que forman parte de nuestro Mundo Común, albergan acciones y discursos que, como toda acción humana, puede ser tanto creativa e instituyente, de espacios, comunidades y actores como destituyente, en su potencia irruptiva, al desplegar consigo un conjunto de sucesos imprevisibles, irreversibles e incontrolables, capaces de atravesar fronteras e instituciones. En este marco, las redes -comprendidas desde su sentido político- presentan un desafío para nuestras democracias, puesto que al mismo tiempo son el escenario desde el cual la política aparece, pero también, la violencia como su forma. La progresiva centralidad que los discursos violentos han adquirido en los últimos años, obtura la posibilidad de la acción y el discurso en concierto (que no desestima la posibilidad del conflicto, pero de uno que no suponga una amenaza), es decir, hace imposible tramar *espacios-entre*.

9 En este sentido, ONU Mujeres sostiene que la violencia traspasa «lo virtual» e impacta en la participación de las mujeres en la conversación pública: El 80% limitó su participación en las redes: omite opinar o manifestarse sobre determinados temas. El 40% manifestó haberse autocensurado evitando escribir o hablar sobre un tema de su pertinencia en el medio o ámbito en el que se desempeña. 8 violencia en línea por razones de género hacia mujeres con voz pública. impacto en la libertad de expresión Un tercio cambió de puesto laboral. Un 80% temió o teme por su integridad física y hasta por su vida. (ONU, 2022).

En esta línea de reflexiones, en el seminario *Historia de las Ideas Políticas* dictado en 1965, Arendt afirma que «el crecimiento moderno de la desmunicipalización, el desvanecimiento de lo que hay *entre* nosotros, también puede ser descripto como la expansión del desierto. (Arendt, 2005, p. 225) Caracterizado como un agrupamiento de hombres cuyas identidades surgen al margen de todas las relaciones con los demás, contenidos dentro de un anillo de hierro que oprime unos contra otros, y amenaza asolar al mundo tal como nosotros lo conocemos». (Arendt, 2008, p. 640). De este modo, la construcción del Mundo Común está siempre atravesada por la permanencia (como potencialidad) del desierto.

Sus sucesivas «tormentas de arena» nos enfrentan al peligro de perder la capacidad de sufrir -las condiciones inhumanas- y llegar a ser (sus) verdaderos habitantes, es decir, sentirse en él como en casa» (Arendt, 2005, p. 225). No obstante, es precisamente porque no pertenecemos al desierto, (aunque nos encontremos asolados por sus tormentas de arena), que podemos transformarlo en un mundo humano. Así, la natalidad y la pluralidad que enraízan la Condición Humana se conjugan en la virtud de la resistencia: «solo aquellos capaces de mantener la pasión de vivir bajo las condiciones del desierto pueden armarse con el valor que descansa en la raíz de la acción y convertirse en seres activos. (Arendt, 2005, p. 226) Tal como sostiene Porcel, «para preservarnos de la pérdida del mundo, de la desaparición del *entre* y del crecimiento del desierto, Arendt deposita su esperanza en el milagro del nacimiento de los nuevos que traen consigo la posibilidad de lo inédito. (Porcel, 2020, p. 29).

En el último término, el mundo común siempre es producto del *amor mundi* del hombre, un artificio humano cuya inmortalidad potencial está siempre sujeta a la mortalidad de aquellos que lo construyen y a la natalidad de aquellos que vienen a vivir en él. De este modo, las reflexiones arendtianas del Amor Mundi nos persuaden de que vale la pena aprovechar la posibilidad de conjurar la ruina de nuestro mundo. Como sostuvo Arendt: Siempre será verdad lo que dijo Hamlet: «El mundo está fuera de juicio; ¡Suerte maldita! / Que haya tenido que nacer yo para enderezarlo». (Arendt, 2005).

Referencias

- Arendt, H. ([1954] 2016) *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios de Reflexión Política*. Madrid: Península.
- Arendt, H. ([1958] 2008) *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza.
- Arendt, H. ([1958] 2009) *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. ([1972] 2015) *Crisis de la República*. Buenos Aires: Cuenco del Plata.
- Arendt, H. (2007) ¿Qué es la política? Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2015) «Sobre la Violencia» En Arendt, H. (2015) *Crisis de la República*. Buenos Aires: Cuenco del Plata.
- Arendt, H., & Kohn, J. (2008). *La promesa de la política* (Vol. 1). Paidós.
- Aruguete, N. (2022). Habitar el nuevo entorno mediático-digital. *Inmediaciones de la Comunicación*, 17(1), 17-26.
- Birulés, F. (2013). Mundo común, feminismo y mitología. *Isegoría*, (49), 407-420.
- Calvo, E. (2015). *Anatomía política de Twitter en Argentina: Tuiteando #Nisman*. Capital Intelectual.
- Canovan, M. (1992). *Hannah Arendt: A reinterpretation of her political thought*. Cambridge University Press.
- Chapman, A. (2004). Technology as world building. *Ethics, Place & Environment*, 7(1-2), 59-72.
- Chapman, A. (2007). The ways that nature matters: The world and the earth in the thought of Hannah Arendt. *Environmental Values*, 16(4), 433-445.
- Di Pego, A. (2015). *La modernidad en cuestión: Totalitarismo y sociedad de masas en Hannah Arendt*. Universidad Nacional de La Plata.
- Isaac, J. C. (1994). Oases in the desert: Hannah Arendt on democratic politics. *American Political Science Review*, 88(1), 156-168.
- Lanier, J. (2018). *Diez razones para borrar tus redes sociales de inmediato*. Debate.
- Porcel, B. (2020). Desierto, oasis y cuidado del mundo. En C. Rusca & L. Vinuesa (Eds.), *Elección, cuidado, gratuidad*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- Rodriguez Soifer, S. (2022). De la violencia de masas a la violencia digital en Twitter. *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, (165). <https://doi.org/10.18682/cdc.vi165.7029>
- Straehle, E. W. (2014). Entre Arendt y Zerilli: Algunas observaciones sobre el concepto de entre. *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, (63), 65-80.
- Taminneux, J. (1994). Acontecimiento, mundo y juicio según Hannah Arendt. En C. Hilb (Ed.), *El resplandor de lo público: En torno a Hannah Arendt*. Nueva Sociedad.

Villar Aguilés, A., & Pecourt Gracia, J. (2021). Antifeminismo y troleo de género en Twitter: Estudio de la subcultura trol a través de #STOPfeminazis. *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 18(1), 33-44. <https://doi.org/10.5209/tekn.70225>

Disinformation, Democracy and the Myth of the Informed Citizen

Carl Dolan

European Policy Centre
Bruselas

Abstract: There is an emerging policy discourse in the European Union that the current democratic malaise that Europe is facing is a product of a 'post-truth' mentality that is contemporaneous with, and caused by, the rise in social media use. More specifically the ease with which malign actors can disseminate disinformation via social media and online more generally has a material effect on political processes and democratic elections. I argue that this discourse exaggerates both the novelty and perniciousness of online disinformation for democracy.

Key words: Political Speech; Democracy; Disinformation.

Desinformación, Democracia y el mito del ciudadano informado

Resumen: Existe un discurso político emergente en la Unión Europea según el cual el actual malestar democrático al que se enfrenta Europa es producto de una mentalidad de la «posverdad», contemporánea y provocada por el aumento del uso de las redes sociales. Más concretamente, se sostiene que la facilidad con la que actores malintencionados pueden difundir desinformación a través de las redes sociales y de internet en general tiene un efecto significativo sobre los procesos políticos y las elecciones democráticas. En este trabajo argumento que este discurso exagera tanto la novedad como el carácter perjudicial de la desinformación en internet para la democracia.

Palabras clave: Discurso Político; Democracia; Desinformación.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.721501>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

1. Introduction

Questions concerning the relationship between democracy and information are almost as old as representative democracy itself. From Walter Lippmann's critique of public opinion in the aftermath of the First World War to contemporary concerns regarding the impact of digital media on democracy, democratic theorists have repeatedly questioned whether democratic self-government depends upon citizens possessing accurate political knowledge. Recent European policy has given this longstanding debate renewed urgency. Over the past decade, the European Union has progressively identified online disinformation as a major threat to democratic resilience, arguing that foreign influence operations, algorithmically amplified misinformation and digital platform vulnerabilities undermine citizens' ability to make autonomous political judgements and thereby threaten the integrity of the democratic process. (Lippmann, 1922; Habermas, 1989; Herwig et al, 2023; Achen & Bartels, 2016).

This worldview is now a core tenet of EU policies to protect democracy. Naturally, this has been heavily influenced by the current geo-political context. Concerns about disinformation surfaced following Russia's annexation of Crimea in 2014 and have been reinforced by Russian meddling in the 2016 United States presidential election, the Cambridge Analytica scandal, the COVID-19 pandemic and Russia's full-scale invasion of Ukraine. The result is a series of policy frameworks designed to protecting the democratic information environment. The 2020 European Democracy Action Plan, the 2023 Defence of Democracy Package and the European Democracy Shield together reflect a deep-seated conviction that defending democracy requires safeguarding the conditions under which citizens acquire political information and form political preferences. (European Commission, 2020, 2023; European Commission & High Representative, 2025).

The underlying premise is intuitively persuasive. If democratic legitimacy depends upon citizens making political choices based on accurate information, then systematic efforts to distort the information environment constitute a direct threat to democracy itself. Under this view, disinformation is not simply a problem of foreign interference or media policy; it is a fundamental threat to the integrity of the public sphere and therefore democracy itself.

This article argues that such claims should be treated with caution. It advances two related arguments. The first is empirical. Although foreign influence operations, coordinated disinformation campaigns and algorithmically amplified misinformation are well documented, the evidence that these phenomena have materially altered democratic outcomes remains considerably weaker than the contemporary policy discourse would suggest. Demonstrat-

ing that organised attempts at manipulation exist is not the same as demonstrating that they have materially or systematically changed electoral behaviour. Between the production of misleading information and democratic outcomes lie a series of distinct empirical questions concerning exposure, attention, persuasion and behavioural change, each requiring separate evidential support.

The second argument is theoretical. Contemporary European policy rests upon an implicit epistemic conception of democracy in which democratic legitimacy depends upon citizens forming political judgements within an information environment that is sufficiently accurate, pluralistic and free from manipulation. Although rarely articulated explicitly, this understanding bears the fingerprints of Jürgen Habermas' conception of deliberative democracy. Yet a substantial body of democratic theory and behavioural political science casts doubt upon whether representative democracy has ever depended upon the existence of highly informed citizens. Beginning with Walter Lippmann's critique of public opinion and extending through Philip Converse, Samuel Popkin and Christopher Achen and Larry Bartels, scholars have repeatedly questioned whether ordinary citizens possess either the information or the cognitive capacity necessary to satisfy the epistemic demands often attributed to democratic theory. (Habermas, 1989, 1996; Lippmann, 1922; Converse, 1964; Popkin, 1991; Achen & Bartels, 2016).

These two arguments are closely connected. The democratic significance attributed to disinformation depends not only upon evidence concerning its empirical effects but also upon assumptions regarding how democracy functions. If democracy requires citizens to make carefully reasoned political judgements on the basis of accurate information, then disinformation naturally appears as an existential democratic threat. Conversely, if democratic politics has always operated through heuristics, identities, social affiliations and imperfect information, then the existence of disinformation, while undoubtedly undesirable, may appear less a novel species of threat than a familiar feature of representative politics.

The argument traces the origins and consequences of the EU's preoccupation with the distortive effects of disinformation on the European public sphere. The first section reconstructs the evolution of European Union policy on disinformation over the last decade, demonstrating how concerns regarding foreign information manipulation gradually became integrated into a broader conception of democratic resilience. Rather than simply reviewing policy developments, the section identifies the implicit conception of democratic legitimacy embedded within successive Commission initiatives. The

second section examines two frequently cited examples of online disinformation—the Russian influence operation during the 2016 United States presidential election and the annulment of Romania’s 2024 presidential election—to assess the empirical claims of significant impact on democratic outcomes. The third revisits the classic debate between Walter Lippmann and John Dewey, arguing that contemporary concerns regarding disinformation reproduce questions first posed a century ago about the informational foundations of democracy. The fourth examines the tension between deliberative democratic theory and contemporary behavioural political science through the work of Habermas, Converse, Popkin, and Achen and Bartels. The conclusion argues that while digital technologies have unquestionably transformed the way we communicate in politics (as in other domains), the idea that it has made public opinion easier to manipulate, and therefore is an existential threat to democracy, should be scrutinised more closely.

2. EU Policy Discourse on Disinformation and Democracy

The European Union’s contemporary concern with disinformation did not emerge as a general theory of democratic decline. Rather, it developed incrementally in response to a series of geopolitical, technological and institutional developments that progressively reshaped how European policymakers understood the relationship between information and democracy. What began as an external security concern focused primarily on Russian information operations has gradually evolved into a much broader conception of democratic resilience in which the integrity of the information environment has become central to democratic governance itself.

Understanding this evolution is important because it reveals that European policy has not merely expanded the range of instruments used to combat disinformation. It has also, largely implicitly, adopted a particular conception of democratic legitimacy. Successive policy documents increasingly assume that democratic participation depends upon citizens forming political judgements within an information environment that is sufficiently pluralistic, transparent and free from manipulation. Although rarely articulated in theoretical language, this represents a significant shift in how democratic vulnerability is conceptualised.

From Strategic Communication to Democratic Resilience

The origins of the European Union’s disinformation agenda are usually traced to Russia’s annexation of Crimea in 2014 and the ensuing deterioration of the Union’s security environment. In March 2015, the European Council explicitly recognised «Russia’s ongoing disinformation campaigns» and called for

a coordinated European response. This led to the establishment of the East StratCom Task Force within the European External Action Service (EEAS), whose initial mandate was to improve the Union's capacity to identify, analyse and respond to Russian information activities directed primarily at Eastern Partnership countries and the Western Balkans. (European Council, 2015; European Commission, 2018).

At this stage, the policy problem was understood principally as one of strategic communication. Russian disinformation was viewed as an instrument of hybrid conflict accompanying broader geopolitical competition rather than as a general threat to democratic politics within the Union itself. As Pamment (2020) observes, the initial emphasis lay in improving the Union's capacity to detect and respond to coordinated foreign influence operations rather than regulating domestic political communication. (Pamment, 2020).

The geopolitical context changed dramatically following the 2016 United States presidential election. Allegations concerning Russian interference, together with the subsequent Cambridge Analytica revelations, transformed public understanding of digital political communication. A benign view of social media platforms as neutral channels for information exchange gave way to a darker vision of these platforms as the opaque plumbing of our democratic town hall, facilitating political manipulation on an unprecedented scale. Disinformation consequently moved from the margins of foreign policy into the centre of debates concerning democratic governance. (Office of the Director of National Intelligence, 2017; Information Commissioner's Office, 2018).

The European Commission's 2018 Action Plan against Disinformation reflected this transition. Although retaining a strong emphasis on countering foreign interference, the Action Plan broadened the policy agenda to include cooperation with online platforms and support for fact-checking initiatives. Importantly, however, the document did not yet present disinformation as the defining challenge facing European democracy. Rather, it is represented as one among several emerging vulnerabilities associated with digital transformation. (European Commission & High Representative, 2018).

The European Democracy Action Plan

The publication of the European Democracy Action Plan (EDAP) in December 2020 represented a decisive pivot in EU policy-making – the first ever policy document that outlined an EU agenda on democratic resilience within the Union. Unlike the 2018 Action Plan which mainly focused on countering foreign propaganda, the EDAP embedded disinformation within a comprehensive strategy for protecting democracy itself. The significance of the document

lies less in its individual policy proposals than in the conception of democracy upon which those proposals rest: (European Commission, 2020).

«For participation to be meaningful, citizens must also be able to form their own judgements—they should be able to make electoral choices in a public space where a plurality of views can be expressed freely and where free media, academia and civil society can play their role in stimulating open debate, free from malign interference, either domestic or foreign.» (European Commission, 2020, p. 1)

In these opening statements, the Commission explicitly links meaningful democratic participation directly to citizens' ability to form autonomous political judgements. Democracy is therefore understood not simply as a procedure for aggregating preferences through elections but as a process whose legitimacy depends upon the epistemic quality of the environment in which those preferences are formed. (European Commission, 2020, p. 1).

This conception continues throughout the document. Digital technologies are said to have created «new vulnerabilities» by facilitating the rapid dissemination of false information, coordinated manipulation and opaque algorithmic amplification. These developments are presented as threats to electoral integrity because they allegedly compromise citizens' capacity for independent political judgement. (European Commission, 2020, p. 1).

Evidence and Assumptions

One striking feature of the evolving policy discourse is the relationship between evidence and causal inference. Successive Commission documents provide extensive evidence that foreign influence operations occur. The EUvs-Disinfo database, national intelligence assessments, platform investigations and reports from cybersecurity agencies document numerous attempts to manipulate online political communication. The existence of coordinated disinformation campaigns by foreign actors is therefore not in doubt, rather the question of democratic effect. (European Commission, 2020; Pamment, 2020).

An early assessment by James Pamment of European disinformation policy is noteworthy in this regard. While recognising the seriousness of foreign influence operations, he observed that «the evidence of harm caused by disinformation and influence operations is patchy, and sufficient evidence for the effectiveness of countermeasures is lacking» (Pamment, 2020, p. 3). He goes on to point out the limited public engagement of documented campaigns: «Russia's scattershot approach to disinformation entails running multiple campaigns simultaneously, with some achieving notoriety while the vast majority of them fail to attract attention from the target audiences or gain trac-

tion» (Pamment, 2020, p. 3). In his view, the concept of disinformation had become increasingly imprecise, encompassing everything from accidental misinformation to sophisticated intelligence operations.

Demonstrating that influence operations exist is analytically distinct from demonstrating that they significantly alter democratic behaviour. Yet policy documents frequently pass from the first proposition to the second while skirting over the intervening causal mechanisms.

This distinction is particularly important because democratic outcomes depend upon a sequence of increasingly demanding empirical propositions. Coordinated campaigns must first exist; citizens must then be exposed to them; exposure must attract attention; attention must produce persuasion; persuasion must alter behaviour; and behavioural change must ultimately influence electoral outcomes. Evidence for the earlier stages of this sequence is generally much stronger than evidence for the later stages.

The Defence of Democracy Package

The Commission's Defence of Democracy Package, published in December 2023, illustrates both the continuity and expansion of this approach. The Communication begins by reaffirming that citizens should be able to «form their own opinions» within an information environment free from interference while placing considerably greater emphasis upon foreign authoritarian regimes as active adversaries of European democracy. Russia's invasion of Ukraine provides the geopolitical backdrop against which democratic resilience becomes increasingly intertwined with European security policy. (European Commission, 2023).

The document identifies covert lobbying, foreign funding, cyber operations, fake research institutes, coordinated social media activity and manipulated audiovisual content as interconnected manifestations of democratic interference. Particular attention is devoted to election integrity, where online disinformation is increasingly discussed alongside cyber security, foreign information manipulation and hybrid threats. While these are real threats that demand a robust policy response, they also illustrate an expanding conception of democratic vulnerability in which diverse phenomena become integrated into a single narrative of information security. (European Commission, 2023, pp. 1–3).

An important conceptual shift also occurs here. Earlier documents generally distinguished between disinformation, foreign information manipulation and interference (FIMI), misinformation and hybrid threats. The Defence of Democracy Package increasingly treats these different categories as manifestations of renascent great power politics. As noted in the discussion document prepared for this paper, the distinction between disinformation more gener-

ally and foreign influence operations begins to narrow, with greater emphasis placed upon the latter as the organising framework for policy. (European Commission, 2023).

While understandable from the perspective of policy coordination, this conceptual broadening also risks obscuring important analytical distinctions. Foreign interference, domestic political misinformation, algorithmic recommendation systems and electoral transparency raise different normative and empirical questions. Treating them collectively as manifestations of democratic insecurity may inadvertently encourage stronger causal claims than the available evidence presently supports.

The European Democracy Shield

The Democracy Shield Communication reinforces this development. Conceived broadly as a series of policy measures to shore up European democratic resilience, the centrepiece of the proposal is a new centre to coordinate responses to disinformation campaigns between the EU and its member states. This was prefigured in the priorities that Commission President Von der Leyen outlined at the start of her second term in 2024, where under the heading of ‘protecting our democracy’ she urges the new Justice Commissioner to «step up our fight against foreign information manipulation and interference». (European Commission 2024).

Although the communication referring to both internal and external threats, there is a clear focus on authoritarian regimes (and their fellow-travellers in Europe) employing increasingly sophisticated methods to weaken democratic societies, exploit social divisions and undermine trust in democratic institutions. Digital technologies are portrayed as amplifying these risks through algorithmic personalisation, platform concentration and artificial intelligence, while the Shield itself is explicitly situated alongside the Union’s broader agendas on security, defence and preparedness. (European Commission & High Representative, 2025).

This evolution has not gone unremarked. García-Gutián, Bouza and Haapala (2024), for example, argue that the EU’s post-truth policy framework brings together platform regulation, political communication and democratic participation within a broader institutional narrative of the public sphere. Their analysis suggests that this conceptual architecture helps to justify the Union’s regulatory strategy in the digital field. These critiques do not deny the existence of hostile information operations. Rather, they suggest that as the policy agenda expands, greater analytical precision becomes increasingly necessary.

An Implicit Theory of Democracy

Although democracy is one of the cornerstone values of the EU (enshrined in Article 2 of the founding treaty) promoting democracy as a *policy agenda* – especially within the EU – is a relatively recent development. One merit of this expanding policy agenda however is that has forced the European Commission to articulate a coherent theory of democracy. (Treaty on European Union, 2012, art. 2).

Across successive Commission documents, democratic legitimacy is consistently linked to citizens' capacity to form autonomous political judgements within a public sphere characterised by pluralism, transparency and freedom from manipulation. Protecting democracy therefore becomes inseparable from protecting the epistemic conditions under which political preferences are formed. (European Commission, 2020, 2023; European Commission & High Representative, 2025).

This conception is both intuitively attractive and normatively compelling. Few would dispute that democratic citizens should enjoy access to reliable information or that governments should seek to expose covert foreign interference. Yet the policy discourse also rests upon an implicit empirical and normative assumptions. Empirically, that it is possible to manipulate the information environment in ways that materially threaten democratic outcomes; and normatively, that democratic legitimacy relies on informed citizens making reasoned political choices. In the following two sections we will explore whether these assumptions are correct.

3. Assessing the Democratic Effects of Disinformation: Two Case Studies

The existence of organised and state-directed disinformation campaigns is well documented. It has been a feature of Russian intelligence operations, for example, at least since the Soviet era. However, the concern of democratic institutions is not the existence of false information per se. Democratic politics has always contained rumours, propaganda, selective reporting and deliberate deception. Rather, the question is whether contemporary forms of online disinformation materially undermine the integrity of democratic decision-making. (Rid, 2020).

However, the existence of an influence operation is generally much easier to establish than its political consequences. Demonstrating democratic effects requires evidence across a sequence of increasingly demanding propositions: that coordinated manipulation occurred; that citizens were exposed to it; that exposure attracted attention; that attention changed political attitudes; that these attitudinal changes altered voting behaviour; and that these behavioural changes materially affected the electoral outcome. Evidence for the earlier

stages of this sequence is often compelling. Evidence for the later stages is considerably more limited.

In the following case studies we examine some of the strongest claims that have been made in recent years that online disinformation campaigns have had a material impact on the electoral process. Both involve credible evidence of organised influence operations. The question examined here is not whether interference occurred, but what conclusions can legitimately be drawn regarding its democratic consequences.

3.1 Russian Influence Operations and the 2016 United States Presidential Election

No episode has shaped contemporary understandings of online disinformation more profoundly than the 2016 United States presidential election. The subsequent investigations into Russian interference fundamentally altered how governments, technology companies and scholars understood the relationship between digital platforms and democratic politics. For many policymakers, the election demonstrated that foreign actors had discovered an effective means of manipulating democratic electorates through social media. It rapidly became the reference point for subsequent debates concerning platform regulation, election security and foreign information manipulation, both in the United States and in Europe. (Office of the Director of National Intelligence, 2017; United States Senate Select Committee on Intelligence, 2019).

There is now overwhelming evidence that Russia conducted a coordinated effort to influence the American political environment during the 2016 campaign. The assessments of the United States Intelligence Community, the investigation led by Special Counsel Robert Mueller, subsequent Senate reports and a large academic literature collectively document extensive activity by the Internet Research Agency (IRA) and associated actors. These activities included the creation of false social media accounts impersonating American citizens, the purchase of political advertisements, the dissemination of polarising political content, the organisation of online communities around divisive social issues and the strategic amplification of existing political tensions. Rather than promoting a coherent ideological programme, many of these activities appear to have been designed to increase distrust, deepen political polarisation and undermine confidence in democratic institutions. (Office of the Director of National Intelligence, 2017; Mueller, 2019; United States Senate Select Committee on Intelligence, 2019).

Assessing the effectiveness of these activities is rather more difficult. During the immediate aftermath of the election, public discussion often moved rapidly from documenting Russian activity to assuming substantial electoral influ-

ence. Yet as researchers obtained access to increasingly comprehensive platform data, the empirical picture became considerably more nuanced.

The most important contribution has been a series of large-scale behavioural studies linking verified measures of online exposure to validated survey data. These studies consistently report that exposure to content produced by the Internet Research Agency represented only a very small proportion of users' overall political information environments and was concentrated overwhelmingly among individuals who already held strong partisan commitments. Eady et al. (2023), for example, found no statistically significant relationship between exposure to Russian Twitter content and meaningful changes in political attitudes, partisan identification or vote choice. Exposure was real, but persuasion proved considerably more difficult to demonstrate. (Eady et al., 2023).

These findings are reinforced by the comprehensive review undertaken by Budak et al. (2024) in *Nature*. Surveying the accumulated literature on online misinformation, the authors conclude that three assumptions frequently made in public debate receive only limited empirical support. First, average exposure to misinformation is substantially lower than commonly assumed. Secondly, exposure is concentrated among relatively small groups of politically engaged users rather than being evenly distributed across electorates. Thirdly, existing evidence provides only limited support for claims that such exposure systematically alters political attitudes or electoral behaviour. The review therefore cautions against inferring democratic effects directly from the visibility or scale of online misinformation.

A revealing example concerns Facebook's estimate that Russian-linked content reached approximately 126 million American users. This figure has been widely cited as evidence of the extraordinary scale of Russian influence. Considered in isolation, it is indeed striking. Yet subsequent analyses placed this number within the context of users' overall information consumption. Russian-generated material constituted only a minute fraction of the political content encountered by most users and an even smaller proportion of their total media diets, which continued to be dominated by television, mainstream news organisations and interpersonal communication. The scale of exposure therefore appears considerably less remarkable once evaluated relative to the total volume of political information available during the campaign. It should also be borne in mind that very few of the outputs of the IRA generated exposure on the scale of the Facebook example above. The median number of impressions for all online political material disseminated by the IRA was 199. (United States Senate Select Committee on Intelligence, 2019; Eady et al., 2023).

Whatever the scale of the exposure the broader methodological issue is that public discussion of misinformation frequently focuses upon absolute measures of exposure while paying comparatively little attention to relative exposure. This has an important bearing on the assessment of whether that content occupied a sufficiently significant place within citizens' overall information environments to produce measurable changes in political behaviour. (Eady et al., 2023; Budak et al., 2024).

This point has important implications for interpreting the significance of the 2016 election. The institutional consequences of Russian interference have been profound. The episode transformed public understanding of platform governance, stimulated extensive regulatory reform, reshaped intelligence cooperation and fundamentally altered debates concerning election security. Yet these institutional consequences should not be conflated with demonstrated electoral effects. (United States Senate Select Committee on Intelligence, 2019).

These methodological concerns should not downplay the significance of Russian interference. Influence operations may seek objectives other than changing votes directly. Increasing political distrust, reinforcing existing polarisation, undermining confidence in electoral institutions or encouraging citizens to disengage from democratic politics may all constitute strategic objectives independent of electoral persuasion. Indeed, documents obtained recently from a Russian agency engaged in influence operations in Europe suggest that the goal is to help Russia «maintain the image of a superpower» on the world stage: «the more Russia participates in active influence campaigns all over the world, the stronger the image of a global Russian power», suggesting that demonstrating the illusion rather than the reality of Russian omnipotence is the real goal of such operations. (OCCRP, 2026).

Measuring such longer-term effects presents additional methodological challenges and remains an important area for future research. Nevertheless, these broader possibilities should not obscure the more specific claim examined here: that current evidence provides only qualified support for the proposition that Russian online disinformation materially altered the outcome of the 2016 presidential election. (Eady et al., 2023; Budak et al., 2024).

3.2 The Annulment of Romania's 2024 Presidential Election

If the 2016 United States presidential election represents the paradigmatic case of foreign online election interference, the annulment of Romania's 2024 presidential election constitutes one of the most challenging contemporary European cases. Unlike the American case, the Romanian election resulted in an unprecedented judicial intervention designed to protect the integrity of the elector-

al process. On 6 December 2024, Romania's Constitutional Court annulled the first round of the presidential election, which had been won by political outsider Calin Georgescu, as a result of the declassification of intelligence assessments alleging coordinated foreign interference (assumed to be Russia-lined actors) and extensive manipulation of the online information environment. The decision transformed the national election of what is largely a symbolic role into one of the defining moments of contemporary European debates concerning democracy, digital platforms and foreign information manipulation. (Constitutional Court of Romania, 2024; Venice Commission, 2025).

Colin Georgescu was an independent candidate for the presidency in the months leading up to the election, polling consistently between 3-5%. He had been campaigning on a nationalist, pro-Russian, illiberal platform with no party political infrastructure to support him, declaring zero funding from external sources. His campaign was conducted almost entirely on social media. In the first round of elections held on 24 November 2024, therefore, it was a major surprise when Georgescu surged to nearly 23% of the vote, propelled largely by a viral online campaign on TikTok and Facebook, platforms that have extremely high penetration in Romania society. Tik-tok (Reuters, 2024a, BBC 2025).

The key question is what caused this rapid surge in support. The intelligence reports are vague – some commentators have called the evidence «flimsy» – claiming that Georgescu had help from a Romanian IT specialist to boost his content and that he benefitted from support by a «state player». The evidence base for these claims has never been made public. Senior Romanian politicians have asserted that Russia was behind the surge while also admitting that it is «impossible to prove» and the details would eventually be made public. (Reuters, 2024a, 2024b; FT 2024, Venice Commission, 2025).

Some evidence of coordinated amplification and biased algorithms that would have unduly benefited Georgescu's campaign has been produced by the European Digital Media Observatory (EDMO), international campaign group Global Witness and subsequent media reports. Tik-Tok itself reported having removed 27,000 inauthentic accounts and «and disrupted three covert influence networks with limited reach». (European Digital Media Observatory, 2024; Global Witness, 2024; TikTok, 2025).

However the reasons for the sudden 'virality' of Georgescu's campaign remain unclear to this day. Some allegations of coordination proved unfounded: it subsequently emerged that an online #stabilityandintegrity campaign that was hijacked by Georgescu supporters on Tik-tok was paid for by the centre-right National Liberal Party. (Reuters, 2024b).

The decision by the Romanian Constitutional Court made a number of assumptions that as we have seen are empirically and methodologically dubious. They assume that the surge in support is largely attributable to foreign interference, that this sudden increase in visibility was largely due to coordinated inauthentic online activity and that this visibility changed voting preferences. Alternative explanations - such as that previous polling had underestimated his support, that this was a support from domestic groups with genuine political affinity, that this was a viral surge for an anti-system candidate from voter groups frustrated by years of institutional dysfunction, poor economic performance and political corruption - seem to have been discounted. The existence of a strong levels of support for anti-system candidates was demonstrated by the re-run of the presidential election in 2025, where the far-right candidate, George Simion, received 46.4% of the national vote in the final run-off. (Venice Commission, 2025; Permanent Electoral Authority of Romania, 2025). (Permanent Electoral Authority of Romania, 2025).

Whatever the doubts about the actual impact of attempts to manipulate the election result, the political system itself experienced profound institutional disruption. The Constitutional Court's intervention, the unusually prominent role of declassified intelligence assessments assumed in constitutional decisions and public confidence in electoral administration became the subject of intense domestic and international debate. These developments constitute genuine democratic consequences independently of whether individual voting decisions were altered by online disinformation. Indeed, one of the paradoxes of the Romanian case is that the institutional response to alleged manipulation may itself have been more corrosive of citizens' faith in democracy than the manipulation itself, reinforcing anti-establishment narratives among sections of the electorate. In seeking to protect democracy from online manipulation, Romanian institutions may have committed a greater act of self-harm. (Venice Commission, 2025).

4. Is Online Disinformation a New Problem for Democracies? Revisiting the Dewey–Lippmann Debate

Whatever the precise impact of online disinformation campaigns, a broader question arises. Are democracies confronting a fundamentally new problem, or have digital technologies simply altered the way an older problem manifests itself?

Much contemporary policy discourse implicitly assumes the former. The rapid growth of social media, algorithmic recommendation systems and generative artificial intelligence is frequently portrayed as creating an unprecedented democratic environment in which citizens are exposed to levels of

manipulation unknown to previous generations. While digital technologies have undoubtedly transformed political communication, this interpretation risks overlooking a more fundamental continuity. Long before the internet—and indeed before television or radio—democratic theorists were already grappling with precisely the same epistemic question: how can democratic self-government function when citizens possess only limited knowledge of the political world? (Budak et al., 2024).

The most influential statement of this problem appeared in Walter Lippmann's *Public Opinion* (1922). Writing in the aftermath of WWI, and drawing on his experience of creating propaganda for the US war effort, Lippmann argued that democratic theory had systematically underestimated the cognitive limitations confronting ordinary citizens. Modern societies were simply too large, complex and specialised for individuals to acquire the information necessary to form comprehensive political judgements. Instead, citizens relied upon what Lippmann famously described as «pictures in our heads»: simplified mental representations constructed through newspapers, social interaction, cultural assumptions and selective personal experience. Public opinion was therefore necessarily indirect. Citizens responded not to political reality itself but to mediated representations of it. (Lippmann, 1922).

Lippmann's insight remains strikingly contemporary. Much of what is today described as online disinformation—selective presentation of facts, emotional appeals, political stereotypes, propaganda and attempts to shape public opinion through communication—already occupied a central place in his analysis. The technologies have changed dramatically; the underlying epistemic problem has not. Democratic politics has always depended upon citizens making decisions under conditions of incomplete information. (Lippmann, 1922).

Contrary to the European Union's dogmatic faith in media pluralism and media literacy as an answer to the problems of misinformation and disinformation, Lippmann does not believe we should outsource the responsibility for integrity of public opinion formation: «The newspapers are regarded by democrats as a panacea for their own defects, whereas analysis of the nature of news and of the economic basis of journalism seems to show that the newspapers necessarily and inevitably reflect, and therefore, in greater or lesser measure, intensify, the defective organization of public opinion». (Lippmann, 1922, p. 203).

For Lippmann, this diagnosis had unsettling implications for the self-image of democracy. If citizens inevitably possessed only fragmentary political knowledge, then the classical democratic ideal of government by an informed public rested upon unrealistic assumptions. Modern government in a complex social and political environment increasingly requires specialist expertise and

agencies that can assess, according to objective standards, whether a ruling elite is governing in the public interest: «Outside the rather narrow range of our own possible attention, social control depends upon devising standards of living and methods of audit by which the acts of public officials and industrial directors are measured» (Lippmann, 1922, p. 314). Democracy remained valuable, but not because electorates routinely possessed the knowledge necessary to direct public affairs independently.

John Dewey's response in *The Public and Its Problems* (1927) is frequently presented as a rejection of Lippmann's pessimism. In important respects, however, the two thinkers shared more common ground than is often recognised. Dewey did not dispute Lippmann's empirical observation that citizens possessed limited political knowledge or that modern societies presented unprecedented informational challenges. Nor did he deny the existence of propaganda, misinformation or manipulation. The disagreement concerned the implications of these observations rather than their accuracy. (Dewey, 1927).

Where Lippmann regarded citizens' cognitive limitations as justifying a greater role for expertise, Dewey viewed them as reinforcing the importance of democratic communication. Democracy, in his account, should not be understood as a system through which perfectly informed individuals aggregate preferences. Rather, it is an ongoing process of collective inquiry through which societies identify common problems and develop practical responses. (Dewey, 1927).

The solution to imperfect information therefore lay not in reducing democratic participation but in strengthening the institutions that facilitate public learning: education, journalism, civic association, art and open public discussion. Nevertheless, there is an undeniably idealistic, even romantic flavour to the conditions that Dewey lays down for the creation of the «Great Community» (his vision of the ideal form of democracy). For an «organised, articulate Public» to come into being «the highest and most difficult kind of inquiry and a subtle, delicate, vivid and responsive art of communication must take possession of the physical machinery of transmission and circulation and breathe life into it». (Dewey, 1927, p. 184).

The debate between Lippmann and Dewey echoes contemporary debates concerning online disinformation. The dominant EU policy paradigm reflects an aspiration that citizens should be able to form political judgements within an information environment characterised by openness, pluralism and freedom from manipulation. While Dewey never claimed that democracy required perfectly informed citizens, his defence of democracy rested upon the capacity of publics to learn collectively despite their inevitable epistemic limitations. This resembles closely the deliberative ideal that lies at the heart

of the EU's self-understanding of its democratic legitimacy. (Dewey, 1927; European Commission, 2020).

The historical perspective also places current claims regarding the novelty of online disinformation into sharper context. Political propaganda, organised deception, foreign influence and emotionally charged political communication are not products of digital technology. They have accompanied representative government throughout its modern history. What has changed is the architecture through which these practices are organised and disseminated. Digital platforms undoubtedly increase the speed, scale and traceability of political communication but do not create the underlying democratic problem to which that communication gives rise. (Rid, 2020; Lippmann, 1922).

Dewey and Lippmann's alternative visions of how the public sphere operates in a democracy does mirror alternative visions of how online platforms mediate democratic debate. Dewey's emphasis on democracy as form of collective inquiry into problems of policy and politics is echoed in by early evangelists for the transformative power of online connectivity, while Lippman's focus on the distorting effect of our cognitive and affective biases is mirrored in more the more gloomy and dystopian perspectives articulated so well in Peter Pomerantsov's 'This is Not Propaganda: Adventures in the War Against Reality', which argues that the internet has allowed the globalisation of the disinformation techniques that were a feature of Russian politics in the early 21st century as part of the playbook of authoritarian and would-be authoritarian rulers around the world. The aim is not information scarcity, but «censorship through noise», of which targeted disinformation campaigns are one aspect. (Pomerantsev, 2019).

5. The Myth of the Informed Citizen: Normative Ideals and Democratic Reality

Claims in the contemporary policy discourse the novelty and negative impact of disinformation campaigns are empirically contestable, as we have seen. So why has it assumed such a prominent place in the European Union's policy discourse? At the heart of this lies an idealised archetype of the citizen required for the legitimacy of democratic decision-making. (Habermas, 1989, 1996; European Commission, 2001).

The ideal of the autonomous citizen freely adopting opinions within marketplace of ideas that appears in the EU policy literature closely resembles one of the most influential normative conceptions of democracy developed during the twentieth century: Jürgen Habermas's theory of the public sphere and deliberative democracy. Indeed, the turn to more open and accountable EU decision-making that was ushered in by the European Commission's «White Paper on Governance» at the start of the 21st century can be seen as an

attempt to embrace alternative, Habermasian foundations for its democratic legitimacy in the wake of declining voter turnout and rejections of EU treaties in national referenda. Deprived of a properly constituted European *demos* as a foundation stone for legitimacy, the inclusiveness and consultative nature of decision-making, the idea of legitimacy as an *end-point* becomes the regulative ideal. (European Commission, 2001; Føllesdal & Hix, 2006; Schmidt, 2013).

Habermas's contribution to democratic theory lies not simply in emphasising public discussion but in identifying communication itself as the foundation of democratic legitimacy. In *The Structural Transformation of the Public Sphere*, and later works on communicative action and deliberative democracy, he argues that political authority derives its legitimacy from processes of public reasoning in which citizens exchange arguments under conditions approximating equality, openness and freedom from domination. Democratic legitimacy therefore depends not only upon electoral procedures but also upon the quality of the communicative processes through which political preferences are formed. Public opinion acquires legitimacy because it emerges through rational-critical debate rather than manipulation, coercion or unequal access to communication. (Habermas, 1989, 1996).

It is difficult to read recent European Commission documents without recognising the affinity between this conception of democracy and the assumptions embedded within contemporary policy. The European Democracy Action Plan repeatedly emphasises citizens' capacity to «form their own judgements» in a public sphere protected from malign interference. The Defence of Democracy Package similarly links democratic resilience to media pluralism, transparency and the integrity of public debate. The proposed European Democracy Shield extends this logic further by treating protection of the democratic information environment as a central responsibility of European governance. The documents clearly embody a conception of democratic legitimacy that closely resembles his understanding of an undistorted public sphere.

While the Habermasian public sphere remains a highly desirable norm, the difficulty arises only when this regulative ideal becomes an implicit empirical description of how representative democracies actually function.

This distinction between normative aspiration and empirical description has long been a preoccupation of behavioural political science. Beginning in the post-war period, scholars increasingly shifted attention away from how democratic citizens ought to behave towards how they actually behave. The results were often unsettling for classical democratic theory. (Converse, 1964).

Philip Converse's seminal essay *The Nature of Belief Systems in Mass Publics* demonstrated that ideological consistency and sophisticated policy reason-

ing were largely confined to political elites. Most citizens displayed only limited political knowledge, weak ideological organisation and considerable instability in policy preferences. Rather than evaluating political questions through coherent ideological frameworks, many voters relied upon broad impressions, partisan identities and fragmentary political information. (Converse, 1964)

More than 30 years later, Samuel Popkin's *The Reasoning Voter* offered a more optimistic interpretation of these findings without rejecting their empirical foundations. Citizens, Popkin argued, are neither fully informed nor irrational. Instead, they make effective use of informational shortcuts. Rather than mastering every policy issue, voters rely upon trusted cues, personal experience, party reputations, media signals and social networks to make political judgements under conditions of limited information. Democracy therefore functions not because citizens possess comprehensive political knowledge but because they develop practical strategies for coping with informational scarcity. (Popkin, 1991)

This school of thought has been synthesised and deepened in a recent powerful critique provided by Christopher Achen and Larry Bartels in their influential work *Democracy for Realists*. Their critique is directed at what they describe as the «folk theory of democracy»: the widely shared belief that democratic elections work because informed citizens evaluate competing policy programmes and hold governments electorally accountable for their performance. (Achen & Bartels, 2016).

According to Achen and Bartels, decades of empirical research provide remarkably little support for this account. Electoral behaviour is shaped less by careful policy evaluation than by enduring social identities, partisan loyalties, group attachments and retrospective judgements that often bear only an indirect relationship to governmental performance. Citizens frequently know little about public policy, misunderstand institutional arrangements and exhibit limited ideological coherence. Yet democratic systems continue to function with considerable stability. (Achen & Bartels, 2016).

None of this demonstrates that democratic citizens are irrational. Nor does it imply that information is irrelevant to democratic politics. Rather, it suggests that representative democracy places considerably less demanding epistemic requirements upon citizens than many normative theories assume. Political judgement emerges through identities, heuristics, trust and institutional mediation as much as through detailed factual knowledge. (Eady et al., 2023; Budak et al., 2024).

If one adopts the assumptions implicit in the folk theory of democracy, then the democratic dangers posed by online disinformation appear almost self-evident. If electoral outcomes depend upon citizens accurately processing

political information before casting their votes, systematic distortion of the information environment naturally threatens democratic legitimacy itself.

If, however, the behavioural literature provides a more accurate description of representative democracy, the implications become considerably more complex. Citizens do not enter elections as detached information processors continually revising political preferences in response to new factual claims. Political identities, social affiliations and long-standing partisan commitments structure how new information is interpreted long before individual pieces of misinformation are encountered. (European Commission, 2020, 2023; European Commission & High Representative, 2025).

The empirical findings discussed in the previous section fit remarkably well within this behavioural framework. Studies of Russian influence operations during the 2016 United States presidential election consistently found that exposure to Internet Research Agency content was concentrated among individuals who already possessed strong partisan commitments. Similar patterns emerge across studies of vaccine misinformation, conspiracy theories and extremist online content. Rather than transforming previously neutral citizens into committed supporters of particular political positions, online misinformation frequently reinforces existing political identities. Exposure is itself partly a consequence of prior political preferences rather than simply a cause of them.. (Budak et al., 2024; Eady et al., 2023).

The ideal of the informed citizen is best understood - like many myths - as an aspiration rather than a necessary condition of a functioning democracy. It functions as a regulative ideal against which democratic institutions may reasonably be judged.

6. Conclusion

This article has argued that contemporary debates concerning disinformation are shaped by two questions that are frequently conflated but are analytically distinct. The first is empirical: to what extent does online disinformation materially affect democratic outcomes? The second is normative: what informational conditions are necessary for democratic legitimacy? Contemporary European Union policy increasingly treats these questions as closely aligned. If democracy depends upon citizens forming autonomous political judgements within an undistorted information environment, then protecting that environment naturally becomes central to protecting democracy itself. The integrity of public communication consequently assumes constitutional – indeed existential - significance alongside more traditional democratic institutions such as elections, political parties and the rule of law. This view is compounded by

the European Union's self-understanding of the foundations of its democratic legitimacy. (Jungherr & Schroeder, 2021; Budak et al., 2024).

The analysis presented here suggests a more differentiated assessment. The empirical evidence leaves little doubt that organised online influence operations occur. Foreign states, political actors and coordinated networks exploit digital platforms to disseminate misleading information, amplify polarising narratives and manipulate patterns of political communication. Equally, digital platforms have altered the architecture of public communication in ways that create genuine challenges for democratic governance. (Lippmann, 1922; Popkin, 1991; Achen & Bartels, 2016).

What remains considerably less certain is the significance of these developments for European democracy. The evidence reviewed in this article suggests that different forms of democratic harm rest upon different causal claims and therefore require different evidential standards. Harm to the information environment—for example through opaque recommendation systems, coordinated inauthentic behaviour or hidden campaign financing—can often be documented with considerable confidence. Institutional harm, illustrated by the Romanian Constitutional Court's annulment of the 2024 presidential election, is similarly observable through its consequences for public authority, electoral administration and democratic trust. By contrast, demonstrating aggregate electoral effects requires a much more demanding chain of inference linking exposure to persuasion, persuasion to behavioural change and behavioural change to altered electoral outcomes. The current empirical literature provides considerably more limited support for these stronger claims.

Recognising these distinctions also clarifies the relationship between contemporary policy and democratic theory. The European Union's evolving approach to disinformation reflects a conception of democracy in which citizens ought to deliberate within an information environment characterised by openness, pluralism and freedom from manipulation. This aspiration is both normatively attractive and democratically valuable. Yet, as our discussion has shown, democratic theory has long distinguished between normative ideals and empirical descriptions of democratic politics. The aspiration towards an informed citizenry does not necessarily imply that representative democracies have ever depended upon electorates possessing the degree of political knowledge often assumed within contemporary policy discourse.

The emphasis on informational integrity also helps explain why debates concerning disinformation have accelerated as the growth and influence of digital technology has accelerated. Much public debate implicitly assumes that online communication has created an unprecedented capacity for politi-

cal manipulation, but fail to pay attention to another striking development: the degree to which digital technologies have transformed the observability of political communication.

Unlike rumours, pamphlets, broadcast propaganda or interpersonal political discussion, digital communication leaves persistent and measurable traces. Researchers can identify coordinated campaigns, reconstruct information networks, estimate audience reach, analyse patterns of amplification and monitor the behaviour of platforms with a degree of precision unimaginable only a generation ago. The digital public sphere has therefore become exceptionally transparent to researchers, regulators and intelligence agencies. This transformation has generated unprecedented knowledge about attempts to influence democratic debate. But the panopticon does not map the world outside the panopticon

More than an informed citizenry, democracies rely on trusted institutions and Lippmann's independent watchdogs to function effectively and legitimately. The EU's obsession with disinformation may not only be empirically dubious and normatively unnecessary but also – by unintentionally helping to erode the foundations of that trust – be wholly counterproductive.

References

- Achen, C. H., & Bartels, L. M. (2016). *Democracy for realists: Why elections do not produce responsive government*. Princeton University Press.
- British Broadcasting Corporation (BBC) (2025). *The TikTokers accused of triggering an election scandal*
- Budak, C., Nyhan, B., Rothschild, D. M., Thorson, E., & Watts, D. J. (2024). Misunderstanding the harms of online misinformation. *Nature*, 630, 45–53. <https://doi.org/10.1038/s41586-024-07417-w>
- Constitutional Court of Romania. (2024). Decision No. 32 of 6 December 2024 on the annulment of the electoral process concerning the election of the President of Romania.
- Converse, P. E. (1964). The nature of belief systems in mass publics. In D. E. Apter (Ed.), *Ideology and discontent* (pp. 206–261). Free Press.
- Dewey, J. (1927). *The public and its problems*. Henry Holt and Company.
- Eady, G., Paskhalis, T., Zilinsky, J., Bonneau, R., Nagler, J., & Tucker, J. A. (2023). Exposure to the Russian Internet Research Agency foreign influence campaign on Twitter in the 2016 US election and its relationship to attitudes and voting behavior. *Nature Communications*, 14, 62. <https://doi.org/10.1038/s41467-022-35576-9>
- European Commission. (2001). *European governance: A white paper* (COM(2001) 428 final).

- European Commission. (2020). Communication from the Commission on the European democracy action plan (COM(2020) 790 final).
- European Commission. (2023). Communication from the Commission on defence of democracy (COM(2023) 630 final).
- European Commission, & High Representative of the Union for Foreign Affairs and Security Policy. (2025). European Democracy Shield—Empowering strong and resilient democracies (JOIN(2025) 791 final).
- European Council. (2015). European Council meeting (19 and 20 March 2015): Conclusions (EUCO 11/15).
- European Digital Media Observatory. (2024, December 9). Algorithmic influence on elections: Insights from Romania's case study.
- Financial Times (FT). (2024). Russian election meddling 'nearly impossible' to prove, says Romania's president. Pop, Valentina, December 19, 2024
- Føllesdal, A., & Hix, S. (2006). Why there is a democratic deficit in the EU: A response to Majone and Moravcsik. *Journal of Common Market Studies*, 44(3), 533–562.
- Global Witness. (2024, December 17). What happened on TikTok around the annulled Romanian presidential election? An investigation and poll.
- Habermas, J. (1989). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society* (T. Burger, Trans.). MIT Press. (Original work published 1962)
- Habermas, J. (1996). *Between facts and norms: Contributions to a discourse theory of law and democracy* (W. Rehg, Trans.). MIT Press.
- Hertwig, R., Lewandowsky, S., Lorenz-Spreen, P. and Oswald, L. (2023) A Systematic Review of Worldwide Causal and Correlational Evidence on Digital Media and Democracy, *Nature and Human Behaviour* 7, 74–101 (2023). <https://doi.org/10.1038/s41562-022-01460-1>
- Jungherr, A., & Schroeder, R. (2021). Disinformation and the structural transformations of the public arena: Addressing the actual challenges to democracy. *Social Media + Society*, 7(1). <https://doi.org/10.1177/2056305121988928>
- Lippmann, W. (1922). *Public opinion*. Harcourt, Brace and Company.
- Mueller, R. S., III. (2019). Report on the investigation into Russian interference in the 2016 presidential election. U.S. Department of Justice
- Office of the Director of National Intelligence. (2017). Assessing Russian activities and intentions in recent US elections (ICA 2017-01D).
- Organised Crime and Corruption Reporting Project (OCCRP). (2026, February 14). Propaganda machine: Secret documents reveal Russia's foreign influence strategy across three continents.
- Permanent Electoral Authority of Romania. (2025). Results of the 2025 election for

the President of Romania.

Pomerantsev, P. (2019). *This is not propaganda: Adventures in the war against reality*. Faber & Faber.

Popkin, S. L. (1991). *The reasoning voter: Communication and persuasion in presidential campaigns*. University of Chicago Press.

Reuters. (2024a, December 4). Romania was target of 'aggressive hybrid Russian attacks' during elections, security council says.

Reuters. (2024b, December 18). Romanian parliament sees evidence of election meddling, committee says.

Rid, T. (2020). *Active measures: The secret history of disinformation and political warfare*. Farrar, Straus and Giroux.

Schmidt, V. A. (2013). Democracy and legitimacy in the European Union revisited: Input, output and 'throughput'. *Political Studies*, 61(1), 2–22. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.2012.00962.x>

Venice Commission. (2025). Urgent report on the cancellation of election results by constitutional courts (CDL-AD(2025)003). Council of Europe.

Treaty on European Union, 2012 O.J. (C 326) 13.

TikTok. (2025). Report on the Code of Conduct on Disinformation: Romania presidential election integrity actions.

United States Senate Select Committee on Intelligence. (2019). *Russian active measures campaigns and interference in the 2016 U.S. election. Volume 2: Russia's use of social media with additional views*. U.S. Senate.

Venice Commission. (2025). Urgent report on the cancellation of election results by constitutional courts (CDL-AD(2025)003). Council of Europe.

Zaller, J. R. (1992). *The nature and origins of mass opinion*. Cambridge University Press.

The Role of Integrated Marketing and Media Technology in the Diplomatic Projection of U.S. State Power

Jordan Zalis¹

International Institute for Critical Studies in Improvisation
Universidad de Guelph
Canadá

Abstract: This article argues that the *hip hop-basketball paradigm* operates as an integrated marketing complex and media technology through which the United States projects and reproduces its state power on the global stage. Drawing on a multi-year ethnographic study of the musical and theatrical aspects of professional basketball in Toronto (2018–2023) and on critical analysis of basketball-themed media—movies, music, music videos, sneaker advertisements, and live spectacle—this article reframes that empirical material through the lens of soft power and what the U.S. State Department itself calls «hip hop diplomacy.» Building on Razmig Keucheyan’s claim that nationalism underpins the logic of the world capitalist economy, this article shows how the hip hop-basketball paradigm operationalizes a nationalist-capitalist hegemony anchored in three interlocking ideological appeals: aspiration, the inviolability of private property, and innovation derived of competition. Through a case study of the 1996 family film *Space Jam*; a history of «songs to sell sneakers» from Run-D.M.C.’s 1986 «My Adidas» through Drake and Future’s 2015 «Jumpman»; and an extended analysis of the Toronto Raptors’s global brand ambassador, Drake, this article demonstrates that when the paradigm operates outside U.S. borders—in a Canadian, multicultural register that markets itself as distinct from the United States—it nonetheless reproduces U.S. sociocultural and political ideals. The hip hop-basketball paradigm, this article concludes, is one of the most effective, and least examined, technologies of U.S. cultural diplomacy in the twenty-first century.

Keywords: Nationalist-Capitalist Hegemony; Basketball; Hip Hop; Cultural Diplomacy; Soft Power.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.716281>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

1 This article draws on research supported by the Social Sciences and Humanities Research Council of Canada; the Research Centre for the Study of Music, Media, and Place at Memorial University; and the International Institute for Critical Studies in Improvisation at the University of Guelph.

El papel del marketing integrado y las tecnologías mediáticas en la proyección diplomática del poder estatal de Estados Unidos

Resumen: Este artículo sostiene que el paradigma hip hop–baloncesto funciona como un complejo integrado de marketing y una tecnología mediática mediante la cual Estados Unidos proyecta y reproduce su poder estatal en el escenario global. Basándose en un estudio etnográfico de varios años sobre los aspectos musicales y teatrales del baloncesto profesional en Toronto (2018–2023), así como en un análisis crítico de medios relacionados con el baloncesto —películas, música, videos musicales, anuncios de zapatillas deportivas y espectáculos en vivo—, el artículo reinterpreta este material empírico desde la perspectiva del poder blando (soft power) y de lo que el propio Departamento de Estado de Estados Unidos denomina «diplomacia del hip hop». Partiendo de la tesis de Razmig Keucheyan de que el nacionalismo sustenta la lógica de la economía capitalista mundial, el artículo muestra cómo el paradigma hip hop–baloncesto pone en práctica una hegemonía nacionalista-capitalista basada en tres apelaciones ideológicas interrelacionadas: la aspiración al éxito, la inviolabilidad de la propiedad privada y la innovación derivada de la competencia. A través de un estudio de caso de la película familiar *Space Jam* (1996), de una historia de las «canciones para vender zapatillas» que va desde Run-D.M.C. y su tema *My Adidas* (1986) hasta Drake y *Future con Jumpman* (2015), y mediante un análisis extenso del embajador global de la marca de los Toronto Raptors, Drake, el artículo demuestra que, cuando este paradigma opera fuera de las fronteras estadounidenses —en un contexto canadiense y multicultural que se presenta como distinto de Estados Unidos—, continúa reproduciendo ideales socioculturales y políticos estadounidenses. El artículo concluye que el paradigma hip hop–baloncesto constituye una de las tecnologías más eficaces y menos estudiadas de la diplomacia cultural estadounidense en el siglo XXI.

Palabras clave: Hegemonía nacionalista-capitalista; Baloncesto; Hip Hop; Diplomacia cultural; Poder blando.

Introduction

At the turn of the twenty-first century, marketing and advertising underwent a major shift. Traditional twentieth-century attitudes—*Mad Men*-era techniques—no longer resonated with the multicultural, polyethnic consumer base known as millennials. The autocratic strategy of mega-corporations dictating messages to consumers became ineffective for driving engagement and sales. Consequently, innovative marketing and advertising agencies began targeting individuals in more nuanced ways, inviting them into the brand. Music and marketing executive Steve Stoute, whose

agency Translation reworked the campaigns of brands like Reebok, McDonald's, and State Farm, observes that «consumers wanted to be allowed in, to have a point of view in the matter» (Stoute [2011] 2012, 148). The technology of address that emerged from this shift was hip hop. Or, more precisely: hip hop articulated to professional basketball, with both forms borne to a global audience by U.S.-based media conglomerates and the corporate sport infrastructure that surrounds the National Basketball Association (NBA).

This article calls that articulated complex the *hip hop-basketball paradigm* (Zalis 2025). It is at once a marketing logic, an aesthetic regime, an ensemble of media texts—films, music, music videos, video games, social-media performances, branded apparel, live arena spectacle—and, I argue here, a media technology of state power. The argument I want to advance is that the hip hop-basketball paradigm constitutes one of the most consequential and least theorized vectors through which the United States today conducts cultural diplomacy. It is a soft-power instrument as significant in the present moment as American film was for Joseph Nye when, in 1990, he first offered his thesis, defining *soft power* as «the ability to do things and control others, [and] to get others to do what they otherwise would not» through cultural seduction rather than coercion (Nye 1990, p. 154). What college sports and American film and television were for U.S. soft power in the post-Cold War period of which Nye was writing—avenues to affect the preferences of others—the hip hop-basketball paradigm is for the present: a global circulation of texts, sounds, images, and consumer commodities that carry U.S. national-cultural ideals, package them as universally aspirational, and seed them across the world's most rapidly urbanizing, youth-heavy markets.²

The argument is built on critical ethnographic research conducted in Toronto from 2018 to 2023 with key stakeholders in the city's professional basketball community: artists, fans, technicians, media personalities, executives, and creative directors.³ That work formed the basis of my doctoral thesis, *Net Effects: Nationalist-Capitalist Hegemony in the Hip Hop-Basketball Paradigm* (Zalis

2 On the relationship between hip hop, resistance, and hegemonic institutions, my approach is informed by Katz (2019) and by Marsh and Campbell's (2020) *We Still Here: Hip Hop North of the 49th Parallel*, which takes seriously hip hop's capacity to disrupt and reimagine national formations. On African American aesthetics in basketball, I draw on George (1999), Boyd ([2003] 2008), Abdul-Jabbar and Obstfeld (2007), and Caponi-Tabery (2008). My argument here is not that these counter-hegemonic articulations do not exist—they manifestly do—but that, *as the paradigm circulates commercially through the global mediascape*, the hegemonic reading dominates.

3 A methodological note: this article combines critical media analysis with insights drawn from ethnographic fieldwork. Where I cite interviews, the data come from semi-structured conversations conducted in Toronto between 2018 and 2023, with consent procedures approved by the Memorial University of Newfoundland's Interdisciplinary Committee on Ethics in Human Research.

2025), and I draw on several of its empirical chapters here.⁴ But this article reframes that material in a deliberately different register. Whereas the thesis was concerned with how music and sound shape the meaning-constitution of basketball events in Toronto, this article asks a different question: *how does the hip hop-basketball paradigm work as a media technology for the diplomatic projection of U.S. state power?* Toronto, I argue, is in this sense not an outlier within an otherwise U.S.-centric story, rather Toronto is proof-of-concept. It is the league's only non-U.S. franchise; it is positioned in a country that, since 1971, has officially branded itself as a multicultural alternative to American nationalism; and it is host to the most globally consequential hip hop artist of the twenty-first century, Drake. If, despite all these differences, the paradigm's operations in Toronto continue to reproduce U.S. sociocultural and political ideals, then the case for the paradigm's role in U.S. cultural diplomacy is at its most rigorous: it works even where the conditions seem locally inhospitable.

To prove this point, the article proceeds in a series of substantive sections. The section that immediately follows develops the theoretical framework, drawing on Razmig Keucheyan's (2014) work on the inseparability of nationalism and capitalism, Antonio Gramsci's ([1971] 2012) theory of cultural hegemony, and Joseph Nye's (1990, 2008, 2012) literature on soft power. It also engages directly with the U.S. State Department's own admission—articulated in groundbreaking work by Mark Katz (2019) and in a 2022 podcast hosted by Council on Foreign Relations producer Gabrielle Sierra (which featured Mark Katz and Toni Blackman, the first Hip Hop Diplomat for the U.S. State Department)—that hip hop has become a strategic instrument of U.S. public diplomacy. The paper then turns to basketball movies, with an extended case study of the 1996 live-action/animated family film *Space Jam* and the way its soundtrack and narrative structure operationalize three interlocking appeals: aspiration (in R. Kelly's «I Believe I Can Fly»), the Lockean defence of private property (in Michael Jordan's resistance to the antagonist alien overlord, Mr. Swackhammer), and the *agon-arete* pairing of innovation through competition (in the film's climactic act). Throughout, I show how the Protestant ethic, identified by Max Weber and developed by Anthony Giddens (2005) and Jeremy Rifkin (2015), undergirds the film's moral grammar. Inquiring of the prevalence of hip hop and R&B in the *Space Jam* soundtrack, the article then

4 The full empirical study on which this article draws is Zalis (2025), *Net Effects: Nationalist-Capitalist Hegemony in the Hip Hop-Basketball Paradigm*, which deploys an experimental methodology I call *just listening*—an ethically grounded, intensely focused listening practice developed across the multi-year fieldwork in Toronto. The methodological apparatus is fully developed there.

turns to the historical entanglement of hip hop, basketball, and marketing and branding, analysing the place of the hip hop-basketball paradigm in the sneaker industry—from Run-D.M.C.’s «My Adidas» (1986) through Drake and Future’s «Jumpman» (2015)—showing how a sounding commodity (the «squeak, squeak» of basketball footwear, both soundmark and keynote of the basketball soundscape) becomes the vehicle for what Stoute calls *aspiration*: the desire for things to be other than they are (Stoute [2011] 2012). Building on this notion, the article then advances its most ambitious claim: that Drake, taken by many of his fans as a synecdoche of multicultural Toronto and of Canada’s branded distinctness from the United States, in fact performs a tightly choreographed set of texts informed by U.S. sociocultural and political ideals.⁵

Nationalist-Capitalist Hegemony, Soft Power, and Hip Hop Diplomacy

Critical sociologist Razmig Keucheyan opens an avenue for thinking about the entanglement of nationalism and capitalism in the hip hop-basketball paradigm when he observes that «Nationalism is neither accidental nor provisional. It is part and parcel of the very logic of the world capitalist economy» (Keucheyan 2014, p. 117). Against a long-standing tendency in some quarters of Marxist theory to treat nationalism as either a transient bourgeois ideology or an irrational deviation from class consciousness, Keucheyan insists on the structural inseparability of the two formations. Capitalism, in his account, is not a system that happens to occur within nation-states; it is a system that requires nation-states, and the cultural-affective bonds they cultivate to reproduce itself globally. From this perspective, the world capitalist economy produces nationalist ideologies as part of its infrastructure.

I take this thesis to be analytically generative for thinking about cultural products that, on their face, appear to be mere entertainment: a family-friendly basketball movie, a series of songs about sneakers, and a celebrity endorsement for a basketball team. The point is that these texts are not propaganda in the crude sense of carrying explicit political messages. But rather, as Joseph Nye argues, they are effective propaganda because they are not understood as propaganda: «the best propaganda is *not* propaganda» (Nye 2012, original

5 A note on scope: the article is intentionally synoptic rather than encyclopedic. There exists a vast literature on hip hop, on basketball, and on the political economy of mediated sport; I have drawn on it selectively. My ambition is not to settle the question of how hip hop and basketball each separately extend influence in global popular culture, but to mark out a specific *articulated* form—the hip hop-basketball paradigm—and to argue that this form has acquired a distinctive role in U.S. cultural diplomacy that should be the subject of sustained future study. There is no other study, to my knowledge, that frames the question in quite this way; my hope is that this piece will be a foundation on which other researchers, working in other languages and in other regions of the global mediascape, can build.

emphasis). It is as metaphorical «undercover cars» that these media texts are indeed vectors through which the cultural-ideological substrate of nationalist capitalism is rendered attractive, normal, and pleasurable. They are what I have elsewhere called the texts of a *nationalist-capitalist hegemony*: a cultural formation in which the values of U.S. national identity (life, liberty, and the pursuit of happiness) and the values of capitalist accumulation (private property, competition, the right to benefit from one's own labour) are presented as a single, coherent, desirable package. As Keucheyan (2014) writes elsewhere in *The Left Hemisphere*, hegemonic projects must «found and protect a world order which [is] universal in conception . . . [and] an order which most other states (or at least those within reach of the hegemony) could find compatible with their interests» (102). The hip hop-basketball paradigm is one of the most effective such projects of our present.

The animating concept here is Antonio Gramsci's theory of cultural hegemony, developed in the *Prison Notebooks* and adapted by generations of cultural critics. It distinguishes hegemony from coercion: where coercion compels obedience through force, hegemony secures consent through the dissemination of a worldview that the dominated come to internalize as their own (Gramsci [1971] 2012, p. 333). Movies, popular music, branded apparel, and other forms of mediated culture work hegemonically when they make the values of the dominant class appear to be the values of common sense.

«Just Do It,» writes global sportswear giant Nike on its trademarked property.

This is precisely the move that professional basketball's mass-media texts perform. Through narratives, character archetypes, and symbolism, basketball-themed films, songs, and spectacles tend to reinforce existing power structures and social norms. Rarely do they communicate counter-hegemonic narratives, although films and documentaries from or about subaltern groups can serve as forms of resistance against dominant cultural messaging. I think here of distinctively non-hip hop-basketball films like Scott Kalvert's 1995 *The Basketball Diaries*, with its representations of the failure of the American Dream, and David Zucker's satirical take on spectacle sport in his 1998 slacker-comedy, *BASEketball*.

Most importantly for my argument here, however, is Spike Lee's 1998 *He Got Game*. The film presents striking visions of Black masculinity, the prison-industrial complex, the exploitation of young Black athletes in high school and collegiate basketball, and the entanglement of all of these with the Protestant ethic (Weber [1930] 2005)—providing much grist for the critical mill. Its parallel soundtracks—one released on Def Jam Records featuring Public Enemy's hardcore, political hip hop, and the other on Sony Classical featuring

Aaron Copland's classical Americana—at once celebrate and critique basketball's place in the American national imagination.

This article is also inspired by bell hooks's ([1995] 2021) incisive critique of Steve James's incredibly popular 1994 high school basketball documentary, *Hoop Dreams*, in which hooks argues that the film projects a vision of the American Dream that sees White adults exploiting young Black men and ultimately benefiting from their successes, reinforcing, among other troubling ideologies, an «'auction block' mentality that has to call to the mind of any aware viewer the history of slavery and the plantation economy, which was also built on the exploitation of young, strong, black male bodies» (hooks [1995] 2021, np).

It follows, then, that representation in basketball media matters significantly. Who gets to be the hero, how different genders, races, and classes are portrayed, and which stories are deemed worth telling all contribute to the reproduction of the dominant sociocultural, political, and economic order. Thus, «when the viewer takes the connoted meaning . . . full and straight» (the *dominant-hegemonic position* in Hall [1980] 2006, p. 171), basketball's mass-media texts celebrate aspiration, individual effort, the value of competition, and the rewards of hard work.

Indeed, nationalist-capitalist hegemony is a seductive force, leveraging sociocultural, political, and economic appeals to gain consent of the masses and maintain the dominance of one group over others. However, its attraction is most often a multifaceted illusion, promising prosperity and stability without delivering these outcomes. While aspiration, effort, competition, and hard work are generally considered worthwhile achievement-oriented behaviours, nationalist-capitalist hegemony is complex and fraught with sociocultural, political, and economic injustices. Consequently, its hegemony frequently leads to the erosion of local traditions and identities (de-indigenization; cultural flattening), the uneven distribution of wealth and benefits (exacerbating social and economic inequalities), and a loss of political and cultural autonomy, resulting in voluntary subjugation—acquiescence and resignation (Keucheyan 2014).

The infrastructure that carries this hegemonic content beyond the United States is what Joseph Nye, in 1990, named soft power. Distinguishing it from the «hard» forms of military and economic compulsion, Nye defined soft power as the capacity to «shape others' preferences» through attraction and seduction rather than coercion (Nye 1990, p. 168). Nye himself wrote nothing of integrated marketing media technologies that fuse music, sport, and lifestyle, but his framework predicts the rise of something very much like the hip hop-basketball paradigm. In a global system where the U.S. no longer enjoys

uncontested hard-power supremacy—where China, Russia, and a more multipolar landscape have significantly raised the cost of coercive diplomacy—soft-power instruments take on disproportionate importance. The most effective of those instruments are the ones that circulate independently of state direction, that travel not as official emissaries but as commodities, fashions, and pleasures, and that reach precisely the demographic the state most wants to reach: the young, the urban, the polyethnic middle class of the global South and East.⁶

Hip Hop Diplomacy

The U.S. State Department has, in fact, recognized this. In a May 2022 episode of the Council on Foreign Relations podcast *Why It Matters*, host Gabrielle Sierra, in a conversation with Mark Katz and Toni Backman, reported on what is now openly termed «hip-hop diplomacy»—a U.S. State Department program that sends hip hop artists abroad to, in the program's own words, «connect with young minds,» leveraging hip hop's «unique ability to inspire goodwill towards the United States» and providing what state planners describe as a unique and strategic cultural advantage over adversaries such as China and Russia (Sierra 2022). Hip hop diplomacy frames hip hop simultaneously as an art form that can bridge cultural divides and as a surreptitious tool for winning hearts and minds (Katz 2019). In doing so, it masks the repressive nature of state power, presenting it as aligned with the underclasses—a velvet sheath on an iron hammer. This perceived alignment is largely a façade; in reality, the hip hop-basketball paradigm serves the nationalist-capitalist hegemony described above, reinforcing rather than challenging systemic structures of authority and inequity.

This recognition is the analytical hinge for my argument. If the State Department itself acknowledges hip hop's value as an instrument of U.S. public diplomacy, then the question is no longer whether hip hop carries U.S. ideology abroad but how it does so. My contention is that hip hop's diplomatic effectiveness is significantly amplified by its longstanding entanglement with professional basketball: a sport whose marketing infrastructure is global, whose media texts are translated into virtually every major language, and whose star athletes and apparel commodities operate as ambient carriers of

6 Steve Stoute uses the term «polyethnic» to describe a twenty-first century phenomenon. He uses the adjective to refer to «individuals that form the new diverse culture in which we live» (Stoute [2011] 2012, 71). He continues: «Because America's ever-increasing numbers of interracial marriages and an unprecedented leap in ostensibly polyethnic births, we are giving rise to children whose ethnicity is often vastly different from who they are culturally» (71). This contemporary, polycultural, and liberal-aligned perspective is fundamental to understanding the construction of the contemporary multicultural synecdoche that is ambassador Drake.

U.S. cultural ideology in markets where the State Department itself has no direct presence. Hip hop diplomacy, in other words, is most powerful not in the form of officially sponsored cultural exchanges (which reach a comparatively narrow audience) but in the form of the unofficial, integrated marketing media technologies, circulating U.S. national-capitalist values through the hip hop-basketball paradigm.

The next three sections of this article examine that thesis in detail. I begin with basketball movies, because for many of the participants in my Toronto fieldwork, basketball films were the first sustained encounter with the paradigm. I then move to the music industry's articulation of the paradigm through sneaker culture. Finally, I turn to the case of Drake and the Toronto Raptors, where the question of U.S. ideology's reach into nominally non-U.S. territory is sharpest.

Basketball Movies and Cultural Hegemony:

***Space Jam* and the Allegory of U.S. Capitalist Ideals**

I begin with basketball movies for a rhetorical reason. Mass-media texts precede and structure the way audiences experience basketball, both in person and on television. To understand the most modern iteration of the hip hop-basketball paradigm, it is necessary first to understand its emergence in 1990s popular culture and its rise to prominence shortly thereafter. (See Zalis 2025, pp. 47–51 and pp. 78–81, for an overview of basketball movie soundtracks and their pivot to hip hop around Ron Shelton's 1992 film *White Men Can't Jump*.) Rather than survey the breadth of hip hop-basketball cinema, this section focuses on a single film: Joe Pytka's 1996 live-action/animated sports comedy *Space Jam*. The choice is not arbitrary. The basketball team in question for much of the empirical work in this study, the Toronto Raptors, was founded in 1995, contemporaneous with the global distribution of the blockbuster film and the rise of the spin-off marketing era. *Space Jam* accrued over U.S.\$250 million at the worldwide box office and was the highest-grossing basketball film of all time until 2022, when it was supplanted by Takehiko Inoue's *The First Slam Dunk* (Nash Information Services 2024a, b); one attempted tally of its global economic impact estimates U.S.\$6 billion across all related markets (Gallagher 2019). And as 1990s culture is back on trend—*Space Jam*-themed merchandise now decorating barbershops, basketball courts, and fast fashion marketplaces across North America and beyond—the film is taking on a second life in global popular culture, its soundtrack blends characteristics of its era, foregrounding commercial hip hop, rap, and R&B.

On its surface, *Space Jam* is a promotional vehicle for Michael Jordan via Warner Bros. Family Entertainment, capitalizing on Jordan's global appeal and his then-recent return from a one-year hiatus from professional basketball. Searching for new ways of marketing his superstar client, it was Jordan's agent David Falk who brought the idea of *Space Jam* to Warner Bros., rather than the other way around (Sandler 2001, p. 136). Beneath that promotional surface, however, the film is a dense allegorical text whose soundtrack and narrative structure operationalize three interlocking ideological appeals: aspiration, the inviolability of private property, and innovation derived of competition. Each of these appeals is undergirded by a specifically Protestant ethic of disciplined, intentional work. Together they form the moral grammar of U.S. nationalist-capitalist hegemony.

A critical engagement with *Space Jam* matters precisely because the film disarms critical attention. Its family-friendly slapstick comedy and cartoony, zany antics tend to elide critical examination, and that disarming quality is what makes it a particularly effective ideological vehicle. Adopting a Bakhtinian methodology that favours «small chunks, scenes, and patterns» rather than a «traditional 'close reading' of a text» (Emerson 1991, p. 347), the following three subsections show how music and sound help communicate these themes in three of the movie's pivotal scenes. The argument is not that *Space Jam* effects any particular ideological outcome in any particular viewer; rather, that the film is a representative, and globally circulated, instance of how the hip hop-basketball paradigm encodes the values of U.S. nationalist-capitalist hegemony in narrative form.

«I Believe I Can Fly» and the Protestant Ethic

The opening scene of *Space Jam* introduces a fictionalized young Michael Jordan practicing basketball alone in his backyard in the middle of the night. The non-diegetic soundtrack is R. Kelly's R&B single «I Believe I Can Fly,» which the producers feature in a short excerpt focused on the chorus's images of flight. The song was the second single from the soundtrack album, which has been certified six-times platinum by the Recording Industry Association of America (RIAA 2024).

I suggest that flight in this context is a metaphor for the aspirational goal of upward mobility—the ultimate vision of freedom within the nationalist-capitalist imagination. American advertising and record executive Steve Stoute defines aspiration as «the mix of desire, hope, imagination, creativity, fearlessness, and a few other ingredients, among which last but not least is belief—specifically, a belief that whatever it is that's the focus of the aspiration

is obtainable» (Stoute [2011] 2012, p. 7). This definition provides an effective lens to understand the song and its operation as the metaphor of flight. It also highlights the connection between aspiration and the ideological underpinnings of the film and professional basketball more broadly:

I believe I can fly
I believe I can touch the sky
I think about it every night and day
Spread my wings and fly away
I believe I can soar
I see me running through that open door
I believe I can fly

In the context of R. Kelly's intentional poetry, to believe one can fly is to believe in one's bold and creative capacity to realize visions of freedom that are often relegated to dreams—phenomena not immediately present in the here-and-now experience of the senses. Flight, in these terms, is a matter of projection rather than perception of material reality. Kelly does not sing about actually flying or about actually touching the sky. Rather, he sings about manifesting the opportunity in his mind's eye: the line «I see me running through that open door» suggests that when opportunity rears its head, he imagines (and thus believes) he will be on to something elsewhere and elsewhere.

The scene's diegetic content is a quiet conversation between the young Michael Jordan and his father, in which Michael, dribbling a ball under a single porch light, asks innocently: «Do you think if I get good enough, I can go to college?» The implication is twofold: first, that young Michael knows that «good» is something one can «get,» and that there is a difference between «good» and «good enough»—that being «good» is often *not* «good enough,» and second, that his pathway to higher education lies in basketball excellence. This thought pattern reflects the young boy's understanding that upward mobility is afforded through sport, and that practice and dedication are what are required of him to realize his dreams. This philosophical and ideological championing of disciplined, intentional work is the Protestant ethic. As Jeremy Rifkin (2015, p. 71) summarizes Max Weber's foundational argument, the Protestant ethic purports that accepting one's calling «and performing one's role fully and without lapse might be a sign that one has been elected to salvation.» Young Michael (the real-life Michael Jordan was raised in the Protestant tradition) embodies the idea that adherents «continuously work at improving their lot in life» as they are «duty-bound to improve [their] calling» (p. 71).

Thus «bettering one's economic lot [is] a reflection of one's proper relationships with God and the natural order» (p. 72).

In his introduction to Max Weber's *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Anthony Giddens (2005, p. xii–xiii) describes the Protestant ethic in the development of rational capitalism as the combination of «the impulse to accumulation with a positively frugal life-style.» Young Michael, working on his game in the dead of night, enacts his belief that through dedication and effort—through *getting good enough*—he can realize his dreams of touching the sky. This belief aligns with the idea that personal achievement and success are the results of good, hard work. Young Michael personifies aspiration, striving for upward mobility as an autonomous individual, defining his journey by eventually amassing fame and fortune in the professional marketplace.

Michael Jordan represents the archetypical, heroic vision of flight.

The point worth emphasizing here is that the Protestant ethic, in this filmic operationalization, is not presented as a parochially American or Christian value. It is presented as a universal grammar of striving, available to any aspiring child, anywhere. That universalization is precisely what makes the Protestant ethic an effective vector of U.S. cultural diplomacy: it announces itself as common sense.

«*Property In His Own Person*»:

John Locke, Michael Jordan, and the Resistance to Swackhammer's Tyranny

The narrative crisis of *Space Jam* is set in motion when an alien tyrant, Mr. Swackhammer, attempts to enslave the Looney Tunes—the cartoon characters of Bugs Bunny, Daffy Duck, and so on—and force them to perform as attractions in his intergalactic theme park, Moron Mountain. The Tunes challenge Swackhammer to a basketball game; if they win, they go free, and if they lose, they are bound to perform for him in perpetuity. Recognizing that they will need help to win, the Tunes recruit Michael Jordan from planet Earth.

The political-philosophical content of this premise is unmistakable. The Tunes are workers; Swackhammer is a tyrant who claims the right to expropriate their labour without their consent and without remuneration. Jordan, the movie's hero, is recruited to defend their right to the products of their own labour. His final dunk—an impossibly long leap from half-court that wins the game in the final second—secures the Tunes's freedom and ejects Swackhammer from the global mediascape.

The philosophical genealogy of this scene runs through John Locke. In his *Two Treatises of Government*, Locke ([1690] 1821, p. 209, original emphasis) argues that every man has «a property in his own person: [that] no body [sic]

has any right to but himself,» and that «the *labour* of his body, and the *work* of his hands, we may say, are properly his.» Locke, the renowned English Enlightenment philosopher, passionately defended private property during the emergence of the new market economy in the late seventeenth century. Responding to a Christian cosmology where one's «place on the rungs of the Great Chain of Being . . . defined one's life journey in the feudal era» (Rifkin 2015, p. 72), Locke argued that the pursuit of private property more accurately reflected the dignity of the human person under God.

Lockean property theory was foundational for the American republican tradition; it is paraphrased almost directly in Thomas Jefferson's «life, liberty, and the pursuit of happiness.» When *Space Jam* presents Jordan's victory over Swackhammer as a moral triumph, it is, in effect, dramatizing Lockean property rights as universal human entitlements. Workers have the right to benefit from their labour. Slaveholders (even animated, alien ones) are unjust, tyrannical. The free market is the political order in which this justice is realized. Jordan bet on himself—so be it.

This is a profoundly American argument. It is also, of course, an argument with a much darker history than the film acknowledges. In the eighteenth and nineteenth centuries, Lockean property rights coexisted with, and indeed underwrote, the chattel slavery of African-descended people in the United States, and the dispossession of Indigenous peoples across the Americas. The film's anti-slavery moral is sincere but historically amnesiac. Children watching *Space Jam* in São Paulo, Lagos, Manila, or Tokyo are not invited to think about that history. They are invited to identify with Michael Jordan as the hero who delivers freedom through basketball excellence. The Lockean infrastructure of the moral lesson is, as the Protestant ethic was in the previous scene, presented as a universal grammar.

Agon and Arete: Innovation Derived of Competition as a Free Market Exercise

The film's climactic moment is Jordan's impossibly long leap. Down by one point with five seconds left in the basketball game, Jordan dribbles, advances the ball, reaches the half-court line, avoids the Monstars's attempted body check (illegal in fair basketball play), and uses the opponents as a step to leap from. Jordan grits his teeth, and his determined «Ugh» becomes the substrate for a minimalist soundscape, connoting a packed arena collectively holding its breath in anticipation. He takes off from half-court, intending to dunk the basketball: an impossible feat in the real world, as the half-court line is roughly forty-seven feet from the basket. By extension, Jordan is both literally and figuratively reaching for the goal and striving for victory. Time seems to stand

still as multiple Monstars go full-contact, trying to tackle the basketball superstar. Two Monstars secure their hold around Jordan's waist, altering his trajectory and causing worry to cross his face. The Monstars are literally and figuratively pulling him back down to earth.

At this point, Jordan's arm takes on elastic qualities, stretching forward while his body stays in place. The viewer hears sounds reminiscent of rubber or leather stretching—crackling—thus conveying pain, and Jordan's agonized expression reinforces this. With one final reach, Jordan lets out a roar: «Arrrrg!» A wide shot shows he has stretched his arm all the way to the basket, undeterred by the massive alien bodies trying to hold him back from his liberational project.

Swish.

Final buzzer.

Tunes win.

Here, I draw on the philosopher Hans Ulrich Gumbrecht (2006), whose philosophical treatise on athletic beauty distinguishes between two interrelated qualities of competitive sport: *agon*, that is «competition,» and *arete*, that is «striving for excellence with the consequence [rather than the goal] of taking some type of performance to its individual or collective limits» (Gumbrecht 2006, p. 70). In Jordan's climactic dunk, both qualities are visible. According to Gumbrecht, competition involves «the domestication of potentially violent fights and tensions through institutional frames and stable rules» (p. 70). And indeed, planet earth did not send an intergalactic military force to Moron Mountain to liberate the Looney Tunes and secure Jordan's freedom. Basketball was the battleground. The game was definitively violent, but a generally peaceful form of competition set the stage for Jordan's allegorical agony. With respect to *arete*, Jordan did not set out to transcend human limits; rather, competitive striving pushed him to exceed his expectations, being the consequence rather than the goal of his efforts. In the heat of competition, Jordan showed faith in his abilities—taking the lead rather than deferring to his teammates—drawing upon his inner strength to achieve the impossible. By doing so, he liberated his friends, restored power to the other NBA players (thus securing the future of competition in the real world), and secured his right to benefit from the labour of his own body.

Full and straight, competition makes manifest innovation in a free marketplace.

This last formulation is my central claim about the film. The fictionalized superhuman dunk is not only the film's narrative resolution but a parable about the productive virtue of competitive markets. Competition, the hall-

mark of free-market capitalism, leads (in this allegorical world) to innovation, success, and glory. Jordan's visible agony and intense pain embody *agon* and *arete* as ancient Greek virtues, but the political content they carry is contemporary and specifically liberalist-capitalist: competition is the engine of progress, and the right to compete freely is the highest political good.

Net Effects: Movies as Diplomatic Vectors

Space Jam communicates, in a family-friendly, globally exportable, commercially profitable form, the moral grammar of U.S. nationalist-capitalist hegemony. Aspiration through Protestant-ethical labour leads to upward mobility. Private property is the natural and just reward of one's own work. Competition produces innovation, which produces freedom. These appeals «found and protect a world order which [is] universal in conception . . . [and] an order which most other states (or at least those within reach of the hegemony) could find compatible with their interests» (Keucheyan 2014, p. 102). Media representations of basketball, in this register, communicate American exceptionalism and the American Dream: that against all odds, one can succeed.

The point for understanding the diplomatic projection of U.S. state power is that the film does not need to say any of this explicitly to do the work of saying it (a «show, don't tell» kind of thing). The hegemonic logic is encoded at the level of allegory, sound design, narrative structure, and casting. The film is, to use Stuart Hall's ([1980] 2006) terms, encoded with a *dominant-hegemonic position*. Most viewers, most of the time, decode the film «full and straight» (p. 171). They cheer for Jordan; they boo Swackhammer; they emerge from the movie theatre or close the streaming app feeling that, somehow, cosmic justice has been served. What has actually been served, however, is a particular vision of justice—a vision built on Lockean property, Protestant labour, and Greek-derived ideals of competitive excellence, all packaged as universal common sense and disseminated, by Warner Bros. and its successor distributors, to a global audience. This is what cultural diplomacy looks like when it is most effective, when Warner Bros. ships a family-friendly animated feature film.

Songs to Sell Sneakers: Hip Hop-Basketball Cross-Marketing

If basketball movies are one vector through which the hip hop-basketball paradigm projects U.S. ideology, the basketball sneaker is another—and in some respects, a more pervasive one. A film is a discrete event; a pair of shoes is worn every day, and the sounds the shoes make become part of the acoustic environment of mundane social life. The basketball sneaker is, I want to

argue, a *sounding commodity*: an object that not only carries cultural meaning visually and tactilely but also acoustically.

The sound of sneakers squeaking—«squeak, squeak»—is one of the rare sounds that functions as both a *soundmark*, a term in sound studies derived from «landmark» to refer to a community sound that is unique or specifically noticed by people in that community, and a *keynote sound*, used to describe a sound heard by a community frequently enough to form a background against which other sounds are perceived (Truax [1978] 1999). For many of the research participants in my Toronto fieldwork, basketball sounds like «sneakers squeaking.» However, one particularly insightful research participant described a psychological condition they called «Basketball Ear»: for those with basketball ear, they said, «the sound of sneakers—you can't hear it anymore—but it makes you so physically comfortable [while watching the game]» (interview with the author, March 29, 2020).

Whether foregrounded or backgrounded in one's experience of the game, the sound of sneakers extends well beyond the basketball court, animating classrooms, boardrooms, shopping centres, and even the top floor of the U.S. Supreme Court building in Washington, D.C. (Kay 2018). The sound of sneakers squeaking is thus the linchpin holding together basketball's cultural and commercial connection to hip hop, or, rather, African American music more broadly. Whether indexing a physical change in direction—connoting on-the-spot creative decision-making and risk-taking (individual style, improvisation, and subverting expectations)—or reflecting the ubiquity of commodities derived of exploitative labour practices and the flow of globalized capital (see Anner 2013 for an example of anti-sweatshop union activism at Nike in Honduras), basketball footwear has become standard apparel in everyday life in America today, and increasingly, around the world.

Basketball's influence on everyday life, particularly through the widespread adoption of basketball sneakers in popular style, cannot be overstated: «Basketball sneakers dominate the sneaker industry, which has come to dominate all footwear» (Hollander 2023, 119). The best-selling sneaker of all time, the Chuck Taylor Converse All-Stars, has long been associated with youth culture in addition to various music subcultures, from the English punks of the 1970s to West Coast rappers of the 2000s (Irving 2017). The Chuck Taylor appears on the cover of John Lee Hooker's 1973 album *Born in Mississippi, Raised Up in Tennessee*, in the official video of «God Save the Queen» by the Sex Pistols (where Sid Vicious sports a battered pair), on the feet of band members on the cover of Blondie's 1978 album *Parallel Lines*, and in the opening scene of Nirvana's «Smells Like Teen Spirit» music video. From classrooms to board

rooms to the Oval Office—the 2024 U.S. Democratic Presidential nominee Vice President Kamala Harris campaigned in Chuck Taylor All-Stars and solicited a basketball-themed endorsement from NBA superstar Steph Curry at the 2024 Democratic National Convention—basketball footwear has become synonymous with American popular culture.

For the purposes of the diplomatic argument advanced in this article, the relevant point is that the sneaker is a U.S. national-cultural product whose worldwide distribution does not require state direction. The sneaker industry is itself one of the most effective vehicles of U.S. soft power. And the acoustic signature of the sneaker—«squeak, squeak»—is the sounding component of that soft-power vehicle.

«My Adidas» and the Birth of Hip Hop Cross-Marketing

The history of integrated and intentional cross-marketing between hip hop and the sports apparel (sneaker) industry begins, by the testimony of music and marketing executive Steve Stoute, on a hot summer night in New York City: Friday, July 19, 1986. Twenty thousand fans, mainly Black and Latin teens and young adults, packed Madison Square Garden for a sold-out concert featuring Run-D.M.C., LL Cool J, and Whodini. The concert's significance was not just the lineup but a particular sneaker, the Adidas Superstar, part of Run-D.M.C.'s signature style, immortalized in their song «My Adidas» (Stoute [2011] 2012, pp. xv–xxi).

According to Stoute, this endorsement deal emerged from a «creative curiosity» between the German sportswear brand and the then-burgeoning cultural movement of hip hop from the United States (Stoute [2011] 2012, p. 24). This partnership merged art and sport in such a way that, according to Adidas's self-published history, it «[signified] the birth of non-athletic promotions in the sporting goods industry» (Adidas Group 2024).

Released as the B-side for a medley of rap nursery rhymes called «Peter Piper,» «My Adidas» initially did not garner much attention from fans or critics. This changed when the song «began to appeal and sell to consumers from zip codes where rap wasn't even on the radio, much less being stocked in the record stores. Suburban, white zip codes» (Stoute [2011] 2012, p. xviii). Stoute describes this phenomenon as a «reverse crossover,» a term that plays on the traditional notion of «crossover» in the music industry. In the standard model, «crossover» refers to a recording or artist who moves from one chart to another, typically from a genre-specific chart, such as jazz or R&B, to the more general pop chart (Stilwell 2001). Stoute theorizes, however, that rather than

conforming to established, mainstream tastes, hip hop, exemplified by «My Adidas,» invited new audiences to embrace the «cool» it represented.

The «My Adidas» event matters here for two reasons. First, it was the founding moment of a now-vast corporate apparatus that systematically converts hip hop expressive culture into commercial product, with apparel and athletic footwear as the integrated commodities. Second, it set the template for a particular kind of cultural-economic operation: a U.S.-grown subculture (hip hop) is articulated through a global commodity (athletic footwear), and the product of that articulation is sold worldwide. The values that travel with the product—aspiration, individualism, the dignity of striving, the ostentatious display of one's own success—are carried into every market the shoes reach. While the marketing partnership with Adidas undoubtedly provided economic opportunities for Run-D.M.C. and helped bring hip hop culture into the mainstream, it also reveals some of the inherent contradictions of capitalism. On the one hand, it facilitated the spread of hip hop to new audiences in America and abroad, contributing to its cultural influence. On the other hand, it accelerated and scaled up the transformation of hip hop into a commercial force that often aligned with the very capitalist structures that the culture initially resisted and that marginalized its practitioners to begin with. This commodification process reflects what critics of capital would argue is a classic example of capital's tendency to absorb and neutralize dissenting cultural forms, turning potential sites of resistance into engines of profit.

The Question of Aspiration

«But where does the aspiration come from?» Martha Diaz, the community organizer, associate curator, and archivist of the Hip Hop Museum, asked me this profound and revelatory question after I presented a conference paper on the cultural and commercial connection between hip hop and basketball at the Northside Hip-Hop Archive's 2019 Event Series at the University of Toronto. While aspiration—the desire for things to be other than they are—is an ancient, transcultural trait, in the specific contexts examined in this article it is rooted in marketing strategies that yoke culture to commerce within the framework of contemporary capitalism. Integrated cross-marketing is neither liberating nor progressive, and shoes are not a pathway to spiritual enlightenment. Both are fantasies designed to sell products.

Here, however, a critical qualification is needed. The cultural and commercial connection between hip hop and basketball is rooted in protocols of expressive culture steeped in improvisation, individual style, and creative freedom: all key components of African American aesthetics. A wealth of critical

scholarship celebrates these connections as counter-hegemonic, providing opportunities to challenge prevailing stereotypes and to help marginalized populations symbolically resist systemic racism. The critical theorist and popular culture scholar Todd Boyd notes that «basketball and hip hop [occupy] two unique spaces in American society, where the issues are based on a Black norm as opposed to a White standard, as is usually the case» (Boyd [2003] 2008, p. 14). The argument I am making in this article is not that hip hop and basketball are unilaterally instruments of U.S. imperial power. It is that, as commercial products circulating in the global mediascape, they tend to work in service of nationalist-capitalist hegemony—even when the cultural forms from which they emerge contain genuinely counter-hegemonic resources.

Indeed, this is a central paradox of U.S. soft power. The cultural materials it leverages are often the very materials produced by the populations the U.S. state has historically harmed: Black and Latin American innovators of hip hop; African American athletes whose dominance defines the global aesthetic of basketball excellence; immigrant and minority communities whose creative labour underwrites the entire enterprise. As the late ethnomusicologist Ken McLeod (2009) argued, the global distribution of mediated representations of African American men through sport and music reinforces America's image as a place where aggressive male dominance affords America's power and control over smaller national and commercial entities who might oppose them. The seductive force of U.S. soft power lies precisely in its capacity to absorb critique into commodity, to turn even the cultural products of dissent into instruments of the order they once resisted.

«Jumpman»: Integrated Cross-Marketing in the Streaming Era

The Run-D.M.C./ Adidas template has, in the four decades since «My Adidas,» been refined into something far more sophisticated. Today's hip hop-basketball integrated cross-marketing campaigns are not single endorsement deals; they represent networked, multi-platform, multi-stage release strategies that use the rapper's musical persona, social-media presence, and live performance to drive sales of branded apparel. The exemplar case is the 2015 collaboration between American rapper Future and Canadian rapper Drake on the track «Jumpman.»

Released in 2015 as part of Drake and Future's collaborative mixtape *What a Time to Be Alive*, «Jumpman» initially appeared to be a standalone hip hop track. However, it effectively served as a part of Drake's then-emerging (and now well-established) multi-year collaboration with Jordan Brand, Nike's signature offshoot label, which, in 2023, reported U.S.\$6.6 billion in annual

wholesale revenue (Birnbaum 2023). This creative, integrated cross-marketing venture not only placed the hip hop star in cultural proximity to Michael Jordan's success in both business and basketball but also underscored elements of hip hop culture embedded in Nike's self-proclaimed anti-establishment ethos, even as the brand now occupies a dominant position within the global athletic apparel industry.

Drake's collaboration with Jordan Brand began a year before the release of «Jumpman.» In 2014, Air Jordan designed an exclusive sneaker for Drake, and a series of further exclusives followed: the Air Jordan 3 «Drake vs Lil Wayne,» which the rappers wore on their co-headlining tour, and the Air Jordan 3 «Gold,» which debuted at the 2014 OVO Fest, Drake's Toronto-centric music festival held during Caribana Sunday. (OVO stands for «October's Very Own,» Drake's record label.) In April 2015, the partnership between OVO and Jordan Brand became a public phenomenon at a Los Angeles OVO pop-up event, showcasing the exclusive Air Jordan 10 «White OVO» and «Black OVO» sneakers. The «super limited quickstrike release» drew significant attention within the sneaker community, with access restricted to those «in-the-know» via a lottery system (GOAT 2024). The «White OVO» sneakers were re-released on September 12, 2015, in another limited purchasing opportunity through select Air Jordan and OVO retailers.

Eight days after that re-release, Drake premiered «Jumpman» via his OVO Sound radio show on SiriusXM. On the track, Drake raps:

Jumpman, Jumpman, Jumpman, them boys up to somethin'
They just spent like two or three weeks out the country
(Drake quoted in Drake and Future 2015)

The release of the new track, followed by a tweet from the official Air Jordan account at 11:23 a.m. on a Sunday morning that read «Jumpman Jumpman Jumpman» (Jordan Brand 2015), subtly hinted at the covert collaboration between Drake and the athletic apparel giant («Jumpman» refers to the iconic silhouette logo of the Jordan brand). The strategic timing and cryptic nature of the tweet played into the air of secrecy surrounding the partnership, further fueling intrigue around the collaboration. While initial interpretations of Drake's lyrics referencing time abroad and being «up to something» suggested a clandestine or illicit scheme that aligned with the counter-cultural, rebellious image often portrayed in commercial hip hop, with the benefit of hindsight what Drake was «up to» in this integrated cross-marketing context was far more calculated: collaborating with Future to produce a track that in-

directly referenced the super-limited retail re-release of his signature sneaker, adding another layer to the carefully orchestrated marketing strategy.

This sophisticated marketing operation exemplifies the kind of strategy Stoute discusses in *The Tanning of America*:

Why not, for instance, start with a hip-hop/pop superstar, produce a hit single for said artist, and invite millions of consumers to pay for it, to sing the words, and to dance to its beat in clubs and dance halls? With the stage thus set, why not then reveal in a similarly contagious upbeat commercial that it's a jingle—and blow everyone's mind. (Stoute [2011] 2012, p. xxiv).

Re-released as a single on November 10, 2015, «Jumpman» charted successfully, peaking at number twelve on the *Billboard* Hot 100. On the surface, the rapper was celebrating, admiring, and even likening himself to Michael Jordan—a crucial aspect of cross-marketing strategies that thrive on cultural proximity *cum* maintaining an aura of authenticity in meticulously crafted, branded performances.

The Sneaker as Diplomatic Object

The «Jumpman» case study reveals several features of contemporary hip hop-basketball integrated cross-marketing that make it a particularly effective vehicle of U.S. soft power. First, the campaign is transnational by design. A Canadian rapper, partnered with a U.S. athletic-apparel subsidiary of an Oregon-based multinational, releases a collaborative track with an American rapper through a record label headquartered in Toronto, with retail releases coordinated across Los Angeles and Toronto and a global online resale marketplace. The networks of distribution are not contained within U.S. national borders; they operate across them, and that boundary-crossing capacity is exactly what makes the campaign useful to U.S. soft-power projection. The values that travel along these networks—the celebration of striving, of individual style, of aspirational consumption—are U.S. national-cultural values, but the sneaker that carries them does not look or feel «American» to consumers in Toronto or Paris or Seoul. It looks and feels global; it looks and feels «cool.»

Second, the campaign is aspirational without being explicitly nationalist. Drake never raps that the sneaker is American, or that buying it is a vote for the American Dream. He raps about being «up to somethin',» about having spent «two or three weeks out the country,» about the mystique of belonging to the inner circle of those who can secure the limited-release shoe. The aspirational content is implicit. It is encoded in the desire to have what others can-

not have, to be ahead of the curve, to be «in-the-know,» to hop across borders. That desire, as Stoute argues, is the desire that hip hop culture has trained millions of consumers to feel. And it is precisely the desire that U.S. capitalism, as both a domestic economic system and an international soft-power project, depends upon.

Third, and most importantly, the campaign is unfalsifiable as state propaganda. Nothing about the «Jumpman» release or the OVO/Jordan Brand partnership requires, or even acknowledges, any involvement of the U.S. government. There is, to my knowledge, no U.S. State Department official or Canadian Foreign Policy agent whispering in Drake's ear; there is, at least publicly, no diplomacy budget line for the campaign. The campaign is entirely commercial. And yet the net effect of such campaigns, conducted continuously across decades, is to render U.S. national-cultural values (competitive striving, accumulation, self-fashioning through consumption, the mystique of insider access) the universal common sense of global youth culture.

Ambassador Drake:

A Synecdoche of Multicultural Toronto, A Performer of U.S.

National-Cultural Texts

If the hip hop-basketball paradigm is a vector for the diplomatic projection of U.S. state power, what happens when the paradigm is operationalized outside the United States, by a non-U.S. team, in a country whose official self-image is built precisely on its distinction from the United States?

The Toronto Raptors Basketball Club is the National Basketball Association's only Canadian franchise and the league's only team headquartered outside the United States. Canada's official national branding, particularly since the 1971 declaration of multiculturalism as state policy under Prime Minister Pierre Elliott Trudeau, positions the country as a multicultural, non-imperial alternative to American nationalism. And Aubrey Graham—the man behind the global hip hop persona known mononymously as Drake, who in 2013 was named the Toronto Raptors's global brand ambassador—is widely understood, both within Toronto and abroad, as a synecdoche of multicultural Toronto: a Black, Jewish, biracial Canadian whose music, public image, and brand celebrate the diversity of his home city as a contrast to the racial politics of the United States.⁷

⁷ I retain the spelling «Raptors's» rather than «Raptors'» in accordance with section 5.15 of the *Chicago Manual of Style* (17th ed.), treating «Raptors» as a collective noun denoting «the Toronto Raptors Basketball Club» and taking a singular verb. The possessive of a singular noun ending in *s* takes the apostrophe-*s* form.

If the diplomatic argument advanced in this article is correct, however, the celebration of Drake as a uniquely Toronto figure standing apart from U.S. national-capitalist hegemony should turn out, on close inspection, to be illusory. What this section demonstrates is exactly that: even as a synecdoche of multicultural Toronto, Drake performs a tightly choreographed set of texts informed by U.S. sociocultural and political ideals. The music industry through which Drake's career is built is a U.S. industry; the music cultures he engages with are of American history; the basketball league of which he is brand ambassador is a U.S. league; the values his songs celebrate—aspiration, individual achievement, the conversion of cultural cachet into wealth—are the values of U.S. nationalist-capitalist hegemony. Toronto, in the figure of Drake, is therefore one of the most effective sites at which U.S. ideology is reproduced, precisely because its multicultural branding makes that reproduction look like its opposite.

In 2013, Maple Leaf Sports & Entertainment (MLSE)—the conglomerate that owns the Toronto Raptors, the Toronto Maple Leafs, Toronto FC, and several other major sports properties—announced that Drake would serve as the Raptors's global brand ambassador. At the September 30, 2013, press conference introducing the partnership, then-CEO Tim Leiweke remarked that Drake must be smarter than Jay-Z, the Brooklyn Nets's part-owner who had recently sold his stake to enter the business of sports management: Drake, Leiweke noted, did not have to write a cheque to gain direct influence over the franchise's present and future direction (Toronto Raptors 2013).⁸

The partnership rapidly produced new branded properties. By 2018, the Raptors had launched their OVO/Welcome Toronto initiative, a multi-year program of co-branded games, court designs, and merchandise that paired the Raptors's identity with Drake's OVO label. The annual OVO/Welcome Toronto games—staged as a series of six regular-season events to invoke the shorthand «6ix» by which Drake refers to Toronto—featured co-branded courts, jerseys, and giveaways, with the production seeking to deliver an immersive brand experience focused on art, community and ball. On March 14, 2019, OVO secured the naming rights to the Raptors's training facility, now officially the OVO Athletic Centre. The OVO/Raptors partnership also extended to a CAD \$6 million pledge toward the revitalization of basketball courts in underserved Toronto

8 The Drake/Jay-Z parallel in Tim Leiweke's introductory remarks at the September 30, 2013, press conference (Toronto Raptors 2013) is worth noting for the diplomatic argument. Both artists were brought into ownership/ambassadorial positions with NBA franchises. Both used those positions to extend their personal brands into apparel and entertainment cross-marketing. The Brooklyn Nets-Jay-Z and Toronto Raptors-Drake parallels are structural rather than incidental: they reflect the maturation of the hip hop-basketball cross-marketing complex into a normal feature of NBA franchise operation.

neighbourhoods—a commitment confirmed by Kendra Kerr, Manager of Partnerships and Projects at MLSE Foundation, in a January 18, 2021, interview.

The campaign that did the most ideological work, however, was the Raptors's broader «WE THE NORTH» branding, launched in 2014 by the advertising agency Sid Lee.⁹ The campaign positioned the Raptors and their fans as outsiders, underdogs, «the North»—a figure of regional and national distinction within and against the otherwise U.S.-dominated NBA. By the time the Raptors won their first NBA championship on June 13, 2019, «WE THE NORTH» had become a neo-romantic, national rallying cry, with Toronto Mayor John Tory subsequently declaring «WE THE NORTH Day» as a city-wide holiday on June 17, 2019.

For many of the fans, artists, executives, and activists I spoke with during my Toronto fieldwork, the Drake-Raptors partnership represents something genuinely good: a celebration of the city's polyethnic, polycultural reality, and an opportunity for inclusive multicultural belonging. As one interlocutor put it, the «WE» in «WE THE NORTH» signaled an inclusive multiculturalism that contrasted favourably with U.S. racial politics. I take that perception seriously. It is partly correct. The collective performance of the «WE THE NORTH» chant on the night of June 13, 2019—as fans poured out of homes, apartments, condominiums, and bars across Old Toronto in spontaneous celebration—was a powerful, if fleeting, enactment of multicultural belonging. It was not nothing.

But it is also, I argue, only a partial reading. The deeper structural reality, which the celebratory surface conceals, is that the entire apparatus through which Drake operates and through which the Raptors are branded reproduces the values of U.S. nationalist-capitalist hegemony. To see this clearly, one must look at how Drake himself constructs his musical persona—and what he does, and does not, say in his most influential songs.

Drake as Musical Persona: The Curation of an Aspirational Figure

The performance studies scholar Philip Auslander (2006), drawing on Erving Goffman's ([1959] 1976) dramaturgical sociology and David Graver's typology of the actor's identities, distinguishes three concurrent aspects of identity available to a performer: the real-world person, the public version of self that the

9 For an account of the «WE THE NORTH» campaign's relationship to Canadian settler colonialism—which complements but is distinct from the diplomatic argument advanced here—see Aladejebi et al. (2022). Daniel W. Dylan (2019) discusses the campaign's vulnerability to ethno-nationalist appropriation. The relationship between settler-colonial dispossession and «WE THE NORTH» multicultural belonging is treated at length in Zalis (2025).

performer presents in the discursive domain of celebrity, and the character the performer plays. Applying this typology to Drake, we can distinguish Aubrey Graham (the real person), Drake (the personage), and Ambassador Drake (the Raptors-branded character that Aubrey Graham, performing as Drake, plays in the discursive domain of basketball and Canadian multiculturalism).

Indeed, many of my research participants were explicit that «Drake» is a character distinct from Aubrey Graham. One interviewee went so far as to refer to «Drake» as «Toronto's Mickey Mouse,» suggesting a commercial and cultural connection to the city akin to Walt Disney's proprietary mascot. In a 2007 interview with Notable Interviews, conducted at the very start of his rap career and recorded from a couch in his mother's basement, the emerging Toronto rapper himself articulated the principle clearly: «You got to understand that this is about marketing—like, this whole thing is about marketing. It's about your image. It's about your story. You got to be appealing to people» (Drake quoted in Notable Interviews [2007] 2010). In the same interview, he expressed the desire to work in feature films, viewing his early-career experience as an actor on the Canadian television series *Degrassi: The Next Generation* as a stepping stone toward broader celebrity status.

In a January 5, 2021, interview, Toronto-based creative director Shane Stirling—who worked closely with Drake early in their careers—made clear the importance for aspiring rappers of communicating a musical persona directly to the audience. Using a rhetorical approach, Stirling explained to me how he encouraged Drake to tell his story in a way that reveals aspects of himself, whether real or imagined, to audiences. He engaged me in a similar dialogue:

SHANE STIRLING: Do you know who Jay-Z is?

JORDAN ZALIS: Yes, yes, I do.

STIRLING: Great. And where is Jay-Z from?

ZALIS: The Marcy Projects.

STIRLING: . . . Hold on, hold on, hold on. Let me wheel back. No, he's from the United States of America.

ZALIS: Okay . . .

STIRLING: He's from the state of New York.

ZALIS: Yup . . .

STIRLING: He's from the city of New York City. He is from the borough of Brooklyn. He's from the Projects of Marcy.

ZALIS: Yup . . .

STIRLING: And when he got his first apartment that he sold coke out of, it was on State Street. How the fuck do we know these seven levels?

He told us . . .

So, when I told Drake, I said, «Drake, you're an actor. What do you get first when you are on set?» He's like, «I get sides.» [In film jargon, «sides» refer to printed copies of script pages used as reference for cast and crew, outlining scenes being filmed that day.] I'm like «What do the sides say? Sides give you time, place—they kind of set the whole scene a bit. So, when you rap, speak with that level of specificity.»

So now you have [Drake songs like] «Weston Road Flows,» [and references to] Kennedy Road [in Drake's recording «Keep The Family Close»]—he's speaking with specificity; now you have people referencing areas of our city like they know it, the same way that [people] would be talking about Manhattan or Brooklyn or Bronx or all these different places, right? He's literally talking about streets and intersections. (Interview with the author, January 5, 2021)

The interesting thing about Stirling's account is what its narrative technique reproduces. Drake's specificity—his references to Weston Road, Kennedy Road, the «6ix,» the boroughs of Toronto—is built on the template of Jay-Z's Brooklyn-Marcy Projects-State Street specificity. The Toronto material is not derived from a distinctly Canadian cultural form; it is derived from the U.S. hip hop technique of biographical street-naming as authentication. Drake's Toronto, in other words, is constructed in the grammar of American hip hop.

That this is not unique to Drake but constitutive of the contemporary hip hop-basketball paradigm is the central point. The paradigm provides the templates—of self-fashioning, of aspirational narrative, of authenticity-through-specificity—that performers in non-U.S. locations adopt and adapt. The local content varies; the structural grammar does not.

«Started From The Bottom»: Civic Identity as Front for Individual Aspiration

The clearest demonstration of how Drake's persona reproduces U.S. nationalist-capitalist values is «Started From The Bottom,» released February 1, 2013. The song peaked at number six on the *Billboard* Hot 100. The accompanying music video, released February 13, 2013, has, as of this writing, amassed over 500 million views on YouTube. The song became the unofficial anthem for the Toronto Raptors's 2018–2019 championship season and has been a key part of the team's gameday celebrations since the partnership with Drake began.

It is also canonized as the final track on the *Smithsonian Anthology of Hip Hop and Rap*, the nine-disc box set released in 2020 by Smithsonian Folkways Recordings and the National Museum of African American History & Culture (Sheehy and Bunch III 2020). At a Raptors game, one will almost certainly hear «Started From The Bottom» through the arena's sound system.

The song's hook consists entirely of Drake repeating the phrase: «Started from the bottom, now we're here / Started from the bottom, now my whole team fuckin' here» (Drake 2013). On its surface, the hook offers a community-driven, pseudo-socialist narrative that shifts focus from individual achievement («I») to collective realization («We»). Many of my Toronto research participants read the song this way, hearing in it an inclusive, multi-cultural story of collective uplift. Something Toronto, something Canadian, rather than something of the United States.

I want to argue, however, that this reading is exactly the inverted ideological effect the song is designed to produce. Beyond projecting a simple notion of collectivity, the hook encapsulates two major themes. First, it reflects the principles of *trickle-down economics*—the neoliberal theory suggesting that benefits accruing to the wealthy will eventually benefit the broader economy through increased investment, job creation, and consumer spending. By extension, Drake's aspiration, personal advancement, and upward mobility are presented as contagious, extending to those in his inner circle, his «whole team,» and, through their retrospective association with the Raptors organization, even Raptors fans. Critics, however, have long argued that trickle-down economics disproportionately benefits the wealthy, exacerbates income inequality, and most often fails to deliver on its promises, as wealth tends to accumulate at the top without substantially «trickling-down» to marginalized communities. As Will Rogers (1932, p. 11) once put it, money «trickles up.»

Second, while Drake preaches communal benefit in the song's hook, the bulk of the songtext embraces an individualistic modality, distancing the rapper from interpretations centred on public good. In «Started From The Bottom,» he raps «I'ma worry 'bout me, give a fuck about you n—» and claims he was «tryna get it on [his] own» (Drake 2013). These representations of individualism and success—«now I'm on the road, half a million for a show»—contrast starkly with what might be considered indicators of broader community uplift, such as high literacy rates, housing-first policies, widespread well-being, and clean water for all.

Considering the role of civic community in Drake's musical persona, «whole team,» when viewed in retrospect, is a strategically ambiguous catch-all term. It could be read narrowly to represent the team of professionals and

close friends who support his career, or more broadly as the imagined community of Toronto residents, Raptors fans, and supporters of the team's WE THE NORTH campaign—those with a strong affinity for Canadian nationalism. The broad inclusive term positions this group-of-groups as «underdogs,» and the underdog narrative is itself one of the most quintessentially American narrative forms, the very narrative that *Space Jam*, above, dramatized in the figure of Michael Jordan leading the Looney Tunes against Mr. Swackhammer.

In short: a song that fans hear as a celebration of collective Toronto identity is, at the level of textual content and ideological structure, a celebration of individual aspiration that uses civic identity as a front for the same aspiration the *Space Jam* opening sequence dramatized through R. Kelly's «I Believe I Can Fly.» Drake, the nominally Canadian, nominally multicultural (polyethnic) superstar, is in this respect a perfect performer of U.S. nationalist-capitalist mythology. The mythology travels more effectively in his voice than in the voice of an American artist precisely because Canadian multiculturalism gives the mythology a non-American disguise.

Drake is taken by his fans, by Toronto's civic boosters, by Canadian commentators, and by international observers as a synecdoche of multicultural Toronto. He stands in, in popular imagination, for the city's polyethnic vibrancy and for Canada's branded distinctness from the United States.

The synecdoche, however, is misleading. What Drake actually embodies and performs is a set of texts whose ideological grammar is American: the aspirational narrative of striving from «the bottom» to wealth; the conversion of cultural cachet into branded property (OVO sneakers, OVO athletic centres, OVO court designs); the trickle-down logic of individual success benefiting «the whole team»—none of these is uniquely American in origin, but taken as a whole, they have been operationalized at industrial scale by U.S. capital, and all of them travel through the global mediascape under the auspices of U.S.-based corporations (Apple Music, the NBA, Nike, YouTube, Instagram).

This is why the Toronto case is, despite appearances, the strongest confirmation of the argument. Even where the local conditions seem inhospitable to U.S. ideology—a non-U.S. franchise, in an officially multicultural country, with a globally celebrated non-American star at the centre of the brand—the structural grammar of U.S. nationalist-capitalist hegemony reproduces itself. The hip hop-basketball paradigm is so effective as a vector of U.S. soft power precisely because it does not need to announce itself as such. It can travel under any local flag, in any local accent, and still do its very American work.

Conclusion

This article has argued that the hip hop-basketball paradigm serves as an integrated marketing complex and media technology for the diplomatic projection of U.S. state power. It has built that argument through three case studies: the 1996 family film *Space Jam*; the history of hip hop-basketball cross-marketing from «My Adidas» through «Jumpman»; and the contemporary case of Drake as global brand ambassador for the Toronto Raptors Basketball Club. In each case, the analysis has shown how U.S. nationalist-capitalist values—aspersion, the inviolability of private property, innovation derived of competition, all undergirded by the Protestant ethic—are encoded in the paradigm's texts and circulate, through the global mediascape, with the *net effects* of a sustained but unannounced cultural-diplomatic campaign.

The empirical contribution of this article has been to demonstrate that the paradigm reproduces U.S. ideology even in cases where local conditions—a non-U.S. franchise, an officially multicultural country, a globally celebrated non-American star—seem inhospitable. The curious case of the Toronto Raptors shows that the paradigm's grammar travels under any local accent. Drake, taken by his fans as a synecdoche of multicultural Toronto, performs a tightly choreographed set of texts which represent and thus reproduce U.S. sociocultural and political ideals.

The theoretical contribution has been to articulate a layered model of contemporary U.S. soft power: official state-directed hip hop diplomacy as a small visible layer; commercial hip hop-basketball cross-marketing as the much larger, much more consequential commercial layer; and the structural asymmetry of the global mediascape as the underlying condition that converts both layers into instruments of cultural domination.

References

- Abdul-Jabbar, K., & R. Obstfeld. (2007). *On the Shoulders of Giants: My Journey Through the Harlem Renaissance*. New York: Simon and Schuster.
- Adidas Group. (2024). History. Adidas Group. <https://www.adidas-group.com/en/about/history>.
- Aladejebi, F., K. A. Allain, R. C. George, & O. Nzindukiyimana. (2022). «WE The North»? Race, Nation, and the Multicultural Politics of Toronto's First NBA Championship. *Journal of Canadian Studies* 56(1), 1–24. <http://dx.doi.org/10.3138/jcs-2020-0055>.
- Anner, M. (2013). Workers' Power in Global Value Chains: Fighting Sweatshop Practices at Russell, Nike and Knights Apparel. In P. Fairbrother, M. A. Hennebert & C. Lévesque, *Transnational Trade Unionism: Building Union Power* (pp. 23–41). New York: Routledge.
- Auslander, P. (2006). Musical Personae. *TDR* 50(1), 100–119. <http://dx.doi.org/10.1162/dram.2006.50.1.100>.
- Birnbaum, J. (2023, October 18). Michael Jordan is Now Worth \$3 Billion and Joins the Forbes 400. *Forbes*. <https://www.forbes.com/sites/justinbirnbaum/2023/10/02/michael-jordan-joins-forbes-400-worth-3-billion/>.
- Blondie. 1978. *Parallel Lines*. Record Plant, LP.
- Boyd, T. [2003] (2008). *Young, Black, Rich, and Famous: The Rise of the NBA, the Hip Hop Invasion, and the Transformation of American Culture*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Caponi-Tabery, G. (2008). *Jump for Joy: Jazz, Basketball & Black Culture in 1930s America*. Amherst, MA: University of Massachusetts Press.
- Classic Metal HD. (2023, November 21). Sex Pistols – God Save The Queen» (1977) 4k Remastered. *YouTube Video*, 3:31. <https://www.youtube.com/watch?v=xFpGGI-wX4do>.
- Drake. (2013). Started From The Bottom. Track 3 on *Nothing Was the Same*. OVO Sound, Young Money, Cash Money, Republic, compact disc.
- Drake and Future. (2015). Jumpman. Track 9 on *What a Time to Be Alive*. Young Money, Cash Money, Republic, Freebandz, A1, and Epic, streaming audio.
- Dylan, D. W. (2019). «We the North» As the Dispossession of Indigenous Identity and a Slogan of Canada's Enduring Colonial Legacy. *Alberta Law Review* 56(3), 761–784. <http://dx.doi.org/10.29173/alr2522>.
- Emerson, C. (1991). The Tolstoy Connection in Bakhtin. In M.R. Katz, *Tolstoy's Short Fiction* (pp. 346–366). New York: W. W. Norton & Company, Inc.
- Gallagher, Brendan. (2019, October 18). Op-Ed | Let's Be Honest, 'Space Jam' Actually Sucked. *Highsnobiety*. <https://archive.ph/20191018072021/https://www.highsnobiety.com/p/space-jam-review/>.

- George, N. (1999). *Elevating the Game: Black Men and Basketball*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- Giddens, A. (2005). Introduction to *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* by M. Weber, translated by T. Parsons (pp. vii–xxiv). New York: Routledge.
- GOAT. (2024). 2015 OVO x Air Jordan. GOAT. <https://www.goat.com/en-ca/sneakers/air-jordan-10-retro-ovo-2015-819955-100>.
- Goffman, E. [1959] (1976). *The Presentation of Self in Everyday Life*. New York: Penguin Books.
- Gramsci, A. [1971] (2012). Selections from the *Prison Notebooks of Gramsci*, edited and translated by Q. Hoare & G. Nowell Smith. New York: International Publishers.
- Gumbrecht, H. U. 2006. *In Praise of Athletic Beauty*. Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press.
- Hall, S. [1980] (2006). Encoding/Decoding. In M. G. Durham & D. M. Kellner, *Media and Cultural Studies: Keywords* (pp. 163–173). Malden, MA: Blackwell Publishing Ltd.
- Hollander, D. (2023). *How Basketball Can Save the World: Thirteen Guiding Principles for Reimagining What's Possible*. New York: Harmony.
- Irving, S. (2017, February 21). Chucks in Tunes: 30 Iconic All Star Musical Moments. *Sneaker Freaker*. <https://www.sneakerfreaker.com/news/chucks-tunes-30-iconic-star-musical-moments>.
- John Lee Hooker. 1973. *Born in Mississippi, Raised Up In Tennessee*. ABC Records, LP.
- Jordan Brand (@Jumpman23). (2015, September 20). Jumpman Jumpman Jumpman. *Twitter*. <https://x.com/Jumpman23/status/696731051662508034>.
- Kalvert, S., director. (1995). *The Basketball Diaries*. New Line Cinema. 1 hr., 44 min.
- Katz, M. (2019). *Build: The Power of Hip Hop Diplomacy in a Divided World*. New York: Oxford University Press.
- Kay, S. (2018, July 25). The Highest Court in the Land. *Sports Illustrated*. <https://www.si.com/nba/2018/07/25/supreme-court-building-basketball-court>.
- Keucheyan, R. (2014). *The Left Hemisphere: Mapping Critical Theory Today*, translated by G. Elliott. New York: Verso.
- Lee, S., director. (1998). *He Got Game*. Buena Vista Pictures Distribution. 2 hr., 16 min.
- Locke, J. [1690] (1821). Of Property. In *Book II of Two Treatises of Government* (pp. 208–229). London, UK: Whitmore and Fenn, Charing Cross, and C. Brown, Duke Steet, Lincoln's-Inn-Fields.
- Marsh, C. & M. V. Campbell, editors. (2020). *We Still Here: Hip Hop North of the 49th Parallel*. Montreal and Kingston: McGill-Queen's University Press.
- McLeod, K. (2009). The Construction of Masculinity in African American Music and Sports. *American Music* 27(2), 204–226. <http://dx.doi.org/10.2307/25602271>.

- Nash Information Services. (2024a). Space Jam (1996). *The Numbers*. <https://www.the-numbers.com/movie/Space-Jam#tab=summary>.
- Nash Information Services. 2024b. Eiga Slam Dunk (2022). *The Numbers*. [https://www.the-numbers.com/movie/Eiga-Slam-Dunk-\(2022-Japan\)#tab=summary](https://www.the-numbers.com/movie/Eiga-Slam-Dunk-(2022-Japan)#tab=summary).
- Nirvana. [1991] (2009, June 16). Nirvana – Smells Like Teen Spirit (Official Music Video). YouTube Video, 4:38. <https://www.youtube.com/watch?v=hTWKbfoikeg>.
- Notable Interviews. [2007] (2010, April 24). Drake Interview BEFORE HE BECAME FAMOUS!! Continued... again... YouTube Video, 5:59. <https://www.youtube.com/watch?v=PvadVJTPOls>.
- Nye, J. S. (1990). Soft Power. *Foreign Policy* 80, 153–171.
- Nye, J. S. (2008). Public Diplomacy and Soft Power. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 616(1), 94–109. <http://dx.doi.org/10.1177/0002716207311699>.
- Nye, J. S. (2012, May 8). China's Soft Power Deficit. *Wall Street Journal*. https://www.wsj.com/articles/SB10001424052702304451104577389923098678842?relink=desktopwebshare_permalink.
- Public Enemy. (1998). *He Got Game*. Def Jam Recordings, compact disc.
- Pytko, J., director. (1996). *Space Jam*. Warner Bros. 1 hr., 28 min.
- RIAA. (2024). Gold & Platinum: Space Jam. RIAA. https://www.riaa.com/gold-platinum/?tab_active=default-award&se=space+jam#search_section.
- Rifkin, J. (2015). *The Zero Marginal Cost Society: The Internet of Things, the Collaborative Commons, and the Eclipse of Capitalism*. New York: Palgrave Macmillan.
- Rogers, W. (1932, November 26). Will Rogers Explains That Money, Unlike Water, Always Trickles Up. *The St. Louis Star and Times*. <https://www.newspapers.com/article/the-st-louis-star-and-times-trickle-do/105123031/>.
- Run-D.M.C. (1986). My Adidas. Track 3 on *Raising Hell*. Profile Records, LP.
- Sandler, K. S. (2001). The Wabbit We-negotiates: Looney Tunes in a Conglomerate Age. In M. Pomerance, *Ladies and Gentlemen, Boys and Girls: Gender in Film at the End of the Twentieth Century* (pp. 129–148). Albany, NY: State University of New York Press.
- Sheehy, D. & L. G. Bunch III, executive producers. (2020). *Smithsonian Anthology of Hip Hop and Rap*. Smithsonian Folkways Recordings and the National Museum of African American History & Culture, compact disc box set.
- Shelton, R. (1992). *White Men Can't Jump*. 20th Century Fox 1 hr., 55 min.
- Sierra, G., host. (2022, May 25). Hip-Hop Diplomacy. *Why It Matters* podcast, *Council on Foreign Relations*, 29 min., 29 sec. <https://www.cfr.org/podcasts/hip-hop-diplomacy>.
- Stilwell, R. 2001. Crossover. *Grove Music Online*. <https://doi-org.qe2a-proxy.mun.ca/10.1093/gmo/9781561592630.article.40611>

- Stoute, S. [2011] (2012). *The Tanning of America: How Hip-Hop Created a Culture That Rewrote the Rules of the New Economy*. New York: Gotham Books.
- Toronto Raptors. (2013, September 30). NBA All-Star Announcement: Q & A Drake Time. *YouTube Video*, 4:10. <https://www.youtube.com/watch?v=GW5sYcQhIAQ>.
- Toronto Raptors. (2018, January 17). We got you TO. *Facebook*. <https://www.facebook.com/TorontoRaptors/videos/we-got-you-to/10159763379675527/>.
- Truax, B., editor. [1978] (1999). *Handbook for Acoustic Ecology*. Vancouver: Cambridge Street Publishing.
- Various. (1998). *He Got Game: The Music of Aaron Copland*. Sony Classical, compact disc.
- Weber, M. [1930] (2005). *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, translated by T. Parsons with an introduction by A. Giddens. New York: Routledge.
- Zalis, J. (2025). Net Effects: Nationalist-Capitalist Hegemony in the Hip Hop-Basketball Paradigm. PhD diss., Memorial University of Newfoundland. <http://dx.doi.org/10.48336/98>.
- Zucker, D., director. (1998). *BASEketball*. Universal Pictures. 1 hr., 43 min.

La Propiedad de los Medios de Pensamiento: Tecnología, Pospolítica y el Gobierno de Nadie¹

Matthew B. Crawford

Instituto de Estudios Avanzados en Cultura, Universidad de Virginia
Estados Unidos

Alexander Castleton²

Universidad de Montevideo
Uruguay

Universidad de Carleton
Canadá

Resumen: Este artículo es una traducción de un artículo del filósofo y mecánico de motos Matthew Crawford, autor del best seller *Shopclass as Soulcraft: An inquiry into the value of work* así como de libros ampliamente comentados como *The world beyond your head: On becoming an individual in an age of distraction* y *Why we drive: Toward a philosophy of the open road*. Crawford describe el poder de quienes controlan infraestructuras computacionales y servicios en la nube, de los que dependen la mayoría de las instituciones de la vida cotidiana: bancos, hospitales, gobiernos, etc., así como la creciente conversión de bienes materiales en servicios sujetos a suscripción y a términos de servicio unilaterales. Esta infraestructura técnica impone condiciones que hacen que el poder no resida en gobiernos ni en la política, sino en aquellos que son dueños de ellas. Esto conduce a un «gobierno de Nadie», en otras palabras, a la *pospolítica*.

Palabras clave: Inteligencia artificial; Política; Pospolítica; Tecnocracia; Agencia Humana.

The Ownership of the Means of Thought: Technology, Post-Politics, and the Government of Nobody

Abstract: This article is a translation of a piece by the philosopher and motorcycle mechanic Matthew Crawford, author of bestsellers such as *Shop Class as Soulcraft: An Inquiry into the Value of Work*, as well as widely discussed books including *The World*

1 Este artículo fue publicado por primera vez sin los comentarios de Alexander Castleton en Independent Institute, el 15 de diciembre de 2025. Disponible en: <https://www.independent.org/article/2025/12/15/ai-threat-knowledge-class/>

2 Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Innovación e Investigación de Uruguay e investigador asociado al Grupo de Investigación consolidado, *Filosofía y Antropología: Cosmopolitismo, Globalización y Derechos Humanos* (Universidad de Castilla-La Mancha).

Beyond Your Head: On Becoming an Individual in an Age of Distraction and Why We Drive: Toward a Philosophy of the Open Road. Crawford describes the power of those who control computational infrastructures and cloud services, on which most institutions of everyday life depend: banks, hospitals, governments, and so on. He also examines the growing conversion of material goods into services subject to subscription models and unilateral terms of service. This technical infrastructure imposes conditions that shift power away from governments and politics and toward those who own it. This leads to a «government of Nobody»; in other words, to *postpolitics*.

Keywords: Artificial intelligence; Politics; Postpolitics; Technocracy; Human Agency.

Introducción (Alexander Castleton)

Matthew Crawford es el autor del best-seller *Shopclass as Soulcraft: An inquiry into the value of work* (2010) en el que analiza cómo se fue dando la separación entre trabajos manuales e intelectuales y sus implicaciones. Se enfoca en los oficios especializados, como la reparación de motos o de sistemas eléctricos y cómo se contraponen a una cultura que suele considerar superiores el trabajo de oficina o de «cuello blanco», asociado con la abstracción, el conocimiento y el manejo de símbolos. Crawford argumenta que trabajar con objetos físicos requiere inteligencia, juicio, humildad, atención y responsabilidad, ya que el mundo material se resiste a nuestros deseos y nos obliga a confrontar la realidad directamente. En contraste, muchos empleos burocráticos y corporativos modernos tienden a alejar a las personas de las consecuencias concretas de sus acciones, produciendo una pérdida de autonomía y satisfacción que deriva en una falta de realización personal. Crawford ofrece una crítica a una economía moderna que devalúa la habilidad práctica y promete autonomía, a la vez que hace que las personas dependan más de sistemas opacos y tecnocráticos. Su argumento central es que la competencia manual puede ser formativa moral e intelectualmente, ya que reconecta a la persona con la realidad y la comunidad, la hace responsable y con una capacidad de acción concreta, y produce resultados tangibles y valiosos. Además, los trabajos manuales son aquellos más seguros frente a la sustitución de trabajos simbólicos y cognitivos por la IA.

Crawford también produjo dos obras clave subsiguientes que analizan y critican la ubicuidad tecnológica-digital actual y examinan concretamente el fenómeno pospolítico que inspiró este número monográfico de la Revista de Estudios Globales. Estas son *The world beyond your head: On becoming an individual in an age of distraction* (2014) y *Why we drive: Toward a philosophy of the open road* (2020). Siguiendo la línea de *Shopclass as Soulcraft*, la preocupación fundamental de Crawford en estos libros es la pérdida de la agencia y auto-

mía humana frente a sistemas burocráticos y tecnocráticos distantes de la vida cotidiana. Mientras que en *The World Beyond your Head* se enfoca en sistemas tecnológicos que capturan y monetizan la atención humana, en *Why We Drive* examina los efectos personales, sociales, políticos e individuales que conlleva la sustitución de actividades humanas por sistemas técnicos, como por ejemplo, los coches autónomos.

El problema fundamental, para Crawford, es que tanto la vida cotidiana como la social y política se tornan cada vez más dependientes de actores externos y expertos. Si bien su foco es los Estados Unidos, esta es una tendencia general en occidente. El establecimiento de la seguridad como valor social y personal supremo refuerza un orden *pospolítico* en el que se intercambia mayor seguridad por una vida controlada, manipulada, y predecible; en otras palabras, *administrada* (Castleton, 2024). Esto fomenta, como subraya Roger Berkowitz, una *revuelta contra la realidad*, a través de la cual se buscan alternativas a un mundo físico en el que hay dolor, limitación, inseguridad y riesgos. En términos de Hannah Arendt, *hay un resentimiento contra la condición humana* que lleva a «una profunda necesidad humana de hacer que el mundo se acomode a nuestros deseos—de rehacer el mundo como uno creado por el hombre» (Berkowitz, 2022, p. viii), o de trascender las capacidades humanas y crear una especie poshumana con capacidades nuevas (Diéguez, 2014, p. 75).

Como escribí en un trabajo reciente inspirado por Crawford (Castleton, 2024):

«Esta búsqueda de reducir el riesgo conduce a una sociedad basada en una visión disminuida de las capacidades humanas que conlleva a una infantilización disfrazada de ideales democráticos (Crawford, 2020, p. 34). El desenlace es la *administración total de la vida*. Cuando el mundo se presenta «como una serie de problemas a ser resueltos» (Crawford, 2020, p. 312) se vislumbra el mundo pospolítico que está en ciernes, en el que «[l]a soberanía queda transferida a solucionadores de problemas» (Crawford, 2020, p. 313). El automatismo—bajo la bandera de valores sociales como la seguridad y la eficiencia, pero con el objetivo último de la *certeza*—va reemplazando crecientemente la confianza y cooperación social. Este es un mundo de gobernanza algorítmica pospolítica, donde la vigilancia y la administración experta reemplaza a la democracia, y la soberanía se relocaliza de representantes a burocracias y tecnocracias que no rinden cuentas a nadie (Crawford, 2021; Arendt, 2018, p. 40; Arendt, 2017, cap. 7)».

El siguiente texto es una traducción de un artículo que Crawford publicó en su cuenta de *Substack*, la cual está detrás de un *paywall*. Generosamente, nos permitió re-publicarlo traducido al español para este monográfico. Aquí, Crawford describe el poder de quienes controlan infraestructuras computacionales y servicios en la nube, de los que dependen la mayoría de las instituciones de la vida cotidiana: bancos, hospitales, gobiernos, así como la creciente conversión de bienes materiales en servicios sujetos a suscripción y a términos de servicio unilaterales. Esta infraestructura técnica impone condiciones que hacen que el poder no resida en gobiernos ni en la política, sino en aquellos que son dueños de ellas. Esto conduce a un «gobierno de Nadie».

El artículo además propone que la clase social que se dedica al manejo simbólico del conocimiento se encuentra amenazada por la IA, lo cual puede conducir a una «sobreporducción de élites» conducente a serias tensiones políticas que se ven en el surgimiento de tendencias de pensamiento «woke» (véase Al Gharbi, 2025). De este modo, la universidad, pieza fundamental del credencialismo, verá debilitada su legitimidad. La solución que propone Crawford es recuperar una concepción del humano como irreducible y no sustituible para hacer frente a un orden pospolítico en el que la responsabilidad de gobernar se disuelve en sistemas técnicos que responden a nadie.

PROPIEDAD DE LOS MEDIOS DE PENSAMIENTO (Matthew Crawford)

A juzgar por lo que puede observarse, la lógica empresarial de la inteligencia artificial se basa en la expectativa de que sustituya el juicio y la discreción humana. Dado el papel de los macrodatos en el entrenamiento de estos sistemas y las enormes concentraciones de capital necesarias para desarrollarlos, la revolución de la IA extenderá la lógica del oligopolio al ámbito de la cognición. En última instancia, lo que parece estar en juego es la propiedad de los medios de pensamiento. Esto tendrá implicancias para la estructura de clases, para la legitimidad de las instituciones que reclaman autoridad en virtud de su experticia, y para la función de acreditación de las universidades.

Consideremos algunos desarrollos recientes que no se refieren directamente a la IA, pero que muestran el poder asociado a la propiedad de la infraestructura computacional.

Cuando Amazon Web Services sufrió una caída en octubre de este año, miles de instituciones quedaron paralizadas durante algunas horas. Los bancos dejaron de operar; los hospitales no pudieron acceder a historias clínicas. Plataformas de comunicación como Signal también dejaron de responder. La nube alberga una proporción cada vez mayor de los servicios que hacen funcionar a una sociedad, canalizándolos a través de un pequeño número de

empresas. Nuestro propio gobierno depende también de esta infraestructura y, por lo tanto, de la solvencia continua de un puñado de compañías. La expresión «demasiado grande para caer» apenas alcanza a describir la situación.

Las computadoras y las conexiones a internet se han incorporado a muchos objetos materiales que antes eran simplemente mecánicos, lo que ofrece un nuevo punto de control para quien pueda canalizar funcionalidades básicas a través de una red. Por ejemplo, Volkswagen y Mercedes han anunciado que el rendimiento de sus autos eléctricos será escalonado, con niveles superiores habilitados mediante suscripción continua (es decir, los motores pueden ser limitados a distancia). Del mismo modo, BMW anunció que los asientos calefaccionados de sus nuevos modelos solo funcionarán mediante un pago mensual. El propio concepto de propiedad se vuelve difuso bajo un modelo de suscripción, en el que los objetos de los que dependemos se convierten en fuentes permanentes de extracción de valor.

Con el «internet de las cosas», y más ampliamente con la integración de computadoras en red en cada interacción, la funcionalidad de casi cualquier objeto o la disponibilidad de cualquier servicio puede quedar supeditada a que proveedor y cliente mantengan una «buena relación», sujeta a términos de servicio fijados unilateralmente y revocables en cualquier momento. «No tendrás nada y serás feliz», como dice el lema. Como señaló el autor de *Substack* AZ Mackay: «El poder fluye a través de la arquitectura de lo posible, y si no controlas esa arquitectura, alquilas el acceso a la posibilidad misma».

El ascenso de la inteligencia artificial parece destinado a introducir esta lógica empresarial en lo más profundo del ámbito humano. Si la tarea de pensar se delega en máquinas, y estas están insertas en una arquitectura propiedad de unas pocas empresas, ¿qué consecuencias se siguen?

La clase del conocimiento

Un breve repaso del último siglo y medio puede aportar contexto. La preocupación clásica del marxismo gira en torno a la propiedad de los medios de producción: ¿pertenecen al trabajo o al capital? De esta forma de pensar surge como prescripción la lucha de clases, asumida por ambas partes del conflicto. En 1941, James Burnham identificó un nuevo actor en la economía: los gestores o administradores. Su pretensión de primacía no se basaba ni en el trabajo manual ni en la riqueza acumulada, sino en el conocimiento. Su propuesta, naturalmente, es que se debe confiar en la experticia certificada. Esa experticia puede optimizar procesos productivos —por ejemplo, mediante los «estudios de tiempos y movimientos» de Frederick Winslow Taylor (cuyo resultado fue la línea de montaje)— y también detectar patrones económicos

que permitan asignar mejor el capital. Por primera vez desde la caída de la autoridad eclesiástica, Occidente contó con una clase cuyo derecho a gobernar era fundamentalmente epistemológico. Este es el hecho político que la IA probablemente pondrá en cuestión.

La clase del conocimiento adquirió relevancia política con el progresismo wilsoniano. Su premisa es que el mundo se ha vuelto tan complejo que el sentido común y la experiencia directa tienen poco peso en las decisiones del Estado, que requieren técnicas intelectuales especializadas. En esa etapa, parte de la soberanía (el poder de decidir cuestiones importantes) se trasladó de los órganos representativos a agencias ejecutivas, integradas por esta nueva clase.

El dominio de esta clase se extendió tanto a los gobiernos como a las empresas privadas. Sus miembros —ejemplificados por el consultor en gestión— pueden desplazarse entre industrias y sectores distintos, o entre el sector público y el privado.

Su competencia es una «meta-competencia», basada no en la experiencia directa con los objetos que gestionan, sino en el dominio de una tecnología intelectual que traduce todas las diferencias cualitativas al lenguaje universal de la cantidad. Así como el dinero representa el valor haciendo equivalentes una unidad de naranjas y una de manzanas, quien optimiza la producción puede ser indiferente al objeto concreto que administra. Incluso puede no haberlo visto nunca. Este nivel de abstracción también se aplica a poblaciones enteras. A este régimen lo llamamos tecnocracia.

La materia prima que utiliza esta clase es la «información». Su posición no depende de acapararla, sino de establecer requisitos de habilitación para convertirla en conocimiento experto. Esto se sostiene mediante un sistema de acreditación (la academia) en conjunto con organismos legitimados (los medios tradicionales), que difunden una imagen cuidadosamente filtrada y validada de la realidad. En general, es una visión que, si se comprende correctamente, lleva a delegar aún más aspectos del mundo en manos de los «expertos». A eso se alude cuando se habla de «creer en la Ciencia».

Pero en la medida en que la IA sustituya la experticia humana, la razón de ser de esta clase se debilita. ¿Qué ocurre entonces?

Sobreproducción de élites

El término «sobreproducción de élites» se asocia a Peter Turchin. Señala que, históricamente, cuando hay demasiados aspirantes a posiciones altas y no suficientes lugares disponibles, surgen conflictos internos y agitación social. Los revolucionarios suelen provenir no de los estratos más bajos, sino de sec-

tores con expectativas frustradas. En descenso social y sintiéndose traicionados, terminan rechazando su propia clase de origen y canalizando resentimientos colectivos.

El surgimiento del movimiento Occupy y de los Socialistas Democráticos de Estados Unidos parece encajar en este patrón. Asimismo, las dinámicas de denuncia, cancelación y confrontación asociadas a lo «woke» pueden entenderse como una competencia por estatus entre individuos que perciben la fragilidad de su posición institucional. Como observó Reihan Salam en 2018, lo «woke» funciona también como un esfuerzo de sectores acomodados por diferenciarse mediante la adopción de códigos morales sofisticados que señalan pertenencia de clase. Ya hemos visto manifestaciones políticas de esta sobreproducción de élites, y la IA probablemente intensifique esta dinámica.

Es difícil prever cómo evolucionará esto. Si la «política de repudio» —término de Hannah Arendt para describir la pasión revolucionaria de los años 60— fue antes más visible en la izquierda, hoy parece cobrar más fuerza en la derecha, donde el resentimiento intergeneracional es profundo.

Educación superior

Si la función de las universidades es acreditar a la clase del conocimiento, pero la IA vuelve redundante a esa clase, ¿colapsarán las universidades? No es seguro. Aunque su misión educativa pierda centralidad, siguen cumpliendo otros roles en la intersección entre Estado y empresas. Un título universitario actúa como señal de cualidades valoradas por empleadores: capacidad de cumplir tareas, tolerar la rutina, someterse a supervisión y trabajar con otros. Estas virtudes pueden resumirse como «responsabilidad».

El título también funciona como mecanismo de selección previo: las universidades ya han filtrado a los candidatos. Lo aprendido importa menos que el hecho de haber sido admitido. Además, las leyes de derechos civiles en EE. UU. restringen el uso de pruebas como el coeficiente intelectual en procesos de selección, lo que ha impulsado el credencialismo como sustituto legalmente seguro.

Esto ha hecho que el título universitario —y la deuda asociada— sea casi imprescindible para muchos empleos, transfiriendo recursos al sistema universitario. Las universidades ocupan así una posición clave como intermediarias laborales y como difusoras de ideología estatal. Sin esa función, su modelo se debilita.

Aunque puedan mantener otros roles, si pierden su misión educativa reconocida, será difícil justificar su costo. Pocos estarán dispuestos a pagar sumas elevadas solo por integración social en un sistema cuya legitimidad se erosiona.

El imperio final

Según AZ Mackay, la mayoría de los países no podrá desarrollar infraestructura soberana de IA debido a sus enormes costos. Esto implica que dependerán de sistemas cognitivos que no controlan, sujetos a decisiones externas. Las consecuencias son concretas: hospitales, tribunales y escuelas operando bajo lógicas definidas por terceros.

Estamos avanzando hacia un «sistema operativo del mundo». Y los sistemas operativos no negocian: imponen condiciones.

Si esto constituye una forma de imperio, es uno en el que la producción de sentido se centraliza. No serán los Estados tradicionales quienes controlen la «arquitectura de lo posible», sino entidades híbridas entre poder corporativo y estatal. Surge así lo que Hannah Arendt llamó «el gobierno de Nadie»: una forma de poder sin rostro ni responsabilidad. Recuperar lo humano

El ascenso de la clase del conocimiento se basó en la idea de una tecnología intelectual capaz de abarcarlo todo. Esto supone una visión del mundo donde todo es reducible a materia manipulable. Pero si existieran «tipos naturales» con fines propios, esto limitaría nuestra capacidad de tratarlos como simples recursos.

Negar esas diferencias permite sostener la lógica de reemplazo: todo puede ser sustituido por una versión estandarizada. Incluso la distinción entre humano y máquina se diluye: reemplazar inteligencia humana por artificial sería solo cambiar carbono por silicio.

Paradójicamente, esta lógica termina amenazando a la propia clase que la promovió.

Esto toca el núcleo de nuestra política. No se trata solo de democracia liberal, sino del régimen tecnocrático real. Si la respuesta a «¿quién gobierna?» es «Nadie», nadie estará dispuesto a defender ese sistema.

Se avecinan tensiones políticas profundas. Sin embargo, la crisis puede abrir la posibilidad de reconsiderar preguntas fundamentales. Podríamos volver a tradiciones que conciben al ser humano como algo singular, orientado más allá de sí mismo y de la naturaleza.

Esa concepción ofrece una base —quizás la única sólida— para defender lo humano frente a su posible disolución.

Referencias

- Al-Gharbi, M. (2025). *We have never been woke: The cultural contradictions of a new elite*. Princeton University Press.
- Arendt, H. (2017). *The Origins of Totalitarianism*. Penguin Books.
- Arendt, H. (2018). *The Human Condition (Second Edition)*. The University of Chicago Press.
- Berkowitz, R. (2022). *The perils of invention: Lying, technology, and the human condition*. Black Rose Books.
- Castleton, A. (2024). Hiperconexión Digital, Imperativo de Seguridad y Pospolítica: un análisis con los pensamientos de Hannah Arendt, José Ortega y Gasset y Matthew Crawford. *Thémata. Revista de Filosofía*, 70, 263-284. <https://doi.org/10.12795/themata.2024.i70.12>
- Crawford, M. (2010). *Shopclass as Soulcraft: An inquiry into the value of work*. Penguin books.
- Crawford, M. (2016). *The World beyond your head: On becoming an individual in an age of distraction*. Farrar, Straus & Giroux.
- Crawford, M. (2020). *Why We Drive: Toward a Philosophy of the Open Road*. Farrar, Straus & Giroux.
- Crawford, M. (2021). Defying the data priests. *The New Atlantis*, 66, 111–113. <https://www.thenewatlantis.com/publications/defying-the-data-priests>
- Diéguez, A. (2014). reflexiones sobre las tecnologías de mejoramiento genético al hilo del pensamiento de Ortega y Gasset. *SCIO: Revista De Filosofía*, (10), 59-79. https://doi.org/10.46583/scio_2014.10.632

La guerra fría ideológico-cultural en América Latina: la controversia del Proyecto Simpático en Colombia

Ramiro Hernández Romero¹

CEIICH-UNAM²

México

Resumen: El presente artículo estudia la controversia del Proyecto Simpático en Colombia como parte de un conjunto de proyectos que se aplicaron en Latinoamérica en el decenio de 1960. La clase gobernante y las élites de poder estadounidenses intentaron pronosticar las causas de la insurgencia en la región, por lo que el Proyecto Camelot en Chile, el Proyecto Colonia en Perú, el Proyecto Marginalidad en Argentina, entre otros, se formularon con esos fines. Poco antes, los estudios relacionados con esas investigaciones provenían de un largo proceso de transformación en Estados Unidos. Se mantenía una correlación entre las ciencias sociales y la política. En el caso colombiano, participó un grupo de antropólogos y psicólogos para llevar a cabo la investigación, sin embargo, al concretarse, dio lugar una controversia social y política, con repercusiones en el ámbito nacional e internacional. Se distinguen tres grupos: 1) Los científicos sociales: antropólogos y psicólogos; 2) Los diputados del Congreso de la República de Colombia y 3) La prensa político-mediática: *El Tiempo*, *El Espectador* y *La Nación*.

Palabras clave: Proyecto Simpático; Antropólogos; Psicólogos; Colombia; Estados Unidos.

The ideological-cultural cold war in Latin America: the controversy of the Simpatía Project in Colombia

Abstract: This article studies the controversy surrounding the Simpatía Project in Colombia, which is part of a series of projects that were implemented in Latin America in the 1960s. The ruling class and the American power elites were trying to predict the causes of the insurgency in the region, and so the Camelot Project in Chile, the Colonia Project in Peru, and the Marginalidad Project in Argentina, among others,

1 Este artículo lo dedico a mi madre, Florencia Romero Sánchez, fallecida el 6 de diciembre de 2023. De la misma manera, a Palestina, que fallece por la indiferencia que nos invade. La solidaridad se encuentra extraviada en nuestros días.

2 El presente escrito forma parte de las actividades de investigación posdoctoral que se realiza en el Centro de investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

were formulated for these purposes. Shortly before, the studies related to these investigations came from a long process of transformation in the United States. There was a correlation between the social sciences and politics. In the Colombian case, a group of anthropologists and psychologists participated in carrying out the research, however, when it was carried out, it gave rise to a social and political controversy, with repercussions at the national and international level. Three groups are distinguished: 1) Social scientists: anthropologists and psychologists; 2) The deputies of the Congress of the Republic of Colombia and 3) The political-media press: *El Tiempo*, *El Espectador* and *La Nación*.

Keywords: Project Simático; Anthropologists; Psychologists; Colombia; United States.

Introducción

En el presente artículo se busca examinar la controversia social, política y cultural en torno al Proyecto Simpático en Colombia que se aplicó en 1965. Esta, como otras investigaciones que se aplicaron en este decenio, forma parte de la dimensión ideológico-cultural de la guerra fría en América Latina. Las investigaciones que hacen referencia a dicha dimensión, en realidad son muy recientes. Como bien afirma Rey, los estudios se centraron en las relaciones Estados Unidos-América Latina privilegiando la política y la economía, quedando fuera lo ideológico-cultural (2012). El presente artículo intenta aportar con un grano de arena para llenar este vacío. Cabe hacer mención también que los proyectos de investigación no han tenido interés entre los investigadores e investigadoras, ni mucho menos el caso del Proyecto Simpático. Se convierte en un tema importante por su relevancia histórica y por su carácter espacial, es decir, sus relaciones se dieron en su amplitud continental e intercontinental. Se trata de una manifestación ideológico, político y cultural que no tuvo límites territoriales. No obstante, se ejecutaron principalmente en los llamados «países en vías de desarrollo», eufemismo diplomático inventado para reemplazar la expresión «países subdesarrollados» (Raymont, 2007), que en nuestros días se le denomina con otro eufemismo: «Sur Global». De la misma manera, una cantidad de proyectos, no sólo se aplicaron en Latinoamérica, sino también en el sudeste asiático, particularmente en Vietnam durante la guerra.

En el Proyecto Simpático participó un grupo de antropólogos y psicólogos para llevar a cabo una investigación cuyo objetivo consistió en estudiar a los campesinos, la pequeña burguesía educada y una parte del ejército colombiano. Es decir, la mirada se fijó sobre un grupo social que podría llevar a cabo cambios en el orden social y político e incluso económico, similares a los que se habían realizado en Cuba. No obstante, al iniciar su ejecución, generó una

gran controversia político-social, extendiéndose a nivel nacional, y, en cierto sentido, a nivel internacional, involucrando a distintos grupos entre los cuales se destacaron: 1) Los científicos sociales: antropólogos y psicólogos; 2) Los diputados del Congreso de la República de Colombia y 3) La prensa: *El Tiempo*, *El Espectador* y *La Nación*. En la discusión se señalaba regularmente que el Departamento de Defensa de Estados Unidos estaba detrás de la organización y financiamiento del proyecto. Se le acusaba de intervenir en los asuntos internos y en la soberanía de la nación. Se trataba, en el fondo, según sus principales críticos, de un asunto de espionaje. Estas afirmaciones no estaban del todo fuera de la realidad, pues se sabía que Estados Unidos había intervenido en distintos países de la región.

En el decenio de 1960 la clase gobernante y las élites de poder estadounidenses organizaron una serie de proyectos de investigación con el fin de pronosticar las causas de la insurgencia en América Latina (Horowitz, 1966). Se contempló a un grupo de países latinoamericanos, entre los cuales se encuentran Argentina, Guatemala, Venezuela, Bolivia, Cuba, El Salvador, República Dominicana, Perú, Brasil, México y Paraguay. En la lista también se sumó a Colombia. De los cuales se intentaron o en su caso se concretaron, aunque parcialmente, el Proyecto Camelot en Chile (Hernández, 2020a), el Proyecto Colonia en Perú o el Proyecto Marginalidad en Argentina. Sus objetivos se hallaban íntimamente relacionados con el contexto social y político de la región, cuya finalidad consistía, como se dijo, en prevenir los conflictos armados internos o evitar una nueva revolución social.

Los citados proyectos adquieren importancia para la historia de la región, no sólo para conocer uno de los mecanismos de dominación de la clase gobernante y las élites de poder estadounidenses, sino también la de reconocer el restablecimiento o reestructuración del orden político-económico y social que se encontraba en crisis. A partir del decenio de 1960, por situarse en esta coyuntura, no sólo se pretendía reestablecer la dominación estadounidense en la región debido a que el triunfo de la Revolución cubana la había puesto en entre dicho, sino abarcaba otras partes del mundo. Los proyectos de investigación socio-antropológicas estadounidenses, por tanto, se convirtieron en una estrategia de dominación y neutralización social. Detrás aparece, entre otras, las familias Rockefeller y Ford. Los conceptos analíticos de los sociólogos estadounidenses C. Wright Mills y G. William Domhoff: élite de poder y clase gobernante respectivamente, que abordaremos en las siguientes líneas, son útiles para analizar la coyuntura histórica latinoamericana de mediados de siglo XX.

Nuestro trabajo consiste en analizar, primero, el contexto social y político de la guerra fría ideológico-cultural en la región, la cual esta inserta en contexto mundial, pero que adquiere su particularidad por su experiencia histórica y lo que acontece poco antes de la aplicación de proyectos de investigación. Se estudia con el fin de comprender lo que se discutió en el Congreso y el papel de la prensa en torno al Proyecto Simpático y los críticos del mismo. Luego nos concentraremos en Colombia para dar cuenta del por qué se convirtió en un escenario de una investigación de su tipo. Lo que acontecía en el país, estaba íntimamente relacionado con él, pues las contradicciones que se vivían obligaron a la clase gobernante y las elites de poder a utilizar un método de neutralización política y social. Después nos concentraremos en la controversia en Colombia en torno al citado proyecto y la aplicación del mismo. En este subapartado, nos apoyaremos de fuentes hemerográficas que es un recurso primario que sustenta la mayor parte del análisis. Sin embargo, es preciso mencionar que presenta límites, debido a que una parte de la información hemerográfica es sustentada por artículos que Ernesto Vidal transcribió en su totalidad en su libro. Se hizo con el fin de contrastar la información. Finalmente, analizaremos los resultados a los que llegamos y una conclusión general de nuestra investigación.

La guerra fría ideológico-cultural: los proyectos de investigación estadounidenses en América Latina

Durante la guerra fría también se manifestó la dimensión ideológico-cultural. Un tema que apenas cobra importancia entre los investigadores e investigadoras. Los términos que se usan para describirla son igualmente de uso reciente. Guerra fría cultural, por ejemplo, es utilizado por lo menos desde principios del presente siglo. Sin embargo, su origen proviene mucho antes. El historiador estadounidense Christopher Lasch, en su artículo *The Cultural Cold War: a short History of the Congress Ford Cultural Freedom* publicado en 1963, desarrolló este término para estudiar el enfrentamiento entre dos instituciones relacionadas con la intelectualidad contrarias entre sí durante la guerra fría: Congreso Mundial por la Paz (CMP) organizada y financiada por la URSS y el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) sostenido por Estados Unidos (Esteve, 2021). No obstante, la obra que le dio un nuevo auge entre la casta intelectual, se trata de la investigación titulada *La CIA y la guerra Fría cultural* escrita por Frances Stonor Saunders y publicada en 1999. En este trabajo se analiza como el gobierno estadounidense, a través de algunas de sus instituciones, creó un frente cultural para combatir la influencia comunista en Europa. Dicha obra es retomada por las estudiosas y estudiosos del tema en

América Latina, en el cual este frente cultural no es ajena en la región. Incluso podemos mencionar como el CLC adquirió tempranamente un carácter intercontinental, pues no solo involucró a los citados continentes, sino también el de Asia. Siguiendo esta línea, el trabajo de Kent Carrasco, una investigación muy reciente no sólo en cuanto al tema de la guerra fría cultural en general, sino al CLC en particular, menciona que un miembro del congreso en París, Iban Katz, instauró un canal de comunicación entre las sedes que se crearon en Delhi (India) y Ciudad de México (México) en la que se dieron una serie de intercambios, encuentros y paralelismo entre ambas sedes. Desde una historia comparativa analiza

[...] los vínculos, paralelismos y diferencias entre las sedes del Congreso en India y México con miras a contribuir al estudio transnacional -y transcontinental- de las redes de intercambio cultural e intelectual que durante décadas tempranas de la guerra fría vincularon a regiones lejanas del Tercer Mundo a través de la lógica marcada por las compulsiones ideológicas y geopolíticas que encauzaron el nuevo imperialismo estadounidense y su lucha por la contención del comunismo a lo largo y ancho del planeta (Carrasco, 2021, p, 5).

Es importante mencionar que el interés por una sede del CLC en México se hallaba la importancia que adquirió la casta intelectual y artística en el país por lo menos desde dos decenios atrás. Es decir, a partir del decenio de 1920 se mantuvo en la capital una población de esas características que, según Serge Gruzinski, «muchas ciudades de Europa envidiarían» (2004, p. 38), convirtiéndose en un territorio importante en la estrategia internacional como regional, principalmente por su influencia que luego tuvo sobre el sur del continente.

Dentro de la dimensión ideológico-cultural es pertinente mencionar también los estudios sobre la intelectualidad soviética en América Latina, que es la posición que enfrentaba directa o indirectamente al CLC, los cuales son también muy recientes. Cabe mencionar el libro de Rafael Rojas titulado *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría* (2025), particularmente el capítulo: «Auge y declive del latinoamericanismo soviético», en donde analiza la producción historiográfica soviética en América Latina, lo que llama latinoamericanismo académico (p. 59). Principalmente con el tránsito al socialismo en Cuba en el decenio de 1960, se constituyó un sistema de edición, traducción y difusión de esta producción soviética. México fue relevante para la URSS desde el inicio de la guerra fría ideológico-cultural que enfrentó no sólo a los intelectuales del país sino a los estadounidenses, que muy poco tiempo después entró en una fase de profesionalización y expan-

sión. Los historiadores soviéticos abordaron la historia de México de distintos periodos, pero el que ocupó mayor atención fue la Revolución mexicana. Por ejemplo, comprendían que dicha revolución se debía observar dentro de un largo periodo democrático burgués, o antifeudal (Rojas, 2025). El protagonismo que adquirió de cierta manera el latinoamericanismo soviético en México, generó la reacción de algunos historiadores mexicanos como Daniel Cosío Villegas. Este representaba a la corriente historiográfica pragmático-positivista (Vadillo, 2016), siendo la interpretación dominante y legitimadora de los grupos de poder político-económico mexicanos.

Otra materialización de la dimensión ideológico-cultural, aunque en este caso incluye la política, se trata de las doctrinas militares que se ejecutaron en América Latina durante la guerra fría. Dichas doctrinas se aplicaron principalmente con el ascenso de un tipo de dictaduras militares que tuvieron lugar en los decenios de 1960 y 1970. Sus bases ideológico-políticas provenían de potencias imperialistas, principalmente de Francia (Doctrina de la Guerra Revolucionaria) y Estados Unidos (Doctrina de Seguridad Nacional). Las dictaduras asumieron el control del aparato estatal, distinguiéndose por su carácter represivo que se cristalizó principalmente en el Cono Sur. En torno a este tema es pertinente mencionar un trabajo en el que analiza una serie de investigaciones sobre las doctrinas militares que se ejecutaron en el sur del continente. Se trata de un artículo de Laura Sala (2021) titulado *Las ideas externas en las doctrinas militares latinoamericanas de la guerra fría*. Para la autora los textos que analiza se sostienen a partir de la hipótesis en torno al rol de los vínculos y las ideas externas en la elaboración de las doctrinas. Es decir, estudia los textos en torno a cómo se aborda la circulación de ideas doctrinarias entre las fuerzas armadas. Resulta un trabajo importante para comprender, en términos generales, la dimensión ideológica-cultural y sus diversas interpretaciones sociohistóricas y académicas.

En la región es posible distinguir, de la misma manera, otras formas en que se materializó la dimensión ideológico-cultural. Mencionaré dos más. La primera es la que se abordará en el presente artículo. La segunda, la trataré brevemente, pues no es tema que corresponda aquí, además porque es otra línea de investigación que se realiza.³ En este caso, el Departamento de Estado estadounidense financió una serie conciertos que formaban parte de giras continentales en donde el jazz se convirtió en el «arma sonora secreta» durante la guerra fría para «contrarrestar la supuesta propaganda soviética sobre

3 Véase: (Hernández, 2020b)

la segregación y la injusticia racial» (Corti, 2015, p. 84). Dichas giras, bajo el nombre Jazz Ambassadors Tour, iniciaron en el decenio de 1950 y se extendieron hasta la década de 1970. La mayoría de los músicos que participaron en ellas fueron afroamericanos, entre los cuales se hallaban los trompetistas Dizzy Gillespie y Louis Armstrong, la cantante Ella Fitzgerald y el pianista Duke Ellington. Las presentaciones iniciaban en México y luego los músicos se desplazaban hacia el sur de Latinoamérica. Armstrong, por citar un caso, visitó la Ciudad de México en 1956, 1957 y 1958. Se reunió, en algunas ocasiones, con Cuco Valtierra, Víctor Ruiz Pasos, Tommy Rodríguez y Mario Patrón en el Club Social Ritz, quienes formaron parte de un grupo de músicos que fundaron pequeños grupos de jazz e integraron al mismo tiempo grandes orquestas de jazz dirigidas, por ejemplo, por el trompetista cubano Arturo «Chico» O'Farril. Se sitúa en un periodo de auge del jazz en México, es decir, de mediados del siglo XX, con numerosos lugares como bares de jazz, salones de baile, cabarets y presentaciones en universidades públicas y privadas (Hernández, 2025, p. 128). En septiembre de 1968, por citar otro caso, Duke Ellington visitó la capital mexicana para presentarse en el Palacio de Bellas Artes y en el Auditorio Nacional (Zuckermann, 2022). Es decir, la guerra fría ideológico-cultural abarcó múltiples aspectos.

En el segundo caso, con el triunfo de la Revolución cubana se profundizó la aplicación de los proyectos de investigación socio-antropológica para combatir no sólo la influencia comunista, sino lo que se parecía a ella, aunque no lo fuera. Aunque en realidad se trataba, de acuerdo con Bozza, de un nuevo proceso histórico en el que anticomunismo regía las relaciones de poder (2014). Se materializó en programas de investigación social, en el que actuaron universidades y fundaciones como herramientas dependientes de las estrategias de seguridad del gobierno estadounidense desde el inicio de la posguerra. Una parte de esta estrategia cultural que en realidad integramos el termino ideológico porque la cultura también lo contiene y no es neutral, se manifestó en dichos proyectos, organizados y financiados principalmente por la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses, aunque en ciertos casos, también participaron las latinoamericanas, como el caso colombiano, como veremos.

Los proyectos de investigación surgen de la preocupación de la clase gobernante y las elites de poder a la crisis de dominación en América Latina. Se vieron obligados a disponer de un aparato ideológico-cultural para analizar y evaluar la información que obtuvieron de los territorios bajo su control o que ya no controlaban. Es decir, estudiaron el territorio en donde había presencia de organizaciones político-militares que consideraban que amenazaban el

orden social dominante. Si bien, no fue el único medio de contención. Desde lo político-militar o línea dura, se organizó lo que llamarían la contrainsurgencia. Esta estrategia surgió a principios del decenio de 1960 cuando en el mismo día de asumir la presidencia John F. Kennedy se preguntaba: «¿Qué estamos haciendo en relación con la guerra de guerrillas?» La respuesta fue negativa: nada (Maechling, 1990, p. 33). No obstante, es importante mencionar que la élite de poder se mantenía ocupada en este asunto mucho antes de ganar las elecciones en Estados Unidos, y ya planeaba en reorganizar dicha contrainsurgencia en la región. Se basaba en la construcción de un enemigo, el cual sería el comunismo, aunque en algunas ocasiones se trataba de una abstracción debido a que los grupos que combatía no necesariamente se inscribía en él. Esta élite lo conformaba un grupo de descendientes de irlandeses nacidos en este país cuyos integrantes provenían, algunos, de la mafia irlandesa, que no toleraría que ningún cambio que afectara lo que llamaba: democracia (Tótoro, 2025). La guerra de revolución que se manifestaba en la región, se convirtió en un asunto prioritario para el Departamento de Estado y el Pentágono. Kennedy ordenó que se desarrollara una amplia y vigorosa contestación al «peligro» comunista. Esta élite de poder, representada por los irlandeses, creó un programa estratégico político-militar (contrainsurgencia) con el cual se enfrentaría la guerra de guerrillas. Es decir, se prepararon para la guerra, la cual partiría una parte desde las aulas universitarias: los proyectos de investigación. Aunque sus antecedentes provenían casi dos decenios atrás, convirtiéndose en una estrategia sutil o de línea blanda. En este decenio la Rand Corporation llevaba a cabo una serie de investigaciones especiales para el gobierno estadounidense, cuyo investigador, formado en la Universidad de Harvard, Daniel Ellsberg, era uno de los privilegiados. Curiosamente, después denunciaría los crímenes que cometió el ejército estadounidense en Vietnam (Howard, 2010).

Por clase gobernante entendemos a una clase superior que posee una cantidad desproporcionada de riqueza del país y de otras muchas partes del mundo. Recibe una cantidad también desproporcionada del ingreso anual de las propiedades que posee fuera del territorio estadounidense. Lo que la hace poseedora de gran poder económico y político mundial. Funda y conserva organizaciones caritativas como la Fundación Ford o la Fundación Rockefeller, que también le conceden poder para mover a mucha gente en muchas partes, entre los cuales se encuentra la elite de poder. En tanto, élite del poder, concebimos a aquella que ocupa cargos en las instituciones controladas por miembros de la clase superior o gobernante, con lo cual existe una relación inseparable. Ésta, que es una minoría influyente, controla la rama ejecutiva,

el gobierno federal, los militares, la CIA, entre otras. En tanto aquella como ésta, controlan las universidades, fundaciones, los medios de comunicación de masas y asociaciones (Domhoff, 2003).

Los proyectos de investigación surgen al finalizar la segunda guerra mundial. Sin embargo, el decenio de 1960 inició un nuevo proceso histórico en el que la clase gobernante y las elites de poder promovieron las ciencias sociales como un mecanismo de neutralización y control social. La clase excluida se convirtió en su objetivo primordial, quien protestaba por la desigualdad social y económica; situándose mayoritariamente en regiones de Asia y América Latina. Entre las universidades, la mayoría fundadas por la clase gobernante que se encargaron de utilizar el saber para llevar a cabo esta tarea, se encuentran el Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT, por sus siglas en inglés), la Universidad de Chicago (fundada esta última por John D. Rockefeller) y la Universidad Americana (American University).

En este decenio las nuevas ocupaciones de la elite de poder se destacaron en el desarrollo de las innovaciones tecnológicas en el área de las armas estratégicas, en el procesamiento de información con respecto a la formulación de políticas, en la información científica para operaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y en el desarrollo de instituciones especializadas en estudio de caso en áreas «conflictivas» como las consideraba la clase gobernante. Además, en la formulación de la política de penetración cultural en los países en desarrollo y en acuerdos de intercambios y asesoramiento en universidades. De la misma manera, en el adoctrinamiento de un grupo de la elite de poder (Referencias, 1970).

No obstante, una parte del aparato ideológico-cultural estadounidense se conformaba, por un lado, de los proyectos de investigación. Por otro, su contenido ideológico, es decir, la manera en cómo se abordaría los supuestos problemas que estudiarían las ciencias sociales. Dichos proyectos constituyeron las distintas formas de analizar las potencialidades revolucionarias, y, al mismo tiempo, la formulación de programas para la neutralización social y política. Sin embargo, se presentaba bajo la fachada de una práctica científica intachable y con alarde de «prestigio».

La aplicación de los proyectos de investigación se convirtió, por tanto, en un mecanismo de contención social en el escenario de la guerra fría en América Latina. El propósito de la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses estaba también relacionado en el mantenimiento de su hegemonía y en ejercer presión frente a la influencia soviética y la Revolución cubana. Se hallaba también la confrontación con el marxismo en el terreno explicativo (Bozza, 2014). De la misma manera, formaba parte de una serie de políticas

formuladas para la región. En primer lugar, la clase gobernante estadounidense, propietaria de empresas como la Ford (automóviles) y Rockefeller (petróleo), junto con una parte de la latinoamericana, planificaron y llevaron a cabo intervenciones militares de las cuales se cuentan muchas, pero que destacan en el decenio de 1960 la invasión a Playa Girón (o Bahía de Cochinos), a la República Dominicana y el financiamiento, coordinación y promoción del golpe de Estado en Brasil en 1964. En segundo lugar, la aplicación de políticas socioeconómicas que se materializó en la llamada «Alianza para el Progreso», que fue un medio para «resolver» los problemas económicos de los países latinoamericanos. No obstante, la Alianza para el Progreso tuvo dos expresiones distintas: una liberal, que se enfocaba a un programa de desarrollo económico, reforma agraria y reforma universitaria. Se dirigían a los universitarios y a los campesinos porque se consideraba que allí había un potencial revolucionario. De ahí la necesidad de modernizar las universidades y cooptar a la pequeña burguesía educada, que se concentraba, por citar un caso, en la Universidad Nacional de Colombia. La cara antiliberal, por tanto, se enfocó en la doctrina contrainsurgente, con la finalidad de fortalecer la legitimidad política y militar de los Estados bajo control del gobierno de Estados Unidos que se sentían amenazados por el comunismo (Palacios, 2012). Dicha Alianza intentaba, o eso hacía creer, que la economía se industrializara, la productividad en la agricultura se incrementara y la esperanza de vida aumentara. En realidad, consistió en frenar toda influencia o indicio que ejerciera la Revolución cubana en la región. En tercer lugar, se trataba del financiamiento a centros de investigación y proyectos de estudio en ciencias sociales, en las que destacaba la antropología, la psicología, la sociología, la historia y la economía, que participaron, como se dijo, en la confrontación contra el marxismo como teoría de la estructura y dinámica del modo de producción capitalista. Se presentó como un caso novedoso en América Latina, y no tanto en Europa, que se dio años antes, por ejemplo, la corriente historiográfica francesa, llamada Escuela de los Annales, se confrontó con el marxismo y su creciente influencia a partir del decenio de 1930 (Urrea, 2021).

Los proyectos de investigación se organizaron en el contexto de la segunda guerra mundial cuando el gobierno estadounidense consideraba que sus fuerzas armadas no estaban a la altura de las circunstancias. Es decir, las necesidades militares obligaron a reformulara su institución. Luego de su participación en el conflicto, las elites de poder llevaron a cabo profundos cambios en el ejército estadounidense convirtiéndolo en una de las maquinarias más poderosas del mundo. Creció también la preocupación por contener el ascenso del comunismo, o en la formulación y reformulación ideológico-cultural

del anticomunismo. Uno de los cambios que se distinguieron consistieron en fusionar lo militar con las ciencias sociales, que ayudó a desarrollar una estrategia para controlar las zonas de mayor influencia soviética. El desarrollo de las ciencias se llevó a cabo bajo el impulso directo de estas elites. Lo cual no anula el contenido objetivo con el cual permite analizar la realidad y se sostiene desde un contenido absolutamente subjetivo, sosteniendo y justificando intereses de la clase gobernante. En ese sentido, organizaron misiones para transformar dicha institución, que van desde el financiamiento en investigaciones básicas en varios campos de la ciencia, hasta la de estudiar las condiciones materiales de distintos espacios geográficos con el fin de impedir políticamente cualquier agresión del «enemigo» (Bowers, 1971). Desde entonces aumentó el interés en el uso y desarrollo de las distintas ramas de la ciencia en las fuerzas armadas. El Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, fueron las primeras instituciones en promover las investigaciones para impulsar su desarrollo. Aunque después se involucró a todo su organismo político-militar.

En 1947 el Congreso estadounidense aprobó la ley de Seguridad Nacional con la cual legalizaba el uso de las ciencias sociales en las fuerzas armadas. A partir de entonces se estimuló su papel, que sería fundamental para el conocimiento y control político y social de los territorios de las distintas partes del mundo. El Consejo de Seguridad y Desarrollo consideró importante el uso de la sociología, la psicología y la antropología para el avance de la industria militar. En ese año se organizó un grupo de científicos con el fin de fundar un consejo que coordinara los proyectos de investigación en los distintos campos científicos. Se creó, por ejemplo, una comisión que se dedicó especialmente a las investigaciones en ciencias sociales. El Departamento de Defensa organizó en 1949 tres centros de investigación dedicados a dichas ciencias, y el Departamento del Ejército realizó contratos con las universidades de Washington, entre las cuales se encuentra la Universidad Americana. El Departamento de Marina llevó a cabo sus investigaciones a través de la Oficina de Investigación Naval y la Oficina de Personal Naval (Bowers, 1971). A principios del decenio de 1950 ya era una organización sólida y con una estructura consistente para la planificación y análisis de investigaciones en las áreas de la sociología, antropología, economía, entre otras ramas de las ciencias sociales. La Armada, la Fuerza Aérea y el Ejército, por tanto, se consolidaron y adquirieron un papel central dentro del gobierno estadounidense con el apoyo de las ciencias sociales.

Graziano menciona que una de los primeros proyectos y operaciones de investigación secretas, en este caso dirigida por la CIA, se trata del Proyecto Clip

de Papel.⁴ El cual requirió de un número de científicos y militares nazis para trabajar en él (2013). Dicho proyecto fue importante para establecer las bases en la formulación de las futuras investigaciones en este país como en otras partes del mundo. La participación de investigadores (sociólogos y psicólogos) y militares nazis radicados allí, ayudaron también a crear otro proyecto de investigación llamado MK-Ultra, en el que, según Graziano, se realizaron experimentos de control mental «con seres humanos sometiendo al influjo de drogas experimentales, radiación, electromagnetismo, etc.» (p. 176).⁵ No obstante, para Davison, el Proyecto Troya se convirtió en la primera investigación en la que se apoyaron de las ciencias sociales, cuya aplicación se dio entre 1950 y 1951 (1971). La cual había surgido a instancias del Departamento de Estado y apoyado por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). El objetivo consistió en obtener un estudio psicológico sobre la actitud de las personas y los comportamientos de los distintos grupos sociales que vivían en condiciones de guerra. Esta investigación tuvo un soporte político-militar y académico que Estados Unidos impulsaba desde el inicio de la guerra fría. Los proyectos antes citados, por tanto, fueron un antecedente. Sus resultados que beneficiaron el orden dominante estadounidense, les dio legitimidad y adquirió «respeto». Fomentó la idea de redescubrir problemas que eran resueltos por las ciencias sociales.

De esta manera, al finalizar la segunda guerra mundial y luego del ascenso de la guerra fría, se intensificaron las investigaciones en todo el mundo, particularmente en América Latina. Es importante mencionar que las investigaciones fueron también, para esta parte del continente, una expresión en el proceso de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Inmersas por las pugnas internas y externas, generadas por las relaciones entre las elites de poder latinoamericanas con las elites y clase gobernante estadounidenses, que se materializaban principalmente en las ciudades latinoamericanas. Gorelik afirma que en estas ciudades se dio una politización en las relaciones técnicas e intelectuales entre los países latinoamericanos y Estados Unidos. Aunque se dieron desde luego crecientes formas de interacción y colaboración, no estuvieron exentas de cuestionamientos por las intervenciones de esta potencia en Latinoamérica, como fue el caso del Proyecto Camelot en Chile en 1965 (2025). Este proyecto fue el primer caso en la región. El cual, cabe mencionar, sigue cobrando interés entre las investigadoras e investigadores, pues siguen

4 El original del inglés es «Project Paperclip»

5 Graziano menciona también otro proyecto denominado Operación Gladio, el cual se ejecutó en Italia, cuyo propósito consistió en eliminar el terreno fértil para evitar el ascenso de un gobierno de izquierda.

apareciendo nuevos estudios tanto históricos como literarios (novelas, con datos valiosos) que aportan nuevas hipótesis y nuevos datos en torno al tema. Por ejemplo, el trabajo de Dauno Tótoro Taulis titulado *Camelot*, publicado en Chile. El citado proyecto, se relacionaba, por su objetivo y organización, con el Simpático en Colombia, que tuvo lugar en 1966.

Estas investigaciones iniciaron, como se dijo, con el ascenso a la presidencia estadounidense de un nuevo grupo de la elite de poder: los irlandeses, quienes ocuparon espacios clave en el gobierno estadounidense. Con la llegada a la presidencia de Estados Unidos John F. Kennedy primero y de Lyndon B. Johnson después, las ciencias sociales ganaron cierto «prestigio» en la vida política, social y cultural. Como se dijo antes, Kennedy partía de su preocupación al preguntarse qué se estaba haciendo en relación con la guerra de guerrillas. Consideraba que las insurgencias formaban parte de un complot comunista que merecían una respuesta similar (Maechling, 1990), y los proyectos de investigación formaban parte de este proceso. Ello motivó a que fuera financiado un conjunto de científicos sociales (psicólogos, sociólogos y antropólogos), para atender los problemas de seguridad nacional estadounidense. Es decir, la retórica global del presidente Kennedy, y luego Johnson, consistía en construir y aplicar un programa de contención de la revolución socialista en todo el mundo. En este periodo, una parte de las ciencias sociales latinoamericanas se encontraba estrechamente relacionada con las instituciones gubernamentales estadounidenses, las cuales se confrontaban con el marxismo. Un asunto que también ya venía de lejos, pero que se consolidó desde el fin de la segunda guerra mundial. La clase gobernante estadounidense financió a las élites de poder estadounidenses y latinoamericanas a través de sus fundaciones Ford y Rockefeller, con el fin de apoyar o desarrollar la sociología e impulsar los estudios sociológicos en los distintos países de la región. Lo cual no tenía un propósito inocente ni neutral, sino todo lo contrario. Lo cual no resulta extraño, por tanto, que apareciera el Proyecto Simpático en Colombia, en donde había gran movilización social que cuestionaba el orden dominante.

El Simpático lo financió la Universidad Americana, junto con el Departamento de Defensa de Estados Unidos, bajo la dirección de Organización de Investigación para Operaciones Especiales (SORO, por sus siglas en inglés). Éste, y el Proyecto Camelot que se intentó aplicar unos meses antes en Chile (Hernández, 2020a), constituían el mismo programa político estadounidense sobre la región. Los dos se asimilaban en cuanto a los objetivos que perseguían. En el Simpático empleó a un grupo de antropólogos y psicólogos cuya intención consistía en estudiar, entre otras cosas, las reacciones de la población nativa ante los programas de acción cívica. Sin embargo, como veremos,

provocó gran controversia entre un grupo de la elite (investigadores, diputados y periodistas).

Debido a las controversias que se dieron en América Latina en torno a los proyectos citados, provocaron que en Estados Unidos el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado se confrontaran entre sí. No obstante, la polémica no sólo se suscitó a raíz de dichas controversias, sino en el fondo se hallaba la férrea lucha por mantener la planeación y el control de muchas otras formulaciones en torno a la política exterior estadounidense. El Departamento de Estado conservaba el control de los proyectos, y la primera había quedado excluida sin que nunca dejara de reclamarlos. Esta confrontación siguió latente entre elite de poder que constituían dos instituciones clave en el gobierno estadounidense. Se intercambiaron opiniones y críticas, en las que se acusaban de las preferencias hacia algunas instituciones y la exclusión de otras. Dichas confrontaciones se extendieron a lo largo de los decenios de 1960 y 1970, manifestándose incluso en asesinatos que se gestaron entre los miembros de la elite de poder, generando preocupación no sólo en Estados Unidos, sino fuera de sus límites territoriales.⁶ Pero más allá de la confrontación entre ambos departamentos, el Proyecto Simpático representaba una de tantas formas en que se expresó la guerra fría en América Latina, cuyo aspecto, como se dijo, se centró en lo ideológico y cultural.

Escenario social y político del proyecto simpático: Colombia

El Proyecto Simpático intentaba remediar y neutralizar las contradicciones sociales que se generaron y se profundizaron en Colombia. Es decir, contrarrestar las confrontaciones entre aquellos que poseen todo y aquellos que no poseen nada. Escribir sobre el Simpático. De acuerdo con Alain Roquié, el país vivía las condiciones más desfavorables de todos los países de América Latina (1984). Los problemas sociales, políticos y culturales inmersos en el territorio colombiano, impedían alguna estabilidad, y los gobernantes carecían de legitimidad. Desde inicios del siglo XX se profundizaron la pobreza y el analfabetismo. Un número importante de la población quedó excluida de la educación básica. En las zonas rurales a los campesinos se le despojó de sus tierras, y se les obligó a migrar a las ciudades. Los terratenientes, que se habían hecho de extensas tierras luego de contratar a grupos paramilitares, conservaban el control de una parte importante del territorio. Se mantenía una escasa integración nacional, lo que hacía imposible que la clase gobernante y la elite de

⁶ El asesinato de John F. Kennedy en noviembre de 1963, es un ejemplo de la pugna entre la elite de poder. Involucró a la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés).

poder colombianos pudiera ejercer su dominio. Las clases excluidas veían una Iglesia católica poderosa, aliada de la clase gobernante, y capaz de controlar un grupo importante de regiones del país. Funcionaba como legitimadora de la propiedad terrateniente y de la violencia que ejercía sobre los despojados. Esta contradicción se profundizó desde el decenio el 1940, periodo en el que se ahondó la crisis social y política. La oligarquía, la dirigencia bipartidista-estatal y la eclesial, profundizaron la violencia.

El ejército, que nació bajo la égida del Partido Conservador, profundizó y mantuvo el monopolio de la violencia rural; aunque poco después en algunas regiones los paramilitares mantenían el control. Vigilaba regularmente lo que consideraba zonas de «inseguridad», y se mantuvo una política de limpieza de quienes no parecían conformes con el orden social dominante. La clase de gobernante y las elites de poder abocaban por operaciones antiguerrilleras, siguiendo el plan de «seguridad» diseñada por elites de poder de Estados Unidos. Esta acción fue parte de la materialización de la lucha entre conservadores y liberales, que afectaba al país y generaba un panorama desolador. La violencia institucionalizada configuró o reconfiguró un terrorismo estatal, el cual sería abiertamente apoyado por la clase gobernante y elites de poder de Estados Unidos, Europa y América Latina (Calvo, 2018). De hecho, la violencia estatal desempeñó un papel central en el proceso de reconfiguración hegemónica. Al mismo tiempo, se reorganizó bajo la modalidad de guerra anti-subversiva, por lo cual la violencia institucionalizada generó entre trescientos y cuatrocientos mil muertos durante los años de 1948 y 1956 (Rouquié, 1984).

Al mismo tiempo, la insurrección se reorganizó como una forma de respuesta a la violencia dominante. La cual se profundizó desde el asesinato del líder liberal, Jorge Eliécer Gaitán, acaecida el 9 de abril de 1948. Tras ser asesinado, desencadenó lo que se conoce como el bogotazo, que consiste en la movilización social y el empleo de la violencia como una manera de defenderse de estas condiciones. El ejército modificó su papel llevándolo a participar directamente en el poder, es decir, a tomar decisiones directamente para combatir la insurrección. Dicha crisis, sin embargo, se profundizó en 1946 a partir del retorno de los conservadores al gobierno, y las políticas emprendidas por la presidencia de Mariano Ospina Pérez (1946-1950), cuyo objetivo consistió, entre otras cosas, en combatir el descontento social generado por la desigualdad social. Gaitán lo aprovechó movilizándolo a las clases trabajadoras y campesinas, prometiendo combatir las injusticias provocadas por la clase gobernante y la elite de poder. Esta movilización denunciaba el abismo entre dichas clases y la mayoría de las clases empobrecidas, despojadas y explotadas. Al responder a estas condiciones, Gaitán se convertiría en un «peligro»

para los citados grupos de poder. El embajador estadounidense en Bogotá lo había advertido en una conferencia realizada en el citado año (Calvo, 2018).

Las autoridades civiles y eclesiásticas reclutaron a prófugos y bandidos para extender la violencia en todo el país. Se extendió y profundizó sobre todo en gran parte del territorio gaitanista y liberal. Luego del golpe de Estado propiciado por Ospina, los liberales quedaron fuera del juego político, sin que haya quedado otro camino que la rebelión, transformándose en algunos casos en guerrilleros cuyas organizaciones combatieron especialmente a los terratenientes y sus paramilitares. Una parte de la clase obrera calificada y no calificada, así como campesinos, fundaron organizaciones político-militares, autodefensas obreras y campesinas para hacer frente a estas condiciones. Al arribar el decenio de 1960, dichas organizaciones se transformaron en nuevas formaciones de tipo militar o guerrilleras que se asimilaban al Movimiento 26 de julio de Cuba. Es decir, se convirtieron en organizaciones armadas de tipo castro-guevarista, influenciadas por la Revolución cubana que ahora enfrentarían a las elites de poder y la clase gobernante.

Con el triunfo de la Revolución cubana no solo se renovaron estas organizaciones militares, sino también los estudios de América Latina. Dicha renovación se dio también con el apoyo del gobierno revolucionario cubano, asesorando o participando directamente en los combates en el territorio colombiano. En cuanto al marxismo en su aspecto teórico, por ejemplo, impactó en las ciencias sociales, particularmente en Colombia. Es decir, estimuló el desarrollo de las llamadas ciencias sociales marxistas en las universidades latinoamericanas, y enriqueció a la economía política, la sociología, la ciencia política y la historia (Löwy, 2015). No obstante, también se destacaron otros aspectos. Por un lado, cobró importancia de la ética revolucionaria y el pensador crítico. Es decir, el papel del intelectual comprometido y revolucionario, quien también estaría fuertemente influenciado por la descolonización africana, la guerra de Vietnam, las protestas juveniles y la rebelión antirracista en Estados Unidos que «fuera de los cuales es difícil pensar cómo podría haber surgido la percepción de que el mundo estaba al borde de cambiar y de que los intelectuales tenían un papel en esa transformación» (Gilman, 2012, p. 37). Lo cual resulta inseparable del proceso revolucionario de la región. Por otro, el carácter socialista de la revolución en América Latina. Por último, la lucha armada como un medio de combate a los regímenes dictatoriales creadas y financiados por Estados Unidos, los cuales tenían bajo control una parte la región (Löwy 2015). El nuevo tipo de lucha armada, es decir, el «voluntarismo revolucionario» mostró la profundización de las contradicciones. En el terreno ideológico-cultural se abrió un espacio de disputa. Se cuestionaron no sólo

a las ciencias sociales estadounidenses, sus imitadores y las teorías de la CEPAL, sino también los proyectos de investigación. La sociología, la antropología y la sociología aplicadas, que sostenían a los proyectos citados, entraron en un proceso de deslegitimación, aunque no quiere decir que se impidiera su práctica en la región. En la región de Tolima sería uno de sus objetivos debido a que allí las organizaciones político-militares tuvieron gran presencia, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Un espacio que habían ocupado las autodefensas y guerrillas liberales entre 1949 y 1953 (Palacios, 2012). Con la fundación del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), también generó interés por analizar el territorio en los sostenían.

La efervescencia revolucionaria involucró también a una cantidad de organizaciones de masas conformadas por campesinos, obreros, estudiantes y trabajadoras domésticas. Se llevaron a cabo grandes movilizaciones que puso en peligro el orden social dominante. No es casual que haya aparecido el Proyecto Simpático. Las nuevas condiciones políticas y sociales obligaron a la clase gobernante y a las élites de poder estadounidenses y colombianas a modificar su estrategia. Los estudios socio-antropológicos financiados por Estados Unidos se convirtieron en una muestra de esta modificación estratégica. Dichas elites y la clase gobernante estadounidenses, como se vio, no permanecieron pasivas. En lo político-militar, la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), fue muy activa tanto en el territorio colombiano como en otras partes de la región. El 4 de febrero de 1963, por ejemplo, la citada agencia informó, según un documento desclasificado por el gobierno estadounidense y publicado por el Archivo de Seguridad Nacional con el título *CIA Information Report, «Cuban Support of Guerrillas in Colombia*, que un oficial de inteligencia cubana, Máximo Gruber, había sido nombrado líder de una guerrilla comunista en Sumapaz, Colombia. El informe mencionaba que en dicho país esta persona trabaja con Jaime Guerra, alias «Capitán Veneno», vinculado al Partido Comunista Colombiano (National Security Archive, 2025). Otro documento fechado el 27 de marzo de 1963 con el título *CIA Memorandum, «Cuban Training of Latin American Subversives»*, aseguraba que la CIA buscaba obtener información en torno a como Cuba entrenaba y equipaba a subversivos en Latinoamérica dos años después de la frustrada invasión de Bahía de Cochinos liderada por la CIA. Además, buscaba rastrear los viajes de ciudadanos colombianos a Cuba, quienes recibieron entrenamiento en guerra de guerrillas, uno en contrainteligencia y otro acudía a una escuela de cuadros (National Security Archive, 2025). Después de analizar este contexto de gran efervescencia, nos permite entrar en la controversia del proyecto Simpático, siendo parte

del mismo proceso de contrainsurgencia que atravesaba no solo el país, sino gran parte de la región.

La controversia por el proyecto simpático

Al hacer una serie de indagaciones por el *Archivo de Seguridad Nacional* y los *Archivos y Colecciones Especiales de la Universidad Americana*, la información es escasa en torno al Proyecto Simpático. Aunque se menciona al Camelot, en el caso de estos últimos, no se dice nada de aquel. Lo cual presenta una limitante en esta investigación que se pretende solucionar con las futuras investigaciones a medida que se permita acceder a documentos desclasificados por el gobierno estadounidense. Sobre todo, con el fin de puntualizar el contenido del Proyecto Simpático, que es importante para conocer a fondo el propósito del mismo. No obstante, hay mayor información en torno al Camelot debido al «escándalo» que provocó no sólo en Chile y otras partes de Latinoamérica, sino en Estos Unidos. En este caso, si se accedieron a documentos oficiales del gobierno chileno en donde se puede observar su contenido, que se publicó en un artículo que se refiera al caso y que se mencionó antes. En relación al Simpático, pasó prácticamente desapercibido, y produjo poca movilización e información. En esta parte del artículo, una parte se sostiene de fuentes hemerográficas que se obtuvieron cuando se publicaron y circularon por internet en 2011 provenientes de archivos venezolanos que rápidamente desaparecieron, pero que se registraron a mano debido a la dificultad de acceder a ellos para guardarlos en algún sitio. Con ello se permitió citar una parte de las fuentes en torno a la controversia del Simpático. Cade hacer mención que a medida que el historiador se acerca a nuestros días, depende cada vez más de la prensa, que es la más presente para los habitantes. Se complementó y se contrastó con las investigaciones realizadas por Gregorio Selser y Ernesto Vidal. En el caso de este último, existen algunas transcripciones de artículos de periodísticos que transcribió en su totalidad. Su trabajo se publicó precisamente un año después del debate (1966), por lo que resultaba todavía fresco, y quedó como registro para las futuras investigaciones. En el mismo año Selser también publicó su primera investigación en relación al tema, la cual sostiene parte de lo que se analiza en este artículo. Siguió publicando investigaciones como *Sociología y espionaje* (1967), en la revista cubana Pensamiento Crítico. Es preciso mencionar que estos investigadores fueron críticos de las intervenciones de Estados Unidos en la región. En el caso de Selser, fue un historiador y periodista comprometido con la historia de América Latina. Vivió todo el periodo de la guerra fría, las insurgencias revolucionarias en la región surgidas después del triunfo de la Revolución cubana y la guerra civil en Centroamérica, que

enfrentaron a las intervenciones de Estados Unidos bajo la política de contra-insurgencia (Toussaint, 2010). Por lo que parte de las fuentes que se tomaron aquí, tienen un sentido de denuncia.

Es importante empezar diciendo que el Proyecto Simpático en Colombia se asimilaba con el Proyecto Camelot en Chile, debido al mismo objetivo. Consistía en estudiar a las mismas clases sociales en cada uno de los países en los que se ejecutó. Aunque en el caso colombiano, se centraron en los campesinos y la pequeña burguesía educada, y no tanto al ejército, a quien estudiaron en menor medida. Los investigadores colombianos, entre ellos, psicólogos, antropólogos y sociólogos, reaccionaron al conocer su propósito. Al renunciar, rechazaron en seguir con la investigación. Posteriormente lo difundieron y lo denunciaron en algunas instancias del Estado, particularmente en el Congreso, generando un debate que puso al descubierto a los organizadores, financiadores y promotores del Simpático.

Al analizar algunos artículos de la prensa, se puede observar su participación en la discusión. El diario *El Tiempo* publicó una nota del 27 de agosto de 1965, refiriendo al proyecto con el nombre de «Operación Simpático». Mencionaba no sólo el citado proyecto, sino también uno similar que se aplicaba en Perú con el nombre Proyecto Colonia. Lo cual muestra la confiabilidad de la investigación de Gregorio Selser, quien menciona que dichos proyectos formaban parte del mismo proceso. En el caso colombiano, aseguraba que el gobierno sabía de su existencia, pues desde su planeación ofreció todos los recursos. Incluso, la clase gobernante colombiana fue la más interesada en la investigación. El objetivo, según el autor, se distinguía por «estudiar las reacciones de la población nativa ante programas de acción cívica puestos en vigor con ayuda de organizaciones cívico-militares norteamericanas en Colombia y Perú, respectivamente» (Selser, 1966, p. 163).

El 28 de agosto de 1965 el diario *El Tiempo*, sin embargo, publicó un resumen de lo que, según este diario que contrasta con lo dicho por Selser mostrando dos concepciones distintas, había publicado la agencia de publicidad llamada UPI en Washington, Estados Unidos, en el que se aseguraba que el Simpático era

Un amplio estudio socioeconómico cuyo objetivo es determinar el efecto que está produciendo sobre la población rural de diversas zonas del país una variada serie de proyectos de desarrollo y, dentro de esto, la reacción popular y los efectos concretos de la acción cívico-militar que viene ejecutando el ejército colombiano (Vidal, 1966, p. 5).

Líneas después, en el mismo artículo, se afirmaba de los dos proyectos que un día antes había difundido el diario *El Tiempo*: «Los proyectos de los dos países –aludía a un plan similar en el Perú, conocido como «Operación Colonia»– están bajo la dirección de SORO, entidad coneitada (sic) con el departamento de Defensa de Estados Unidos» (p. 5). Se aludía también a los cuestionamientos que se produjeron en el senado de Estados Unidos. Allí el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, J. William Fulbrighth, relacionaba dichos proyectos con el Proyecto Camelot en Chile, organizado también por SORO, y manifestaba su preocupación al decir que «creo que detrás de esa aparente fachada de ciencia, tales estudios ocultan una política reaccionaria, miope y opuesta a las reformas» (p. 6).

Su postura se trata de un tema ya tratado antes en otras investigaciones, que se relacionaba con la discusión que se seguía en Estados Unidos en torno a la participación del Departamento de Defensa y el Departamento de Estado para dirigir los proyectos de investigación que se iniciaron poco antes de la aplicación del Proyecto Camelot en Chile (Hernández, 2020a). Dicha discusión también se centraba en la efectividad que podrían tener estas investigaciones, o en la necesidad de elegir mejor la línea dura, es decir, la vía militar. No obstante, se sumaban las propuestas para realizar reformas en los países latinoamericanos para cambiar las condiciones de vida de los habitantes más vulnerables, robustecer las fuerzas de la democracia y ampliar las oportunidades educativas de toda persona en América. Las cuales se trataban de las promesas de campaña de John F. Kennedy, que se materializaron, por ejemplo, en la Alianza para el Progreso (Suarez, 2006). Un asunto que se profundizó con la difusión del Simpático y el Colonia. La amplitud del asunto, despertaría gran preocupación en América Latina al considerarse que sus métodos intervenían en los asuntos internos. Al difundirse el Proyecto Simpático en Colombia, profundizó la preocupación provocando la movilización de una parte de la sociedad quienes cuestionaron su propósito y trataron de frenar la investigación.

En Estados Unidos, según el diario *El Tiempo* con fecha del 27 de agosto de 1965, el senador J. William Fulbrighth se había sumado a los cuestionamientos en los que manifestaba su preocupación (p. 6). Para la mayoría de la población colombiana, sin embargo, la existencia de un proyecto como el Simpático pasó casi inadvertido, y se tomó con indiferencia. Al negarse la información, además la dificultad de tener un conocimiento general básico sobre el tema que pudo haberse ofrecido a amplias clases sociales, estaba en el fondo de esta despreocupación. En el caso de la prensa, las afirmaciones en sus artículos, como veremos, a veces aparecían desconectadas o aisladas.

Es pertinente mencionar al investigador, Ernesto Vidal, quien consideraba que el Camelot fue el proyecto «madre», el cual sirvió al Departamento de Defensa de Estados Unidos para organizar el Proyecto Simpático en Colombia y el Proyecto Colonia en Perú (1966). Los autores de las fuentes mencionadas antes, valoraban lo dicho por este investigador. Afirmó que las instancias gubernamentales estadounidenses que participaron en el Camelot también lo hicieron en los citados proyectos. Advirtió que había una continuidad entre los tres. Sin embargo, cabe decir que los dichos proyectos, así como el Proyecto Numismático en Venezuela, demostraban que iban más allá de un limitado grupo, así como los límites territoriales de la región. En el caso del Proyecto Simpático se trataba de una modalidad particular muy ligado al caso chileno, que también se tachó de nueva forma de intervención en Colombia. La clase gobernante y las elites de poder estadounidenses habían dado lugar a estas modalidades más sutiles y al mismo tiempo más complejas. Representaban nuevos planes de contención y penetración socio-psico-antropológica, que se distinguía dentro de la línea blanda, en contraposición con la línea dura como las intervenciones militares. Es posible que en algunos casos los proyectos prepararan las condiciones para una intervención directa del ejército.

Fue en julio de 1965 que inició la aplicación del Proyecto Simpático. Selser mencionaba también que su objetivo consistió en «analizar los programas de acción cívica del ejército local y su efecto en la actitud del pueblo» (1966, p. 9). Es decir, esta institución no sólo participaba en la aplicación del citado proyecto, sino también se estudiaron sus programas. Sin embargo, esta información contrasta con la investigación de Rouquié, quien afirma que desde 1948 gozaba de una creciente legitimidad entre la clase gobernante (1984: p. 233), por lo que no tenía sentido estudiarlos. En el caso del Simpático, el ejército brindó su apoyo, permitiendo llevar a cabo algunas investigaciones en las áreas rurales y en donde se profundizó la violencia.

La Oficina de Investigación de Operaciones Especiales (SORO, por sus siglas en inglés) dirigida por la Universidad Americana que desde 1956 había tenido contratos con la Oficina del Jefe de Estado Mayor de Investigación y Desarrollo del Ejército estadounidense, también participaba en el citado proyecto. Se llevó a cabo hasta que finalizó, cambiando de personal por lo menos en dos ocasiones debido, como veremos, a la renuncia del primer grupo de investigadores. La controversia trascendió más allá de sus fronteras, aunque en mucho menor medida que el Camelot. La discusión en torno al Simpático no tuvo la misma fuerza, pues el gobierno colombiano trató de minimizar el asunto y limitar su difusión dentro como fuera de sus fronteras. Esta característica creó ciertas condiciones que restringieron, en parte, el seguimiento

de la discusión y las críticas que se generaron. Aunque no impidió a que se conociera en gran parte del territorio de América Latina.

Según Gregorio Selser, en un artículo publicado el 7 de junio de 1967 en el diario *El Nacional* de Venezuela, se refería, entre otras cosas, al caso colombiano afirmando que los estadounidenses Norman Smith (psicólogo) y Howard Kaufman (antropólogo), investigadores de la Universidad Americana, se encargaron de dirigir la investigación en Colombia. Llegaron a Bogotá en julio de 1965 para familiarizarse con el país y buscar los científicos para llevar a cabo la investigación. Aunque dista mucho de que sea su primera vez, pues en Vietnam participaron en un proyecto similar con la finalidad de controlar las zonas de conflicto, sobre todo en donde había presencia de organizaciones político-militares. Estas se componían mayoritariamente de campesinos poseedores de una gran organización, enfrentando a un ejército poderoso que le asestaron grandes bajas, al grado de que una parte de soldados se sintieron frustrados y desanimados⁷. Durante la guerra, los estadounidenses, con el apoyo de Corea del Sur, encontraron una fuerte resistencia de la insurgencia sureña y el ejército vietnamita del norte. Por lo cual el gobierno estadounidense se vio obligado a utilizar un mecanismo de contención aparentemente sutil y discreto, que se materializó con la aplicación de proyectos. Con ellos trataron de penetrar psicológicamente en las regiones de conflicto, y preparar las condiciones para la intervención del ejército, en los que contaron con la participación de Smith y Kaufman.

Según Ernesto Vidal, los estadounidenses buscaron investigadores colombianos en la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes (1966), pero fue en Cali, en el mes de julio, donde trataron con un grupo que realizarían la investigación. Se trataba de un grupo de psicólogos, antropólogos y sociólogos. Contrataron también al sociólogo Jaime Zabala, quien se encargaría de la coordinación de la investigación. Allí los científicos colombianos se enteraron de que el proyecto tenía supuesta la intención de ser un trabajo científico, cuya solicitud había sido del gobierno nacional y solo exclusivo de dicha instancia. No se mencionaba el objetivo real de la investigación.

En torno al salario las fuentes son contrastantes. Gregorio Selser aseguraba que se componía entre ocho y diez mil pesos mensuales por cada uno de los investigadores. Calculaba también el promedio de toda la investigación: entre 85 y 90 mil dólares (1966). Esta información, sin embargo, distinta con la afir-

7 Durante la guerra, se dieron grandes movilizaciones en las filas del ejército estadounidense, provocando incluso tumultos que debilitaron las decisiones de sus superiores. Incluso, fue un aspecto decisivo que llevó al fin de la guerra.

mación de Vidal, en la que dice que «se acuerdan los términos del contrato: \$4.500.00 mensuales de sueldo, \$125.00 diarios de viáticos y prestaciones sociales correspondientes a seis meses de trabajo» (1966, p. 30). Aunque los datos no coinciden, en el fondo mostraba el ingreso de un investigador en estos proyectos. En aquel tiempo el salario en una universidad colombiana era mucho menor, y al conocerse esta información generó controversia dentro y fuera de las universidades. Un asunto que también provocó conflictos en Chile. En los dos casos, una parte de las preocupaciones se centraba en el alto salario, por lo cual provocaría que los investigadores abandonaran las universidades y se trasladarían a dichos proyectos; desestimando además los centros de investigación colombianos (Hernández, 2020a).

Los directores del Proyecto Simpático asesoraron en agosto a los científicos colombianos en Bogotá para iniciar la investigación, partiendo en Boyacá y Cundinamarca en donde se llevaron a cabo las primeras entrevistas a la población rural y urbana. La intención consistía en obtener información en torno a la población más vulnerable y empobrecida de la región. Se llenaron una serie de formularios que luego se entregaron a los estadounidenses. Sin embargo, se trataba de un ensayo, pues en realidad la investigación se centró principalmente en la Costa Atlántica, los departamentos Córdoba, Antioquia, Caldas, Tolima, Huila, Llanos Orientales, Selva, Amazonas y Putumayo. Curiosamente, se distinguía por ser de las más violentas del país, en donde involucraba varios grupos en conflicto: el Estado colombiano, las organizaciones político-militares y los paramilitares.

Los estadounidenses, no obstante, pretendían que la investigación se diera con rapidez y cautela. Sin embargo, despertó inquietudes y sospechas. Los investigadores e investigadoras dudaron de un cuestionario que, según les notificaron, sería aplicado en los cuarteles del ejército. En Chile este asunto generó gran polémica y preocupación. Las dudas y sospechas aumentaron al darse cuenta que los avances de investigación no eran trasladados a Bogotá para alguna institución gubernamental, sino que se enviaron directamente, y de manera apresurada, a Washington, y sin notificar a alguna autoridad colombiana. Los investigadores decidieron, por tanto, organizar una serie de protestas en las sedes del gobierno cuyo propósito consistió en difundir el proyecto y presentar las pruebas que mostraba el propósito y cómo se estaba realizando la investigación. Sin embargo, se encontraron con una indiferencia al no recibir respuesta alguna. Los investigadores tomaron la decisión de renunciar, no sólo como protesta, sino motivados también por su compromiso social. El seguimiento de la investigación, sin embargo, no se vio afectado, pues el grupo organizador contrató rápidamente un nuevo personal.

Los investigadores denunciaron dicho proyecto ante el Comité Intergubernamental, el cual vigilaba supuestamente los trabajos de investigación en todo el territorio nacional. Sin embargo, dicho comité lo conformaba un grupo de ministros (relaciones exteriores y de guerra), quienes fueron impasibles sobre el asunto del Simpático, ya que ellos habían aprobado la aplicación del mismo. Al abordar el tema, mostraron cierta indiferencia, e informaron que se haría una investigación al respecto. Ernesto Vidal asegura que el 2 de octubre los investigadores redactaron una carta dirigida al Comité Intergubernamental en la que denunciaron el propósito del Proyecto Simpático e intentaban demostrar que «podría servir a intereses que lesionarían la soberanía nacional» (p. 41). Firmaron los psicólogos y psicólogas Jaime Zabala, Elizabeth Acosta, Mary Cifuentes, Ligia Quintero, Jorge Medina y Alfonso Sánchez; el antropólogo social Manuel Zabala y las trabajadoras sociales Nery Paz, Mercedes Guerrero, Bernarda Lasso, Rosa Helena Hidalgo, Nazaret Moreno de Cruz y Lucila Gutiérrez. Gregorio Selser menciona que a mediados de diciembre los investigadores dirigieron un manifiesto público con el título «Manifiesto a la opinión pública». En su trabajo se puede ver dicho documento. Allí se declaraba, entre otras cosas, que:

Es nuestro deber como colombianos y profesionales denunciar ante el país –después de haber comunicado oficialmente nuestras inquietudes al Comité Intergubernamental- una investigación de tipo psico-social, denominado Proyecto SIMPÁTICO que se viene adelantando en nuestro suelo y que forma parte de una red internacional de «estudios inaceptables a nuestro juicio por sus implicaciones en la autodeterminación y soberanía de los pueblos. Nuestras apreciaciones han sido corroboradas por la prensa europea y latinoamericana, por científicos y políticos que se han pronunciado enérgicamente en contra de ellos a raíz de experiencias similares que se pretendió realizar en Chile (1966, p. 168).

Los investigadores solicitaron una reunión con los diputados del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) en la que expusieron el Proyecto Simpático y los objetivos que perseguía. Manifestaron, además, los obstáculos de algunos funcionarios del Estado colombiano quienes trataban de impedir que se difundiera dicho proyecto. Asimismo, denunciaron las amenazas que recibieron de las autoridades del Simpático, al catalogarlos de comunistas. La clase gobernante y las elites de poder colombianos y estadounidenses tomaron una posición que consideraban que la actitud de los investigadores afectaba la «libertad» y la «democracia» del país. Esta construcción ideológica, sin embargo, legitimaba a los grupos de poder y mostraban las confrontaciones entre

dos grupos distintos. En el caso del «comunista» que se constituyó como un enemigo, era una construcción ideológica de la elite de poder y la clase gobernantes para justificarse así mismos. Cabe hacer mención que, con la creación de la URSS y su expansión por otras partes del mundo, el comunismo pasó a ser el nuevo «enemigo». Esta concepción no era nueva, pues durante el siglo XIX e inicio del XX el principal «enemigo» de Occidente habían sido los africanos y sus descendientes. Pero en el caso del enemigo «comunista», se combatió su existencia, organizando golpes de estado, invasiones, crímenes de lesa humanidad (torturas, desapariciones forzadas, asesinatos extrajudiciales y genocidios), financiadas y promovidas por la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses. En este sentido, quien no coincidía con el consentimiento de aplicar un proyecto de investigación en Colombia, se le tachó de enemigo, aunque no tuviera ninguna relación con los comunistas.

Los investigadores llegaron a una serie de acuerdos con los diputados para darle un seguimiento dentro del Congreso. A la mayoría de sus integrantes se les entregó un grupo de documentos con los que se probaba la existencia del citado proyecto.

El debate en el congreso

En cuanto al debate en el congreso, solo dos fuentes consultadas (primaria y secundaria) destacan este acontecimiento: la prensa, principalmente *El Tiempo* y la investigación de Gregorio Selser. Las cuales confirman, aunque cada uno con su postura, lo acontecido allí. A fines de enero de 1966 el diputado Ramiro Andrade del MRL, junto con un grupo de diputados del mismo partido, expusieron el asunto en el Congreso y presentaron una petición para que se citara a los ministros de Relaciones Exteriores, Gobierno y Defensa, a quienes se les exigía una explicación sobre el Proyecto Simpático. Andrade consideraba que el citado proyecto lesionaba la soberanía nacional. Según la investigación de Selser, se exigía que se informara, por un lado, de la existencia de una investigación de tipo psicosocial cuyo nombre era Proyecto Simpático, organizada por la National Research of Colombia, con sede en Bogotá. Por otro, una explicación por su similitud con el «Camelot». Por último, «exhibir y presentar los fines completos, destinación, resultados y el uso que se haya dado a los informes obtenidos» (1966, p. 164). Lo cual se estudió en la Congreso y se aprobó el 26 de enero.

El diputado Ramiro Andrade, en sesiones posteriores, hizo saber algunas referencias que se produjeron durante el seguimiento de la investigación del Proyecto Simpático que ya hemos mencionado antes. Describió, por un lado, los cuestionarios que aplicaron las fuerzas armadas; la renuncia de los inves-

tigadores colombianos al enterarse del propósito del citado proyecto y la manera en que realizaba la investigación. Por otro lado, denunció que los gobiernos estadounidense y colombiano sabían del proyecto y fueron los principales promotores. Por último, mencionó que los investigadores colombianos denunciaron ante el senado estadounidense el Proyecto Simpático, su relación con el Camelot y las amenazas que recibieron del coordinador del proyecto, Santiago Borda, de la National Research of Colombia. De acuerdo con Selser, refiere también a las que recibieron de Howard Kaufman, director de la investigación. Ramiro Andrade dijo que

En nuestro concepto, y dadas las relaciones que existen entre el Plan Camelot –cuyo texto tenemos a la vista– y el Proyecto Simpático, se deduce claramente que los datos recogidos van a ser utilizados con propósitos político-militares, y, quienes somos partidarios de una solución democrática, no podríamos aceptar esto ni entregar a una potencia extranjera, cualquiera que ella sea, datos confidenciales sobre la psicología de nuestro pueblo (1966, p. 165).

El 27 de enero de 1966 el personal de SORO negó toda relación con el Proyecto Camelot. El diario *El Tiempo* del 28 de enero de 1966, afirmó que el Proyecto Simpático consistía en un estudio para conocer los efectos «ocasionados sobre ciertos segmentos de la población colombiana por obras de servicio público rendidas por las fuerzas armadas, como construcción de carreteras y escuelas, y el suministro de atención médica» (p. 13). Por su parte, el ejército colombiano, a través del general Jaime Fajardo, justificó el proyecto señalando que el objetivo del programa tenía un carácter de acción social y quienes se encargaban de la investigación era personal colombiano (Selser, 1966). Líneas después se decía que

En la noche del 2 de febrero se inició el debate en la Cámara de Representantes colombiana, con la participación del ministro de Defensa, general Gabriel Rebéiz Pizarro, de Gobierno, Pedro Gómez Valderrama, y de Relaciones Exteriores, Cástor Jaramillo Arrubla. Tomó la palabra el diputado denunciante, Ramiro Andrade, quien pasó a historiar el Proyecto Simpático a partir de la llegada a Bogotá, a principios de 1965, de los profesores estadounidenses Howard Kaufman y Norman Smith, en representación de la SORO, el ya citado organismo de la American University, Washington. Mencionó la firma de un contrato entre ese organismo y la National Research of Colombia, con dirección y propiedad del colombiano Santiago Borda Díaz y oficinas en la calle Chapinero, principal arteria

comercial de Bogotá en la zona norte. El contrato se extendió luego con los ministerios de Defensa, Gobierno y Relaciones Exteriores (p. 167).

El ministro de Defensa, Gabriel Rebéiz Pizarro, negó que se llevaran a cabo las encuestas y consideraba que eran falsas las investigaciones. Aseguraba que ningún soldado colombiano había sido encuestado, ni tampoco esta institución aplicó ningún tipo de cuestionario a la población. Sin embargo, admitió que él integraba el Comité Intergubernamental, dirigido por el coronel Alberto Camacho Leiva, que vigilaba la aplicación del citado proyecto. El diputado Ramiro Andrade, por tanto, cuestionaba las afirmaciones de los militares, e insistía que poseía pruebas (los cuestionarios) que evidenciaban las encuestas a las Fuerzas Armadas. Aunque aseguraba que no se habían concluido en su totalidad debido a la denuncia.

Los críticos consideraban que el proyecto formaba parte de un sistema internacional de espionaje. Lo cual resultaba cierto, pues, como se dijo, el contexto político, social y cultural de aquellos años, es decir, de la guerra fría, las principales potencias en confrontación desarrollaron un sistema de espionaje apenas conocido y muy avanzado. La elite de poder, por ejemplo, no estuvo exenta de infiltraciones. El diputado Andrade consideraba que la intención consistía en espiar a numerosos ciudadanos colombianos. Aunque el proyecto se presentaba, según él, bajo un disfraz con el fin de distraer de su verdadero objetivo. En otras palabras, se presentaba bajo un programa de investigación académica que lo desvinculaba de su naturaleza político-militar. Los investigadores y diputados consideraban que violaba la soberanía nacional; estudiando primero a la población, y luego interviniendo militarmente en el país.

Los señalamientos, como decíamos, no estaban fuera de la realidad latinoamericana. Otros países de la región ya experimentaban un largo proceso de intervención estadounidense. En aquel momento el caso de Chile resultaba un tema fresco, no solo por el Proyecto Camelot, que se dio casi en los mismos términos que el Simpático, llegando incluso a la conclusión de que se vinculaban con el Colonia, sino porque era conocido que la clase gobernante y la elite de poder estadounidenses intervenían al financiar la candidatura de Eduardo Frei a la presidencia. Es posible que ya se conocía lo que Gregorio Selser llegó a decir de la siguiente manera: «El Grupo Especial de la Casa Blanca aprueba una partida de tres millones de dólares para asegurar la elección del candidato del PDC, Eduardo Frei» (2010, p. 363). Esta desconfianza llevó a Indalecio Liévano Aguirre, diputado del MLR, a decir que lo que pretendía Estados Unidos consistía en conocer «determinados datos para saber en qué momento

deben desembarcar los marines en cualquier país de América Latina» (Selser, 1966, p. 172).

El grado de controversia y dudas en torno al proyecto obligó al diputado a mostrar los cuestionarios. Sus promotores, entre ellos una parte de la elite de poder colombiana, intentaron ocultar y frustrar cualquier mención al respecto. Incluso, como respuesta a las críticas, el 5 de febrero el subdirector de SORO, William A. Lybrand, justificó el proyecto y afirmó que se realizaba bajo el consentimiento del Departamento de Estado colombiano. Esta información lo confirma el diario *El Tiempo*, publicando la siguiente nota fechada el 6 de febrero de 1965 en el que se afirma que según Lybrand:

Un estudio para determinar qué tan efectivos o inefectivos han sido los varios proyectos de servicios públicos de acción cívica del gobierno colombiano en mejorar la situación de los habitantes para quienes han sido concebidos. Los tipos de proyectos de acción cívico-militar que están siendo estudiados incluyen atención médica, construcción de caminos y servicios de agua para elementos rurales por el ejército colombiano; programas similares de acción comunal no militar de otros componentes del gobierno colombiano también están siendo estudiados (p. 14).

En este sentido la información de Gregorio Selser confirma que, otro momento, William A. Lybrand continuaba justificando el propósito del proyecto bajo una perspectiva neutral e inofensiva:

SORO ha conducido y continuará conduciendo estudios científicos objetivos pedidos por el Ejército y sostenidos por fondos de la Defensa, que SORO cree que interesan al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos. El patrocinador militar de SORO nunca ha interferido la independencia profesional de SORO, dictado anticipadamente lo que deban ser los resultados científicos de sus estudios. Siempre que los estudios de SORO significan trabajar con el gobierno de cualquier nación extranjera a solicitud suya, SORO ha actuado, y lo seguirá haciendo, en lo que cree que son los mejores intereses de esos países. En ninguna circunstancia SORO ha conducido ni conducirá investigaciones que violen la soberanía de alguna nación (1966, p. 175).

La controversia generada por el citado proyecto no impidió que la investigación siguiera su curso y se concluyera. Como se dijo, no tuvo el alcance mediático internacional como el caso chileno. Es posible que, por esta particularidad, otros proyectos de investigación similares como Numismático y Reasentamiento que se aplicaban en otros países de la región en estos días,

siguieran sus cursos. Es pertinente, por otro lado, profundizar lo que ya hemos abordado para observar cuál fue el papel de la prensa en este debate, y distinguir la postura de cada uno de los diarios.

El papel de la prensa político-mediática

A mediados de siglo XX una parte de la prensa, cuya propiedad pertenecía a la clase gobernante, solía hacer afirmaciones que dejaban ver una realidad desconectada o aislada del conjunto de los problemas que experimentaba cotidianamente la población latinoamericana (Hernández, 2020a). Aunque, como veremos en el caso colombiano, algunas afirmaciones resultaban ciertas en cuanto a las personas involucradas en el proyecto; otras se manifestaban como espectáculo. Es decir, constituía un sistema de la falsedad mediante la distracción, un régimen fuera de la realidad por medio del disimulo, constituyéndose como un mecanismo propagandístico que en cierto sentido manipulaba. En otras palabras, se trataba de las relaciones de poder en el que se colocaba a los principales enemigos a vencer, entre estos, el comunismo. Sin embargo, en otros casos reafirmaban o cuestionaban algunas posturas. Así también sus «productos informativos» no dejaban de ser una mercancía más, que se consumía como cualquier otra, la cual se podría comprar en el mercado de la «información». Esto era también la dinámica de la propaganda. Una parte de la prensa que se sumó al debate, no solo pretendía descalificar al oponente, sino también le interesaba vender. De hecho, de eso vivían y se sostenían. No obstante, la prensa también jugó el papel de actor, poniendo su medio de información en segundo plano. Sus notas «informativas» se convirtieron en mercaderías prefabricadas para que sus consumidores entraran en un mundo ficticio que generaba confusión. Cabe hacer mención que no todos los diarios consultados fueron constantes en la discusión. Algunos participan menos que otros. Es posible que se relacionen con la actitud frente al Simpático. Es decir, los intereses que se jugaban en torno a ello.

Al propagarse la existencia del proyecto y al generarse la controversia en el Congreso, la prensa se sumó al debate, teniendo una actitud ambigua. Por un lado, publicó algunas notas en las que defendía el proyecto; por otro, criticaba el objetivo del mismo. Dependía de línea editorial; además de la postura y lugar de sus propietarios. En algunos casos el diario *El Espectador* mostraba una actitud firme, y defendía a quienes cuestionaban el citado proyecto. Publicó una nota con el título «El Plan antipático», en el que, por un lado, festejaba la firmeza del diputado Ramiro Andrade quien lo denunciaba en el Congreso; por otro, aseguraba que la investigación tenía un carácter intervencionista en los asuntos internos de Colombia (Vidal, 1966).

En el caso del diario *El Tiempo*, propiedad de la clase gobernante colombiana (Rouquié, 1984),⁸ asumió una actitud distinta. El 7 de febrero de 1966 defendía el objetivo del Simpático, y condenaba a Cuba y otros países socialistas de intervenir en los asuntos internos de Colombia. Es decir, se refería al apoyo del gobierno revolucionario a las organizaciones político militares en la región para ampliar la revolución en América Latina. Se veía como una intervención al estilo de la clase gobernante y las elites de poder estadounidenses. En un artículo firmado por Alberto Galindo con el título «El Plan Simpático» mencionaba que

Hay que hacer votos porque el actual debate en la cámara de representantes sobre el paradójicamente llamado «Plan Simpático», sirva para dejar establecido en forma bien categórica, ojalá por medio de una proposición final aprobada en forma unánime, que en concepto del Congreso de Colombia –como de la nación misma- no hay intervenciones buenas e intervenciones malas de un Estado o grupo de Estados en los asuntos internos de otro, de la propia manera que no hay tiranías buenas y tiranías malas. Todas las intervenciones, como todas las tiranías, como todas las violaciones del derecho de los pueblos y de los individuos son repudiables, deben ser rechazadas y condenadas. Lo que se necesita realmente es alcanzar que ninguna potencia, ninguna nación, bajo pretexto, pueda afectar la soberanía de otras, sin quedar sometida a sanciones específicas señaladas por el derecho internacional para todas las formas de agresión. Porque intervención, como despotismo, sea para lo que fuere, venga de donde viniere, es agresión.

Esto hay que decirlo así, porque abundan los políticos y parlamentarios que se desgañitan protestando contra la intervención cuando desembarcan tropas norteamericanas en Santo Domingo, o cuando descubren los cuestionarios del «Plan Simpático», que desde luego constituyen una flagrante violación de la soberanía del país por elementos extranjeros con o sin autorización oficial de Washington y de Bogotá, pero guardan complacido silencio frente a los anuncios que la Conferencia Tricontinental de la Habana hizo, y en ella delegados oficiales de la Unión Soviética, de Cuba y China comunista, de que fomentaran revueltas armadas y todas las formas de la subversión en los países latinoamericanos. Y no solamente guardan silencio complacido ante esos anuncios públicos y

8 Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano, eran hijos de dos familias de la oligarquía colombiana, propietarios y periodistas de este diario.

oficiales de intervención extranjera en los asuntos internos de otros estados, sino que viven listos a usufructuar las oportunidades políticas que de esa intervención puede lograr (p. 4).

En el libro de Ernesto Vidal, *El «plan simpático» en Colombia*, vemos una nota completa del diario *El Tiempo*, transcrita por el autor, con el título «Por lo menos inútil» en el que, sin firma, se menciona a no caer en exageraciones en torno al Simpático:

No creemos que el llamado proyecto «simpático» que de «simpático» tiene por cierto muy poco –ofrezca materia para el escándalo y mucho menos para la demagogia. Pero si valdría la pena conocer con mayor precisión la manera como se ha venido adelantando, porque estas cosas, hechas con un poco de ligereza, se prestan para despertar susceptibilidades y estimular reacciones totalmente contrarias al propósito que parece alentar a los investigadores de opinión.

En América Latina ha habido experiencias que debieran servirnos para no caer en la tontería de estos programas de averiguación, en cuyo desarrollo inciden cosas más de la intimidad nacional de la soberanía patria, que de trascendencia internacional. En Chile hace poco uno de estos proyectos provocó reacción oficial encendida, y fue el propio gobierno del presidente Frei el encargado de ordenar suspenderlo y pedir el retiro de los especialistas de la encuesta (p. 55).

En una nota del 9 de febrero de 1966 del mismo diario, con el título «El Plan Simpático no viola la soberanía. Dice canciller en la Cámara al defender la intervención del gobierno», sin firma y con un tono neutral, se describe los debates que se llevaron a cabo en el Congreso entre los cuales se cuestiona y se defiende la administración del presidente Guillermo León Valencia (1962-1966) del Frente Nacional, así como en torno al Proyecto Simpático y se afirmaba, entre otras cosas, que:

El ministro de relaciones exteriores, Castor Jaramillo Arrubia, al explicar anoche en la Cámara los antecedentes y ejecución del «Plan Simpático» en Colombia, afirmó que, por el control y fiscalización del gobierno, la soberanía nacional se había puesto a salvo.

El canciller defendió la actuación del gobierno en esa investigación sociológica, y dijo que ningún momento, como se ha expresado, era igual

al «Proyecto Camelot», que se iba a realizar a espaldas del gobierno chileno.

El ministro, junto con sus colegas de gobierno, Pedro Gómez Valaderrama, y Defensa, Gabriel Rebéiz Pizarro, concurrió anoche a la Cámara para la continuación del debate planeado, la semana pasada por Ramiro Andrade.

Jaramillo Arrubla, en una exposición documentada, elogió la intervención de Andrade porque «elevó la dignidad del parlamento colombiano», pero lamentó que la documentación incompleta del representante del MRL le hubiera hecho llegar a conclusiones inexactas sobre el «Plan Simpático».

El alto funcionario del gobierno respaldó los cargos hechos a la administración en torno a la ejecución de ese proyecto, y señaló: «nosotros colaboramos con los extranjeros que quieren venir a ayudarnos porque estamos detrás de una cortina de hierro».

Indicó que para lograr el desarrollo hay que planificar y hacer investigaciones sociológicas que permitan orientar mejor los proyectos, y dijo que los programas de acción comunal, de acción cívico-militar y cuerpos de paz, se consideran como medios importantes para obtener los campos que el país requiere.

Defendió la realización de ese tipo de investigaciones y dijo que el Plan Camelot es distinto en todos sus órdenes (p. 1).

Días después, el 28 de febrero de 1966, *El Tiempo* publicó una nota con el título «Fajardo habla del Plan Simpático», en la que se observa una actitud distinta, y se decía que:

Es para precisar el efecto de los programas de cooperación, dice: lo realizan solo colombianos. Funcionarios norteamericanos restaron ayer importancia en Washington a la denuncia hecha en Bogotá por el representante Ramiro Andrade, del MRL, sobre el denominado «Plan Simpático».

Un vocero norteamericano dijo que las afirmaciones hechas por el parlamentario, pueden obedecer a «pirotecnia preeleccionario».

En Bogotá, entre tanto, el comandante general de las FF. AA., Jaime Fajardo Pinzón, admitió que se trata de un plan investigativo destinado a precisar los resultados de los programas de cooperación de distintos organismos con Colombia.

Fajardo dio seguridades de que el personal está encargado de esa tarea, es totalmente colombiano (p. 1).

En tanto que el diario *La Nación* publicó una nota fechada el 14 de febrero de 1966 bajo el título: «Colombia no estima lesivo a su soberanía el Plan Simpático», en la que se mencionaba que el ministro de relaciones exteriores, Castor Jaramillo Arrubla, no pedirá al gobierno estadounidense la suspensión del Proyecto Simpático porque la investigación es de máxima importancia para el país y los ciudadanos colombianos (Vidal, 1966). Daba a entender, según la afirmación de este diario y por los resultados que provocó el debate, el Proyecto Simpático no tuvo ningún obstáculo para su conclusión.

Resultados

La movilización de los investigadores e investigadoras y el debate en el Congreso liderado por los diputados del MLR, como se dijo, no frenó el seguimiento de la investigación. No obstante, la administración del presidente Guillermo León Valencia del Frente Nacional, quedó en evidencia ante su participación en el proyecto. De la misma manera, se difundió el involucramiento del resto de la clase gobernante y elites de poder estadounidenses y colombianas, quienes fueron los principales organizadores, financiadores y promotores. La movilización se desarrolló entre un ir y venir, desde que el primer grupo de investigadores e investigadoras se enteró del objetivo del proyecto y presentó su renuncia. Lo cual no impidió su seguimiento, pues rápidamente la SORO lo sustituyó por uno nuevo, el cual quedó prácticamente oculto y en el olvido porque no se saben hasta hoy cuales son los nombres. El primer grupo, motivado por su compromiso social e impactado por los acontecimientos que ocurrían en la región, fue importante al tomar la iniciativa en manifestar su descontento públicamente e introducir un debate en el Congreso. A partir de entonces el proyecto entró en una falta de legitimidad, profundizando el desprestigio de quienes lo habían organizado. Por otro lado, generó mayor credibilidad no sólo a los investigadores e investigadoras colombianas, sino también a los diputados y organizaciones sociales que sumaron a la movilización y al debate. La psicología y los psicólogos, la antropología y los antropólogos, así como la sociología y los sociólogos latinoamericanos, alcanzaron mayor

credibilidad. En otras palabras, los científicos sociales de la región, gozaron de mayor legitimidad. Desde el principio del decenio de 1960 se convirtió en un asunto que se discutía en la mayor parte de América Latina, luego de que el intelectual latinoamericano jugó un papel en la lucha revolucionaria, comprometiéndose a participar en los problemas que ocasionaban la desigualdad social en la que se encontraba la mayor parte de la población en la región. En esos años, también ciencias sociales latinoamericanas entraron en un proceso de legitimación e institucionalización que ya se consolidaba en el caso chileno (Garretón, 2014).

Las organizaciones político militares (guerrilleros) también entraron en un proceso de credibilidad. Lo cual motivó a una nueva reorganización entre sus filas que debió continuar enfrentando a la clase gobernante y la elite de poder estadounidense y colombiana. Muestra de ello, es la fundación del Ejército de Liberación Nacional en julio de 1964 (Selser, 2010). En los siguientes años, se intensificaron los enfrentamientos entre el Estado y las organizaciones político militares. Desde mayo el gobierno inició una guerra de exterminio contra Marquetalia, que se prolongó mucho tiempo después de finalizar la investigación. La violencia de los grupos armados, entre los cuales se encontraba el ejército, iba en aumento. El Proyecto Simpático no incidió sobre los grupos movilizadores; no tuvo mayor incidencia en cambiar las condiciones políticas y sociales de los grupos que enfrentaban al Estado. Este enfrentamiento continuó décadas después. Por tanto, fracasó la estrategia de las elites de poder que tenían la intención de suprimir todo germen de conciencia social que permeaba en las filas de la pequeña burguesía y las clases más desprotegidas y populares de la sociedad colombiana. No obstante, se mantuvo una alianza de los grupos de poder, que le permitió a la clase gobernante colombiana (oligarquía terrateniente) seguir expropiando y el despojando a los pequeños y medianos agricultores (Rouquié, 1984).

La violencia se convirtió en un mecanismo de dominio de la clase gobernante y las elites de poder para mantener su supervivencia en tiempos de grandes cambios. En el decenio de 1970, la mayoría de los proyectos de investigación no lograron su objetivo. El Proyecto Marginalidad que se aplicaba en 1968 en Argentina se sumó a este fracaso, al entrar en un proceso de grandes discusiones, rechazos y movilizaciones, obligando a que sus fundadores y sus financiadores se justificaran (Hopen, 2015). El desprestigio alcanzado motivó a que dejaran de serles útiles u obligando a que se transformaran. Su transformación, no obstante, dio lugar a proyectos mucho más sutiles y discretos. La comunidad latinoamericana que los impugnó, la cual fue decisiva para cercarlos, desprestigiarlos y sobre todo cancelarlos, asestaron un golpe a la clase

gobernante. Los proyectos de investigación no volvieron a aparecer, o por lo menos no en su formato original. Sin embargo, lo que no se exentó, fue la participación de antropólogos en misiones coloniales, o en el mantenimiento del orden social de la clase gobernante y las elites de poder. Luego de la invasión estadounidense a Irak y a Afganistán a inicios del siglo XXI, se financió a «un equipo de antropólogos y otros científicos sociales para su utilización permanente en unidades de combate de las tropas de ocupación de Estados Unidos» (López y Rivas, 2013). Es decir, la dimensión ideológico-cultural de la guerra fría que se manifestó en el decenio de 1960, continuó bajo otros parámetros.

A manera de conclusión

La dimensión ideológico-cultural de la guerra fría en América Latina se materializó, entre otros, en el Proyecto Simpático. Se aplicó en Colombia en 1965 y durante el proceso de organización y ejecución, generó una gran polémica entre una clase gobernante y elite de poder colombianas y estadounidenses, con otra elite colombiana que no se adhería a ellas. Formaba parte de las misiones coloniales e imperialistas, y el mantenimiento del orden social dominante. Dicho proyecto formaba parte de un conjunto de investigaciones que se ejecutaban en América Latina. Las cuales trascendieron los límites territoriales continentales, pues abarcó también el sudeste asiático. En Vietnam, durante la guerra, los citados proyectos de investigación cumplieron un papel de contención a la resistencia de los insurgentes vietnamitas, principalmente en la época en que las fuerzas armadas estadounidenses participaron directamente en el conflicto. Su poderío tecnológico-militar y cultural no logró contrarrestar la fuerza de seres humanos organizados que luchaban para liberarse del dominio de Estados Unidos.

Los proyectos investigación socio-antropológicas, entre los que se encuentra el Proyecto Simpático, aparecieron asimismo en un periodo de crisis social y política continental e intercontinental. La clase gobernante y las elites de poder reaccionaron ante el peligro que representaba, por citar un caso, el triunfo de la Revolución cubana. Su influencia en la región modificó las condiciones políticas y sociales. Por lo que dichos grupos de poder organizaron y financiaron un grupo de proyectos solicitando el trabajo de un conjunto de antropólogos y sociólogos. Es decir, se apoyó de las élites latinoamericanas más ilustradas creando una nueva estrategia de penetración ideológica que se presentó en proyectos de investigación. Fijó su atención en Colombia que, entre otros países del continente, atravesaba por un periodo de crisis e inestabilidad política y social, convirtiéndose en una manera en que se expresó también guerra fría ideológico-cultural. No obstante, los proyectos aparecieron en

un periodo de crisis económica del capitalismo de posguerra, extendiéndose por más de una década y dándose recurrentes crisis que desestabilizaron los regímenes político-económicos, no solo de las potencias mundiales sino de los países poco avanzados. En términos sociales, dicha crisis se materializó en las grandes protestas que se organizaron de manera espontánea en muchas partes del mundo, y se acumularon en 1968, provocando la reacción por parte de las elites de poder que se materializó en una fuerte represión con muertos y desaparecidos.

El Proyecto Simpático se presentó como una solución a los problemas de dominación de la clase gobernante y la elite de poder estadounidenses en América Latina. Lo cual no era ajeno a la crisis en Colombia y al fortalecimiento de la violencia estatal en contra de algunos grupos que la respondieron. No obstante, su origen, por lo menos en lo inmediato, inició con el asesinato del líder liberal y popular Jorge Eliécer Gaitán, ocurrida el 9 de abril de 1948. Desde entonces las masas se volcaron en la organización política y social, e intensificaron la lucha guerrillera de fracción liberal que respondieron a esas condiciones. El Partido Comunista de Colombia que en octubre de 1949 formuló su política de autodefensa de masas, dirigió las guerrillas del sur del Tolima, que fue la matriz de un amplio movimiento campesino. El movimiento campesino de Villarrica, de orientación comunista, confrontó a la dictadura militar de Rojas Pinilla desde 1954. Durante esos años, la dirección del PCC, se afirmó en el campesinado del norte del Tolima y otras regiones que dieron lugar a zonas organizadas en Marquetalia, Pato, Ríochiquito, entre otros.

El gobierno colombiano vio con gran interés esta región. No es casual que en el decenio de 1960 haya sido una zona estudiada por las elites de poder estadounidenses y colombianas que se materializó en el Proyecto Simpático. Allí también inició una parte de la movilización que permitió la caída de la dictadura militar en 1957. En mayo de 1964 el gobierno colombiano intensificó la guerra de exterminio en la región de Marquetalia, poco antes que se formulara el Proyecto Simpático. En este mes se fundaron dos organizaciones político militares castro-guevaristas: las Fuerza Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en mayo de 1964 y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) el 4 de julio. Proliferaron también organizaciones campesinas, obreras y estudiantiles que asestaron duros golpes al orden político, social y cultural dominante. El gobierno colombiano, por tanto, necesitó del apoyo externo y promovió la aplicación del Proyecto Simpático. La clase gobernante y las elites de poder estadounidense, sin embargo, ya los ejecutaban en algunos países de América Latina, como el caso chileno, convirtiéndose en una parte de la violencia planificada y de línea blanda. El objetivo de la investigación,

entre otros, consistió en estudiar las reacciones de la población ante los programas de acción cívica; principalmente en zonas de conflicto. Pero como se anotó en el último apartado, no impidió que las clases sociales estudiadas, siguieran manteniéndose movilizadas, y, por el contrario, adquirieron mayor credibilidad.

El Proyecto Simpático lo dirigió la SORO, entidad del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Su relación con la Universidad Americana, cuya propiedad pertenecía a la clase gobernante, no resultó ajeno que Norman Smith y Howard Kaufman, integrantes de las elites de poder estadounidenses, trabajaran para estas instituciones. Con experiencia en Vietnam, dirigieron el citado proyecto que se centró en la Costa Atlántica y en el centro de Colombia, zonas de violencia estatal y operaciones de las organizaciones político-militares colombianas. Sin embargo, al igual que en Chile, se encontraron con una fuerte resistencia que se debió principalmente a que los estudios que se aplicaron a los grupos vulnerables y las instituciones del Estado, pretendían intervenir en los asuntos internos del país.

Las relaciones de fuerza que se dieron en torno a los proyectos de investigación en América Latina, y en particular el Proyecto Simpático en Colombia, se produjeron en el contexto del surgimiento del intelectual latinoamericano comprometido con las causas revolucionarias. Se posicionó dentro de un campo político dividido en ideologías opuestas, producto, en gran parte, de la influencia de la Revolución cubana y las luchas sociales que se dieron en el decenio de 1960. En estos años, el intelectual crítico-revolucionario, que se oponían al orden social existente, luchó política, intelectual e ideológicamente, por construir un nuevo orden social. La participación de académicos en proyectos de investigación al servicio de la clase gobernante estadounidense y colombiana, se contrapuso a aquel grupo. Dentro de las elites de poder latinoamericanas e incluso estadounidenses, constituyeron una unidad antagónica en la que salieron a relucir las contradicciones.

El nuevo contexto, sin embargo, no sólo se limitó al espacio académico, sino también se involucraron en la militancia y movilización social, principalmente quienes no se adherían a la clase gobernante estadounidense y colombiana dominantes. La elite latinoamericana, crítica de los proyectos socio-antropológicos estadounidenses, analizó, criticó y rechazó todo indicio que se relacionara con ellos. Asimismo, analizó críticamente las posturas de las ciencias sociales que fueron difusoras de la ideología dominante. En el otro lado, se encontraba un grupo que aplicó los proyectos y defendió las ideas dominantes. Entre sus integrantes, algunos, trabajaron para las fundaciones privadas que poseían un gran poder económico mundial como la Ford y la Rockefeller.

Referencias

- Bowers, R. V. (1971). «La institución militar». En Paul F. L., et. al. *La sociología en las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Calvo Ospina, H. (2018). *El terrorismo de Estado en Colombia*. Caracas: Ediciones El perro y la rana.
- Corti, B. (2015). *Jazz argentino. La música «negra» del país «blanco»*. Buenos Aires: Gourmet.
- Davison, W. P. (1971). La política exterior. En Paul F. L., et. al. *La sociología en las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Domhoff, G. W. (2003). *¿Quién gobierna Estados Unidos?* México: Siglo XXI.
- Esteve Martí, Javier (2021). *El papel de la CIA en la institucionalización de los Annales braudelianos y su impacto en la historiografía marxista europea durante la Guerra Fría cultural*. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Informe para optar el grado de Licenciatura en Historia.
- Garretón, M. A. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina. Estudios sobre transformaciones sociopolíticas y movimiento social*. Santiago de Chile: Lom.
- Gilman, C. (2012). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Graziano, Walter (2013). *Hitler ganó la guerra*. México: Debolsillo.
- Gorelik, A. (2025). *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*. Siglo XXI.
- Gruzinski, S. (2004), *La ciudad de México. Una historia*. FCE.
- Hernández R. R. (2020a). La polémica del Proyecto Camelot en Chile. En *Revista De raíz diversa. Revista especializada en Estadios Latinoamericanos*, 7 (13), 111-136. <https://doi.org/10.22201/ppela.24487988e.2020.13.72349>
- Hernández R. R. (2020b). El jazz en México a mediados del siglo XX. En *Revista Musical Chilena*, 233, 28-48.
- Hernández R. R. (2025). La colección de jazz de Carlos Monsiváis. En Mauricio Sánchez Menchero (Coordinador). *Carlos Monsiváis. Bibliofilia, coleccionismo y redes culturales*. México: CEIICH-UNAM.
- Hopen, D. (2015). Sobre el Proyecto Marginalidad. En Néstor Kohan (Compilador). *Ciencias sociales y marxismo latinoamericano*. Buenos Aires: La llamarada.
- Horowitz, I. L. (1966). «Vida y muerte del Proyecto Camelot». http://rcsdigital.homestead.com/files/Vol_X_Nm_2_1966/Horowitz.pdf, 145-165.
- Kent, Carrasco, D. (2021). La guerra fría cultural en el Tercer Mundo: el Congreso por la libertad de la Cultura en México e India. *Secuencia* (111), e1931. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i111.1931>
- López y Rivas, G. (2013). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales*,

mentalidades y uso de la antropología. México: Ocean Sur.

Maechling, Charles Jr. (1990). Contrainsurgencia: la primera prueba de fuego. En Klare, M. T. y P. Kornbluh. *Contrainsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*. México: Conaculta, Grijalbo.

Mills, C. W. (2013). *La élite del poder*. México: FCE.

Nación, La (agosto, 1965-febrero, 1966). Bogotá, Colombia.

National Security Archive (3 de septiembre de 2025). CIA Information Report, «Cuban Support of Guerrillas in Colombia». <https://nsarchive.gwu.edu/document/33260-document-01-cia-information-report-cuban-support-guerrillas-colombia-secretnofofn-1>

National Security Archive (3 de septiembre de 2025). CIA Memorandum, «Cuban Training of Latin American Subversives». <https://nsarchive.gwu.edu/document/33261-document-02-cia-memorandum-cuban-training-latin-american-subversives-secret-45-pp>

Palacios, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: FCE.

«Presentación». Imperialismo y ciencias sociales (1970). En *Referencias. Revista del Partido Comunista de Cuba*. Universidad de La Habana, 1 (2), 3-6.

Rojas, R. (2025). *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría*. México: Siglo XXI.

Rouquié, A. (1984). *El estado militar en América Latina*. México, Siglo XXI.

Sala, L. (2021). Las ideas externas en las doctrinas militares latinoamericanas de la guerra fría. *Secuencia* (111), e1946. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i111.1946>

Selser, G. (1966). *Espionaje en América Latina. El pentágono y las técnicas sociológicas*. Argentina: Ediciones Iguazú.

Selser, G. (agosto de 1967). Sociología y espionaje. En *Pensamiento Crítico*. No. 7.

Selser, G. (7 de junio de 1967). Espionaje sociológico en Venezuela. *El Nacional*.

Selser, G. (2010). *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. Tomo IV. México: CEIICH-UNAM. UACM.

Suárez, L. (2006). *Un siglo de terror en América Latina. Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad*. La Habana: Ocean Sur.

Tiempo, El (agosto, 1965-febrero, 1966). Bogotá, Colombia.

Tótoro Taulis, D. (2025). *Camelot*. Santiago de Chile: Ceibo.

Toussaint, M. (2010). Prólogo. En Selser, Gregorio. *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. Tomo II. México: CEIICH-UNAM. UACM.

Urrea Garrido, C. (2021). *El papel de la CIA en la institucionalización de los Annales braudelianos y su impacto en la historiografía marxista europea durante la Guerra Fría cultural*.

Informe para optar al Grado de Licenciatura en Historia. Universidad de Chile.

Vadillo López, C. de J. (2016). *La historiografía política mexicana al diván del análisis: 1970-2000*. México: Navarra.

Vidal, E. (1966). *El «plan simpático» en Colombia*. Bogotá: Ediciones MRB.

Zinn, H. (2010). *La otra historia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI.

Zuckermann, A. (2022). *El jazz en la Ciudad de México*. México: FCE.

Capitalismo autoritario: mutaciones neoliberales, soberanía corporativa y resistencias democráticas

Ruth Ferrero-Turrión

Universidad Complutense de Madrid

España

Resumen: Este artículo analiza el concepto de capitalismo autoritario como mutación del neoliberalismo en el siglo XXI, caracterizada por la subordinación de la democracia a los intereses corporativos. A partir de una revisión crítica de autores como Fraser, Brown, Streeck, Han, Sassen y Zuboff, se examinan cinco dinámicas interdependientes: concentración económica y soberanía corporativa, capitalismo de plataformas y control digital, precarización laboral, captura regulatoria y hegemonía cultural. El texto muestra cómo estas tendencias se refuerzan en contextos de crisis financieras, sanitarias y ecológicas, erosionando la legitimidad democrática a escala global. Asimismo, se destacan experiencias de resistencia social y alternativas democráticas, con especial atención a América Latina, donde confluyen luchas contra el extractivismo, la precarización y el autoritarismo neoliberal. Se concluye que comprender el capitalismo autoritario es indispensable para imaginar instituciones capaces de subordinar el capital a la democracia.

Palabras clave: Capitalismo Autoritario; Neoliberalismo; Poder Corporativo; Plataformas Digitales; Democracia.

Authoritarian Capitalism: Neoliberal Mutations, Corporate Sovereignty, and Democratic Resistance

Abstract: This article examines the concept of authoritarian capitalism as a mutation of neoliberalism in the 21st century, marked by the subordination of democracy to corporate interests. Drawing on critical perspectives from Fraser, Brown, Streeck, Han, Sassen, and Zuboff, the paper explores five interdependent dynamics: economic concentration and corporate sovereignty, platform capitalism and digital control, labor precarization, regulatory capture, and cultural hegemony. It highlights how these dynamics intensify during financial, health, and ecological crises, undermining democratic legitimacy worldwide. The text also emphasizes forms of social resistance and democratic alternatives, particularly in Latin America, where struggles against extractivism, precarization, and neoliberal authoritarianism are most visi-

ble. The article concludes that understanding authoritarian capitalism is crucial for imagining institutions capable of subordinating capital to democracy.

Keywords: Authoritarian Capitalism; Neoliberalism; Corporate Power; Digital Platforms; Democracy.

El concepto de capitalismo autoritario ha emergido en los últimos años como una categoría analítica crucial para comprender la mutación del orden político y económico contemporáneo. Frente a quienes anuncian la «crisis final» del neoliberalismo, Nancy Fraser (2019, 2022) sostiene que no asistimos a un reemplazo, sino a una transformación interna, la de un neoliberalismo agotado en su capacidad de legitimación, que se sostiene recurriendo cada vez más a dispositivos autoritarios. Este giro no implica una ruptura con la lógica de acumulación capitalista, sino un reforzamiento de sus fundamentos mediante nuevas formas de dominación política, tecnológica y cultural¹

Hablar de capitalismo autoritario supone reconocer que la relación entre capitalismo y democracia, siempre conflictiva, se encuentra en un punto de desarticulación estructural. Durante el siglo XX, en especial en los Estados de bienestar de posguerra, los Estados actuaban como mediadores parciales entre capital y trabajo. Esa mediación, aunque limitada, permitía cierta redistribución y ampliación de derechos, dotando de legitimidad a las instituciones democráticas. Hoy, sin embargo, lo que predomina es la subordinación de la esfera política a los imperativos del capital global, acompañado por el ascenso de formas de gobierno excluyentes, represivas y tecnocráticas.

El auge de líderes como Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil, Viktor Orbán en Hungría o Recep Tayyip Erdoğan en Turquía muestra que la deriva autoritaria no se limita a regímenes formalmente no demo-

1 En este ensayo, el capitalismo se entiende como un sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción, la acumulación ampliada y la primacía de la lógica de la ganancia, siguiendo aproximaciones clásicas y críticas contemporáneas que subrayan su carácter históricamente mutable y su tensión estructural con la democracia (Harvey, 2007; Streeck, 2016). La democracia no se concibe únicamente en términos procedimentales, sino como un orden político multidimensional que combina participación, competencia, derechos civiles y capacidad efectiva de la ciudadanía para incidir en las decisiones colectivas (Dahl, 1971; Macpherson, 1977; Mouffe, 2000; Fraser, 2008). Por su parte, el autoritarismo se define más allá de las tipologías clásicas, como un conjunto de prácticas de concentración del poder, restricción selectiva de derechos y debilitamiento de los mecanismos de control democrático, que puede coexistir con instituciones formales representativas (Linz, 2000; O'Donnell, 1973; Schedler, 2006; Levitsky & Way, 2010). En este marco, el concepto de autoritarismo competitivo resulta especialmente relevante para describir regímenes en los que existen elecciones y pluralismo formal, pero en condiciones estructuralmente desiguales que vacían de contenido la competencia democrática. Asimismo, el texto distingue analíticamente entre hegemonía cultural —en el sentido gramsciano de construcción de consenso a través de instituciones, prácticas y valores compartidos— y hegemonía simbólica, entendida como el control de significados, imaginarios y marcos de interpretación social, con el fin de evitar usos ambiguos de ambos conceptos.

cráticos. Incluso dentro de sistemas representativos, asistimos a una erosión de derechos, a la concentración de poder y a la normalización de la violencia estatal. En China, la convergencia entre capitalismo de Estado y control digital ilustra otra cara del fenómeno: un modelo en el que la modernización tecnológica se articula con una gobernanza fuertemente autoritaria.

La expansión del capitalismo autoritario está atravesada por dinámicas globales: el capitalismo de plataformas y vigilancia (Zuboff, 2019; Srnicek, 2017), la precarización laboral y la disolución de derechos sociales (Huws, 2019), el extractivismo intensificado y la crisis ecológica (Svampa, 2019), así como la proliferación de conflictos bélicos y migratorios que legitiman políticas securitarias (Mbembe, 2016). Estas dimensiones no pueden analizarse de forma aislada: conforman un entramado que redefine la relación entre economía, política y sociedad.

América Latina ofrece un terreno especialmente fértil para observar estos procesos. Tras décadas de ajustes estructurales, privatizaciones y endeudamiento, la región se encuentra atrapada en una lógica de dependencia global, donde el autoritarismo neoliberal convive con explosiones periódicas de movilización social. Casos como el estallido chileno de 2019, las protestas colombianas de 2021 o la resistencia indígena en Ecuador muestran que, junto al avance del capitalismo autoritario, emergen también nuevas formas de politización y de lucha por la democracia.

Este ensayo busca ofrecer una aproximación crítica al capitalismo autoritario desde múltiples ángulos: el paso del Estado mediador al Estado corporativo, las manifestaciones regionales de este fenómeno, la centralidad del capitalismo de plataformas, la precarización laboral, la crisis ecológica y las resistencias sociales. A lo largo de los capítulos, se dialogará con autores como Nancy Fraser, Wendy Brown, David Harvey, Wolfgang Streeck, Byung-Chul Han, Shoshana Zuboff, Achille Mbembe, Saskia Sassen y Judith Butler, entre otros, con el objetivo de situar el debate en el cruce entre teoría crítica y experiencias concretas.

En suma, se argumentará que el capitalismo autoritario no constituye una anomalía ni un retroceso excepcional, sino la forma contemporánea de reproducción del capital en un contexto de crisis múltiple. Su comprensión es indispensable para imaginar alternativas democráticas capaces de enfrentar la conjunción de explotación, exclusión y control que define nuestro tiempo.

El ascenso del capitalismo autoritario: entre mutación neoliberal y consolidación corporativa²

La categoría de capitalismo autoritario, formulada por Nancy Fraser (2019), describe un momento histórico en el cual se rompe la relación, siempre tensa, entre capitalismo y democracia. Durante buena parte del siglo XX, especialmente en el marco de los Estados de bienestar de posguerra, los gobiernos actuaban como mediadores ya que equilibraban los intereses del capital y las demandas sociales mediante pactos redistributivos, regulación del mercado laboral y provisión de servicios públicos. Esa mediación nunca fue completa ni equitativa, pero ofrecía un cierto margen de legitimidad y de protección frente a la lógica puramente mercantil.

Con el avance del neoliberalismo desde la década de 1970, este equilibrio comenzó a desmoronarse. En Estados Unidos, los gobiernos de Ronald Reagan impulsaron un giro profundo hacia la desregulación financiera, la flexibilización laboral y la privatización de servicios, con un fuerte debilitamiento del sindicalismo. En Europa, Margaret Thatcher en el Reino Unido marcó el camino hacia un Estado más punitivo y menos redistributivo. El giro neoliberal no significó un Estado débil, como a menudo se piensa, sino un Estado reconfigurado para servir a los mercados. David Harvey (2007) lo explica como un proceso de acumulación por desposesión, en el que privatizaciones, flexibilización laboral y liberalización financiera reestructuraron la relación entre Estado y capital. El aparato estatal no desapareció si no que se transformó en garante de los intereses corporativos, mientras debilitaba los derechos sociales, reprimía resistencias y externalizaba costos sociales y ecológicos. Este proceso no constituye una simple regresión hacia formas pasadas de dominio, sino una mutación en la que convergen prácticas neoliberales con mecanismos estatales centralizados, excluyentes y punitivos.

Wendy Brown (2015) analiza esta mutación desde la noción de racionalidad neoliberal en la cual las instituciones democráticas se vacían de contenido político y se subordinan a la lógica empresarial. Los ciudadanos ya no se conciben como sujetos de derechos, sino como «emprendedores de sí mismos»,

2 El análisis desarrollado en este trabajo toma como referencia histórica específica a los Estados del bienestar consolidados en Europa occidental y Norteamérica durante el periodo de posguerra, entendidos como formaciones político-institucionales en las que se articuló, de manera contingente y conflictiva, una mediación parcial entre capitalismo y democracia. Este modelo se sustentó en un conjunto de pactos sociales, mecanismos redistributivos y sistemas de protección social que, sin cuestionar la lógica de acumulación capitalista, permitieron ampliar derechos sociales, laborales y políticos, dotando de legitimidad a las instituciones democráticas. Al situar este marco como punto de comparación, el texto no idealiza el Estado del bienestar ni lo concibe como un equilibrio pleno o universal, sino como una configuración históricamente situada, atravesada por exclusiones y jerarquías, cuya progresiva erosión resulta clave para comprender el tránsito hacia formas contemporáneas de desdemocratización y capitalismo autoritario.

responsables de maximizar su propio «capital humano». Esta despolitización convierte al Estado en una especie de empresa gestora cuya misión no es deliberar sobre el bien común, sino garantizar un entorno atractivo para la inversión y la confianza de los mercados financieros.

Desde la filosofía social, Byung-Chul Han (2014) complementa esta perspectiva desde la filosofía social, al describir la emergencia de la sociedad del rendimiento. En ella, la disciplina externa característica de las sociedades industriales cede paso a la autoexplotación: los individuos interiorizan el mandato de productividad y autooptimización. Este desplazamiento cultural refuerza el papel del Estado neoliberal, que no necesita tanto imponer coerción directa porque ha conseguido producir sujetos dóciles, autocontrolados y fragmentados.

La crisis financiera de 2008 mostró de manera brutal la subordinación del Estado al capital. En lugar de sancionar a los responsables de la especulación, los gobiernos movilizaron recursos públicos para rescatar bancos y corporaciones. Wolfgang Streeck (2016) habla aquí de la transformación de los Estados en «deudores atrapados»: entidades cuya primera obligación es satisfacer a los mercados financieros, incluso a costa de recortar derechos ciudadanos. Se inaugura así un modelo en el que la soberanía se traslada progresivamente hacia los actores privados, mientras la democracia se convierte en un ritual formal sin capacidad de decidir lo esencial.

La pandemia de COVID-19 aceleró este proceso y le dio un rostro autoritario. Bajo el pretexto de la emergencia sanitaria, muchos gobiernos adoptaron medidas que concentraron el poder ejecutivo, limitaron el control parlamentario y expandieron la vigilancia digital. Aplicaciones de rastreo, cámaras de reconocimiento facial y monitoreo de movilidad fueron implementadas sin garantías democráticas claras. Lo que parecía una política temporal de excepción se convirtió, en varios casos, en un nuevo estándar de control estatal. Al mismo tiempo, la gestión de la pandemia fue externalizada hacia corporaciones privadas: farmacéuticas, consultoras y empresas tecnológicas se situaron en el centro de la toma de decisiones.

El paso de la mediación estatal al Estado corporativo no implica que el Estado haya perdido centralidad. Por el contrario, conserva e incluso amplía su capacidad de coerción, pero orientada a garantizar la acumulación de capital y el orden social necesario para sostenerla. El Estado corporativo reprime, vigila y redistribuye recursos hacia arriba; su legitimidad ya no se basa en la ampliación de derechos, sino en la promesa de «estabilidad macroeconómica» y «competitividad global».

En este sentido, Fraser (2022) propone pensar el capitalismo autoritario como una mutación del neoliberalismo y no como su simple negación. Se

combinan así dos elementos aparentemente contradictorios: por un lado, la desregulación de mercados y el debilitamiento de instituciones democráticas; por otro, el fortalecimiento de mecanismos estatales excluyentes y coercitivos. El resultado es un orden político híbrido que vacía de contenido a la democracia formal mientras concentra poder en manos de corporaciones y élites.

Como advierte Achille Mbembe (2016), estas transformaciones no deben interpretarse únicamente en términos económicos, sino también como parte de una política de la vida y la muerte. La gestión estatal ya no se orienta a garantizar la protección de la población en su conjunto, sino a administrar diferenciadamente qué vidas son preservadas y cuáles son sacrificadas. Esta lógica biopolítica refuerza la selectividad del capitalismo autoritario: mientras ciertos sectores reciben subsidios y privilegios, otros son abandonados a la precariedad o directamente reprimidos.

En este contexto, los Estados ya no intentan garantizar el bienestar general, sino preservar la estabilidad macroeconómica, la confianza de los mercados y la rentabilidad de las inversiones. Las políticas fiscales regresivas, la flexibilización laboral, la privatización de servicios públicos y la represión selectiva de la disidencia social se han vuelto prácticas comunes, especialmente en contextos de crisis. Durante la pandemia de COVID-19, esta lógica se hizo evidente en múltiples regiones del mundo.

En Estados Unidos, el gobierno federal recurrió a mecanismos de emergencia para facilitar la concentración económica en sectores estratégicos. Grandes corporaciones como Amazon, Google y Pfizer expandieron su poder y recibieron ayudas o contratos privilegiados, sin rendición de cuentas pública. Además, se restringieron temporalmente garantías sindicales, se relajaron normativas ambientales y se incrementaron los poderes policiales bajo el pretexto del control sanitario (Pew Research Center, 2021).

En Europa, varios países impusieron restricciones severas a las libertades civiles, mientras empresas como McKinsey y otras consultoras privadas fueron contratadas para gestionar tareas críticas durante la emergencia sanitaria. Esto consolidó un modelo de gobierno corporativo sin legitimación democrática directa (European Commission, 2020).

Por su parte, en América Latina, la crisis sanitaria fue utilizada por élites políticas y económicas para profundizar reformas estructurales regresivas. En países como Brasil o Colombia, se promovieron medidas de austeridad fiscal y flexibilización laboral incluso en el peor momento de la crisis sanitaria, al tiempo que se reprimían protestas sociales masivas. El Estado funcionó como brazo ejecutor del capital, con políticas que beneficiaban a grandes conglome-

rados financieros y extractivos en detrimento de los sectores populares (CEPAL, 2021).

De este modo, los indicadores globales confirman un deterioro democrático sostenido y un fortalecimiento del modelo autoritario-capitalista:

- Retrocesos en derechos y libertades: Freedom House reporta que 2024 marcó el 19.º año consecutivo de declive de la libertad global, con 60 países en retroceso frente a 34 en mejora (Freedom House, 2024).
- Democracia electoral debilitada: IDEA señala que en 2023 se registró la mayor caída en el indicador global de elecciones libres y justas (IDEA, 2024).
- Participación electoral en descenso: la participación promedio de votantes cayó del 65,2 % en 2008 al 55,5 % en 2023, reflejando desafección y desconfianza (IDEA, 2023).
- Presiones sobre la prensa: un informe reciente indica que un cuarto de los países analizados experimentó deterioros severos en la libertad de prensa, la mayor caída en 50 años (The Guardian, 2025).

Los datos sugieren que el capitalismo autoritario no es un accidente coyuntural, sino una tendencia estructural del capitalismo global. Sus principales rasgos incluyen:

1. Gobernanza corporativa y tecnocrática, donde empresas privadas y consultoras asumen funciones estatales críticas.
2. Restricciones selectivas de derechos, justificados en la seguridad, la salud pública o la estabilidad macroeconómica.
3. Desigualdad estructural, incluso en contextos de crecimiento, que erosiona la cohesión social.
4. Legitimación por resultados económicos: mientras haya crecimiento, la concentración de poder se justifica.

No obstante, como advierte Fraser (2019), el modelo contiene contradicciones internas: su dependencia de la rentabilidad corporativa y su desprecio por el tejido social y ecológico generan tensiones que pueden desestabilizarlo.

Estas dinámicas muestran que el capitalismo autoritario no es solo un fenómeno de concentración económica, sino un reordenamiento del poder político donde la lógica empresarial se impone a las instituciones democráticas. En ellas las políticas públicas se subordinan a los intereses corporativos, y los ciudadanos pierden de manera progresiva su capacidad para incidir colectivamente en los destinos comunes.

Corporaciones como poderes soberanos

En el marco del capitalismo tardío, la concentración económica y la financiarización han intensificado un fenómeno que Wolfgang Streeck (2016) denomina la «congelación de la democracia» (*frozen democracy*). La capacidad de los Estados para mediar entre demandas sociales y exigencias de acumulación de capital se ha visto erosionada por el peso creciente de las corporaciones transnacionales, que ya no se limitan a influir en las políticas públicas, sino que ejercen funciones soberanas en los ámbitos económico, jurídico, tecnológico y territorial.

Las decisiones estratégicas sobre inversión, empleo, tecnología o innovación ya no pasan necesariamente por instituciones democráticas, sino que se toman en consejos de administración privados, sin mecanismos efectivos de control ciudadano. Corporaciones como Amazon, Google o BlackRock ejercen lo que puede denominarse «soberanía privada», apropiándose de competencias históricamente estatales (Srnicek, 2017).

En Europa, la soberanía digital se ha convertido en un campo de disputa central. Las Big Tech no solo condicionan el diseño de regulaciones a través de estrategias de lobby, sino que controlan infraestructuras críticas: servicios en la nube, plataformas de comunicación y sistemas de pagos digitales. Estudios recientes señalan que estas corporaciones actúan como «soberanos digitales» al imponer estándares tecnológicos y gobernar ecosistemas globales de datos, a menudo fuera del alcance de regulaciones nacionales o supranacionales (Bollerman, 2025; Baldoni & Di Luna, 2025). La discusión en torno a la *Digital Markets Act* (DMA) revela estas tensiones entre intentos de regulación europea y la capacidad de las corporaciones de bloquear o moldear las normas según sus intereses.

En Estados Unidos, este fenómeno se amplifica por la financiación de campañas políticas y el cabildeo intensivo, mecanismos que consolidan un déficit democrático estructural (Streeck, 2016). Además, la literatura reciente describe el «poder epistémico empresarial», mediante el cual las empresas moldean no solo políticas públicas, sino también marcos cognitivos y culturales que delimitan lo pensable en el debate político (Heinrich, 2024).

En América Latina, el fenómeno adopta formas específicas ligadas al extractivismo y la agroindustria. Multinacionales mineras como Hudbay Minerals o Barrick Gold han sido denunciadas por violaciones de derechos humanos y devastación ambiental en Perú, Argentina y Guatemala. Estos conflictos evidencian la complicidad —activa o pasiva— de los Estados, que priorizan la inversión extranjera sobre los derechos de comunidades locales.

En Brasil, corporaciones agroindustriales como JBS y Bayer-Monsanto ejercen influencia decisiva en políticas sobre tierras, exportaciones y uso de agro-

químicos. La expansión de la frontera agrícola sobre territorios indígenas y ecosistemas frágiles demuestra cómo estas empresas funcionan como actores cuasi-estatales, capaces de imponer agendas sin procesos deliberativos democráticos (Van Harten, 2007).

Otro pilar de esta soberanía corporativa es el establecimiento de sistemas legales paralelos mediante el arbitraje internacional. El mecanismo de Solución de Controversias Inversionista-Estado (ISDS) otorga a las corporaciones el derecho de demandar a Estados por políticas públicas que afecten sus expectativas de ganancia (Van Harten, 2007). Casos paradigmáticos incluyen las múltiples demandas contra Argentina tras la crisis de 2001 o el prolongado litigio de Chevron contra Ecuador (Sassen, 2014).

Investigaciones recientes muestran que, pese a intentos de reforma, el ISDS mantiene intactas muchas de sus dinámicas de poder, limitando la autonomía estatal (Ortino, 2023). No obstante, emergen propuestas para desplazar el énfasis en la protección corporativa hacia nuevas agendas de cooperación e inclusión en el derecho internacional de inversiones (Paine, 2025). Esta transformación parcial refleja tensiones entre la presión de los Estados por recuperar soberanía regulatoria y la persistencia de estructuras legales que consolidan privilegios empresariales.

Como plantea Saskia Sassen (2014), el poder corporativo ha desarrollado capacidades sistémicas que antes eran exclusivas de los Estados.

- Regulación financiera, a través de bancos globales y agencias de calificación.
- Gestión territorial, mediante el control de tierras, minerales y ecosistemas.
- Provisión de servicios básicos, como infraestructuras digitales y energéticas.

Esto configura una arquitectura global fragmentada de poder, donde los derechos ciudadanos quedan subordinados a lógicas de acumulación transnacional. El fenómeno se amplifica en el marco de las cadenas globales de valor, que extienden la influencia de las multinacionales a esferas laborales, ambientales y regulatorias (Review of Evolutionary Political Economy, 2024).

La expansión de estas formas de soberanía corporativa genera al menos tres consecuencias críticas. En primer lugar, una erosión de la soberanía popular donde la capacidad de los pueblos para incidir en decisiones fundamentales se reduce drásticamente. En segundo término, se ha producido una profundización de las desigualdades tanto sociales como territoriales donde las comunidades locales se enfrentan a una masiva precarización. Y, por último, la crisis de la legitimidad democrática donde los gobiernos son percibidos como más sensibles a los intereses corporativos que a los ciudadanos.

Frente a este panorama, la literatura reciente subraya la necesidad de repensar la soberanía en clave digital y transnacional (Digital Society, 2025), así como de crear mecanismos de control democrático sobre las corporaciones, combinando reformas regulatorias globales con formas de justicia ambiental y soberanía económica desde abajo.

El avance de las corporaciones como poderes soberanos constituye una mutación profunda en la relación entre capital, Estado y democracia. Lo que está en juego no es solo la regulación económica, sino la redefinición del poder político global. Resistir esta dinámica implica imaginar instituciones post-neoliberales capaces de subordinar el capital a la democracia, en lugar de continuar subordinando la democracia a las exigencias del capital transnacional.

Capitalismo de plataformas: soberanía digital y control algorítmico

El denominado *capitalismo de plataformas* constituye uno de los fenómenos más significativos de la reestructuración del capitalismo global contemporáneo. Este modelo económico, caracterizado por la centralidad de las infraestructuras digitales en la creación y captura de valor, ha transformado de manera radical las relaciones económicas, laborales y sociales. Tal como sostiene Srnicek (2017), las plataformas digitales no se limitan a intermediar en el mercado, sino que se configuran como arquitecturas de extracción de datos y de control algorítmico que desestructuran los marcos tradicionales de regulación y derechos. En consecuencia, empresas como Uber, Amazon, Meta o Alibaba consolidan un poder de carácter cuasi soberano, capaz de imponer reglas propias al margen de la regulación estatal y de redefinir el espacio público digital (Couldry & Mejias, 2019).

En este sentido, el capitalismo de plataformas desplaza el núcleo de la generación de valor desde la producción material hacia la intermediación digital y la captura de datos masivos (*big data*), que son transformados en mercancías mediante sistemas algorítmicos de predicción y monetización (Zuboff, 2019). Dicho modelo reproduce relaciones de poder altamente asimétricas: los usuarios generan información sin recibir compensación, los trabajadores se insertan en esquemas de gestión algorítmica que erosionan derechos colectivos, y los Estados ven reducida su capacidad para regular infraestructuras críticas que se han convertido en indispensables para la vida cotidiana y el funcionamiento económico.

El carácter autoritario de este paradigma se expresa en diversas dimensiones. En el ámbito laboral, la figura del «trabajo bajo demanda» o *gig economy* genera nuevas formas de precarización. Plataformas como Uber, Rappi o Deliveroo externalizan riesgos, evitan obligaciones patronales y promueven la figura del trabajador independiente como mecanismo para eludir derechos laborales básicos, tales como la seguridad social o el salario mínimo (De Ste-

fano, 2016). Si bien en Europa comienzan a producirse avances normativos y judiciales —como la sentencia de 2024 contra Glovo en España— las resistencias empresariales demuestran la magnitud de los intereses en juego (Rodríguez-Piñero & Valdés Dal-Ré, 2022).

Al mismo tiempo, estas plataformas participan activamente en la configuración de la esfera pública digital. Redes como X, YouTube o Facebook concentran la capacidad de decidir qué contenidos se visibilizan, en qué momento y de qué forma, mediante algoritmos opacos que moldean la circulación de información. La literatura crítica señala que este poder de moderación algorítmica constituye un riesgo para la deliberación democrática, pues concentra la capacidad de definir la agenda pública en manos de actores privados (Gillespie, 2018). Casos como el escándalo de Cambridge Analytica en 2016 o las campañas de desinformación durante la pandemia de COVID-19 evidencian cómo la arquitectura de estas plataformas puede ser utilizada para manipular procesos políticos y erosionar la confianza en las instituciones democráticas (Bradshaw & Howard, 2019).

La dimensión autoritaria del capitalismo de plataformas se intensifica en su articulación con las prácticas estatales de vigilancia. En América Latina, se han documentado colaboraciones entre plataformas digitales y gobiernos en tareas de monitoreo de movimientos sociales, lo que refuerza un modelo de seguridad digital que criminaliza la protesta (Segura & Waisbord, 2019). En el caso chino, la participación de gigantes tecnológicos como Alibaba o WeChat en el sistema de crédito social ilustra de manera extrema la fusión de intereses corporativos y estatales para el control poblacional (Creemers, 2018).

En suma, el capitalismo de plataformas no solo erosiona la soberanía de los Estados y los derechos ciudadanos, sino que constituye una nueva racionalidad autoritaria: un régimen de gobierno sustentado en la opacidad algorítmica, la captura de la atención y la economía de la vigilancia. Se trata, en última instancia, de una fase avanzada del capitalismo global que concentra poder en infraestructuras digitales privatizadas, situadas fuera del escrutinio democrático y de los marcos regulatorios tradicionales (Sadowski, 2020).

Frente a este escenario, las respuestas no pueden limitarse a reformas técnicas, sino que requieren imaginar alternativas políticas que fortalezcan la soberanía digital democrática, impulsen la protección de derechos laborales en entornos digitales y avancen hacia la concepción de los datos como un bien común sujeto a mecanismos de propiedad colectiva (Morozov, 2019). Solo a partir de este horizonte crítico será posible contrarrestar las tendencias autoritarias del capitalismo de plataformas y abrir espacio a una reconfiguración democrática de lo digital.

Captura regulatoria y desdemocratización institucional

La captura regulatoria constituye una de las formas más sofisticadas de intervención corporativa en la esfera pública, al implicar la colonización de los procesos regulatorios por parte de los mismos actores que deberían ser objeto de regulación. Se trata de una estrategia mediante la cual las corporaciones logran orientar las instituciones estatales, encargadas de diseñar, implementar y fiscalizar políticas públicas, hacia la defensa de intereses empresariales en detrimento del interés general y de los derechos colectivos (Stigler, 1971; Laffont & Tirole, 1991). En el marco del capitalismo contemporáneo, caracterizado por dinámicas autoritarias y por la concentración de poder económico en conglomerados globales, la captura regulatoria se configura como un mecanismo central de desdemocratización institucional, erosionando la autonomía estatal y debilitando la capacidad de los gobiernos para garantizar justicia social y equidad.

Este fenómeno opera de manera multidimensional. En el ámbito de las políticas públicas, la captura se manifiesta en la redacción de normativas, la flexibilización de estándares regulatorios, la priorización de agendas sectoriales y la obstaculización de mecanismos de fiscalización. Además, la captura puede ejercerse de manera formal, mediante el financiamiento de campañas, el lobby institucionalizado o la participación de exfuncionarios en empresas privadas (*revolving door*), o bien de manera informal, a través de relaciones clientelares, vínculos personales y redes de influencia que generan un ecosistema de dependencia mutua entre elites estatales y corporativas (Carpenter & Moss, 2014).

En Estados Unidos, los casos de captura en sectores estratégicos como el financiero, el farmacéutico o el energético han sido ampliamente documentados. La influencia de la industria financiera sobre agencias reguladoras como la SEC (Securities and Exchange Commission) se ha vinculado con la desregulación que precedió a la crisis de 2008 (Johnson & Kwak, 2010). De manera similar, la industria farmacéutica ejerce presión sobre la FDA (Food and Drug Administration), acelerando aprobaciones de medicamentos y vacunas sin los niveles de transparencia requeridos, lo que pone en tensión el equilibrio entre la rentabilidad privada y la seguridad pública (Lexchin, 2012). El caso de las vacunas contra la COVID-19 ilustra cómo la urgencia sanitaria permitió a las grandes farmacéuticas negociar contratos opacos con gobiernos y obtener beneficios extraordinarios, generando a su vez controversias sobre la legitimidad de las decisiones regulatorias (Light & Lexchin, 2021).

En Europa, la captura regulatoria se ha intensificado a través de la penetración de consultoras y despachos jurídicos en la elaboración de normativas comunitarias. El rol desempeñado por empresas como McKinsey durante la

pandemia de COVID-19 en Francia o Italia puso en evidencia la creciente privatización de espacios decisorios y la tecnocratización de la gestión pública, lo que desplaza los mecanismos de deliberación democrática hacia lógicas de eficiencia empresarial (Transparency International, 2020). Asimismo, el poder de lobby de sectores como el agroindustrial o el energético en Bruselas ha sido señalado como un factor que distorsiona los principios de equidad y sostenibilidad que deberían guiar las políticas comunitarias (Corporate Europe Observatory, 2019).

En América Latina, la captura regulatoria se combina con dinámicas históricas de corrupción, clientelismo y desigualdad estructural. Sectores estratégicos como la minería, las telecomunicaciones y la energía suelen estar dominados por conglomerados empresariales que ejercen una influencia desproporcionada sobre los marcos regulatorios, limitando la capacidad de los Estados para garantizar acceso universal a servicios básicos o proteger el medioambiente (Alianza por la Transparencia y la Justicia Social, 2019). En México, por ejemplo, la reforma energética de 2013 reflejó una fuerte presión de actores privados transnacionales, mientras que en Brasil, las políticas extractivas muestran cómo la captura institucional contribuye a la vulneración de derechos de comunidades indígenas y a la degradación ambiental (Gudynas, 2018).

Las consecuencias de la captura regulatoria son múltiples y de profundo alcance político. En primer lugar, este fenómeno contribuye a la pérdida de confianza ciudadana en las instituciones públicas, al percibirse que las decisiones responden a intereses corporativos antes que al bien común. En segundo lugar, debilita la capacidad de los Estados para garantizar derechos sociales, al consolidar un modelo de gobernanza dominado por actores privados. En tercer lugar, favorece la concentración de poder económico y político, generando estructuras de decisión opacas que profundizan la desigualdad y la exclusión. Finalmente, al subordinar la esfera pública a intereses corporativos, la captura regulatoria actúa como un vector de desdemocratización institucional, minando los principios de participación, transparencia y rendición de cuentas que constituyen el núcleo de la democracia contemporánea (Crouch, 2004).

En este sentido, la captura regulatoria no puede entenderse únicamente como un problema técnico de diseño institucional, sino como un desafío político de primer orden. Enfrentarla exige no solo fortalecer los marcos legales y los mecanismos de rendición de cuentas, sino también repensar la arquitectura democrática en contextos de capitalismo globalizado y financiarizado. Ello implica garantizar mayor participación ciudadana en los procesos regulatorios, limitar el poder de lobby corporativo y explorar mecanismos innovadores de control democrático sobre sectores estratégicos.

Cultura corporativa y hegemonía simbólica

El poder corporativo en el capitalismo contemporáneo no se restringe a los ámbitos económico o político, sino que se proyecta de manera decisiva en el campo cultural y simbólico. Las grandes corporaciones han comprendido que su capacidad de influencia no depende únicamente del control de recursos materiales o de la captura regulatoria de los Estados, sino de la producción de un consenso social que legitime su existencia y naturalice sus intereses como universales. Este consenso se construye a través de narrativas, prácticas e imaginarios que penetran en la vida cotidiana, moldeando identidades, deseos y valores sociales (Hall, 1997; Laclau & Mouffe, 2001).

En este sentido, la cultura corporativa debe entenderse como un dispositivo de poder autoritario que, más allá de la coerción directa, funciona mediante la producción de hegemonía. Gramsci (1971) ya señalaba que el dominio de una clase o grupo social se sostiene no solo en la violencia o la coacción, sino en la capacidad de construir consenso y de instaurar su visión del mundo como *sentido común*. En la actualidad, esta hegemonía se despliega a través de los discursos empresariales, de los símbolos publicitarios, de la retórica de la innovación tecnológica y de la idealización del emprendimiento individual.

Boltanski y Chiapello (2002) describen este fenómeno como el *nuevo espíritu del capitalismo*, una rearticulación cultural que legitima el orden económico neoliberal mediante la apropiación de discursos de autonomía, creatividad y flexibilidad. Lo que se presenta como liberación del trabajador —ser su propio jefe, trabajar en entornos colaborativos, tener autonomía— encubre nuevas formas de precariedad laboral y control simbólico. De esta manera, el capitalismo no solo subsiste, sino que se renueva y fortalece a través de una cultura corporativa que convierte valores emancipatorios en instrumentos de dominación.

El branding corporativo es central en este proceso. Empresas como Apple, Google o Nike no venden únicamente productos, sino estilos de vida, aspiraciones y valores. El consumo se convierte en una forma de identidad y de pertenencia social, desplazando otras formas de construcción comunitaria. Como advierte Klein (2000), el logotipo se transforma en un significante cultural que opera como sustituto de la política, constituyendo una forma de hegemonía simbólica que vacía de contenido los debates sociales.

El discurso de la responsabilidad social corporativa (RSC) y de la sostenibilidad refuerza este proceso. Al apropiarse de demandas históricas de movimientos sociales, las corporaciones logran desactivar críticas y legitimarse como actores responsables y comprometidos. No obstante, numerosos estudios muestran que estas prácticas suelen operar como *greenwashing* o so-

cial-washing: campañas de legitimación simbólica que ocultan prácticas contrarias a los principios que publicitan (Banerjee, 2008; Blowfield, 2013).

Por ejemplo, Coca-Cola ha invertido millones en campañas de conservación ambiental mientras enfrenta denuncias por acaparamiento de agua en comunidades rurales; Amazon se presenta como empresa innovadora y verde, mientras mantiene cadenas de suministro basadas en la explotación laboral; Google promueve la diversidad y la inclusión, pero se beneficia de estructuras fiscales que le permiten evadir impuestos a gran escala. Estas contradicciones no son anomalías, sino parte estructural del funcionamiento de la hegemonía simbólica corporativa.

En el terreno laboral, la cultura corporativa autoritaria se manifiesta en la producción de subjetividades neoliberales. El ideal del *emprendedor de sí mismo* convierte a los trabajadores en responsables individuales de su éxito o fracaso, borrando las dimensiones estructurales de desigualdad y precarización. Programas internos de «bienestar», «empoderamiento» o «gestión emocional» promueven una visión individualizada del trabajo en la que las dificultades laborales se interpretan como fallas personales, antes que como producto de relaciones de explotación (Illouz, 2018; Fleming, 2019).

De este modo, las empresas no solo buscan regular el rendimiento profesional, sino también la esfera íntima y afectiva de los empleados. La gestión de las emociones, lo que Hochschild (1983) denominó *emotional labor*, se convierte en un recurso económico estratégico. Este proceso de colonización de la subjetividad refuerza una cultura corporativa disciplinaria bajo la apariencia de libertad y autonomía.

La hegemonía simbólica corporativa encuentra uno de sus espacios más decisivos en el control de los medios de comunicación y las plataformas digitales. Empresas como Meta, Google o X (antes Twitter) ejercen un poder sin precedentes sobre los flujos de información y la configuración del espacio público, al controlar los algoritmos que determinan qué discursos circulan y cuáles son invisibilizados. Como señala Gillespie (2018), estas plataformas constituyen auténticas «infraestructuras de la visibilidad», pues deciden de manera opaca las jerarquías de relevancia y credibilidad, moldeando así los marcos cognitivos y culturales de millones de usuarios.

Este dominio cultural dista de ser neutral o meramente técnico. Los algoritmos, presentados como herramientas objetivas de clasificación y personalización, operan en realidad bajo lógicas comerciales que priorizan la maximización del tiempo de conexión, la rentabilidad publicitaria y la generación de datos (Pasquale, 2015). Al privilegiar contenidos que refuerzan la emocionalidad, la polarización o el consumo, estas plataformas desplazan las narrativas

críticas, invisibilizan las demandas colectivas y, en ocasiones, criminalizan las formas alternativas de acción política (Couldry & Mejias, 2019). En este sentido, la hegemonía cultural corporativa se sostiene sobre una economía política de la atención (Citton, 2017) que reconfigura la ciudadanía en términos de consumidores pasivos antes que en sujetos políticos activos.

Los escándalos de manipulación de datos y desinformación han puesto de manifiesto las consecuencias políticas de este poder. El caso de Cambridge Analytica en 2016 reveló cómo la explotación de datos personales a gran escala podía convertirse en una herramienta de control electoral y de manipulación de la opinión pública, debilitando las bases de la deliberación democrática (Zuboff, 2019). Asimismo, estudios recientes han mostrado que la circulación masiva de noticias falsas durante la pandemia de COVID-19 no fue un fenómeno accidental, sino que se vio amplificado por los propios algoritmos de recomendación, que tienden a favorecer contenidos sensacionalistas y polarizantes (Benkler, Faris & Roberts, 2018).

Además, la concentración mediática en manos de unas pocas corporaciones globales limita el pluralismo informativo y consolida una hegemonía cultural que impone un imaginario global homogéneo, desplazando las narrativas locales y las formas alternativas de producción cultural (Fuchs, 2021). Este fenómeno tiene un impacto particular en regiones como América Latina, donde las plataformas digitales no solo median el acceso a la información, sino que también funcionan como espacios de vigilancia y control político, colaborando en ocasiones con gobiernos en tareas de monitoreo y represión de movimientos sociales (Segura & Waisbord, 2016).

Frente a este panorama, la hegemonía cultural de los medios y plataformas digitales se erige como un dispositivo central del capitalismo de vigilancia, articulando poder económico, simbólico y político. La disputa por democratizar estas infraestructuras de comunicación, a través de regulaciones antimonopólicas, plataformas cooperativas y medios comunitarios, constituye un desafío crucial para sostener la pluralidad democrática y garantizar la autonomía cultural en la era digital (Couldry & Hepp, 2017).

La hegemonía simbólica corporativa encuentra uno de sus espacios más decisivos en el control de los medios de comunicación y las plataformas digitales. Empresas como Meta, Google o X controlan los algoritmos que determinan qué discursos circulan y cuáles son invisibilizados, constituyendo así una forma de «infraestructura de la visibilidad» (Gillespie, 2018).

Este dominio cultural no es neutral. Al priorizar narrativas de consumo y entretenimiento, las plataformas desplazan o criminalizan formas de acción política colectiva, alimentando una cultura de despolitización y apatía ciuda-

dana (Couldry & Mejias, 2019). Además, los escándalos de manipulación de datos, como Cambridge Analytica en 2016, muestran cómo estas dinámicas pueden convertirse en herramientas de control político, erosionando los fundamentos de la deliberación democrática (Zuboff, 2019).

En América Latina, la hegemonía simbólica corporativa se entrelaza con procesos históricos de colonialidad y desigualdad estructural. La cultura corporativa dominante invisibiliza a pueblos indígenas, afrodescendientes y campesinos, promoviendo narrativas homogéneas de progreso y modernidad que legitiman proyectos extractivos. Como señala de Sousa Santos (2014), esta dinámica forma parte de un «epistemicidio» que margina saberes alternativos y reproduce una identidad nacional mercantilizada al servicio del capital transnacional.

Sin embargo, la región también constituye un laboratorio de resistencias culturales. Experiencias de medios comunitarios, radios indígenas y plataformas cooperativas han planteado alternativas de comunicación orientadas a democratizar el acceso a la información y a defender la pluralidad cultural frente a la homogeneización corporativa (Rodríguez & Barranquero, 2012; Svampa, 2019).

La hegemonía simbólica no se limita a la esfera cultural y mediática, sino que penetra en la educación, la investigación y la producción de conocimiento. La creciente dependencia de universidades e institutos de investigación de la financiación privada orienta las agendas académicas hacia las necesidades empresariales, relegando proyectos críticos o de interés público (Bourdieu, 1996). Esta mercantilización del saber constituye una forma de captura simbólica que consolida la hegemonía corporativa y limita la emergencia de perspectivas emancipadoras.

La cultura corporativa y la hegemonía simbólica son dimensiones centrales del poder autoritario en el capitalismo contemporáneo. Más allá de la coerción económica o política, las corporaciones logran sostener su dominación mediante la producción de consensos culturales, la colonización de la subjetividad y la naturalización de valores funcionales al mercado. Frente a este escenario, la disputa por los significados, los símbolos y las identidades se convierte en un terreno estratégico de lucha política. Las alternativas, desde la democratización de la cultura hasta la soberanía digital y la pluralidad epistémica, son fundamentales para contrarrestar el poder corporativo y abrir espacios para una sociedad más justa, democrática y diversa.

Resistencias y alternativas democráticas frente al capitalismo autoritario

El capitalismo autoritario, en sus múltiples manifestaciones, desde la concentración corporativa hasta el capitalismo de plataformas y la captura regulatoria, no constituye un fenómeno homogéneo ni irreversible. Al mismo tiempo que se consolidan formas sofisticadas de poder económico, político y simbólico,

emergen resistencias sociales, políticas y culturales que buscan contrarrestar la subordinación de la democracia al capital. Estas resistencias operan en distintos niveles: local, nacional e internacional, y se articulan en torno a alternativas estructurales, regulatorias y culturales (Fraser, 2019; de Sousa Santos, 2014).

Las formas más visibles de resistencia frente al capitalismo autoritario son los movimientos sociales que cuestionan la concentración económica, la precarización laboral y el extractivismo. En América Latina, movimientos indígenas y campesinos han protagonizado luchas contra la expansión de megaproyectos extractivos, articulando reivindicaciones ambientales y derechos colectivos (Svampa, 2019). Estas luchas no solo buscan detener procesos de despojo, sino reimaginar modelos de desarrollo inclusivos y sostenibles, desafiando la lógica extractivista dominante.

En el ámbito urbano y laboral, la protesta social se ha manifestado también en formas de colectivización digital y sindicalización en plataformas, donde trabajadores de la gig economy buscan organizarse para reclamar derechos y condiciones de trabajo dignas (De Stefano, 2016; Rodríguez-Piñero & Valdés Dal-Ré, 2022). Estos movimientos evidencian que la resistencia no se limita a lo convencional o institucional, sino que se adapta a las nuevas formas de explotación y control.

Frente a la hegemonía de las plataformas digitales y la captura regulatoria, la regulación democrática y la soberanía digital aparecen como estrategias clave. En Europa, la aprobación del Digital Markets Act (DMA) y la Digital Services Act (DSA) representan intentos de limitar el poder de monopolios tecnológicos, obligando a las plataformas a cumplir normas de transparencia, interoperabilidad y responsabilidad sobre contenidos (Bollerman, 2025; Baldoni & Di Luna, 2025). Aunque incipientes y con desafíos de implementación, estas medidas buscan reinstaurar la autoridad del Estado y la protección de derechos ciudadanos en el ámbito digital.

Simultáneamente, surgen plataformas cooperativas y proyectos de datos abiertos, concebidos como alternativas al modelo corporativo de captura de información. Iniciativas como cooperativas de transporte digital o redes de telecomunicaciones comunitarias muestran que es posible generar infraestructuras digitales orientadas al bien común, priorizando la democracia y la equidad sobre la rentabilidad corporativa (Couldry & Hepp, 2017; Morozov, 2019).

Las alternativas democráticas también implican repensar la redistribución de la riqueza y la justicia económica. Fraser (2019) enfatiza que la lucha contra el capitalismo autoritario requiere combinar políticas de redistribución económica con reconocimiento social y protección ambiental. Esto incluiría fiscalidad progresiva y lucha contra la evasión corporativa; regulación de mo-

nopolios y concentración de mercado; protección social universal y fortalecimiento de derechos laborales y, finalmente, participación ciudadana efectiva en decisiones económicas estratégicas.

En este sentido se encuentran propuestas de organismos internacionales como la CEPAL que proponen agendas de desarrollo sostenibles que prioricen la equidad y la justicia social frente a los intereses corporativos (CEPAL, 2021). Sin embargo, la resistencia no se limita a lo político o económico; tiene una dimensión cultural y epistemológica. Frente a la hegemonía simbólica de corporaciones y plataformas, surgen medios comunitarios, redes educativas críticas y movimientos por la soberanía del conocimiento, que buscan recuperar la capacidad de definir valores, significados y narrativas sociales (Rodríguez & Barranquero, 2012; de Sousa Santos, 2014). Y estos se pueden materializar en medios de comunicación alternativos que difundan perspectivas locales y subalternas, pasando por universidades y centros de investigación con proyectos de interés público o iniciativas de alfabetización digital

Si bien existen numerosos ejemplos de resistencia, estos enfrentan tensiones estructurales. La fragmentación de los movimientos, la desigualdad de recursos frente a corporaciones transnacionales y la complejidad de las redes digitales limitan el alcance de las iniciativas democráticas. Además, la reproducción de desigualdades globales condiciona la capacidad de implementar modelos alternativos sostenibles. Por ello, las estrategias efectivas requieren coordinación transnacional, alianzas intersectoriales y articulación entre lo local y lo global (Sassen, 2014).

En síntesis, la resistencia al capitalismo autoritario combina acción política, regulación, redistribución y producción cultural, buscando recomponer la relación entre democracia y capital. Estas experiencias muestran que, aunque el poder corporativo es expansivo y sofisticado, existen caminos posibles para subordinar el capital a la democracia y garantizar derechos fundamentales en contextos globalizados.

Conclusiones

El recorrido analítico de este ensayo permite sostener que el capitalismo autoritario no es un fenómeno transitorio ni accidental, sino una mutación estructural del capitalismo global, en la que convergen concentración corporativa, captura regulatoria, precarización laboral, hegemonía simbólica y control digital. Se trata de un modelo en el que las lógicas de acumulación económica se imponen sobre los principios democráticos, y en el que el Estado deja progresivamente de ser mediador social para convertirse en garante de la rentabilidad corporativa (Fraser, 2019; Streeck, 2016).

Interdependencia de las dinámicas autoritarias

Las distintas manifestaciones del capitalismo autoritario, estudiadas en los capítulos previos, no pueden analizarse de forma aislada. Su fuerza estructural radica en la interdependencia de cinco grandes dinámicas:

1. Concentración corporativa y soberanía privada: Las grandes empresas y plataformas digitales asumen funciones tradicionalmente estatales, desde la regulación económica hasta la gestión de infraestructura crítica, debilitando la capacidad de decisión colectiva de los ciudadanos (Sassen, 2014; Srnicek, 2017).
2. Precarización laboral y sujeción algorítmica: La proliferación del trabajo bajo demanda y la gestión algorítmica transforman a los trabajadores en responsables individuales absolutos, erosiona derechos colectivos y configura una subjetividad neoliberal, donde el fracaso se percibe como responsabilidad personal y no estructural (De Stefano, 2016; Illouz, 2018).
3. Captura regulatoria y desdemocratización institucional: La infiltración corporativa en las instituciones estatales altera la creación de políticas públicas, priorizando intereses privados sobre el bien común, consolidando desigualdades y debilitando los mecanismos democráticos (Carpenter & Moss, 2014; Crouch, 2004).
4. Hegemonía simbólica y control cultural: Las corporaciones moldean valores, narrativas y percepciones mediante branding, medios de comunicación y plataformas digitales, naturalizando la desigualdad y despolitizando a la ciudadanía (Boltanski & Chiapello, 2002; Gillespie, 2018; Zuboff, 2019).
5. Extractivismo y crisis ecológica: La explotación intensiva de recursos naturales subordina los límites ecológicos a la lógica de acumulación, incrementando desigualdades territoriales y vulnerabilidades sociales (Klein, 2014; Svampa, 2019).

Estas dinámicas se refuerzan mutuamente, creando un régimen autoritario complejo, donde la concentración económica legitima la captura regulatoria, la hegemonía simbólica sostiene la precarización laboral y la explotación extractiva potencia la acumulación de capital.

Implicaciones para la democracia contemporánea

El capitalismo autoritario plantea una crisis profunda de la democracia que se caracteriza por la subordinación de instituciones políticas a intereses corporativos; la erosión de los derechos civiles, laborales y económicos y, finalmente,

por la desafección ciudadana y la disminución de la participación electoral que refleja de manera nítida la pérdida de confianza en la política (Freedom House, 2024; IDEA, 2023).

De este modo, la democracia no desaparece, pero se encuentra desplazada por la lógica empresarial y tecnocrática. La deliberación pública se limita, las agendas estatales priorizan estabilidad macroeconómica sobre bienestar social y los ciudadanos se convierten en objetos de vigilancia y control, más que en actores de decisión política (Brown, 2015; Srnicek, 2017).

Resistencias y horizontes de transformación

A pesar de la consolidación de estas dinámicas, existen espacios de resistencia. Movimientos sociales, regulaciones democráticas, cooperativas digitales, medios comunitarios y estrategias de redistribución económica representan contrapoderes esenciales frente al autoritarismo capitalista (Fraser, 2019; de Sousa Santos, 2014; Rodríguez & Barranquero, 2012). Para una mejor articulación de estas incipientes resistencias es necesario operar con acciones transnacionales y multidimensionales que incluyan soberanía digital y regulación tecnológica para limitar el poder de las plataformas; la protección de los derechos laborales y una redistribución económica que incida en la inclusión social; sostenibilidad ambiental y justicia territorial que frene la lógica extractiva en la que se está instalado y, por supuesto, un proceso de democratización cultural y epistemológica que pueda estar en disposición de disputar la hegemonía simbólica corporativa. Sólo con este enfoque integral se podrá tener alguna opción para subordinar el capital a la democracia, revirtiendo la tendencia hacia la concentración de poder y garantizando una ciudadanía activa y crítica.

Reflexión final

El capitalismo autoritario constituye una fase avanzada del capitalismo global, en la que la concentración de poder económico, la precarización laboral, la captura regulatoria y la hegemonía cultural configuran un régimen político, económico y simbólico. Sin embargo, la historia muestra que la resistencia organizada, la innovación institucional y la movilización social pueden abrir caminos hacia modelos más democráticos y equitativos.

El futuro de la democracia dependerá de la capacidad de las sociedades para reconstruir marcos institucionales, culturales y económicos que contengan la lógica autoritaria del capital y garanticen la participación colectiva en la toma de decisiones estratégicas.

Referencias

- Alianza por la Transparencia y la Justicia Social. (2019). *Informe regional sobre captura institucional en América Latina*. ATJS.
- Baldoni, R., & Di Luna, G. (2025). Sovereignty in the digital era: The quest for continuous access to dependable technological capabilities. *arXiv*. <https://arxiv.org/abs/2503.10140>
- Banerjee, S. B. (2008). Corporate social responsibility: The good, the bad and the ugly. *Critical Sociology*, 34(1), 51–79. <https://doi.org/10.1177/0896920507084623>
- Benkler, Y., Faris, R., & Roberts, H. (2018). *Network propaganda: Manipulation, disinformation, and radicalization in American politics*. Oxford University Press.
- Blowfield, M. (2013). *Business and sustainability*. Oxford University Press.
- Bollerman, M. (2025). Digital sovereignty and nation-state influence: Big Tech as digital sovereigns. *arXiv*. <https://arxiv.org/abs/2507.21066>
- Boltanski, L., & Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal.
- Bourdieu, P. (1996). *Sur la télévision*. Liber-Raisons d’agir.
- Bradshaw, S., & Howard, P. N. (2019). The global disinformation order: 2019 global inventory of organised social media manipulation. Oxford Internet Institute.
- Brown, W. (2015). *Undoing the demos: Neoliberalism’s stealth revolution*. Zone Books.
- Carpenter, D., & Moss, D. A. (Eds.). (2014). *Preventing regulatory capture: Special interest influence and how to limit it*. Cambridge University Press.
- Citton, Y. (2017). *The ecology of attention*. Polity Press.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2021). *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*. Naciones Unidas. <https://www.cepal.org/es/publicaciones>
- Corporate Europe Observatory. (2019). *Captured states: When EU governments are a channel for corporate interests*. Corporate Europe Observatory.
- Couldry, N., & Hepp, A. (2017). *The mediated construction of reality*. Polity Press.
- Couldry, N., & Mejias, U. A. (2019). *The costs of connection: How data is colonizing human life and appropriating it for capitalism*. Stanford University Press.
- Creemers, R. (2018). China’s social credit system: An evolving practice of control. *SSRN Electronic Journal*. <https://doi.org/10.2139/ssrn.3175792>
- Crouch, C. (2004). *Post-democracy*. Polity Press.
- Dahl, R. A. (1971). *Polyarchy: Participation and opposition*. Yale University Press.
- De Stefano, V. (2016). The rise of the «just-in-time workforce»: On-demand work, crowdwork and labour protection in the «gig-economy.» *Conditions of Work and Employment Series*, 71. International Labour Office.

- de Sousa Santos, B. (2014). *Epistemologies of the South: Justice against epistemicide*. Routledge.
- European Commission. (2020). *The EU response to the COVID-19 pandemic*. Publications Office of the European Union. <https://ec.europa.eu>
- Fleming, P. (2019). *The worst is yet to come: A post-capitalist survival guide*. Verso.
- Fraser, N. (2008). *Scales of justice: Reimagining political space in a globalizing world*. Polity Press.
- Fraser, N. (2019). *The old is dying and the new cannot be born: From progressive neoliberalism to Trump and beyond*. Verso.
- Freedom House. (2024). *Freedom in the world 2024: Marking 50 years*. Freedom House. <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/2023/marking-50-years>
- Fuchs, C. (2021). *Social media: A critical introduction* (3rd ed.). Sage.
- Gillespie, T. (2018). *Custodians of the internet: Platforms, content moderation, and the hidden decisions that shape social media*. Yale University Press.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the prison notebooks*. International Publishers.
- Gudynas, E. (2018). *Extractivisms: Politics, economy and ecology*. Fernwood Publishing.
- Harvey, D. (2007). *A brief history of neoliberalism*. Oxford University Press.
- Hall, S. (1997). *Representation: Cultural representations and signifying practices*. Sage.
- Heinrich, C. (2024). Beyond formal politics: The epistemic facet of business power. *Business and Politics*, 27(1), 69–94. <https://doi.org/10.1017/bap.2024.1>
- Hochschild, A. R. (1983). *The managed heart: Commercialization of human feeling*. University of California Press.
- IDEA (International Institute for Democracy and Electoral Assistance). (2023). *Global state of democracy report*. International IDEA. <https://www.idea.int>
- Illouz, E. (2018). *Las emociones capitalistas: El presente ambivalente de la cultura emocional*. Katz Editores.
- Johnson, S., & Kwak, J. (2010). *13 bankers: The Wall Street takeover and the next financial meltdown*. Pantheon.
- Klein, N. (2000). *No logo*. Knopf.
- Klein, N. (2014). *This changes everything: Capitalism vs. the climate*. Simon & Schuster.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2001). *Hegemony and socialist strategy: Towards a radical democratic politics*. Verso.
- Laffont, J. J., & Tirole, J. (1991). The politics of government decision-making: A theory of regulatory capture. *Quarterly Journal of Economics*, 106(4), 1089–1127. <https://doi.org/10.2307/2937958>
- Levitsky, S., & Way, L. A. (2010). *Competitive authoritarianism: Hybrid regimes after the*

Cold War. Cambridge University Press.

Lexchin, J. (2012). *Regulating pharmaceutical innovation: Balancing the interests of patients and industry*. Palgrave Macmillan.

Light, D. W., & Lexchin, J. (2021). COVID-19: Lessons from vaccine procurement and production. *Health Policy*, 125(5), 577–581. <https://doi.org/10.1016/j.healthpol.2021.03.001>

Linz, J. J. (2000). *Totalitarian and authoritarian regimes*. Lynne Rienner Publishers.

Macpherson, C. B. (1977). *The life and times of liberal democracy*. Oxford University Press.

Mouffe, C. (2000). *The democratic paradox*. Verso.

Morozov, E. (2019). Digital socialism? The calculation debate in the age of big data. *New Left Review*, 116/117, 33–67.

O'Donnell, G. (1973). *Modernization and bureaucratic-authoritarianism: Studies in South American politics*. University of California Press

Ortino, F. (2023). ISDS and its transformations. *Journal of International Economic Law*, 26(1), 177–187. <https://doi.org/10.1093/jiel/jgac037>

Paine, J. (2025). Beyond investment protection and ISDS: Towards an investment law research agenda focusing on investment facilitation and liberalization commitments. *World Trade Review*. <https://doi.org/10.1017/S1474745625000053>

Pasquale, F. (2015). *The black box society: The secret algorithms that control money and information*. Harvard University Press.

Pew Research Center. (2021). *How the coronavirus outbreak has – and hasn't – changed the way Americans work*. Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org>

Reuters. (2024, September 17). Global index on free and fair elections suffers biggest decline on record in 2023. *Reuters*. <https://www.reuters.com/world/global-index-free-fair-elections-suffers-biggest-decline-record-2023-democracy-2024-09-17>

Review of Evolutionary Political Economy. (2024). Corporate power and global value chains: Current approaches for conceptualizing the power of multinationals. *Review of Evolutionary Political Economy*, 5(2), 145–167. <https://doi.org/10.1007/s43253-024-00121-5>

Rodríguez, C., & Barranquero, A. (2012). *Periodismo ciudadano y medios alternativos en América Latina*. Gedisa.

Rodríguez-Piñero, M., & Valdés Dal-Ré, F. (2022). *Trabajo en plataformas digitales y derechos laborales en Europa*. Tirant lo Blanch.

Sadowski, J. (2020). *Too smart: How digital capitalism is extracting data, controlling our lives, and taking over the world*. MIT Press.

Sassen, S. (2014). *Expulsions: Brutality and complexity in the global economy*. Harvard

University Press.

Schedler, A. (2006). *Electoral authoritarianism: The dynamics of unfree competition*. Lynne Rienner Publishers.

Segura, M. S., & Waisbord, S. (2019). *Media movements: Civil society and media policy reform in Latin America*. Zed Books.

Srnicek, N. (2017). *Platform capitalism*. Polity Press.

Stigler, G. J. (1971). The theory of economic regulation. *The Bell Journal of Economics and Management Science*, 2(1), 3–21. <https://doi.org/10.2307/3003160>

Streeck, W. (2016). *Buying time: The delayed crisis of democratic capitalism*. Verso.

Svampa, M. (2019). *Neo-extractivism in Latin America: Socio-environmental conflicts, the territorial turn, and new political narratives*. Cambridge University Press.

The Guardian. (2025, September 11). Global press freedom suffers sharpest fall in 50 years, report finds. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/media/2025/sep/11/global-press-freedom-suffers-sharpest-fall-in-50-years-report-finds>

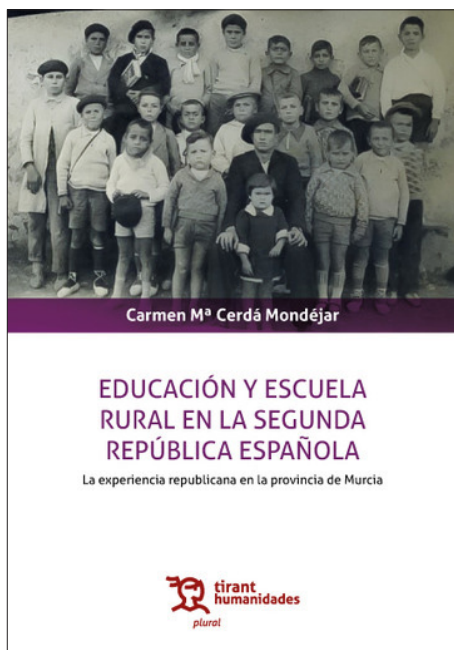
The rule of law and corporate actors: Measuring influence. (2024). *Hague Journal on the Rule of Law*, 16(3), 411–430. <https://doi.org/10.1007/s40803-024-00242-3>

Transparency International. (2020). *The role of consultancies in Europe's COVID-19 response*. Transparency International.

Van Harten, G. (2007). *Investment treaty arbitration and public law*. Oxford University Press.

Sovereignty in the digital era: Rethinking territoriality and governance in cyberspace. (2025). *Digital Society*, 2(1), 45–63. <https://doi.org/10.1007/s44206-025-00189-4>

Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism: The fight for a human future at the new frontier of power*. PublicAffairs.



Cerdá Mondejar, Carmen María (2025).

Educación y escuela rural en la Segunda República Española. La experiencia republicana en la provincia de Murcia.

Valencia: Tirant Humanidades, 978 p.

Escolarización y medio rural: ¿progreso o imposición, modernización o aculturación, movilidad social o desarraigo?

Antonio Viñao Frago

Centro de Estudios sobre la Memoria Educativa (CEME)

Universidad de Murcia

España

Resumen: La reciente publicación del libro de Carmen María Cerdá Mondejar (2025) sobre la implementación en la región de Murcia de la reforma educativa de la Segunda República española, en especial en relación con la escuela rural, sirve de pretexto —tras exponer de modo sucinto su estructura y contenido— para abordar dos cuestiones clave, de índole general, que subyacen y están presentes en toda la obra:

- a. Si es posible, y hasta qué punto, hablar de una reforma educativa republicana en los años analizados (1931-1936), bien porque haya, de hecho, diversas concepciones de la reforma en liza en dichos años, bien porque se trata de una reforma frustrada por el golpe de Estado de julio de 1936.
- b. Si, desde una perspectiva temporal y espacial más amplia, la institución escolar y la escolarización —un producto y una práctica social propias del medio urbano en su génesis y configuración—, no son, por su propia naturaleza, una

institución y una práctica ajenas a las necesidades formativas, modos y ritmos de vida del mundo rural. Si, en definitiva, la escuela y la escolarización no han tenido, y tienen, por objeto más el desarraigo que la inserción en dicho mundo.

Palabras clave: Escuela rural; Segunda República; Murcia; Reformas educativas; Magisterio primario; Renovación pedagógica.

Schooling and the rural environment: progress or imposition, modernization or acculturation, social mobility or uprooting?

Abstract: The recent publication of Carmen María Cerdá Mondejar's book (2025) on the implementation in the region of Murcia of the educational reform of the Second Spanish Republic, especially in relation to rural schools, serves as a pretext —after briefly setting out its structure and content— to address two key issues, of a general nature, that underlie and are present throughout the work:

- a. Whether it is possible, and to what extent, to speak of a republican educational reform in the years analysed (1931-1936), either because there are, in fact, different conceptions of the reform at stake in those years, or because it is a reform frustrated by the coup d'état of July 1936.
- b. If, from a broader temporal and spatial perspective, the school institution and schooling, a product and a social practice of the urban environment in its genesis and configuration, are not, by their very nature, an institution and a practice alien to the educational needs, ways and rhythms of life of the rural world. If, in short, school and schooling have not had, and have, as their object more uprooting than insertion in that world.

Keywords: Rural school; Second Republic; Murcia; Educational reforms; Primary Teaching; Pedagogical renewal.

De la tesis doctoral al libro impreso

Tal y como indica Pedro L. Moreno Martínez en el prólogo, el origen de este libro se halla en la tesis doctoral de Carmen M.^a Cerdá —*La escuela rural en Murcia durante la Segunda República (1931-1936)*—, expuesta y defendida en diciembre de 2023 en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Murcia. Una investigación que en 2025 obtuvo el Premio Ángeles Galino, otorgado cada año por la Sociedad Española de Historia de la Educación (SEDHE) a la mejor tesis doctoral presentada en el campo de la Historia de la Educación.

En la era del artículo de entre seis a doce mil palabras —incluso menos, mucho menos, en el ámbito de las ciencias experimentales y exactas—, y del libro-folleto, de dimensiones reducidas, si de pronto aparece un libro voluminoso —978 páginas— como el que comentamos, es seguro que se trata de un libro-homenaje a un profesor jubilado, de unas actas de un congreso multitudinario —cada vez más en formato digital—, de un libro colectivo en el que los artículos —*papers*— devienen capítulos, o, como es el caso, de una tesis doctoral en el campo de las ciencias sociales o humanas. Así lo indican su extensión, estructura y disposición, así como sus conclusiones finales y las algo más de cien páginas de referencias, fuentes e índices.

Se da por supuesto, en estos casos, que, en el paso de la tesis al libro impreso, la versión original ha sido revisada y mejorada. Entre las mejoras hay que incluir un nuevo título —*Educación y escuela rural en la Segunda República Española. La experiencia republicana en la provincia de Murcia*— que refleja más adecuadamente el contenido de la tesis, hoy libro. En efecto, hay que llegar a la página 453 para que se inicie el análisis específico de la realidad de la escuela rural en la región de Murcia en los años indicados, que es a lo que se reducía el título de la tesis. Las dos primeras partes, desde la página 29 hasta la 449, están dedicadas, respectivamente, a la «Metodología de la investigación y revisión historiográfica sobre la escuela rural de la Segunda República» y a la «Política, ideas y realidades de la escuela rural durante la Segunda República», tal y como ahora se lee en el título del libro. Incluso, al abordar de modo específico la situación y cuestiones relativas a escuela rural en la región de Murcia, desde la página 451 a la 853, son continuas las referencias contextuales que sitúan las cuestiones y temas tratados en los marcos, más amplios, de la educación en el mundo rural y en la España del primer tercio del siglo XX. Una manera de hacer historia regional y local-rural que puede servir de modelo a otras investigaciones similares.

Al tratarse de una investigación tan amplia, que abarca tanto la cuestión de la escuela en el medio rural durante los años de la Segunda República (1931-1939), como la evolución y problemas específicos de dichas escuela y años en la provincia de Murcia, son tales y tantas las cuestiones abordadas que merecerían algún tipo de comentario —como se detalla en el epígrafe siguiente—, que hemos optado por ofrecer, primero una síntesis del contenido del libro, para, de modo más detenido, centrarnos después en dos de las cuestiones más relevantes que sobrevuelan y están presentes, de modo más o menos explícito, a lo largo del mismo:

- a. La del paso y aplicación de la reforma educativa republicana —previa delimitación y caracterización de lo que se entiende por tal— desde sus objetivos, programas, legislación, presupuestos, profesorado y recursos

materiales, entre otros aspectos, al contexto, a los hechos, a la realidad, a los apoyos, obstáculos y resistencias sociales a la misma.

- b. La de la adecuación o inadecuación entre un modelo de escolarización que nace conformado por el medio urbano, con arreglo a un programa o ideario nacional-estatal, y el medio o contexto rural en el que pretende extenderse en un momento y en un espacio social determinado: el de la Murcia de los años treinta del siglo pasado.

Una breve síntesis del contenido

El libro se inicia con un capítulo introductorio en el que la autora centra el tema de la investigación, destaca su relevancia y determina su alcance temporal y espacial. A dicho capítulo sigue una primera parte en la que se da cuenta de la metodología seguida, se exponen de modo crítico las fuentes utilizadas, y se lleva a cabo un «estado de la cuestión» sobre el tema objeto de estudio.

En la segunda parte se ofrece un análisis general de la situación de la escuela rural a nivel estatal, de la política educativa republicana al respecto, de las distintas concepciones y propuestas de reforma sobre la misma, y de su realidad en relación con el magisterio primario, la organización y metodología escolares, el currículum, los órganos de supervisión y gestión, las instituciones complementarias de la escuela, las Misiones Pedagógicas y, en especial, la arquitectura y edificios escolares. Todo ello, situando las reformas, concepciones y propuestas del período republicano en un contexto temporal más amplio, en el que cobran sentido, como culminación de las reformas introducidas en España durante el primer tercio del siglo XX.

La tercera parte, dedicada al «caso» murciano, permite observar de modo detallado la concreción y aplicación real de lo propuesto o prescrito en un espacio regional caracterizado no solo por las profundas diferencias entre la ciudad, la huerta y el campo (mundo urbano, regadío, secano), sino también por el elevado número de entidades de población (4.345) con solo 42 ayuntamientos y el ambiente y mentalidad rural-agraria de la población de la capital provincial, la ciudad de Murcia, donde tienen su sede los centros de poder político-administrativo.

Así, tras un primer capítulo sobre el espacio rural murciano en el primer tercio del siglo XX, se estudian con detalle y, como dijimos, de modo contextualizado, la situación de la escuela rural en Murcia (escolarización y alfabetización, absentismo escolar y trabajo infantil, magisterio rural, condiciones materiales, creación y construcción de escuelas, instituciones complementarias) para abordar de inmediato la acción reformista y las repercusiones en

el medio rural murciano de la política educativa republicana (creación de escuelas, sustitución de la enseñanza religiosa católica, escolarización, renovación pedagógica), la formación y perfeccionamiento del magisterio rural y sus condiciones materiales y sociales, los órganos de gestión y apoyo a la escuela rural (consejos provincial, locales y escolares, inspección), la política de construcciones y acondicionamientos escolares en el medio rural y, por último, las acciones auxiliares y complementarias de la escuela (colonias, cantinas, roperos, mutualidades, bibliotecas y Misiones Pedagógicas).

Profusamente ilustrada con 155 «figuras» (vistas, fotografías, ilustraciones) y documentada con 33 tablas o cuadros, fuentes primarias de archivos nacionales, provincial y sobre todo locales, o impresas (estadísticas, legislación, memorias, informes, diarios, libros, folletos, publicaciones periódicas) y numerosas fuentes secundarias, la obra de Carmen Cerdá constituye, en síntesis, un buen ejemplo de cómo hacer historia regional-local contextualizada.

¿Existió una reforma educativa republicana?

Puesto que lo investigado —la incidencia de la reforma educativa republicana en el mundo rural murciano— se inserta en el contexto más amplio de dicha reforma, la primera cuestión a plantearse es que se entiende por tal; de qué hablamos cuándo nos referimos a la reforma educativa de la Segunda República española. Por lo general, lo que Carmen Cerdá denomina, con acierto, «las grandes reformas educativas (1931-1933)» (pp. 131-159), serían, con alguna adición, las del bienio progresista, y, dentro de ellas, las llevadas a cabo desde la Dirección General de Primera Enseñanza, entre abril de 1931 y noviembre de 1933, por Rodolfo Llopis, expuestas y defendidas con detalle al publicar en este último año su libro *La revolución en la escuela*. Un programa de reformas desarrollado legalmente sobre todo entre abril y noviembre de 1931, nada más hacerse cargo de dicha Dirección General.

Como el mismo Llopis (1933: 13) diría, los responsables de la política ministerial —él entre ellos— sabían de antemano «lo que debía hacerse». Habían estudiado, viajado, reflexionado y escrito —en suma, se habían formado— durante al menos dos décadas para ello. Nada más y nada menos que para llevar a cabo el primer intento serio en España de establecer, desde el Estado, una democracia liberal-progresista por medio sobre todo, pero entre otros aspectos, de la educación. Y ello en un país con un porcentaje de analfabetismo neto —población de diez y más años de edad— del 31 %, una tasa en torno al 55 % de escolarización de la población de 6 a 12 años, ambos inclusive, una asistencia escolar en general irregular y de escasa duración, un 80 % de los asistentes en escuelas de un solo maestro o maestra, y fuertes desigualdades, en estos temas

—y en otros—, entre hombres y mujeres, zonas urbanas y rurales, regiones o provincias y, cómo no, en función de la clase o grupo social. Un contraste, el de las desigualdades socioeducativas, agudizado en el caso de Murcia, que, desde las primeras estadísticas escolares oficiales de mediados del siglo XIX, siempre figuró, en el conjunto del país, entre las provincias con porcentajes más elevados de analfabetismo, población no escolarizada y asistencia escolar irregular. Algo que sucedería no solo en relación con la provincia, sino también con su capital, en clara desventaja, en este caso, respecto a otras capitales de provincia.

Las reformas pretendidas —que implicaban un notable incremento de la partida dedicada a educación en los presupuestos estatal y municipales— se introdujeron, además, en un momento, de crisis económica internacional tras el crack de 1929, de fuerte confrontación ideológica y política por el ascenso del nazismo y el fascismo y, al fondo, como modelo posible, el régimen soviético con sus planes quinquenales, en plena fase de reducción del analfabetismo, de incremento de la escolarización y de presentación en el contexto geopolítico y educativo como ejemplo para las aspiraciones de la clase trabajadora de otros países. Un modelo, este último, apoyado y defendido por buena parte de los sindicatos de enseñantes europeos, tal y como había quedado claro en las Jornadas de *Pedagogía proletaria* (1930) organizadas en 1928 en Leipzig por la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza. Una Jornadas en las que, por cierto, el delegado español, Rodolfo Llopis, tendría ocasión de mostrar su disconformidad con el modelo soviético al poner el acento, frente al mismo, en la necesidad de «conocer y respetar la personalidad» infantil.¹

El principal esfuerzo y atención se dirigió hacia la escolarización básica, y la remodelación de la educación como instrumento básico para la formación de ciudadanos en una sociedad democrática y, en síntesis, para la formación en la moral y valores republicanos. Azaña, para quien Francia era «la patria de la libertad y la cultura», concebía al estado como una «entidad moral», una «fuerza creadora» o «agente motor», «impulsor», «director» y «orientador» con vistas a «la realización de la libertad» y la formación de ciudadanos; es decir, como «instrumento de civilización para España» y, en definitiva, como «educador» (Aragón, 2024: 25, 44-45, 49 y 52-53). Un estado «educador» en cuyo proyecto de sociedad laica de ciudadanos quedaba excluida, por antitética con el mismo, la enseñanza de las órdenes y congregaciones religiosas, y en el que cobraban especial relevancia tanto la enseñanza de la Constitución republicana de 1931 y de la educación cívica como la transformación de la escuela en una pequeña

1 Sobre los debates y posiciones en dichas Jornadas y su repercusión en España, véase Terrón y Viñao (2018: 77-82).

sociedad democrática mediante la práctica del autogobierno. Un programa político en el que no hubiera «templo más sagrado que la escuela ni palacio más noble que la escuela» (AA.VV., 1932: 74-75), y en el que los componentes del magisterio primario fueran los «sacerdotes de esta función», como se decía en el preámbulo del decreto de 29 de septiembre de 1931 por el que se establecía el nuevo plan de estudios de las Escuelas Normales. Un nuevo plan que, además de elevar la formación académica del magisterio primario, hiciera posible su identificación ideológica y profesional con el régimen recién establecido. Un nuevo magisterio, en definitiva, para un nuevo régimen político.

Los hitos de este programa entre revolucionario y reformista son expuestos por Carmen Cerdá: laicismo, bilingüismo, coeducación, libertad religiosa, Misiones Pedagógicas, Consejos escolares, incremento progresivo de la plantilla y retribuciones del magisterio primario, lanzamiento de un plan de construcción de escuelas y creación de 27.000 unidades escolares a lo largo de cinco años, y el ya mencionado nuevo plan de formación del magisterio primario. En suma, un plan de reforma gradual, a medio plazo, basado, sobre todo, en un nuevo modelo formativo del profesorado, el incremento de la escolarización y de las escuelas graduadas y, como signos ideológico-pedagógicos, la escuela única o unificada, la libertad de conciencia del menor y la escuela activa, conceptos o ideas todas ellas objeto de interpretaciones diversas.

Del dicho al hecho hay un trecho. Como lo hay de las propuestas, idearios e intenciones a la realidad. Así lo pone de relieve Carmen Cerdá cuando, en relación con la política sobre la escuela rural en la Segunda República, distingue entre «política, ideas y realidades». Y ello ya desde la misma configuración de dichas «política» e «ideas». Es decir, con independencia de los obstáculos y resistencias de quienes no comulgaban —nunca mejor dicho— con ellas. En primer lugar, porque se trata de un proyecto inicial, el del bienio julio 1931-noviembre 1933, modificado en su interpretación y aplicación durante el bienio radical-cedista (noviembre 1933-febrero 1936), el corto período frente populista (febrero-julio de 1936) y, sobre todo, radicalmente transformado o aparcado durante la guerra civil (julio 1936-marzo 1939).

En segundo lugar, porque bajo el paraguas del régimen republicano, como quedó claro en el período bélico, coexisten versiones o desarrollos diferentes acerca de qué hacer con la educación. Por supuesto, el proyecto o ideario educativo del primer bienio, de inspiración institucionista —perteneciente o afín a la Institución Libre de Enseñanza— y socialista era una de esas versiones. Pero también, lo eran el de los socialistas revolucionarios de la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE), el de los anarquistas-libertarios del Sindicato Único de Enseñantes de la Confederación Nacional de Trabajadores

(CNT), o los proyectos nacionalistas vascos y catalanes, cada uno de ellos con su red escolar y sindicato de enseñantes propio. Y —sin red escolar ni sindicato propios—, el ideario y proyecto de los republicanos católicos, en general liberales, en los años anteriores a la guerra, y, durante ella, el del partido comunista.

Es cierto, que será el modelo liberal-socialista el que esté detrás de las mencionadas reformas del primer bienio, pero también lo es que, dentro del mundo republicano, existían otros proyectos o idearios educativos —con algún otro punto en común además del republicanismo—, con concepciones diferentes acerca del tipo de sociedad al servicio del cual debía configurarse el sistema educativo y formar al profesorado. Eso sin olvidar el peso cuantitativo que tenían poco antes de iniciarse la guerra las dos asociaciones mayoritarias del magisterio primario, ambas de índole no ideológica sino gremial-profesional, la Asociación Nacional del Magisterio y la Confederación Nacional de Maestros, con algo más de la mitad de afiliados del total de maestros y maestras, frente al 14 % de miembros de una FETE en la que militaban maestros y maestras socialistas, comunistas, republicanos sin más y otros sin filiación política (Luis Martín, 1997: 217), y un porcentaje más reducido de afiliados al Sindicato Único de Enseñantes de la CNT por tratarse sobre todo, antes de iniciarse la guerra, de maestros y maestras de la exigua red de escuelas privadas, racionalistas y libertarias.

Con independencia de esta diversidad de proyectos e idearios educativos, ciñéndonos al que suele considerarse, con cierta razón, como el más propio del período republicano —por, al menos, haber conocido un desarrollo legal y fáctico, con altibajos, durante cinco años—, si por algo se caracteriza el del primer bienio es por ser un proyecto no ya inacabado, como tantos otros, sino abortado por el golpe de Estado de julio de 1936, justo cuando estaba emergiendo y dejaba entrever sus primeros brotes.

Suele afirmarse, con razón, que la medida más relevante del conjunto de las adoptadas en materia de enseñanza durante el primer bienio fue la implantación del plan profesional del Magisterio primario con la exigencia del título de bachiller y de una prueba previa para acceder al mismo, sus tres años de formación «profesional» en las Escuelas Normales, en régimen de coeducación, y el acceso directo a la escuela durante un año más de prácticas remuneradas sin pasar por oposición o prueba alguna para acceder al Cuerpo del Magisterio. Un nuevo régimen, queda dicho, precisaba un nuevo magisterio primario identificado al menos profesionalmente con la República. Pues bien, la primera promoción de estas jóvenes maestras y maestros de la República llegaría a las aulas, en prácticas, al inicio del curso 1934-1935 y accedería a dicho cuerpo en septiembre de 1935. La guerra les estallaría en las manos a las dos primeras promociones del magisterio primario mejor formado de toda nuestra histo-

ria educativa. Así lo revivió, años más tarde, una joven maestra, Pilar Barnés (2000: 193), de esas primeras promociones de alumnas normalistas de 1934 y 1935, todas ellas sujetas, durante y tras la guerra, a expedientes de depuración ideológica, personal y profesional:

De repente, el 18 de julio de 1936 se lo llevó todo de manera irreversible, irrecuperable. Tres años, los mejores de nuestra generación, fueron cortados a golpe de hacha y arrojados a la insensata hoguera; una rama joven, tierna, que hizo lo imposible por librarse de ese fuego, pero que quedó dañada, de tal forma, que en lo sucesivo solo puedo dar algún fruto *tardío*, con el amargor pegado al hueso; no daríamos jamás la *talla* que se podía haber logrado, sin esfuerzo, en otras condiciones más gratas y distendidas.

Las reformas educativas republicanas quedarían ahí, en el tiempo, como un hito, más por lo que pretendió ser que por lo que le permitieron que fuera: una más de las muchas reformas frustradas o solo parcialmente llevadas a la práctica (Viñao, 2001 y 2006). Permanecerían ahí, en la memoria individual o colectiva, como un contramodelo manipulado y relegado al olvido —salvo en el exilio, en especial en Latinoamérica—, para ser treinta y tantos años más tarde recuperado, estudiado, conocido y, en más de una ocasión, mitificado (Viñao, 2008).

La escuela como producto urbano e instrumento de desarraigo rural: a la búsqueda de modos propios de escolarización rural.

La institución escolar nació en el medio urbano ligada al aprendizaje de la escritura y el cálculo, así como a la transmisión de determinados saberes a una minoría letrada. Así, al menos, se mantuvo a lo largo del tiempo en Occidente en sucesivas fases expansivas, estancamientos y algún retroceso. Durante los siglos XVI a XVIII dicha institución conoció un cierto desarrollo impulsada por razones proselitistas —adocctrinamiento religioso protestante y católico—, ideológico-políticas —génesis de los Estados modernos— económicas —comercio, innovaciones técnicas— o académico-científicas —nacimiento de la ciencia moderna—. En todo caso, siempre fue un fenómeno urbano que solo afectó ligera y superficialmente, si es que lo hizo, al mundo rural. La transferencia y desarrollo ulterior del modo de escolarización de las clases subalternas urbanas a los pueblos, aldeas y zonas de población dispersa, estaría ligado, ya en los siglos XIX y XX, al desarrollismo industrial, al éxodo rural forzado —cierre de las propiedades privadas, prohibición de la caza furtiva, privatización de los bienes comunales...—, ya fuera promovido por la misma institución escolar o generado sin más por las condiciones de vida campesinas, al crecimiento del sector servicios, sobre todo comercial, en el medio

urbano, a la conversión de las ciudades en centros de comunicación y producción de nuevos objetos y medios culturales, y a la conformación definitiva de los Estados y sistemas educativos nacionales.

De un modo u otro, la progresiva implantación en el mundo rural de una institución como la escolar, modelada según las necesidades del medio urbano y de las diversas políticas estatales, planteó desde el principio la doble y contrapuesta perspectiva de si se trataba de una medida impuesta, ajena a las necesidades de dicho mundo, o demandada desde el mismo; de si estábamos ante un avance o progreso modernizador o una simple aculturación dirigida más a producir el desarraigo o movilidad territorial, gracias al tipo de instrucción e información recibida, que a la promoción del medio rural y el anclaje de la población en el territorio.

Este dilema explica la existencia de fenómenos de resistencia, la génesis de modos de escolarización específicos del mundo rural, y el establecimiento de nuevas relaciones de poder-dominio y opresión cultural entre la cultura culta o académico-escolar y la propia de lugares basados en buena parte en economías de subsistencia y en saberes ligados al contexto y necesidades productivas. En modos y ritmos de vida, concepciones de la infancia y adolescencia, y aprendizajes —siempre útiles en función del contexto—, por imitación-observación y gradual incorporación a situaciones y tareas concretas llevadas a cabo, bien junto con otras personas más capacitadas, o mediante responsabilidades asumidas individualmente a partir de edades tempranas. Es decir, por modos de transmisión y adquisición del saber opuestos a los escolares, por lo general pasivos, descontextualizados y, por tanto, abstractos.

Ejemplos de resistencias y rechazo a la escolarización anteriores en el tiempo serían, durante el sexenio democrático (1868-1874), el cierre de escuelas y consiguiente expulsión de sus maestros o el impago o reducción de sus haberes en un buen número de municipios rurales de Galicia y del Pirineo de Huesca y Lérida, entre otras provincias, una vez que las nuevas disposiciones sobre libertad de enseñanza liberaron a los ayuntamientos de la obligación de mantener a su costa escuelas y maestros.

Modos de escolarización propios del medio rural serían, también por ejemplo, la habitual inasistencia o asistencia irregular, reflejada en estadísticas e informes oficiales, producto de la acomodación de una y otra a las necesidades de una economía cuyos ciclos de producción y recolección nada tenían ver con los calendarios y horarios escolares propios del medio urbano. O, más aún, la existencia constatada en diversas regiones —y en otros países— de un magisterio sin título o credencial acreditativa de haber sido formado para ejercer como tal, ya fuera volante —el maestro cortijero en el sur de España—, estable —el de las escuelas de ferrado gallegas, pagado en especie— o tem-

poral —el de los maestros babianos en León y Asturias—, cuyas enseñanzas, material, retribución y condiciones laborales se acordaban con el vecindario al que atendía. Una existencia que «ya no cuestiona la presencia del maestro, sino el tipo de maestro» como respuesta a la pregunta de «¿para qué nos sirven los maestros que nos mandan de Madrid?», lanzada desde las aldeas en los años veinte del siglo pasado (Terrón, 2011: 438). O, ya en fechas posteriores —años cincuenta, sesenta y setenta de dicho siglo—, su reconocimiento por la misma administración estatal bajo la figura del magisterio rural no titulado o, caso de tratarse de maestros titulados, de la calificación como «escuelas de difícil desempeño» de aquellas ubicadas en zonas rurales a cuyos titulares se les reconocían una serie de ventajas profesionales.

Por supuesto, siempre habría situaciones —contacto con los ya emigrados, posible emigración, servicio militar, tratos en y con la administración local o estatal— en las que la institución escolar constituiría un medio idóneo para la adquisición de las habilidades básicas —lectura, escritura, cálculo— necesarias para desenvolverse en el cada vez más expandido y prepotente mundo generado por la cultura urbana y el intercambio mercantil. Una expansión y una prepotencia, como posición de partida, en la que la cultura propia del mundo rural en cuestión era forzada a desaparecer o transformarse en un híbrido o versión devaluada e inferior sin su consentimiento, esto es sin posibilidad de negativa o rechazo. Rasgo típico, este último, de las relaciones de poder y opresión que Weil (2000 [1942-1943]: 41-47), a partir de una cita de Tucídides —«Cuando hay un fuerte y un débil, el primero ejecuta lo posible, y el segundo lo acepta»— relaciona con aquellas situaciones de poder y dominio en las que no hay posibilidad de «acordar un consentimiento».

Los fundamentos legitimadores de esta relación asimétrica serían, por un lado, la superioridad de la cultura culta y académico escolar como modelo a extender e imponer y, por otro, la íntima conexión entre industrialización y modernización. Desde esta última perspectiva, tanto en los países capitalistas autocalificados como liberales —democracias liberales—, con un mayor o menor peso del sector público, como en los de capitalismo de Estado —autodefinidos como comunistas o democracias populares—, el modelo de desarrollo implantado ha supuesto a lo largo del siglo XX, en ambos casos y de forma deliberada, la expulsión o éxodo rural a las ciudades, y la práctica desaparición de modos de vida, subsistencia, saberes y formas de relación con la naturaleza en aras del mito desarrollista industrial primero, postindustrial después, tecnológico-financiero por último y mega-urbano en todos los casos.

Expresiones paralelas de este proceso o modelo de ‘crecimiento’, en el que han jugado un papel relevante la institución académico-escolar y la figura del

profesor-docente-enseñante como intermediario cultural, encargado de materializar sobre el terreno dichas relaciones culturales de dominación son, por poner dos ejemplos sin aparente relación —pero no inconexos—, uno generalizado en España y fuera de ella, y otro muy específico del período estudiado por Carmen Cerdá. En el primer caso, la provocada supresión y práctica desaparición de la escuela de un solo maestro o maestra, y su sustitución por otras fórmulas organizativas —grupos escolares, colegios comarcales, escuelas hogar o internados, escuelas rurales agrupadas—, y, en el segundo, las Misiones Pedagógicas creadas por el gobierno republicano en 1931.

Baste en el primer caso con dos ejemplos: el estadounidense y el español. En el caso de Estados Unidos, la escuela de un solo maestro o maestra, con alumnado de 5-6 a 13-14 años, cada una con su propio distrito escolar local, tan habitual en las estampas fílmicas y literarias que reviven el mundo del medio y lejano Oeste de Estados Unidos en el siglo XIX y buena parte del XX, subsiste hoy en el recuerdo o como resto y huella de un mundo indefectiblemente desaparecido. Así lo indica el progresivo proceso de agrupamiento de los mencionados distritos locales, y su correlativo descenso desde unos 139.000 en 1930 a 59.000 en 1955 y 16.000 en 1979. En el caso español, sería sobre todo en los años sesenta y setenta del pasado siglo, en pleno desarrollismo y de modo político y socialmente impuesto, bajo el paraguas ideológico del mito modernizador, cuando la escuela de un solo maestro o maestra pasara de ser el 42 % del total de escuelas en 1960 al 17,5 % en 1975, gracias al cierre de un elevado número de escuelas en las aldeas y pueblos y la construcción de escuelas comarcales con transporte escolar en localidades más pobladas.

Por su parte, las Misiones Pedagógicas constituían un nuevo procedimiento «de influencia educativa en el pueblo», como se decía en el preámbulo del decreto de 1931 que las creaba. Con ellas se trataba,

de llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en las zonas rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos de avance universal, de modo que los pueblos de toda España, aún los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos.

Las Misiones Pedagógicas nacieron, pues, como un proyecto en el que «misioneros», jóvenes universitarios en su mayor parte, llevaran una parte de la cultura ‘culta’ urbana —bibliotecas y libros, audiciones musicales, coro del pueblo, museo circulante, teatro, cine documental y cómico, guiñol— a las zonas rurales de España. Su incidencia en la provincia murciana, y las iniciativas a que dieron

lugar, son expuestas con detalle en el libro que comentamos, como tantos otros aspectos, sobre todo los relativos con la política de construcciones escolares.

En no más de dos años las Misiones se convirtieron, sin embargo, en algo más complejo y amplio. El contraste existente entre los propósitos iniciales y la pobreza y miseria con que tropezaban los ‘misioneros’ en las aldeas, supuso el cambio de rumbo desde una acción cultural-culta a otra de índole también social. Este cambio, impuesto por la realidad y las necesidades más apremiantes, sería el origen de la Misión Pedagógico-Social de Sanabria llevada a cabo en octubre de 1934. En ella, junto a las actividades indicadas se incorporaban otras de naturaleza sanitaria —charlas de divulgación higiénica, actuación médica directa, higiene escolar— y agrícola —introducción de nuevos cultivos como el maíz, documentales—. De haber seguido en el tiempo —esto es, de no producirse el golpe de Estado de julio de 1936—, es posible que los cultos ‘misioneros’ hubieran advertido que también existía un saber, una cultura y hasta un folclore aldeano de los que aprender y disfrutar.

Salvemos lo buenos propósitos de quienes, en la etapa republicana, pensaban en el magisterio primario —cual sacerdotes laicos— y en ‘misioneros’ pedagógicos, para redimir, desde su perspectiva, a la población aldeana de la incultura, la pobreza y la superstición. Un buen conocedor y defensor del medio rural, un culto maestro segoviano, en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en abril de 1930, decía:

El problema pedagógico de la aldea lo vamos a formular así: Hay que encajar la escuela en la aldea. Vamos a encajar la escuela en la aldea y la escuela servirá a los aldeanos. [...]. Cuerpo y alma: en lo local lo universal. De ninguna manera reducirla a los límites locales; de todas maneras enraizarla. Quiero decir que no ha de ser como ahora: o nada o ajena. O no presta ningún servicio o toda ella es exótica» (Andrés Cobos, 2015 [1930]: 83-84).

Dos años antes, en unas supuestas cartas a un maestro recién llegado a la aldea, Pablo de Andrés Cobos pedía respeto mutuo, relaciones no asimétricas: «Algún día, soñando, creíste que el ejercicio de tu profesión sería redimir a un grupo de campesinos. [...]. Ahora que estás despierto, debes preguntarte: ¿De qué voy yo a redimir a estos señores? Verás que difícil es la respuesta. Es preciso librarse de las ilusiones que nos convierten en estúpidos» (Andrés Cobos, 1928: 29).² Conviene recordar, traer a la mente estas palabras cuando leamos el libro de Carmen Cerdá.

2 Referencias y citas de Pablo de Andrés Cobos tomadas de Terrón (en prensa).

Referencias

AA. VV. (1932). *El Evangelio de la República. La Constitución de la Segunda República española comentada para niños*. Instituto Samper.

Andrés Cobos, P. de (1928). *El maestro, la escuela y la aldea. Cartas a Luis*. Heroldo Segoviano.

Andrés Cobos, P. de (2015 [1930]). Pedagogía revolucionaria. Mirando a la aldea. En *Estampas de aldea. Edición conmemorativa. La hora de la aldea* (pp. 83-103). Ainhoa Zufriategui.

Aragón, M. (2024). Estudio preliminar. En Manuel Azaña, *La velada en Benicarló, Diálogo de la guerra de España* (pp. 15-69). Edhasa.

Barnés, P. (2000). *El gozo de mis raíces y su entorno*. Lorca, Ayuntamiento de Lorca.

Luis Martín, F. de (1997). *Historia de la FETE (1909-1936)*. Fondo Editorial de Enseñanza.

Llopis, R. (1933). *La revolución en la escuela. Dos años en la Dirección General de Primera Enseñanza*. M. Aguilar. Reeditada, en edición facsímil, en 2005 por Biblioteca Nueva con estudio preliminar de Antonio Molero Pintado.

Pedagogía proletaria. Informes, tesis y debates de las Jornadas de Pedagogía de Leipzig, organizadas por la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza. Pascuas de 1928. Paris: Ediciones de la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza, 1930.

Terrón Bañuelos, A. (2011). ¿Para qué nos sirven los maestros que nos mandan de Madrid? En *Arte y oficio de enseñar. Dos siglos de perspectiva histórica* (vol. I, pp. 437-447). Sociedad Española de Historia de la Educación y Universidad de Valladolid.

Terrón Bañuelos, A. (en prensa), Antonio J. Onieva, *Entre montañas, el mito del maestro mártir en la Asturias Rural*. *Cultures. Revista Asturiana de Cultura*.

Terrón, A. y Viñao, A. (2018). Educación, movimiento obrero y sindicalismo (España, siglo XX), *Historia de la Educación*, 37, 69-114.

Viñao Frago, A. (2001). ¿Fracasan las reformas educativas? La respuesta de un historiador. En *Educação no Brasil. História e Historiografia* (pp. 21-52). Editores Autores Associados. Versión en inglés: (2001). Do Education Reform Fails? A Historian's Response. *Encounters on Education*, 2, 27-47.

Viñao Frago, A. (2006). El éxito o fracaso de las reformas educativas: Condicionantes, limitaciones, posibilidades. En *Las reformas necesarias. Entre la política educativa y la práctica escolar* (pp. 43-60). Morata.

Viñao Frago, A. (2008). La educación en la II República: de la manipulación y el olvido a la recuperación y memoria. En *La escuela de la Segunda República* (pp. 47-72). Cajasol Fundación.

Weil, S. (2000 [1942-1943]). *Escritos de Londres y últimas cartas*. Trotta.